

A black and white close-up portrait of a middle-aged man with dark hair, smiling broadly. He is wearing a dark suit jacket, a white dress shirt, and a dark tie. The background is dark and out of focus.

Kotepa Delgado
Escribe que
algo queda



Escribe que algo queda

1.ª edición digital, 2021

© Kotepa Delgado

© Fundación Editorial El perro y la rana

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela 1010.

Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana

Twitter: @elperroylarana

Compilación, prólogo y nota

Igor Delgado Senior

Transcripción

Yuri Silvio

Edición

Elis Labrador

Corrección

Ernesto Cazal

Diagramación

Gilberto Escalona

Imagen de portada

"Kotepa Delgado" (cortesía Igor Delgado Senior)

Hecho el Depósito de ley

ISBN: 978-980-14-4757-3

Depósito legal: DC2021000374

Kotepa Delgado

Escribe que algo queda

NOTA EDITORIAL

Los artículos que componen este libro provienen de las columnas de Kotepa Delgado en el diario *El Nacional*: "Escribe que algo queda", "¡Qué tiempos aquellos!" y "¡Qué tiempos ahora!". Se agregan algunos que aparecieron en el *Semanario Coromotico*, archivo personal del autor; los relatos testimoniales de su autoría *Manuel Vicente Maldonado* y *El delito de ser loco*, bajo el seudónimo de Héctor Suárez Romero, publicados en *Prisiones de Venezuela a la muerte de Juan Vicente Gómez 1935*, Caracas, Ediciones Centauro: 1974; un texto incluido en la *Revista del Domingo 7mo Día* y el discurso conmemorativo por los 50 años de la Generación del 28 en la Universidad Central de Venezuela.

El autor, cuando se refiere a la moneda venezolana, lo hace bajo el esquema de valor que predominó hasta finales del siglo XX.

KOTEPA POR IGOR DELGADO SENIOR

Kotepa Delgado llega con sus huesos y su boina de estudiante rebelde a una de las prisiones que el dictador Juan Vicente Gómez dedica a la insurgencia: el Castillo de Puerto Cabello, fortín que edificaron los colonizadores españoles para defender la ciudad de los asedios piratas. Son muchos los jóvenes detenidos, algunos no alcanzan los 20 años. Los guardias –con sus armas ansiosas– conducen al grupo de universitarios hasta una bóveda que funge de celda. Hay otros hombres allí, son los habituales presos de un régimen que no acepta modo alguno de inconformidad. Sombras emergen de otras sombras para saludarlos mediante abrazos carcelarios; a través de los barrotes de la ventana se cuele un calor áspero, casi sólido.

Kotepa ve todo con moroso detenimiento, el mar suena con golpes de acantilado. Repasa las paredes de los siglos donde Miranda estuvo recluido y se acongoja por instantes de avispa que le tocan el corazón; coloca su ropa y sus libros sobre un suelo de piedras inexactas. Alguien le indica el camastro de hilachas para tumbarse, pero no quiere dormir, solo anhela acostumbrar los sentidos (y los sentimientos) a la realidad combativa de la prisión.

El hombre a caballo salió en carrera contra la noche para buscar al doctor Guédez. La lluvia empezó como gotas aisladas y luego se volvió un torrente indómito, un terco imperio de humedad. El hombre miró el río, amplio y crecido, y quiso devolverse porque muchos habían muerto en los intentos inútiles. Sin embargo, el mensaje del cual era portador no aceptaba renuncias ni desesperanzas: “Dígale al doctor Guédez que venga de inmediato, María no puede parir, la criatura no le sale y ya la comadrona hizo todo lo que sabía”. El hombre se detuvo un momento al margen de las aguas, esperando (y rogando) que la corriente bajase su nutrida intensidad; pero como los cielos se negaron a ayudarlo, azotó al caballo con el fuste, picó las espuelas y se lanzó al asedio de la orilla contraria. En mitad del río entendió que nuestras vidas penden de un enigma o de una voluntad, “Dígale al doctor Guédez que venga”, como si el destino estuviese atado al de los otros, “María no puede parir, la comadrona hizo todo lo que sabía”, o como si la existencia fuese una maldita forma de sustitución y reemplazo, “la criatura no le sale”. Por fin el hombre agregó fuerzas a su arrojo, luchó contra

el enemigo líquido, miró hacia las estrellas distantes y emergió del río. Aún le quedaba un trecho de pantano hasta la casa del doctor Guédez, pero no se amilanó: cabalgaba para también cumplir con su destino.

Atanasio, el caporal de La Trilla, se bajó del caballo y dio golpes urgentes en la puerta de la vivienda del doctor Guédez; una propiedad aislada por campos de labranza. Guédez abrió, luego de varios minutos de indecisión, y lo interrogó con los ojos. Atanasio le explicó que doña María se hallaba en trance difícil y que don Francisco, su esposo, lo mandaba a llamar para que la asistiera en el parto. El doctor Guédez delineó una mirada de resignación y le indicó al caporal, con escasas palabras, que se sentara en la banqueta mientras él arreglaba su maletín. Los sapos entonaban liturgias repetidas, la ventisca mecía el firmamento.

Los dos hombres partieron en sus monturas. "Sigue lloviendo", dijo Atanasio; el doctor Guédez guardó silencio como una confirmación de la obviedad. Llegaron al sitio de briznas donde el río cede paso, pero la vertiente les impidió superar su flujo; "remontemos el camino hasta el Cruce de la Cruz, ahí los caudales se achican", sugirió el caporal, y el médico asintió con la vista varada en la cima de unos árboles lejanos.

Los dos jinetes galoparon por un atajo de niebla. El doctor Guédez, encima de su alto caballo, parecía una simple añadidura; Atanasio lo observó y sonrió. Por fin, con empeño ante las furias del diluvio, atravesaron el raudal y sin descansar corrieron, veloces, al encuentro de La Trilla. Los pájaros revoloteaban en bandadas, la casona del predio era una magra luz en la distancia.

Don Pancho los esperaba con su indeclinable traje negro y las manos detrás de la espalda. "¡María se muere!", dijo sin saludar y guió a Salomón Guédez hasta el cuarto de la mujer. Bajo una cofia de paños hirvientes, María, adormecida, ya no gritaba por los dolores; un grupo de ancianas oraba mientras salpicaba menjurjes de buen auspicio por los rincones. El doctor Guédez ordenó, con un exacto gruñido médico, que todos salieran de la habitación, salvo la comadrona para que le sirviese de ayudante. El alba ya se metía por las hendidias, los pájaros continuaban sus juegos oscuros.

A las diez de la mañana, don Pancho Delgado vio la hora en el reloj de manecillas suizas, y ratificó que el calendario indicaba

la fecha del planeta: 20 de mayo de 1907. En ese instante, el doctor Guédez emergió de sus labores para transmitir la noticia: "María murió, pero la sobrevive un niño varón". Las ancianas se alegraron entre sollozos.

—Se llamará Francisco José —proclamó don Pancho—, Francisco como yo y José como su abuelo. La voz de la comadrona dijo para sí: "Yo lo nombraré Kotepa, es un secreto que me pertenece".

Y todos sintieron el recio llanto de Francisco-Kotepa.

Francisco José, o Kotepa, o Francisco-Kotepa Delgado Segura, creció bajo el resguardo de tías solteras que pugnaban por ser la de más rango en el afecto, y el chico —intuitivo desde que distinguió el primer brillo del sol—, aprovechaba esta competencia para afianzar sus temeridades y su libertad. Así, hizo suyo cada sitio de La Trilla: el patio de lozas donde descascaraban el café; el molino que trepidaba quejas metálicas; el corral de las aves en alboroto; los sembradíos, las arboledas en fila de olores; los cultivos de naranjas (que semejabán una feria de globos colgantes); la lumbre de los trabajadores, con platos de barro brusco y un fogón siempre ardiendo. Después, caminando, trasponía los contornos de la propiedad e iba al pueblo para mirar, a través del asombro, el mercado, los hombres de revólver y silencios; las damas elegantes que bajaban y subían del tren estilo inglés; los grupos en las esquinas; el circo itinerante y las compañías teatrales; los reclutas en pos de novicios cuarteles; las paredes curvas de la iglesia; el camposanto con sus ángeles de yeso. Todo lo advertía y absorbía el muchacho en la pequeña Duaca bullente, emporio agrícola, "la perla del norte" del estado Lara.

Bajo la tutela educativa del presbítero Félix Quintana, estudió primaria en la vivienda de la maestra Carmela, una escuela que tenía dos aulas de clases —angostas y rígidas—, con nubes que se colaban por el techo de caña brava y boquetes entre las tapias para la expansión del aire. Carmela, dueña de una antigüedad sin arrugas y de muchos lunares diseminados por el cuello, resaltaba los atributos de la caligrafía, "¡Saquen el cuaderno Palmer y escriban las líneas que corresponden hoy!", como si el porvenir de los infantes residiese en aquellas letras lacónicas o extendidas, concisas o largas. Kotepa concentraba su esmero en la perfección de los signos, aunque a veces se evadía hacia otros espacios por las rasgaduras de las tapias, y más allá de Duaca vislumbraba ciudades y torbellinos.

Kotepa tenía cinco hermanos, pero se aficionó a la razón de la soledad. Deseaba que nadie lo interrumpiera cuando, escondido en un revoltijo de desván, leía a Emilio Salgari y se montaba en el palo mayor de la goleta de Sandokan y luego luchaba, con su espada gloriosa, contra el sultán de Varauni, o cuando recitaba versos bajo una huella del cosmos o atrapaba azoradas tortolitas para más tarde liberarlas. Sin embargo, no siempre percibía el lado afable del universo: constató la hambruna causada por una depredación de langostas, y vio cómo los menesterosos pretendían invadir fincas y haciendas en busca de frutos maduros. "Contengan a la turba" –ordenaban los acaudalados dueños–. "Disporen a quienes traspasen la cerca. ¡La propiedad debe respetarse!". Se enteró de la oportunidad aciaga en que Obdulio, su primo de pantalones largos, hirió de muerte al jefe civil por haber vulnerado el honor de la familia. Observó, no sin turbación, el tropel de guerrilleros que atravesó la senda hacia la montaña.

Los menesterosos con hambre sombría rodearon los latifundios; se contaban por cientos de campesinos o por miles de ojos fijos. Había espectros de cualquier edad –porque la penuria no discrimina–, estaban desarmados y divisaban a fuerza de tribulación los frutos que les permitirían subsistir hasta la próxima urgencia. Los alambres de púas, como fieras grises, impedían el paso y las infracciones; y más atrás, los máuseres enarbolaban temibles advertencias. "La propiedad se respeta o se paga con la vida". Kotepa impugnó su estirpe y lloró sin lágrimas: quería acompañar a los desdichados y ofendidos.

Obdulio, el primo mayor, cobró la ofensa familiar (escarnio definitivo, agravio de la época). El jefe civil Dámaso Durán, un andino de pelo marchito, afirmaba/comentaba/divulgaba con regustos de alcohol y apetencias, que por las noches se escurría en la cama de la tía Asunción –previo pacto silente con ella–, para penetrarla hasta la saciedad de la madrugada. Los contertulios lo celebraban: "¡Usted es un verdadero macho, don Dámaso, brindemos por sus hazañas!". Y Dámaso Durán, con los bigotes aún mojados por el brandy, salió de la taberna trastabillando jactancias y poderes municipales. Obdulio conocía sus rutas y lo esperó al lado de un farol exiguo. Dámaso se percató de su presencia y trató de devolverse, Obdulio empuñó el revólver, Dámaso –entre eructos– le pidió que conversaran, que no creyera en mentiras por favor, Obdulio solo le respondió: "¡Vete

a tu infierno de mierda, cobarde!", y le descargó cinco tiros calibre 38. Después, fue a la casa, se lavó las manos con demorada calma, besó a Asunción en la frente, preparó la carreta y se perdió en el rumbo de la oscuridad.

Los facciosos iban en sus cabalgaduras o a pie. No serían más de 40 y los comandaba un hombre de cara ancha y triste. No parecía militar, ni los otros parecían sus huestes. "Es el general Inocencio Barroeta que se ha alzado contra Gómez, Dios lo acompañe y cuide también a esas pobres almas", dijo don Pancho como hablando en solitario. "¿Adónde se dirigen, papá?", preguntó Kotepa. "A la derrota, hijo, el general Gómez es muy poderoso", contestó don Pancho y se secó el sudor del mediodía. Perros famélicos se unieron a la cuadrilla sediciosa; un viento repentino formó espirales con la hojarasca. La mirada de Kotepa se perdió en el rastro de la montaña y todo ello le volvería, en truenos de memoria, como un hierro a carne viva: los hambrientos y los frutos vedados; Obdulio huyendo de la ley; los monotoneros contra la opresión del general Gómez.

El colegio La Salle aguardaba a Kotepa en Barquisimeto, la capital del estado, para que cursara el bachillerato, y como don Pancho carecía de los fondos imprescindibles, su tío Eulogio, con una generosidad que no lo caracterizaba, pues ahorrraba hasta en el aire de la respiración, decidió asignarle una modesta beca de estudios por cinco años. "Ni un día más, ¿me oyó, sobrino?", "De acuerdo, tío, ni un día menos". Barquisimeto no era ninguno de los parajes que Kotepa avistaba entre brumas, pero poseía un diagrama de calles ordenadas, una muestra palpable de automóviles nuevos, aglomeraciones comerciales por doquier e inmigrantes que buscaban matrimonios seguros. Además, tenía una catedral de supremas cúpulas, una docena de oficinas de gobierno y plazas para entretenerse debajo de los bucares.

Don Pancho lo despidió con su bendición y algunos consejos altruistas. Era un cincuentón de modales mansos y pensamientos alejados a quien no le interesaba la riqueza; ni los trofeos del éxito social; ni la pertenencia al Club Bolívar (donde los prósperos comerciantes fumaban habanos y jugaban billar); ni la política de turno, ni nada que lo distrajera de las obsesiones que le fermentaban la cabeza. Y ello porque al meditabundo don Pancho –no se sabe por cuáles bizarros e inexplicables motivos– se le metió en las circunvoluciones mentales inventar

un aparato de movimiento continuo, o sea, un armatoste que se moviese solo y por el resto de los años del planeta. Edificó, dentro de la casa, un taller especial para sus labores, y lo colmó de tornillos, tuercas, resortes, imanes, clavos, bolas de plomo, ruedas de diverso grosor, y cualesquiera elementos de materia concreta que pudiese servirle para los fines de la oscilación perpetua. Y por tales menesteres dejó de ocuparse de La Trilla y del café, cedió su parte en un negocio de víveres, pasaba los días leyendo libracos de mecánica antediluviana que le llegaban a través del ferrocarril, y durante las horas nocturnas se dedicaba a construir sus fallidos e impasibles aparatos. "¡Don Pancho se volvió loco!", decía la murmuración del pueblo, pero don Pancho se hacía el desentendido y el niño Kotepa no encontraba ninguna respuesta sobre la conducta del padre (aunque después leyó algunas cartas que le removieron la fronda de la conciencia).

El colegio La Salle estaba embutido en el centro de Barquisimeto y a la vista de los crepúsculos de la tarde. Era una mole con ventanas que ocupaba muchos metros a la redonda, poseía una capilla de imitación renacentista, su plazoleta central guardaba la pulcra simetría del conjunto, la fila de habitaciones para los internos mostraba la dermis de la pintura blanca; nadie acentuaba la voz porque el alto volumen se hallaba prohibido por la discreción, y las clases de los hermanos lasallistas conformaban una paradójica teología que no se apartaba de la ciencia (Jesucristo a la vera del microscopio, la religión en el mismo pupitre de las comprobaciones matemáticas). Desde su arribo, Kotepa sintió como si el albur humano le hubiese reservado un sitio de privilegio en aquella comunidad, aunque pronto advirtió que no estaba hecho para aceptar los inverificables misterios de la fe.

El Hermano Luciano, sabio y comprensivo preceptor, distinguía a Kotepa entre todos los alumnos, y con su acento francés declaraba: "Duaca es la *pegla* del norte y Kotepa es la *pegla* de Duaca". Los demás muchachos, por venganza, remedaban a Luciano exagerando las erres: "Duaca es la perra del norte y Kotepa es la perra de Duaca". Golpes, amenazas, trifulca a la salida de clases, hasta que Kotepa se habituó al apelativo. "Perra, te queremos mucho; perra, ven acá; perra, préstame tu libro de castellano; perra, échanos el cuento de la vez que en Duaca llovieron pescados". "De acuerdo. Un día de junio en Duaca cayeron del cielo carites, atunes, merluzas, sardinas, pargos, y todos creían que se trataba del fin del mundo, pues Duaca se

encuentra a 150 kilómetros de las olas marinas, y ante el suceso se pusieron a rezar y a confesarse, y los curas repartían las hostias de la comunión divina, y las ancianas lloraban y predecían martirios de Lucifer, y los machos empalidecieron por la incertidumbre o por el miedo, y los niños se quedaron viendo hacia la cresta de las nubes, hasta que arribó el profesor Mogollón, de Biología y Ciencias Naturales, y explicó el fenómeno: todo se debía a un poderoso tifón que acarreo los pescados desde el mar. Sin vacilaciones, la multitud se santiguó y agradeció a Dios Santísimo, y en grandes pailas creyentes y no creyentes cocinaron los envíos del cielo para engullírselos”.

Por su dedicación a los estudios, y quizás en premio a su vivacidad, Kotepa fue designado como amanuense del Hermano Nectarario María -uno de los honorables fundadores del Colegio La Salle-, para que tomase el dictado de la obra que estaba escribiendo (*La Maravillosa Historia de Nuestra Señora de Coromoto de Guanare*), relativa al encuentro celestial que tuvo el cacique Coromoto con la Virgen. “Tome nota, Francisco José”, ordenaba el Hermano, y enseguida con actitud de arrebató místico empezaba a dictar: “Una clara mañana, el cacique Coromoto, de la tribu Cospes, se encegueció ante un extraño resplandor...”. “No, no, tache eso”, exclamaba Nectarario María y comenzaba de nuevo: “Una aureola con rostro excelso descendió de la eternidad y le habló en su lengua al cacique Coromoto...”. “Tampoco me gusta, querido alumno, deséchelo”, y volvía a la carga con una distinta narración de la circunstancia. Así, de manera sucesiva, el Hermano dictaba e imponía modificaciones: y Kotepa, entre abismado y desconcertado, transcribía muy seriamente las versiones del milagro virginal para luego relatarlas en sorna a sus condiscípulos.

Cuando se graduó de bachiller, el Hermano Luciano lloró de notorias emociones al entregarle el diploma: “Se me va la *pegla* de Duaca”. Kotepa, mientras esperaba que la familia resolviera algunos problemas económicos para que iniciase la carrera de Derecho en Caracas, se ocupó de redactar misceláneas en el diario *El Impulso*, de Barquisimeto (quizás como un presentimiento vocacional), era *shortstop* de rústicos juegos de béisbol a descampado, leía cumbres de libros con un asiduo cigarrillo entre los labios, inventaba chistes y agudezas, y se declaraba como abstemio irreductible, pésimo bailarín de cualquier melodía e impráctico absoluto en las tareas hogareñas. Por fin,

tomó su maleta y el autobús con escalas y llegó a Caracas para deslumbrarse.

Corre el año de 1928, los estudiantes de la Universidad Central arden de inquietud con sus boinas azules. El general Gómez es dueño de las mínimas instancias de un país todavía rural, manda y comanda, observa el mínimo detalle tras los ojitos de campesino taimado, sus cortas palabras son los preceptos infalibles del dictador, usa una mustia casaca militar y guantes de cuero para no contaminarse las manos con microbios letales, lleva mostachos de puntas hacia la tierra, nunca sonríe (tal vez piensa que no es de varones mostrar los dientes), calza botas y se apoya en un imperioso bastón de caoba.

Los jóvenes universitarios se asfixian de ansiedad y necesitan un cambio. No aguantan el aire de las imposiciones, el sople mortal de la dictadura. Están cansados de que las ideas solo sean un atavío de la retórica y que el país les parezca ajeno y distante, como si los albores del siglo XX hubiesen pasado de largo por Venezuela. No saben muy bien cuál es el camino, pero están dispuestos a cualquier voluntad. Comienzan por reanimar los centros estudiantiles y la proscrita Federación de Estudiantes, discurren, discuten, opinan, meten la revulsión dentro de las aulas, llevan a cabo actividades colectivas y organizan eventos de calle. Kotepa, ya en segundo año de Derecho, forma parte del estremecimiento y la agitación, también de los líderes e intelectuales que colmarán los tiempos del futuro.

Los "boinas azules" aprovechan cualquier germen para movilizarse, y así, en el carnaval de 1928 organizan la Semana del Estudiante, que comprende un desfile desde la Universidad hasta el Panteón Nacional como homenaje a los próceres de la Independencia; la coronación de la reina de los estudiantes en el Teatro Municipal; recitales y concentraciones juveniles. Los sucesos se precipitan de manera sorpresiva: Pío Tamayo, poeta de destierros nómadas y primer inculcador del marxismo en el país, lee al lado de la reina Beatriz I su elegía *Homenaje y demanda del indio*, con alusiones a los altos principios libertarios y contra el régimen despótico; y un alumno de Medicina -en acción insólita-, destroza la lápida que honra la memoria de un hermano del Presidente Gómez. La respuesta gubernamental es inmediata: cárcel en el Castillo de Puerto Cabello para Pío Tamayo y dos centenares de estudiantes, pero una inusitada e increíble onda de protestas de la ciudadanía logra que el

gobierno suelte a los jóvenes, aunque no al poeta Tamayo. En esta oportunidad, Kotepa se salva del carcelazo, mas no por mucho tiempo, porque seis meses después lo hacen prisionero, enviándolo, junto con otro numeroso grupo de estudiantes, a la Colonia de Araira para realizar trabajos forzados en la construcción de la carretera Araira-Guatire.

El campamento de los reclusos lo constituyen una casa en ruinas y una imitación de tiendas de campaña. Por cada cautivo hay un militar o un gendarme de "La Sagrada" (cuerpo de cancerberos del gobernador de Caracas). El río está enfrente, tímido y sucio, y más allá el cerro, y más allá la trocha que conduce al sitio de las obligatorias faenas. El día se anuncia con metálicos toques de diana y luego del desayuno (a modo de dosis minúsculas), los presos deben caminar con sus picos y sus palas durante una hora hasta la obra. Después, al final de la jornada, la extenuación se confunde con el hambre y los oníricos deseos de huir. Algunos enferman, otros padecen de caídas abruptas por el cansancio. Araira es un círculo de miedo, el despotismo de los viles.

Hay el murmullo subterráneo del traslado a un presidio distinto. Explican que por causa de próximas y terribles inundaciones, dicen que por un inminente asalto de fuerzas antigomecistas, nadie sabe. Sin embargo, a los jóvenes los convence la certidumbre de varios vehículos y la orden de alistarse para un viaje. Destino: el Castillo de Puerto Cabello. El recorrido evita la ciudad de Caracas para eludir manifestaciones públicas, y toma la vía occidental, pero acercándose al fortín una multitud reconoce a los muchachos de la Generación del 28 y los ovaciona.

Kotepa arriba al reclusorio con sus huesos y su boina de estudiante rebelde. Hay seis calabozos pegados del mar y una celda de escarmiento, "El Tigrito" le llaman. Como a todos, le calzan un par de grillos de 70 libras; nadie les indica las normas de conducta porque la prisión tiene reglas despiadadamente obvias que se basan en callar y obedecer, y quien las transgrede obtendrá la inclemencia del castigo. Componen la dieta diaria dos potes de frijoles, dos plátanos, una sanguaza de maíz y un pocillo de café; los inodoros se reducen a un espacio para recoger el detritus ("El pollino" lo denominan); cada preso debe cargar consigo un balde de agua para beber y bañarse.

Ahí está Pío Tamayo con su fija mirada de águila y sus palabras sin pausa. Habla como si descubriese otros sistemas solares, llenos de justicia y hombres libres. Recita y canta. Narra episodios de vida, política y literatura. Detalla múltiples existencias en Puerto Rico, Nueva York y Centroamérica. Relata diversas acciones y vocaciones: periodista, poeta, escritor, empleado de una planta azucarera, organizador de huelgas de inquilinos, dueño de imprenta, cofundador del Partido Comunista de Cuba, exiliado internacional. En la que nombra "su Carpa Roja –escuela de idealidad avanzada", imparte clases de marxismo a los jóvenes cautivos y les insufla los fuegos ideológicos de la Revolución. No dilapida mensajes en un océano infértil, porque sus alumnos saldrán de la cárcel para hacerse comunistas y predicar la posibilidad de un mundo nuevo, mientras él permanecerá bajo encierro hasta poco antes de que lo aniquile la tuberculosis producto de la reclusión.

El general Gómez, con falsa magnanimidad, libera a los estudiantes presos en el Castillo y los entrega a sus familiares. El acto público se realiza en Maracay, el tirano –zamarro, calculador– procede como un padre que vela por los hijos indómitos y descarriados. El país se halla de fiesta, pero nadie cree que el autócrata sea tan humano y compasivo, y la sospecha se confirma pues Gómez pronto encierra en la fortaleza a otro grupo de inconformes. Kotepa constata que ninguno de los suyos ha ido a Maracay para recibirlo de manos del sátrapa; sin embargo, no se amilana porque lo ha acerado el tiempo de cautiverio: más de un año en la Colonia de Araira y el Castillo de Puerto Cabello. "¡La consigna es vencer!", crepita dentro de sí y abraza a sus compañeros.

No se ve entre códigos y litigios porque lo llama desde sus adentros la acción política. Abandona los estudios de Derecho y junto con otros jóvenes revolucionarios (Juan Bautista Fuenmayor, Rodolfo Quintero, Ángel Márquez) acomete la elaboración de 25 lecciones para obreros. Se trata de una publicación en multígrafo –sustraído de la Federación de Estudiantes–, en la cual divulgan pensamientos elementales sobre el carácter del sistema capitalista, su composición social y los antagonismos entre la clase obrera y la burguesía; fogosas páginas de autores que apenas se iniciaban en el conocimiento del socialismo. Son "Lecciones para sublevarse", comentaría un chivato del régimen.

Bajo nombre apócrifo se encarga, durante breve lapso, de la célebre columna "Tirabeque y Pelegrín" en el matutino *El Sol*. Recibe del exterior, a través de vericuetos subrepticios, publicaciones planetarias sobre las luchas de los pueblos. Fuma y piensa. Se aboca a libros marxistas como menester de las noches. Lee y fuma. Discute con fraternos amigos acerca de las concretas ilusiones del porvenir. No duda. "Hay que actuar", repite en soliloquio.

Vuelven a Venezuela los hermanos Aurelio y Mariano Fortoul con el encargo de fundar el Partido Comunista. Aurelio es arquitecto y viene de Francia, Mariano trabajó como ingeniero mecánico en fábricas de Estados Unidos. Ambos citan en sigilo a los líderes de mayor compromiso, Kotepa está entre ellos. Días de preparativos, desasosiegos, contactos, y el 5 de marzo de 1931 en un inmueble del centro de Caracas donde funciona la aparente oficina de Aurelio Fortoul, se constituye la primera célula del Partido Comunista de Venezuela (PCV). En pocas semanas viaja al país desde Colombia el húngaro-norteamericano Joseph Kornfeder, un tipo de verbo ágil y grandes orejas, enviado por el Buró del Caribe de la Internacional Comunista con el mismo objeto de crear el partido marxista-leninista venezolano, y quien porta el primigenio manifiesto de la organización a difundirse el 1º de mayo, Día del Trabajador –el mismo Joseph Zack Kornfeder que años después declarará ser agente del FBI ante una Comisión del Senado estadounidense. En solo un mes se instituyen seis células, de seguidas su cantidad se duplica y se forman comités de parroquia y fracciones en entidades gremiales (ya cuentan con 12 estudiantes y 40 obreros). Pero a finales de mayo, por causa de una delación, la policía allana la oficina de Aurelio Fortoul y detiene al grupo de dirigentes del recién creado partido. Kotepa no se salva aunque estuvo a punto de ello. Es de noche, el frío enmohece la calle solitaria, Kotepa divisa la esquina de Maturín y avanza para verificar el cuadrado con el N° 31 en signos góticos, de repente emerge de las sombras un rostro que Kotepa conoce, es el de un esbirro –de pajilla y lentes– que se cree escritor. "¿Cómo estás?", saluda Kotepa para demostrar serenidad, y el hombre en afán de alertarlo le responde "Por aquí, colega, las vainas no están muy buenas", Kotepa soslaya la advertencia y entra a la reunión. Cuando las campanas de la Catedral indican la madrugada, un tropel de policías irrumpe en la casa y detiene a los nueve

dirigentes que están allí. La prisión de La Rotunda les reserva una larga estadía.

Kotepa no se resigna a encontrarse de nuevo en la cárcel, sujeto por los sempiternos grillos, y menos en esa mazmorra de obra circular –como una dimensión repetida y luciferina–, donde el gomecismo demuestra su barbarie. Isla de incomunicación, de comestibles ascosos, de hacinamiento, de torturas y azotes contra quienes señalen los verdugos superiores. Zona de ferocidad y desprecio, con argucias de muerte y vidrios molidos para macerar los alimentos de los reclusos. Área inmunda, área de miserables despojamientos y negocios ilegales; feudo de Nereo Pacheco, homicida y cabo de presos.

El Apamate, calabozo donde se halla recluido Kotepa junto con la treintena de presos más, tiene 8x8 metros, una sola puerta y dos ventanas cerradas que coronan tres boquetes en semicírculo. El aire fluye penosamente y la esperanza del sol se reduce a las primeras horas de la mañana. El agua parece un atributo de la escasez, y la comida del penal (“el rancho”, lo llaman) es una fétida mescolanza que repugna. La incomunicación posee categoría de mandato, los detenidos no pueden hablar con los reos de otros calabozos ni con los celadores, a menos que se dirijan a estos para tratar asuntos de orden interno. La puerta de El Apamate solo se abre cuatro veces diarias y por el tiempo imprescindible para colocar los alimentos y recoger los miasmas. Campean las enfermedades, no hay ninguna atención sanitaria, las medicinas se venden con cuantioso sobreprecio en el abasto “oficial”.

Las sanciones constituyen el perverso emblema de la autoridad y el dominio, celdas de castigo, aunque sea por poseer el delito de un lápiz para la escritura: la suspensión de las viandas de comida que proporcionan los familiares; la confiscación de ropa y colchonetas; la negativa de cartas y correspondencia; el racionamiento del agua como penalidad. Sin embargo, el aislamiento aviva el espíritu de los hombres para no sucumbir. Por ello, los camaradas crean, dentro de El Apamate, una rigurosa organización comunista, mediante comités de ideología, aseo, disciplina, provisiones y representación ante el alcaide carcelario, con reglas estrictas y un orden férreo, quizás la única manera –y así lo confirmará Kotepa después– de no enloquecer, morirse de quebrantos físicos o entregarse a la mengua. Todo se discute en asamblea, todas las nimias pertenencias

son propiedad colectiva, los líderes son designados por votos mayoritarios, cada quien aporta sus conocimientos a través de charlas y conferencias, los materiales y libros ocultos se rotan para su lectura e intercambio de opiniones. Las ideas traspasan las murallas y las aldabas, no existen tiranos que puedan con la fuerza del raciocinio.

Los avatares y angustias no faltan, tampoco los ardidés frente a la calamidad. Kotepa recibe las continuas visitas de la tía Juana, vetusto personaje de Gorki que ha migrado su residencia de Barquisimeto a Caracas para llevarle viandas alimenticias y, además, para burlar las prohibiciones penitenciarias, pues los envases de comida tienen un doble fondo donde se insertan esquelas, misivas y noticias, pero los gendarmes de turno confiando en el aspecto inocente de la tía Juanita, le franquean el paso sin mucha revisión. Los reclusos emprenden diversas tácticas comunicativas mediante golpes cifrados en la pared para dialogar con los presos de otras celdas, como acostumbraba Edmundo Dantés en el Castillo de If, o bien formando palabras y oraciones con hilos de coser entre los dientes de un peine, según arduos métodos de indicación de vocales y consonantes (peines-telegramas que hacen llegar al resto de los detenidos por medio del pago de tarifa a algunos guardianes). Kotepa es el más flaco de todos los reclusos y posee unos tobillos diminutos, circunstancia que aprovecha para zafarse los grillos con movimientos de faquir y el respaldo de los demás por su proeza de desobediencia. Kotepa conserva la avidez por el cigarrillo, pero no siempre los cautivos logran obtenerlo a causa de las férreas prohibiciones, y viene el síndrome de abstinencia, las ganas indómitas, el delirio del humo; y entre nubes gaseosas los adictos nicotínicos observan los algodones de un colchón, y alguien propone que se los fumen en pipa, y enseguida aparece la magia de un cachimbo de madera para que la feligresía de viciosos empiece a calmar sus ansias hasta el total finiquito del relleno (allí principian el enfisema de Kotepa y la asfixia para su tumba). Kotepa toma notas mentales de lo que sucede en El Apamate, y luego escribe y describe los hechos: la locura estridente e insomne del reo Pacheco Arroyo y la muerte de Manuel Lorenzo Maldonado, después de 33 ataques epilépticos en tres días sin atención clínica ni suministro de medicinas.

La diligencia internacional a favor de los presos políticos venezolanos logra que el grupo de comunistas detenidos salga

de La Rotunda (¿o sería quizás por una inescrutable artimaña de Gómez?). Se dice que el alcaide recorre los calabozos preguntando quiénes son los comunistas, y los de mayor malicia callan ante la perspectiva de redobladas torturas, sin saber que la interrogación tiene por objeto liberarlos. Kotepa, siempre fiel a la verdad, confiesa su ideología y lo anotan en la lista para el exilio. Transcurre el mes de diciembre de 1934, ya tiene –según sus puntuales cuentas– tres años y siete meses prisionero en La Rotunda. Su tía entrega la plata para el pasaje en el vapor Astrea, y un Kotepa de ropa improvisada y pupilas inmensas desciende en Barranquilla, Colombia.

El río Magdalena es, según lo imaginaba, una sierpe oscura frente al Caribe, con barcos calmosos que remontan el horizonte y tocan músicas de vitrola; y Barranquilla, la arenosa, crecida en su ribera, exhala esencias e historias de negritud, como si fuese el centro de un mundo original. Todos los vecinos hablan al mismo tiempo, bendiciendo, maldiciendo, nombrando, gesticulando, porque la intensidad los caracteriza. Kotepa indaga por habitaciones de alquiler en un portal de cayenas florecidas, y la dueña –robusta, amable– le brinda sonrisas de afirmación. ¡Tan cerca y tan lejos que está la patria!

Sabe que en Barrio Arriba tiene una frutería Raúl Leoni, compañero de la Generación del 28, y hasta allá encamina sus pasos. Leoni expende mangos, nísperos y zapotes maduros para sobrevivir, y al ver a Kotepa lo abraza con fraternal complacencia. Luego del encuentro, se reunirán en los atardeceres para, sentados sobre cajones frutales, discutir acerca de los afanes de su país. Kotepa no se imagina que aquel Leoni de lápiz suma-y-resta encajado sobre la oreja derecha, sería presidente de Venezuela tres décadas más tarde. Hablan sin que las discrepancias los alteren, Leoni ha suscrito el Plan de Barranquilla que redactó Rómulo Betancourt (también próximo mandatario), y Kotepa no cree en revoluciones burguesas. Otros compañeros, después ministros y líderes de la nación, forman parte de la conversa.

Se le torna difícil Barranquilla y escoge Bogotá. En juego de palabras e impresiones escribe a la tía Juana: "Este exilio, este extrañamiento de la patria, hace que la extrañemos cada día más, y que nuestra tierra se engrandezca de emoción y el terruño se vuelva una inmensidad de recuerdos, una nostalgia imperecedera". Apila montañas de libros, lee a Marx y Lenin,

a Eça de Queiroz y Leónidas Andreiev (el creador de Sacha Yegulev), a Dostoievski y Calderón de la Barca, y con especial admiración y efusividad a Simón Bolívar, su héroe profundo.

Las noticias arriban a Colombia como encandilamientos de ilusión. Entre los exiliados se corre el rumor de que el general Gómez está gravemente enfermo y que no aguantará mucho tiempo más. Cada quien, según sus anhelos, proporciona datos fidedignos y de primera mano: "Mi familia lo supo a través de un coronel del ejército"; "es cuestión de horas"; "en Miraflores se redobló la vigilancia". Ante los pronósticos, los desterrados resuelven juntarse en la ciudad fronteriza de Cúcuta para cruzar la línea limítrofe cuando se confirme el deceso del dictador. Kotepa deja Barranquilla y se les une. El 17 de diciembre de 1935 truena la buena noticia luctuosa y los exiliados atraviesan las alcabalas y llegan a Venezuela. Es día memorable y de fastos, Juan Vicente Gómez partió para siempre. En San Cristóbal, los funcionarios del gobierno, esmeradamente benévolos, les ofrecen vehículos para que regresen a Caracas; Kotepa y Juan Bautista Fuenmayor, desconfiando de tanta indulgencia, aceptan el transporte pero se bajan en el camino, toman el tren hasta Encontrados y de allí un barco que los traslada a Maracaibo. Tenían razón en la malicia, pues al resto de los compañeros los detienen antes de arribar a la capital; el régimen de Eleazar López Contreras, albacea del gomecismo, tardará en entender la democracia.

Ya en el Zulia –estado con el mayor número de proletarios y asiento raigal de la industria del petróleo–, Kotepa y Fuenmayor, junto a otros camaradas, fundan núcleos del Partido Comunista y los iniciales sindicatos obreros, se mueven entre la penumbra de la clandestinidad con nombres de anonimía para que la policía no los detecte, escriben llameantes panfletos y sesudos informes políticos, se confunden con la masa de trabajadores (según las enseñanzas de Vladimir Ilich), insertan artículos en el semanario *Petróleo* –concebido por ellos como vehículo de rebelión y propaganda–, aglutinan a estudiantes y asalariados, irradian las ideas de Marx y Engels, se escurren de los gendarmes, en ocasiones forjan poemas. A ambos les siguen el rastro y aparecen con reseñas y fotografías en una publicación que se conoce como el *Libro Rojo*, editada por el gobierno lopecista sin pie de imprenta y donde se detalla la sedicente y "numerosa documentación que posee el servicio

secreto de investigación acerca de la realidad de la propaganda comunista”.

En diciembre de 1936 ocurre un hecho histórico que conmueve a toda la nación, se trata de la gran huelga de los obreros petroleros contra las compañías foráneas por básicas reivindicaciones (salario mínimo, agua potable, descanso semanal y jornada de ocho horas, seguridad industrial, transporte, atención médica). Kotepa y Fuenmayor comandan la lucha, al lado de otros líderes; el respaldo a las peticiones laborales es unánime, los sindicatos y gremios del país demuestran su apoyo militante; de todas partes consignan recursos económicos para los huelguistas, la radio y la prensa difunden los acontecimientos, nunca en el pretérito se había registrado una confluencia de tal envergadura contra las injusticias de las empresas extranjeras. Las partes en conflicto se mantienen inmovibles durante 37 días, las compañías no aceptan el pliego de los trabajadores ni estos levantan el paro, hasta que el gobierno de López Contreras, variando su actitud de no intervenir en la controversia, dicta un decreto de finalización de la huelga y retorno inmediato a las labores, con el escuálido incremento de un bolívar diario. No hay nada que hacer, el repliegue táctico es la consigna, vendrán épocas más luminosas.

Al poco tiempo de la huelga petrolera, el régimen disuelve los partidos políticos opositores y expulsa del país a 48 de sus dirigentes. Kotepa está entre los que “depositarán” en El Jobito, imperceptible puerto apureño en la confluencia del Orinoco y del Meta, para que de ahí pasen a Colombia. El itinerario es largo y terrestre hasta la ribera fluvial, atravesando caseríos, espesuras y llanos; y después será la herrumbre de una chalana que los deja en el confín universal. Los custodios se despiden con malos augurios y alusiones procaces, el recibimiento corresponde a los zancudos y al sofoco. Los desterrados se acuestan bajo una trama de palmas y en medio de la soledad cavilan cómo trasladarse al país de enfrente; por fin unos pescadores de anguilas y bagres les prestan auxilio y los dejan en la otra orilla.

Kotepa, luego de muchos deambulares, se topa con una Bogotá de fríos imperturbables y cachacos ceremoniosos. No tiene dinero, solo posee la dirección de un camarada cantautor que rasga la guitarra en un local nocturno: El Edén de Valledupar. Cruza esquinas y carreras, penetra en el sitio y se identifica ante el camarada que recién termina su acto. Este lo escucha

con afectuosa atención y le ofrece un trabajo que al día siguiente se concreta, venderá máquinas de escribir en plazas públicas o a domicilio. Por ello, pacta la compra por cuotas de un abrigo, estudia aplicadamente el manual de la Remington Corporation y se dispone al desafío verbal. Parte su marcha desde el barrio La Candelaria, donde ha conseguido un cuarto angosto pero pulcro, y con la máquina de escribir portátil va ubicándose en lugares abiertos para demostrar los beneficios tipográficos del artilugio móvil; o cuando las ventiscas ahuyentan a la clientela, entra en casas y comercios con la misma y decidida actitud de viandante gutenberghiano. La suerte lo asiste y pronto puede otorgarse el lujo de llamar por teléfono a Venezuela.

Aunque hace amigos y maneja los formalismos bogotanos, el exilio se le muestra como una obsesión del recuerdo meticuloso. Repasa la fidelidad de los años de infancia; explora Duaca mediante asombros y caminatas; se detiene en la estampa de los campesinos que han tomado la trayectoria de la revuelta antigomecista; vislumbra a los primos Obdulio y Asunción; se sienta en los pupitres escolásticos de La Salle; mira a su padre, a los seis niños del segundo matrimonio, y se ve –voluntarioso, quijotesco– en pos de una república distinta. La añoranza de la patria se le vuelven suplicios del alma, estrujes de corazón, y por ello determina el retorno ilegal a Venezuela.

Por sigilosos caminos verdes entra al país (sin bigotes y 10 kilos menos) y enseguida se incorpora a los trabajos organizativos de la Primera Conferencia Nacional del Partido Comunista. La ciudad de Maracay y la vivienda de un compañero sirven de asiento a la reunión; principia el mes de agosto de 1937. Kotepa y Fuenmayor retumban el criterio de que los camaradas deben militar en su propio partido y no en organizaciones policlasistas, como sucedió en el pretérito. “¡Aprobado!”, manifiesta la asamblea con determinación de autonomía; una nueva etapa comienza para el PCV.

Kotepa actúa bajo sobrenombres y cautelas, escribe, sigue leyendo y fumando con avidez, tiene agruras en el estómago, quizás se debe al desorden de horarios alterados, quizás a ese trajín de ocultamientos y tareas políticas. Sin embargo, hay un respiro en la caverna, el general López Contreras distiende el ánimo represivo y Kotepa puede sostener una vida exenta de persecuciones. En su cabeza se tejen proyectos, ideas, quimeras. Paradójicamente, retoma la práctica del

béisbol aficionado, y como es tan buen shortstop, le plantean contratarlo para la liga profesional; Kotepa sonríe y declina la oferta.

Una trilogía de esplendentes miembros de la Generación del 28 acuerda en 1941 sacar a la luz el periódico humorístico *El Morrocoy Azul*, "semanario surrealista de intereses generales"; lo integran Miguel Otero Silva, ya con novela inaugural (*Fiebre*) y un libro de poesía (*Agua y Cauce*); Carlos Irazábal, autor del primer ensayo marxista sobre el periodo de Gómez (*Hacia la democracia*); y el entusiasta y levantisco Kotepa. Lo más preclaro de la inteligencia del momento se afilia al combate jocoso, y pronto el semanario alcanza un tiraje de 30 mil ejemplares. Se trata de un gracejo de intencionalidad política, popular pero no populachero, fino en la crítica y jamás escatológico, que inicia una nueva época venezolana del humor escrito. Sus artífices son intelectuales de izquierda que dignifican la función y la autoestima del humorista, dejando atrás al prototipo bohemio, siempre a caballo entre el desborde y el decoro. Es el triunfo de hombres cultos que vuelven oficio la hazaña revulsiva del humor, como Kotepa y sus seudónimos Máximo Bluff y X Supernumerario. Cada sábado, la gente se levanta con madrugadoras ganas de leer a cuál personaje o funcionario le enfila baterías el quelonio de chistes sagaces. Lustrós posteriores, el historiador Manuel Caballero afirmará que *El Morrocoy Azul* quizás haya sido el mejor periódico de todos los tiempos venezolanos, por su nivel cualitativo, la unión de los colaboradores y la idoneidad de su administración. Y como nada es casual, de *El Morrocoy* surgen los dos diarios que revolucionarán el periodismo en el país: *Últimas Noticias* (1941) y *El Nacional* (1943).

Kotepa la ve pasar como una estela de aire ondulante, parece una reina persa o una blancura iluminada. La respiración se le altera con chispas febriles, las piernas no le obedecen, piensa en el amor definitivo y en otra vida menos incierta. Pretende acercarse, pero a la joven aparición la escolta un hombre maduro y hosco que debe ser su padre. Desde aquel hallazgo, Kotepa vuelve puntualmente a la esquina fortuita para mirarla de nuevo, y averigua que se llama Ana Senior, que se desempeña como secretaria en una empresa comercial y que el acompañante es en efecto su arcaico padre, quien practica la celotipia de llevarla al trabajo y buscarla a la hora de salida. La oportunidad de acercársele surge como una predestinación, porque el padre

enferma y no puede seguir aferrando el brazo de la hija para cuidarla; Kotepa –aprovechando la ausencia paterna– se acomoda la corbata, se aproxima a Ana y le confiesa su admiración. La joven, sin turbaciones, acepta tomarse un jugo en la chocolatería La India para hablar un rato y conocerse; ya las flechas mutuas están incrustadas. Ana cuenta una historia común, son de Puerto Cabello y se mudaron a Caracas por razones de salud del padre; para subsistir montaron una pensión de estudiantes que atendía doña Anita, la madre, pero esta adquirió un virus pancreático y murió de dolores agudísimos rogando por sus hijas. Ana se acomoda una hebra de cabello y se oye en primera persona: “Tengo dos hermanas que cursan el bachillerato, la mayor desea inscribirse en la Facultad de Derecho y la menor quiere ser médico, trabajo para que mis hermanas estudien, las tres afrontamos los deberes de la pensión. Mi padre existe en otro siglo y nos protege demasiado, pero lo hace porque nos ama”. Como don Chico Senior sigue enfermo, Ana y Kotepa se citan diariamente y los jugos de La India se transforman en un vicio de la pasión. A la vuelta de algunos meses, contraen matrimonio y alquilan una casa en La Pastora, franja de habitantes de clase media.

Kotepa fuma e imagina; no cesa de lucubrar panoramas, intranquilidades, aspiraciones. Y la consecuencia se materializa: un año después de la creación de *El Morrocoy Azul*, funda el diario *Últimas Noticias*. El capital inicial asciende a 7 mil bolívares, que han sido sus ganancias en el hebdomadario humorístico, monto que completa con 5 mil bolívares más solicitados en préstamo por su esposa Ana a la empresa donde trabaja; posteriormente se incorporan como socios igualitarios Pedro Beroes, Vaughan Salas Lozada y Víctor Simone De Lima. El periódico, tabloide de ocho páginas que cuesta un centavo y tiene como lema “el diario del pueblo”, aparece el 16 de septiembre de 1941, año inicial del ciclo democrático encabezado por el Presidente Isaías Medina Angarita.

Con *Últimas Noticias* el periodismo venezolano entra en la modernidad, dejando atrás la época de la prensa farragosa y dispersa que incluía –como en una cripta de letras– artículos de opinión, cables extranjeros, poemas y demás creaciones literarias, caricaturas, crónicas sociales, providencias de gobierno e insípidos delitos minúsculos. *Últimas Noticias*, por obra e ingenio de Kotepa, le tuerce el cuello a la inercia y pone

en práctica un modo ágil y distinto que privilegia la noticia y su información, emprende el reportero de calle y el reportero gráfico, instaura la investigación periodística, emplea titulares destacados e impactantes, se vale de la entrevista, editorializa sobre temas ciudadanos y políticos, recoge los diversos clamores de la población, apunta fallas en los servicios públicos y denuncia abusos de las autoridades, incluye notas culturales, se afina en la brevedad y usa un lenguaje asequible para el común de los lectores, convirtiéndose en precursor de las escuelas de periodismo de Venezuela y en el primer órgano que dispone de mujeres en tareas reporteriles. Entre ellas, Carmen Clemente Travieso, Ana Luisa Llovera, María Teresa Castillo y Sofía Imber.

El tabloide toma vuelo por sus méritos innovadores y su bajo precio; Kotepa dice que en Venezuela solo dos cosas cuestan un centavo: la caja de fósforos y *Últimas Noticias*. Al cabo del tiempo se coloca en la cúspide récord de los 37.800 ejemplares cotidianos (y 60 mil los domingos); la envidia enemiga lo llama "el periódico de las cocineras". El matutino tiene su fuente de ingresos en el pregón, pues resultan exiguos los avisos publicitarios (apenas 5 ó 6), y por eso un enjambre de pregoneros aguarda su aparición matutina para vocearlo en las diversas zonas de la ciudad. Kotepa advierte a los factibles anunciantes: "No vendemos espacio, vendemos circulación".

Kotepa se levanta a las cinco de la mañana, lee los demás medios de prensa y enseguida se reúne en su oficina con la plana de directivos y periodistas de *Últimas Noticias* para acordar las pautas del día, criticar colectivamente lo publicado la fecha anterior y evaluar el trabajo de cada quien. Todo allí se discute y analiza, como ocurre también en las asambleas generales de fablistanes y empleados a fin de establecer la línea del diario: praxis inigualable (y admirable) de democracia interna. "*Últimas Noticias* no es una empresa capitalista sino una empresa ideológica", reitera Kotepa.

El objetivo del periódico consiste en popularizar la información, acercarla a las masas (no a las élites), volverla vívida y dinámica; y su compromiso es con las reivindicaciones de las mayorías, el progreso democrático, las banderas del Partido Comunista y la posición de los Aliados antinazis en la Segunda Guerra Mundial.

Siempre atento a la brega de la información, no deja escapar oportunidades. El bosquejo del número preliminar coincide con

la muerte de Nereo Pacheco en el Hospital Vargas. Los fotógrafos del diario acuden a la sede asistencial para retratar en su lecho mortuorio al torturador de La Rotunda, pero les impiden el acceso. Kotepa no se da por vencido y solicita a Héctor Poleo, eximio artista plástico e ilustrador del periódico, que se presente en el hospital, se haga pasar como deudo de Pacheco y ya delante del occiso proceda a dibujarlo con suma discreción. El gran Poleo cumple las instrucciones (al pie de la astucia, el cuaderno y el carboncillo) y "retrata" a Pacheco. De esta forma, el primer número del tabloide contiene "la fotografía" del verdugo gomecista, sin que los lectores noten el ardid. Repetidas veces los reporteros policiales conmueven al país con sus pesquisas y el tratamiento sensacional de la noticia, como es el suceso del bachiller Vallée Mediavilla, joven estudiante de Medicina asesinado por mantener supuestas relaciones amorosas con una dama de la alta sociedad caraqueña, esposa de un ilustre vecino de la entonces muy selecta urbanización El Paraíso; o el acontecimiento de la Pachini, una mujer que se viste como hombre, trabaja como camionero o albañil, y se casa con otra mujer en la Jefatura de La Vega sin que el respectivo funcionario se percate de que ambas son del mismo sexo (la cola de ávidos lectores dice "dame cuatro pachinis, cinco pachinis", en lugar de *Últimas Noticias*). Informaciones veraces y audaces, con gráficas alusivas, sorprendentes para un público no acostumbrado al pleno abordaje de los temas noticiosos.

La conexión del matutino con la base de lectores no tiene límites. Escenario de época: octubre-noviembre de 1944; evento: votación popular para elegir a la reina de la VII Serie Mundial de Béisbol Amateur que se desarrolla en Venezuela; elemento de excepcional transcendencia: convocatoria, por parte de los organizadores, a un sufragio directo, universal y secreto de los mayores de 18 años, sin distinción de sexo o grado de instrucción; mensaje simbólico: coincidencia con el anhelo ciudadano porque hasta el momento solo votan los hombres mayores de 21 años que sepan leer y escribir, y ello nada más que para escoger a los integrantes de los Concejos Municipales; opositoras: Oly Clemente, con mansión en el Country Club e hija del secretario del Presidente Medina, y Yolanda Leal, maestra normalista del barrio Monte Piedad. Esta elección que implica la primera campaña electoral en el ámbito de toda la República, es tomada como un enfrentamiento de clases (burguesía contra pobrecía).

Cada medio de comunicación manifiesta su preferencia por una de las aspirantes, y *Últimas Noticias* apoya a Yolanda Leal y se convierte en el motor de "la candidata del pueblo". Hay mítines, marchas, desfiles, y los ánimos se caldean cuando un locutor de radio proclama: "¡Oly Clemente para la gente decente, Yolanda Leal para la gente vulgar!". El eslogan resulta a favor de Yolanda, porque la gente pobre colma los estadios y teatros donde se realiza el sufragio y le consigna su respaldo en las urnas. Inmediatamente después del escrutinio, la reina se dirige a la sede del periódico para saludar, desde un balcón, a los miles de partidarios que se han congregado en las inmediaciones. ¡El triunfo es de Yolanda Leal y de *Últimas Noticias*! (el siguiente año, el Congreso estatuye el voto femenino aunque restringido a escala de los municipios).

Kotepa no cesa de idear modos novedosos para que crezca la venta del tabloide: sección de cartas de los lectores, oferta gratuita de empleos, turnos de farmacias, cupones de solicitud de viviendas gubernamentales, rifa de un automóvil mediante el serial que va impreso en cada ejemplar; certamen del "aviso equivocado", con recompensa de 10 bolívares para la persona que encuentre el error; concurso para premiar con un viaje de ida y vuelta dentro del país (y también la colección de obras de Rómulo Gallegos) a la mejor noticia del mes que envíen los lectores por "carta, telegrama, telefónicamente o de viva voz", advirtiéndoles –como en una cátedra de periodismo– que toda información sobre un suceso debe aludir a: 1) ¿Quién lo hizo?, 2) ¿cuándo lo hizo?, 3) ¿dónde lo hizo?, 4) ¿cómo lo hizo? y 5) ¿por qué lo hizo? Cuentan que en ocasión de la rifa del automóvil, se halla en Caracas Mario Moreno "Cantinflas" para promocionar su última película, y a un directivo de *Últimas Noticias* se le ocurre invitarlo con el fin de que haga entrega del trofeo. Cantinflas acepta, dado el gran prestigio del periódico, va a la festividad premiatoria que se realiza en un restaurante de la capital y, después del brindis y de extenderle las llaves del automóvil al ganador, se larga con uno de sus habituales discursos "cantinfléricos". Aplausos y otro brindis. Kotepa pide la palabra para responder la intervención del cómico mexicano, y acto seguido –evocando sus humores morrocoyunos–, improvisa un discurso tan "cantinflérico" como el de su predecesor. Mario Moreno, abismado por la elocuente imitación, lo abraza y

le dice: "¡Señor cuate Kotepa, lo contrato desde ya para mi próxima película!".

El golpe de Estado de octubre de 1945 que derroca al general Isaías Medina Angarita impone una Junta de Gobierno regida por Rómulo Betancourt; después habrá una Constituyente y en elecciones posteriores se escogerá a Rómulo Gallegos como presidente. No soplan vientos beneficiosos para Últimas Noticias, comunista y medinista, y las circunstancias se enlazan en su contra. Con los dividendos que ha generado el diario, Kotepa planifica fundar uno similar en el Zulia y para ello la sociedad anónima periodística compra una rotativa (sociedad ahora compuesta por Kotepa, Vaughan Salas y Miguel Ángel Capriles), con la pésima ventura de que la dislocada máquina imprime los ejemplares en forma borrosa e ilegible. El proyecto naufraga y *Últimas Noticias* queda con una deuda de 200 mil bolívares. Lo demás son triquiñuelas de muchos costales para despojar a Kotepa del periódico: cobro compulsivo de ese débito y de un crédito oficial por suministro de papel; argucias rufianescas del socio Capriles; notoria parcialidad e interés político de los jueces; artimañas del gobierno y de Acción Democrática ("y del Departamento de Estado norteamericano", agrega Kotepa). Rematan *Últimas Noticias* por un precio irrisorio, aunque el solo nombre de comercio vale millones, y al final cae en manos de Miguel Ángel Capriles, que traza líneas antípodas a las de Kotepa; la mayoría de los antiguos periodistas renuncia en señal de inconformidad.

Otro golpe de Estado (¡perversión del atraso nacional!) depone a Gallegos e instauro un régimen militar que encabezan, en lapsos sucesivos, el coronel Carlos Delgado Chalbaud, un títere civil y el general Marcos Pérez Jiménez. Kotepa se aísla en la modesta casa de La Pastora, mientras medita sobre el rumbo a seguir; ya no tiene el periódico y tampoco militancia en el Partido Comunista porque discrepa del grupo dirigente. A su esposa Ana, que ha adquirido temple de lucha en la Agrupación Cultural Femenina y como candidata a la Constituyente del 46, no le atemoriza la adversidad y por ello se emplea de nuevo para cubrir las obligaciones hogareñas y las exigencias de dos pequeños hijos (Igor y Franzel).

Los genes del padre transmiten a Kotepa la asidua e íntima vocación por los inventos: contraluz ciego, galimatías del sueño, paradojas de la realidad. Cada día se levanta como si fuese a

cumplir labores en *Últimas Noticias*, se viste con uno de sus seis trajes de dril y la corbata y los mocasines que corresponden, acude al patio donde están los trastos viejos y la guacamaya joven, y aborda la faena invencionera: un multígrafo que imprima a color. Poco a poco, monta una armazón de hierro semejante al artefacto original, concibe una almohadilla de esténcil para encajarla en los bordes, alinea y dispone las tintas de diversos colores, introduce el papel, utiliza una manivela de tracción en vez de corriente eléctrica, y ensaya sucesivamente la misma técnica errónea sin hallar su causa. Cada día, todos los días. La guacamaya observa cómo Kotepa va manchando de tiznes los trajes de dril hasta quedarse sin ninguno. Ana protesta por lo bajo, pero no percibe que el afán del "inventor" apenas comienza.

Los esbirros de la Seguridad Nacional, policía política de la dictadura perezjimenista, descienden de la furgoneta negra que los identifica y allanan la casa. Preguntan por nombres conocidos y actividades desconocidas. Kotepa y Ana les responden con agria frialdad; nada temen porque carecen de vinculaciones subversivas, aunque cualquier ligereza podría conducirlos a prisión. Los esbirros revuelven todo y se esmeran en los libros de la biblioteca, pero como su conocimiento universal es mínimo (para no decir que ninguno), los tiran al suelo sin precisarlos. Les suenan Lenin, Marx o Engels, pero no están muy seguros. En tropel, abandonan el domicilio, y uno de los policías –quizás el jefe de la comisión– brama entre dientes: "¡Por hoy se salvaron, ojalá que la próxima vez tengan la misma suerte!". Kotepa y Ana, desde la puerta, los ven partir en su temible cascarón oscuro, y corren a esconder los libros comunistas en cualquier sitio recóndito (el entresijo de la cama matrimonial o una alacena disimulada). La requisita, como un calco del terror, se repetirá en diversas ocasiones sin más consecuencias.

Los hijos del matrimonio crecen con el entrañable apego de los padres. Kotepa cumple el precepto de nunca infligirles castigos físicos y por eso aplica métodos robinsonianos para despertarles –y estremecerles– el entendimiento. Uno de ellos es "la sanción" de elaborar resúmenes de libros o redactar composiciones sobre cualquier materia (los amigos; el colegio; los juegos; el barrio...), variando su número según la gravedad de la falta: tres resúmenes librescos, por ejemplo, si el niño Igor se levantó tarde para ir a clases; cuatro composiciones acerca

de temas varios si Franzel le respondió incorrectamente a la madre. Y ello al lado de una vigorosa motivación por la lectura: fábulas, cuentos tradicionales, relatos fantásticos, y de sugerentes pláticas en torno al ser humano y su camino de milenios. Después, los acertijos cultos, como adivinar personajes famosos en un mínimo de preguntas o postularle al invicto Kotepa el mismo pasatiempo adivinatorio pero utilizando el Diccionario Larousse. Y todo en medio de la biblioteca y su árbol de páginas éticas.

El tiempo de dictadura es lento y oprobioso, los ciudadanos se expresan casi en silencio porque las paredes oyen y no se sabe quién puede delatarlos. Los opositores no encuentran trabajo, a menos que se acojan a las banderías del gobierno; la existencia se desdobra en rumbos dispares, la bonanza para los acólitos del régimen y el cerco, la muerte, la prisión o el exilio para los adversarios. Ley del pánico, norma de los déspotas. Kotepa, aunque no se integra a las acciones clandestinas, mantiene incólume su posición política y su ideología marxista, y por ello se le dificulta la prosperidad de la supervivencia. Además, como tiene demasiados ideales para emprender negocios de capital y desecha todo género de plusvalía, fracasa en diversos proyectos: una agencia publicitaria, un catálogo de ventas por correspondencia y un sistema de avisos clasificados para los periódicos, aparte de una revista que funda junto con el pintor Luis Alfredo López Méndez.

Kotepa recuerda y se ilumina de sonrisas: "La agencia de publicidad quebró por falta de clientes, y me llevé a la secretaria y al mensajero para mi casa porque no quería despedirlos. Al cabo de una semana, se cansaron de no hacer nada y me dijeron 'Gracias, señor Kotepa, por su buena intención pero buscaremos otro empleo'. Yo quería elaborar un gran catálogo de ventas contra reembolso, igual a los que hay en los países desarrollados pero de precios baratos, mas cometí la equivocación de reunir a un grupo de compañeros sin trabajo para que me ayudaran en la tarea. Aquello no resultó, pues ninguno de nosotros tenía criterio lucrativo y nos la pasábamos todo el día hablando de política. Y el esquema lineal de los avisos clasificados, ahorrador de espacio tipográfico, no tuvo éxito porque pretendí vendérselo a los periódicos y ellos estaban interesados en lo contrario, o sea, en no ahorrar espacio; quizás fue una equivocación filantrópica de mi parte. Lo de la revista es otro

cuento: deseaba forjar un magacín como los de Italia, que tuviese una ilustración en la portada acerca de un tema llamativo y vigente; y al final, comenzando por la contraportada, un periódico humorístico. La parte sería de aquel órgano palíndromo se denominó *Actualidades*, y la parte jocosa *El Gavilán Colorao (un periódico pío pío para lectores tao tao)*. La publicación no duró muchos números porque tampoco en este caso tuvimos respaldo de los anunciantes”.

Kotepa recibe el atado de cartas que le envía uno de sus hermanos. Cartas amarillentas con olor a pretérito perfecto, cartas que le producen inquietud en el espíritu, misivas de signos elocuentes, mensajes con destino. Kotepa las coloca en una gaveta y las deja reposar, siente miedo de desenvolverlas para otorgarles lectura. Algo misterioso se oprime. Por fin se decide, no hay más rodeos. Las cartas, como un prodigio de otra dimensión escritural, son entre Albert Einstein y su padre Francisco. Kotepa desfallece, imagina realidades, concibe pasajes verídicos: el viejo Francisco ha conseguido las señas y la dirección de Albert Einstein y le ha escrito a Princeton, Estados Unidos, los dos hombres jamás se han visto, no se conocen ni por confusiones del mapamundi, entonces Francisco, el viejo Pancho, le cuenta desde Duaca, desde una microscópica mancha en la geografía, que pretende inventar el movimiento continuo mediante un aparato que se mueva con su propia energía, y Einstein lee la carta, a miles de kilómetros de aturrida distancia, y se conmueve sin saber por qué, o sí lo sabe y se le trasluce en lágrimas; sabe que un hombre de un país lejano ha gastado su existencia en algo obsesivo e inútil como el movimiento perpetuo, y le responde en un inglés de cordialidad intachable que según la Primera Ley de la Termodinámica encara un imposible porque la energía no puede crearse ni destruirse, únicamente transformarse, y el viejo Pancho –lejos de temores– le contesta al sapientísimo Einstein que está equivocado y resuelve proseguir hasta el fin del mundo y de los días con sus tercas entelequias. Kotepa lee y relee la correspondencia y le parece increíble que haya existido un quimérico eje de letras entre Duaca y Princeton, lo considera como una premonición y jura sobre un puño de cruces abstractas que seguirá el artificioso camino del padre muerto, aunque mal hablen de insanas corduras y amargos desequilibrios. ¡La suerte está echada, les *jeux son faits!*

Las desavenencias entre Ana y Kotepa se apoderan de la vida en común. El disturbio matrimonial crece como una revuelta contra el antiguo afecto, las palabras conculcan su sentido originario y se transforman en peñascos fríos o en réplicas de irritación. Los esposos pactan treguas de armonía y ensayos de cordialidad, pero nada resulta, la cuenca del amor se ha extinguido; en consecuencia, se separan y fijan viviendas distintas, aunque nunca optarán por un divorcio legal. Los hijos Igor y Franzel, con sus bultos y sus uniformes de escuela, empiezan a compartir los dos hogares en una suerte de nómadas del cariño.

La dictadura del general Pérez Jiménez tiende a resquebrajarse. El 1° de enero del 58, aviones de guerra surcan el cielo de Caracas como parte de un sorpresivo golpe de Estado que el dictador abortará. Sin embargo, el cauce de la protesta frontal se ha abierto y principian manifestaciones en las calles, pastorales en las iglesias, sedición de estudiantes, proclamas de escritores y artistas, revulsiones clandestinas. El gobierno, tambaleante, agudiza la represión y efectúa cambios superfluos en altos mandos burocráticos. Suena el teléfono en el apartamento de Kotepa y contesta la llamada un sobrino. "Kotepa no se encuentra, ¿quiere dejar el mensaje?", "Dígale, por favor, que es Laureano Vallenilla y que me interesa mucho hablar con él, gracias". Cuando Kotepa arriba a la casa, el sobrino le informa que telefoneó un guasón identificándose como el Ministro del Interior, y que él se burló y le cerró el teléfono. Kotepa lo regaña: "¡Muchacho páñfilo!, ese en verdad es Laureano Vallenilla Planchart, compañero en la época de Medina, algo de gran importancia desea transmitirme". Por fortuna, Laureanito, como lo mientan, vuelve a llamar y después del correspondiente saludo, le advierte: "Kotepa, tengo información de que te buscan para ponerte preso, toma tus medidas, adiós". Kotepa le da las gracias, sabiendo que la orden emana de la central represiva dirigida por el propio ministro, y con calma deposita en un maletín su infaltable almohada y algo de ropa para ir al hotel donde suelen hospedarse los larenses. A los días, sin plata y convencido de que ya no lo detendrán, resuelve volver a casa.

Las 12 del mediodía del 21 de enero, con repiques de campanas en las iglesias y concentraciones públicas. Kotepa y sus hijos Igor y Franzel, de 15 y 12 años respectivamente, se levantan temprano para acudir al punto de reunión en el centro de Caracas, y cuando inician los preparativos suena el timbre del

apartamento. "¿Quién es?", inquiera Kotepa detrás de la puerta; "¡Abra, es la Seguridad Nacional!", ruge una voz e ingresan tres esbirros, torvos y arquetípicos, que preguntan por Francisco José Delgado. "Soy yo", dice Kotepa. "Está detenido, acompáñenos", anuncia la misma voz de antes; y Kotepa, en un sereno desplante, contesta: "Esperen porque voy a bañarme y arreglarme". Los esbirros escudriñan todo en procura de indicios comprometedores y amenazan a los lívidos adolescentes con un arma que estos jamás olvidarán. Kotepa, después de tardarse el máximo tiempo posible, casi conmina a los policías: "Estoy listo, vámonos". Los dos chicos, igual que en un dramático climax de novela soviética, exclaman: "¡Papá, pórtese como un hombre!".

Kotepa es arrojado a los sótanos de la Seguridad Nacional. Hay cientos de presos, algunos de última hora porque el nerviosismo del régimen no discrimina a sus enemigos. Kotepa ubica caras reconocibles y saluda con solidaria tensión, los cautivos entonan el Himno Nacional y a cada momento aparecen nuevos detenidos que muestran la laceración de las peinillas. Los gendarmes circulan por los pasadizos y amenazan con disparar sus ametralladoras contra quienes están entre rejas. Se escuchan, afuera, descargas de artillería y rugido de aviones; desde el edificio responden fuegos sin continuidad. Los presos se amotinan y destruyen los cerrojos, circula la buena noticia de que cayó el gobierno. El pueblo, rodeando la ergástula, aguarda por el embate definitivo del ejército insurrecto y trata de reconocer a los esbirros que disimuladamente pretenden el escape, para allí mismo lincharlos. Cuatro o cinco que salen, mezclados entre los presos, mueren por la iracundia de la masa, a golpes, patadas y desmembramientos. Kotepa franquea las puertas y como tiene escasos días de detención y carece de barba, lo confunden con un esbirro y empiezan a aniquilarlo. Cuando solo espera la fatalidad, un colega recién liberado grita: "¡Basta, déjelo ya, él es de los nuestros, es Kotepa Delgado!". Y ante la angustiada intervención, los linchadores prestamente lo sueltan y comienzan a gritar "¡Entonces que viva, que vivaaaa Kotepa Delgado!".

Pérez Jiménez huye del país en la aeronave presidencial y lo reemplaza una Junta Cívico-Militar que pronto convoca a elecciones. Rómulo Betancourt obtiene el triunfo y gobernará Venezuela durante un quinquenio de represión y desmesura contra la izquierda. Período de ofensivas castrenses y ataques guerrilleros, lapso de agitación y violencia, como en la

mayor parte de Latinoamérica, fase de enfrentamientos y persecuciones, ardua confrontación ideológica entre capitalismo y socialismo. Kotepa presta asesoría política y periodística al *Clarín*, un diario encabezado por Luis Miquilena y José Vicente Rangel que combate acerbamente al gobierno de Betancourt, y con el respaldo de su rotativa funda el semanario humorístico *La Pava Macha*, "un periódico que dispara primero y averigua después".

En torno a *La Pava Macha* y sus dardos ácidos, beligerantes e ingeniosos, se congrega un admirable grupo de antiguos y noveles humoristas y caricaturistas (Kotepa, Aníbal y Aquiles Nazona, Claudio Cedeño, Pedro León Zapata, Manuel Caballero, Régulo Pérez, Luis Britto García, Jaime Ballestas "Otrova Gomás", Rubén Monasterios, William Castillo, e Igor que acompaña a su padre). Cada semana, más de 100 mil lectores aguardan ansiosamente la edición para ver el sarcástico fotomontaje de la portada, reírse con el lustre de sus ponzoñas y compartir la burla antigobierno (los enemigos del periódico dicen que constituye "el brazo humorístico de la insurrección"). De *La Pava Macha*, y por obra y gracia de Kotepa, se originan ocurrentes publicaciones (*La Sápara Panda*, *El Infarto*), cuyo calibre agrega a otros insignes colaboradores. La reunión semanal y democrática de los humoristas para juzgar el material a publicarse es una especie de rito sagrado de la inteligencia, de verbena hilarante, de agudísima *kermesse*, donde afloran la picardía cultural y política, las remembranzas históricas, las honduras del arte, los juegos de palabras.

Raúl Leoni sucede a Betancourt en la Presidencia de la República. Las confrontaciones no cesan, y el mismo grupo se ocupa de inquietar al poder con las saetas del gracejo. El doctor Leoni, disgustado por las críticas sarcásticas del correspondiente hebdomadario (entre ellas, las que derivan de su equívoca pronunciación de las palabras), le exige al doctor Raúl Valera, Gobernador de Caracas, abogado y cuentista, que cite en el despacho de la gobernación a los responsables del periódico, con el objeto de solicitarles que moderen el tono y el énfasis de las fustigaciones. Kotepa recibe la notificación, y como se niega rotundamente a cumplirla, otros de los compañeros asisten. El doctor Valera, un tanto apenado por la desagradable encomienda, les transmite a los humoristas la solicitud del Presidente, y estos responden que nada pueden prometer. Al enterarse,

Kotepa se molesta con Leoni, su amigo del 28 y de diálogos barranquilleros, porque estima el hecho como una inadmisibles amenaza a la libertad de expresión y de prensa.

Por circunstancia casual, Kotepa, peatón eterno, atraviesa un costado de la Plaza de El Silencio, mientras el presidente Leoni se dirige en su limosina oficial hacia el Palacio de Miraflores. Leoni, cuando lo reconoce, ordena al chofer que detenga el automóvil, baja el vidrio y lo llama para saludarlo: "¡Kotepa, Kotepa!, ¿cómo estás?". Kotepa lo mira con displicencia y, sin contestarle, da media vuelta y sigue su camino.

Vivir en pensiones, más que un modo de hábitat aislado y gregario a la vez, es para Kotepa la característica de la trashumancia. Con sus libros, una maleta desarreglada y sus "hierros" para la invención del movimiento perpetuo, cambia o alterna los albergues. Quiere resumirse en la soledad del pensamiento, leer sin prisas, revisar hasta la saciedad las Leyes de la Termodinámica y escribir con paciencia. En cada sitio lo acogen propietarios y huéspedes, y Kotepa –personaje ilustre de las memorias de país– forma parte de las tertulias cotidianas y cada quien le consulta graves cuestiones o simples dudas. "Kotepa es el Voltaire de la Pensión Cantaclaro", afirma el poeta Luis Alberto Crespo. "¡Vayamos a una reunión con Kotepa en la Pensión Guánchez!", proponen los líderes del descontento. "Kotepa es un auténtico pensionado", satirizan los humoristas. La Pensión Cantaclaro se halla en el este parroquial de Caracas (hoy derribada por tractores anárquicos), y la Pensión Guánchez está a escasos metros del mar de Macuto: Kotepa sale de la Pensión Cantaclaro ("la Chanteclair", dice él en francés picaresco), camina por una sinuosidad de calles y esmog, habla con el expendedor de cigarrillos o el mesero del café, se sienta en un banco de molición común, absorbe la ciudad; Kotepa saca a pasear su enfisema por el malecón de Macuto, ahí respira sin dificultad de bronquios, otea el horizonte y las rayas del porvenir, y como es casi abstemio solo se concede una cerveza (después fuma, contraviniendo lo que indican los pulmones). En la Pensión Guánchez coincide con el entrañable y perenne camarada Juan Bautista Fuenmayor, quien termina su *Historia de la Venezuela Política Contemporánea*, y ambos dedican los atardeceres a hilvanar tiempos remotos. En otras oportunidades, cambia el escenario por su Duaca natal, inigualablemente diáfana, y

se aloja en casa de afectivos familiares, a poco trecho de los recuerdos y las nostalgias.

A los fines de la subsistencia, redacta programas de radio, y el año 1973 el historiador Ramón Velásquez, al frente del diario *El Nacional* y quien se había desempeñado como reportero político en la época iniciática de *Últimas Noticias*, le ofrece colaborar cada semana en el periódico que dirige. Dos columnas sucesivas “¡Qué tiempos aquellos!” y “Escribe que algo queda” marcan un hito en el periodismo de opinión venezolano, y hacen de Kotepa –según los sondeos– el columnista más leído de la prensa del país.

Algunos seguidores de sus artículos, impresionados por la juventud de los mensajes kotebianos, preguntan: “¿Quién es ese muchacho que se llama Kotepa?”, y se abisman al conocer la identidad de un longevo de mayores calendas. La obra periodística de Kotepa, bien en serio, bien en tono de humor, sea en prosa o en verso, se caracteriza por el acento político-ideológico y la defensa de las causas populares a través de los principios marxistas, un estilo directo aunque no exento de elegancia y erudiciones, la prédica moral, la comparación de las circunstancias históricas de Venezuela, el concepto de nuestra identidad y de nuestro porvenir como nación independiente, y la persistencia en el arraigo a los valores colectivos y en la salud vital de los seres humanos.

Kotepa, desde que tiene alguna conciencia abstracta, adquiere como su padre el bienaventurado mal de la invención, y todos alrededor participan de las diarias ocurrencias. Traza dos formas de movimiento continuo: una con imanes y otra con pesos en desequilibrio, y por si fuese poco le añade un multiplicador de fuerza con ruedas excéntricas; inventa el sudodicho multígrafo a color; idea el juego de ajedrez para cuatro participantes; diseña un automóvil que tiene esferas en vez de llantas, a fin de que el frenado resulte instantáneo cuando aquellas giren sobre su eje; fragua cigarrillos con un tubo metálico donde se aloja el tabaco y un resorte que lo empuja a medida de su consunción para que el vicioso no fume tanto, y en la misma vía su ingenio plasma una pipa con filtro de algodones que evita el maligno calentamiento del humo; proyecta una carretera con pistas rodantes de alta velocidad sobre la cual se ubican los vehículos; concibe el “micro-frío” (versión contraria del horno de microondas) para elaborar hielo al minuto; dibuja

un mecanismo de gigantescas piernas con tijeretas que permiten el avance redoblado de los pasos; se empeña en elaborar colorantes para el cabello a base de cerdas humanas; imagina un nuevo estilo de libros, consistente en una caja lumínica y un rodillo donde se proyectan los contenidos tipográficos (preludio cierto de los e-books); propone la alimentación a través de distintas formas de yogurt casero ("yo gurt, tú gurt, él gurt", conjuga); le obsesiona construir viviendas expeditas basándose en módulos de madera que encajan perfectamente como si se tratase de un rompecabezas habitacional; crea un sistema de traducción de textos, colocando en la línea inmediata inferior las expresiones del otro idioma; bromista desde la antigüedad vital, esboza un aparato aéreo para atrapar zancudos fastidiosos, y forja una crema de limón que, untada en los orificios corporales, impide el ingreso de gérmenes indeseables; planea una casa auto-limpiante con grandes aspiradores internos que succionan los residuos de polvo; es el primero en ubicar espejos en las esquinas caraqueñas para que los choferes observen a quienes vengan en sentido contrario. Sabio celeste, artífice del asombro, artesano del "absurdo lógico", ilusión que se muerde la cola de la fantasía.

Kotepa escruta la prensa para elaborar sus artículos ("artículos de primera necesidad", los califica un jocosos compañero), no empieza a escribirlos sin antes encontrar el título, y cuando termina, siempre los lee en voz alta. En ocasiones, consulta los puntos delicados con sus hijos, "porque nadie está exento de deslices".

En 1974 obtiene el Premio Municipal de Periodismo, de Caracas, y con el monto del galardón viaja a la Unión Soviética y los países socialistas de Europa del Este; en 1977 merece el Premio Nacional de Periodismo y, para variar, se enrola en un grupo de profesores universitarios que visita China. Vuelve a su tierra, más convencido que nunca de las ideas revolucionarias.

No posee bienes de fortuna y jamás ha ejercido cargos públicos. Por eso pregona: "La propiedad perturba, el dinero y el poder envilecen". Sin embargo, no es de los que juran dramáticos votos de pobreza; sencillamente, altivamente, vive de acuerdo con sus irrevocables principios. En azarosa oportunidad un amigo, al verlo en limitaciones económicas, le propone que elabore algunos guiones para la TV. "¿Cuánto pagan?",

pregunta Kotepa. "Cobrarás 10 mil bolívares por entrega y son cuatro al mes", responde el compañero. "Entonces no acepto", culmina Kotepa, "porque no sé qué haría con tanta plata".

"El humor es la inmensa salvación que posee el género humano y la amistad constituye el más grande invento del hombre", afirma en medio de anécdotas renacentistas, cultura de universo, biblioteca de memoria, ciencia y humanismo engarzados a la palabra. Y no olvida ni por un momento sus utopías concretas: un mundo donde no habrá opresiones, gendarmes ni menesterosos, "ténganlo por seguro".

Un Kotepa risueño declara al entrevistador que él tiene dos hijos, uno médico (Franzel) que lo protege y otro abogado que lo defiende (Igor). A los 91 años, el enfisema carcelario se le agrava con diversas complicaciones de la longevidad, y su hijo médico lo interna en la clínica donde labora. Los galenos solo aguardan el desenlace, pero al enfermo no le han revelado su verídica situación de salud. Igor lo visita todos los días en el lecho hospitalario y una mañana de las últimas, aunque lo observa muy descompuesto, le expresa para consolarlo: "¡Viejo, te ves bien de semblante!", y Kotepa enseguida le contesta: "Es que yo no estoy enfermo del semblante, yo estoy enfermo de otra cosa".

Publica la columna "Escribe que algo queda" hasta dos semanas antes de su deceso; además, perfila una novela sobre la prisión en La Rotunda, para relatar las sórdidas condiciones de los presos de Gómez y demostrar cómo su grupo sobrevivió gracias a la estricta y solidaria organización comunista. De igual e inquieta forma, diseña un tabloide de grandes títulos y textos mínimos, especie de precursor de Twitter y los formatos digitales, que se vendería al pregón –siempre al pregón– y cuyo nombre vocea para confirmar el éxito: "¡El Rápido, El Rápido, El Rápido!".

Alguien, sin luces idiomáticas, comenta a través de un diario que Kotepa en ruso significa "hombre de hierro". No sabe lo acontecido a la hora del nacimiento:

—Se llamará Francisco José –proclama don Pancho–, Francisco como yo y José como su abuelo—. La comadrona dice para sí: "Yo lo nombraré Kotepa, es un secreto que me pertenece". Secreto hasta los soles de hoy.

Kotepa, con sus perpetuas quimeras, su nombre extraño, su pleno ejemplo y sus anhelos revolucionarios, parte hacia la infinitud el 5 de agosto de 1998.

Otrosí: Post mortem, la Universidad Centro Occidental "Lisandro Alvarado" (UCLA) crea la Cátedra Libre Humanística "Kotepa Delgado" (1999); se designa con su nombre el Ateneo de Duaca (2013); se le confiere la Orden Ciudad de Barquisimeto, en Primera Clase. La humildad de Kotepa aún se resiste a aceptar tales honores.

**UN FERVOR
LLAMADO VENEZUELA**

UN BOLÍVAR PARA EL PUEBLO

“De Bolívar se puede hablar con una montaña por tribuna, o entre relámpagos y rayos, o con un manojo de pueblos libres en el puño y la tiranía descabezada a los pies”. Quien así lo escribió, José Martí, era también libertador y murió en el empeño por serlo. Él forma con Bolívar una estrella doble, solitaria, en el cielo a donde van los libertadores que supieron actuar con honestidad, pelear con denuedo y escribir con brillantez.

Los que usan hoy a Bolívar como opio del pueblo han hecho de su culto una religión intocable, cuyos misterios gozosos, dolientes y gloriosos manejan ellos solos para provecho propio.

Duele hoy ver que la juventud no se emociona con nuestro pasado y oiga hablar de él como una asechanza más que le tiende el sistema. Escuece porque la más grande riqueza que poseemos no es el petróleo circunstancial sino la gloria indestructible de nuestra Independencia. ¿Qué otro pueblo de América puede vanagloriarse de haber traspuesto sus fronteras no para oprimir sino para libertar naciones? ¿Qué diferente acción la de Bolívar transponiendo los Andes para declarar libres a los ciudadanos oprimidos saliéndole a su paso, que la conjura, por ejemplo, de Brasil, Argentina y Uruguay cuando se unieron en el siglo pasado para diezmar a la ya pequeña población del Paraguay, postrándola casi para siempre!

Bolívar era pequeño de estatura como Lenin y Napoleón. “Ese hombre pequeño, de gorra, que viene montando en una mula, ¿ese es Bolívar?”, preguntó don Pablo Morillo cuando se entrevistaron en el pueblo trujillano de Santa Ana, meses antes de la batalla de Carabobo.

Pequeño y esmirriado, y ennegrecido por el sol de las batallas, pero con la cabeza mejor organizada que haya tenido la América. Como político asombró porque supo derrotar a todos los políticos aprovechadores; como guerrero hizo morder el polvo a los ejércitos españoles; como intelectual admira el caudal de conocimientos que tenía este discípulo del enciclopédico Simón Rodríguez. Escribió bellas cartas y proclamas en un castellano nuevo y fogoso como sus ideales; supo redactar páginas poéticas y desempeñarse como crítico literario al enjuiciar el Canto que en su honor escribiera Olmedo, el alto poeta

americano. De no haber sido Libertador hubiese sido un Andrés Bello de estilo más límpido y fogoso.

A cuatro grandes hombres debemos el puesto intelectual que la pequeña Venezuela ocupa en el mundo: Bolívar Libertador, Miranda Universal, Simón Rodríguez honesto pedagogo y Andrés Bello "el hombre que lo sabía todo" (según Cecilio Acosta), pero que desertó de nuestra nacionalidad.

En estos 200 años del nacimiento de Bolívar, todos los mandatarios del norte y centro de Sudamérica han sido bolivarianos; desde Páez que lo negó tres veces hasta Herrera Campins que lo proclama cien. Gómez se las arregló para nacer y morir el mismo día que Bolívar y hasta hubo un poeta español, Francisco Villaespesa, el cantor de *Abén Humeya*, que le vendió un libro con esta dedicatoria: "Homenaje de mi tierra a esta tierra feroz a quien Bolívar dio las glorias de la guerra y vos, señor, le diste las glorias de la paz". ("¿Cómo pudiste de tu honra en mengua dedicar tus canciones ¡Oh poeta! a un ignaro cacique analfabeta que aún desconoce nuestra hermosa lengua?"; gritó indignado el general Rafael María Carabaño, poco antes de ir a morir en una *ergástula gomecista*).

Se inicia este mes de enero el año supremo de la demagogia bicentenario en los países bolivarianos; por algo todos ellos, con raros intervalos, han estado gobernados por Franciscos de Paula Santander. Un Bolívar para el pueblo solo hubo cuando los campesinos venezolanos, casi descalzos, se fueron por América con su general a cambiar sangre por libertad. Regresaron desarrapados y hambrientos y acabaron de perder la esperanza cuando les mataron a Ezequiel Zamora. La mayor parte de los que ganan menos de Bs. 1 mil 500 mensuales, según el presunto último censo, son hijos de aquellos desheredados del campo que una vez hicieron gloriosa nuestra historia.

El Decreto Bicentenario reglamenta una justa más religiosa y militar que patriótica; así solían celebrarse las efemérides en tiempos de Clemencia, la reina de los juegos florales en los fines de la Edad Media. Entre las obras a inaugurarse, están en Margarita: el Canódromo, la Gallera Monumental y el Teletrack que aún no sabemos qué pueda ser.

Con los respetos debidos a su alta investidura, no creemos que el doctor Herrera Campins, tan cuestionado en la población, sea la persona indicada para pronunciar el Discurso de Orden en un día de tan solemne unanimidad. Tampoco nos parece

acertado llevar en esa fecha oligarcas al Panteón Nacional: el dibujante Carmelo Fernández, sobrino del general José Antonio Páez, el primer antibolivariano que tuvo Venezuela; el pintor Martín Tovar y Tovar, doblemente godó, y el escritor Aristides Rojas, hermano del Marqués de Rojas y ancestro de la familia Boulton (con perdón de Alfredo Boulton, que ha dedicado su vida a causas encomiables).

¿Por qué en vez de esos señores no llevaron al Panteón Nacional a Rafael Arévalo González y a Pío Tamayo, dos gloriosos venezolanos que enfrentaron la muerte durante largos años en las cárceles de Gómez para cumplir fielmente el postulado bolivariano de ser libres o morir? ¿Por qué las dos madres adoptivas de Bolívar, tan tiernamente evocadas por él, la Negra Hipólita y la Negra Matea, esclavas, no recibieron ni siquiera una mención honorífica de este "gobierno de los pobres"? ¿Por qué se olvidó a los campesinos de la gesta emancipadora?

Somos bolivarianos por casi innata convicción; no ignoramos que Bolívar pertenecía a la clase terrateniente, pero también sabemos que lo sacrificó todo por la libertad de su América. Terminemos esta loa con la frase ya ritual y bella del peruano José Domingo Choquehuanca: "Con los siglos crecerá vuestra gloria como crece la sombra cuando el sol declina".

DIARIO *EL NACIONAL*, "ESCRIBE QUE ALGO QUEDA".

NACIDO PARA PELEAR

Hace 91 años puso fin a sus andanzas terrenales ese hombre extraordinario que se llamó Antonio Leocadio Guzmán. De sus 88 años de vida, más de 60 los dedicó a la lucha, digamos que implacable, contra la oligarquía conservadora. Por esa lucha fue él, quizá, el más grande forjador de nuestra nacionalidad moderna. Él acaudilló el primer partido popular de Venezuela; él fundó el primer gran periódico de masas; él animó y dio bases a la más grande revolución que registra nuestra historia: la Revolución Federal.

Fue un hombre vital, pleno de talento, ambición y audacia, y con una cultura no muy profunda, pero suficiente para no dejarse ningunear por los Juan Vicente González, Fermín Toro y demás capitolos sabios del conservatismo. Mezcla de Guzmán el Bueno y de Guzmán de Alfarache, este Leocadio era capaz de lo más sublime y de lo más detestable. Fundador de *El Venezolano*, el primer gran periódico progresista, solía decir que "el papel lo aguanta todo".

Inspirador de la Federación, manifestó en una oportunidad que había escogido la federación porque los otros se llamaban centralistas: "si los otros se hubieran llamado federalistas, nosotros hubiésemos escogido el centralismo". Con pasión y altruismo, este oligarca liberal defendió a los esclavos y oprimidos. Con insana ambición, este personaje de Mateo Alemán dedicaba todos sus momentos a ver cómo lograba que el Perú pagara a él y a su familia el millón de pesos que una vez ofreciera al Libertador.

Era hijo de un oficial español de mediana graduación y su madre era conocida como la tiñosa. Pero eso no fue un obstáculo para él; hizo poner en su despacho el retrato de una hermosa mujer y lo mostraba a todos como el retrato de su madre. Y se llevó para su casa, como esposa, a una pariente de Bolívar. Si tuvo una madre anónima y muy complaciente con los soldados, tuvo en cambio un hijo eminente, doctor y general, que fue presidente de Venezuela cuantas veces le vino en gana y a quien llaman con razón "el autócrata civilizador". Lo que Guzmán no logró hacer como presidente, porque se quedó en vice, lo vio realizar en su voraz hijo.

Dicen que padre e hijo se repartieron a los dos caudillos federales: Antonio Leocadio estaba de parte de Zamora y su engendro andaba en campaña con Falcón. Como murió Zamora y triunfó Falcón, fue el hijo y no el padre quien alcanzó la presidencia de Venezuela. Antonio Leocadio Guzmán en sus últimos tiempos usaba un bien disimulado bisoñé y el carmín de sus mejillas solo tenía el mérito de haberle costado su dinero. Pero aquel viejo pintarrajeado que asoma de tarde, ya senecto, a su ventana de Altagracia, lleva debajo del bisoñé los recuerdos más progresistas de la historia de Venezuela.

La primera gran manifestación popular que se hizo en este país la provocó y llevó a cabo Antonio Leocadio Guzmán, quien siendo jefe del Partido Liberal salió de Caracas a caballo con unos pocos amigos a fin de entrevistarse con el general José Antonio Páez –para entonces dueño y señor de la nación–. Por todo el trayecto se fueron uniendo más y más jinetes y, entre ellos, un joven muy fogoso que se llamaba Ezequiel Zamora. Cuando Guzmán llegó a La Victoria y desmontó en la casa del general Santiago Mariño, aquello se había convertido en una ruidosa, magnífica y multitudinaria hazaña equina. En cabalgata de la muerte se transformó para Guzmán su hermosa proeza, pues el gobierno conservador, presidido por Soublette, no agitó esta vez la campanilla sino que apresó a Guzmán y lo condenó nada menos que a muerte. Al otro agitador, llamado Ezequiel Zamora, no lo apresaron porque se fue a las guerrillas.

Guzmán se escondió cuando le dictaron auto de detención, refugiándose en eso que llaman “concha” nuestros modernos políticos para referirse a una casa amable que da asilo aún con riesgo de su vida. Juan Vicente González, quien manejaba la peinilla de policía tan brillantemente como la pluma, persiguió a Guzmán a la cabeza de un piquete de esbirros, y al registrar su concha lo descubrió escondido en el fondo de un gran fogón antiguo que había sido tapado para los efectos. Con su voz de tiple le ordenó salir y Guzmán lo hizo para gran risa de todos los concurrentes.

El autor de *Las Mesenianas* escribió esta vez una de sus páginas más negras; y Guzmán, pícaro o bueno, iluminó en aquel momento desde su fogón toda la historia posterior de Venezuela.

ESPEJO DE GOBERNANTES

Solamente al rey de España podía ocurrírsele nombrar gobernador de Caracas y de toda la provincia de Venezuela a un hombre de costumbres tan disolutas como don José de Cañas y Merino. Pero firmó "Yo, el Rey", con toda su real gana cuando Cañas y Merino puso sobre su mesa un gran montón de real: 10 mil pesos (50 mil bolívares). Con otra suma parecida había conseguido el hábito de Santiago que le sentaba al cuerpo para cubrir sus malos hábitos. Él era un militar afortunado, "pundonoroso militar" como le dirían los periódicos de la época, que había hecho fortuna en el norte de África con el infortunio de tantos negros a quienes cazó como fieras para venderlos en la civilizada Europa y en el naciente Nuevo Mundo.

En la capitania y gobernación de la Provincia de Venezuela, desde 1711 hasta 1714, actuó con gran visión de futuro. Fue autócrata y civilizador voraz de dinero, 200 años antes que Antonio Guzmán Blanco. Jugaba a los dados y tomaba de noche en compañía de damiselas, como dicen que hacía el presidente Andueza Palacios. Mucho antes que a Cipriano Castro, el sexo le hizo perder el seso. Barría las calles y hacía carreteras con el trabajo de los presos a usanza de Juan Vicente Gómez. Como Marcos Pérez Jiménez, construía puentes y edificaba obras de ornato, dirigiendo personalmente los trabajos. En los carnavales tiraba hasta la camisa, dejando este mensaje al presidente Francisco Linares Alcántara. No tendría muy claro eso del *nuevo "ideal nacional"* perezjimenista, pero sí usaba ya un ministro de alcoba. No fusiló al Congreso pero ordenó ahorcar a 12 arrieros y a un niño que fueron sorprendidos transportando contrabando.

Mandó a talar los árboles de Caracas, convencido de que las zonas verdes son las que infestan el ambiente. Se dedicaba al contrabando para alimentar dos grandes supermercados que había instalado en la capital; no dice el cronista de la ciudad si metía alijos en vitrinas por Maiquetía o si esto fue invento posterior de aquel gobernador del Zulia. Precursor del Hipódromo, inició las carreras de caballos con jinetes que perseguían machete en mano a gatos a los que amarraba con un perol en el rabo.

Encareció la vida cobrando un impuesto diario a las pesas de carne y a los negocios comerciales. No persiguió a las guerrillas

pues entonces no había guerrillas; en cambio, sentó ejemplos de corrupción administrativa que aún en los tiempos modernos son difíciles de superar. Hizo un gobierno inolvidable, pero no dejó un retrato para colgar en el concejo de Petare.

En unos Carnavales raptó a una de varias damas que le estaban echando agua y azulillo desde la trinchera de su balcón y se la llevó al río (Guaira) sabiendo que era mozueta, porque mozas sin estrenar eran su especialidad. Había establecido una especie de internado para señoritas, de su uso particular, y el director de la institución era don José de Montesinos, su ministro de alcoba. En busca de más alumnas fue que reunió un día a las muchachas casaderas de La Guaira y exigió que la que no fuera virgen lo confesara, pues él cargaba en el bolsillo una cinta "*sexométrica*" que le había dado el Rey para medir la virginidad de las mujeres.

Se prendó de Paquita Robles, una bella españolita, y para rendirla metió en la cárcel a su prometido Eugenio de Pastrana. Paquita, indignada, rechazó las insinuaciones de entregarse para libentar a su novio. Entonces Cañas difundió la noticia de que Pastrana iba a ser ahorcado al día siguiente. Paquita, llorosa, se dijo como Guzmán el Bueno: "Más vale novio sin honra que honra sin novio", y olvidando la fea cicatriz que Cañas tenía en la cara, marchó hacia la alcoba sobre sus tacones más altos y con una heroicidad de Juana de Arco.

Cañas se burlaba del obispo diciéndole que él era mahometano, y para demostrarlo salpicaba sus conversaciones con proverbios árabes: "A tu enemigo dale durazno sin concha para que Alá se lo lleve más pronto"; "el desayuno te lo comes tú solo, el almuerzo lo compartes con tus amigos y la cena se la regalas a tu enemigo"; "Alá hizo el desierto para que el árabe no se sintiera tan solo"; "cuando regreses de un viaje, pégame a tu mujer; tú no sabes por qué pero ella sí lo sabe".

Un estudioso de la vida de Cañas y Merino, un "*cañasmerinólogo*" venezolano, afirma que solía improvisar en verso y que se trababa en lucha libre poética con su ministro de alcoba, don José de Montesinos, como por ejemplo: "Quiere verle un caballero/ llamado don Pedro Matos/ trae consigo doce patos/ en tres sacos de gallero". Y Cañas respondía en el acto: "Dígale a ese caballero/ llamado don Pedro Matos/ quien como siempre importuna/ que no sea tan aguajero/ que por qué me trajo patos/ si yo le pedí fue muna".

Los nobles, los clérigos y los comerciantes, después de aguantar cuatro años a este azote de Dios, se "*fedecamarizaron*" secretamente y le levantaron un terrible expediente que hicieron llegar con todo sigilo al rey de España en 1714. Arribó entonces un duro de la Audiencia de Santo Domingo y se lo llevó preso, no sin protestas del *baxo* pueblo.

Al llegar a la Península se encontró con que: "Yo, el Rey, por tus grandes hechos, te condeno a muerte".

DIARIO *EL NACIONAL*, "¡QUÉ TIEMPOS AQUELLOS!".

LA PRIMERA CAMPAÑA ELECTORAL QUE HUBO EN VENEZUELA

“¡Por fin, por fin, por fin!

El Mocho mató a Joaquín”.

(Versos de 1898 citados recientemente por Caremis).

“¡Por fin, por fin, por fin!

Bien pronto se va Campin”

(Versos de 1983).

En Venezuela solo dos hombres han logrado electrizar universalmente a las masas: Ezequiel Zamora en 1859 y el Mocho Hernández en la última década del siglo pasado (cuando Jóvito estaba en auge popular lo llamaban “el Mocho Hernández del siglo 20”, pero el Maestro no superó a su modelo).

Hijo de un carpintero isleño, y mocho de un dedo que le cercenó la sierra, José Manuel Hernández se hizo general (“general de agua dulce”, le decían) peleando en Guayana en la llamada Revolución Legalista a favor del gran caudillo Joaquín Crespo y en contra de un doctor Andueza Palacios que se quería alzar con el poder. Un grupo de muy destacados burgueses, intelectuales y militares residentes en Caracas vieron en el Mocho Hernández al jefe que podría darle prestigio a una agrupación política. Entre esos hombres estaban el doctor Alejandro Urbaneja, político del grupo, David Lobo, Vicente Lecuna, el escritor Urbaneja Achelpohl, el doctor Guillermo Delgado Palacios (eminente científico), Luis Soriano, Casimiro Vegas, Nicomedes Zuloaga, los generales Zoilo Vidal, Barreto Lima, Samuel Acosta, Roberto Vargas y muchos otros.

Pero el Mocho Hernández desbordaba los moldes de aquel partido y las masas urbanas y campesinas sentían que él era su caudillo. El Partido Liberal Nacionalista, que así se llamaba, lanzó un muy avanzado programa de gobierno, el más progresista que hubiere habido hasta entonces en Venezuela (valdría la pena que quienes se interesan por la verdad histórica consultaran el tomo primero de ese monumento de los sucesos patrios que

se llama *Historia de Venezuela Política Contemporánea*, escrita por el superdotado historiógrafo Juan Bautista Fuenmayor).

El Mocho era afable, honrado, sincero, soñador y de una figura verdaderamente carismática. Su retrato llegó a estar en todas las casas humildes y progresistas de Venezuela. En 1897 llegaron las elecciones para presidente de la República y el Partido Liberal Nacionalista (de "los burgueses de Caracas") lanzó al Mocho para competir con el general Ignacio Andrade, sostenido por Joaquín Crespo y todo el tren oficial.

Las elecciones no eran directas, ni universales y secretas; se votaba por el sistema norteamericano de elegir un compromisario, quienes unidos designaban al presidente. Pero por primera vez votaban los analfabetos, y estos tenían puestas sus últimas esperanzas de redención en aquel gran señor de la política que se llamaba José Manuel Hernández. El Mocho era la línea ganadora en todas partes. Realizó la primera campaña electoral moderna que se hubiese visto en Venezuela. Tarjetas postales con su efigie salían por todos los correos; comisiones electorales recorrían incesantemente el país; por vez primera aparecieron afiches en las calles con la vera efigie del popular candidato, y para culminar, inició la celebración de mítines casi multitudinarios.

"¡El Mocho! ¡El Mocho! ¡El Mocho!", gritaba el pueblo enardecido. Pero los sicarios de Crespo tampoco descansaban. Los jefes civiles reclutaban a muchos campesinos y los adoctrinaban para que votaran por los compromisarios de Andrade. Cuentan, por cierto, que uno de estos compromisarios se llamaba Cuevas, y los campesinos pasaban frente a la mesa electoral y decían: "Voto por Cuevas". "¿Y usted?" –preguntaban al otro–. "Por la misma cueva". "¿Y usted?". "Por ese mismo agujero". Aquello fue una infame burla electoral que dio como amañado ganador al colombo-venezolano general Ignacio Andrade. "Ganó el Mocho Andrade", decía "*yo el supremo*" Joaquín Crespo, al anunciar burlescamente los resultados de la elección.

Derrotado inicuaente, el Mocho hizo lo que le dictaba su honor y el bien del pueblo que tanto lo quería: se fue a la guerra. Todo el país se infestó de guerrillas mochistas y el movimiento amenazaba con convertirse en una nueva Guerra Federal. En el sitio llanero denominado la Mata Carmelera, Joaquín Crespo cayó fulminado por una bala del ejército que comandaba el

general Samuel Acosta. Entonces fue cuando la cantaba con toda alegría:

“¡Por fin, por fin, por fin!
el Mocho mató a Joaquín”.

Pero al general Hernández le faltó garra y se dejó apresar por las fuerzas de Andrade, siendo encerrado en la prisión de La Rotunda. Desde la cárcel siguió dirigiendo a sus miles de partidarios, y todos daban por seguro que saldría a mandar de un momento a otro. Y sucedió lo inesperado: de Cúcuta partió un hombrecito llamado Cipriano Castro, lleno de inteligencia y audacia, y con sólo 60 hombres atravesó la frontera con dirección al Capitolio de Caracas. En unas partes peleaba, porque era un gran batallador, y en otras se le rendían incondicionalmente. Aquello que llamaron “segunda campaña admirable”, para recordar la de Bolívar, fue en realidad una de las más admirables traiciones que ha presenciado este país. Los políticos, los hacendados, los comerciantes y todos los reaccionarios comprendieron que, muerto Crespo, nadie podría imponerse entre el Mocho Hernández y la presidencia. Y cuando surgió Castro, lo acogieron como el mesías que Dios les enviaba desde Los Andes.

En Valencia se acabó de consumir la entrega de los gobiernistas y Cipriano Castro –que era vivo y teatral al mismo tiempo– pidió que le concedieran el honor de ser él quien pusiera en libertad al Mocho en cuanto llegara a Caracas. El Mocho Hernández aceptó ser Ministro de Fomento de Castro, y de allí empezó a declinar su estrella. Murió en Nueva York en 1921, desterrado. Fue como el coronel Aureliano Buendía de *Cien Años de Soledad*: hizo muchas guerras pero nunca ganó.

DIARIO EL NACIONAL, “¡QUÉ TIEMPOS AQUELLOS!”.

SOBRE HÉROES Y TUMBAS

Pareciera que una de las condiciones indispensables en este siglo para ir al Panteón Nacional es haber estado ligado en vida a la oligarquía venezolana. Reinan cuando están vivos, apropiándose del *per cápita* de sus compatriotas, y quieren reinar después de muertos. Rufino Blanco Fombona, oligarca por los Blanco y por los Fombona, fue llevado hace algunos años a la tumba de los padres de la Patria sin que hubiese habido una sola protesta. Rufino tuvo los méritos de haber sido antigomecista, y podríamos decir con justeza que gran escritor.

Pero fue al exilio forzado después de ser castrista y gomecista y haber protagonizado crímenes y desastres en el Territorio Amazonas cuando fuera allí Gobernador. Regresó a Venezuela después de la muerte de Gómez y se rebajó hasta lo indigno ejerciendo el cargo de administrador de la aduana de Güiría. Él, que había sido gobernador de una provincia española y que se intitulaba representante intelectual de los exiliados, se rebajó como cualquiera de sus personajes del *Hombre de Oro* y el *Hombre de Hierro* al tratar de medrar en una de nuestras más pequeñas alcabalas marítimas, de las mismas que daba Gómez a sus coroneles para que se acomodaran.

Llevado luego por López Contreras a la gobernación del estado Miranda, se comportó despóticamente con relación a las libertades públicas porque estaba imbuido del anticomunismo del Presidente; lo último que hizo antes de que lo destituyera porque ya no lo aguantaban más, fue desafiar públicamente en duelo a su propio secretario general de gobierno, el doctor Arocha. Era un duelo con pistolas: "Nos ponemos a 20 pasos y vamos disparando cada cuatro pasos hasta que...".

El Panteón Nacional

Al norte de Caracas, pero distante apenas seis cuadras de la Plaza Bolívar, se encuentra el modesto edificio que guarda los restos de las personas que han sido considerados hijos meritorios de la Patria. Allí yacen enterrados los despojos mortales del Libertador Bolívar, que fueron trasladados al país en 1842 y depositados en la Iglesia Catedral de Caracas hasta el año 1876, cuando los llevaron al Panteón.

El Panteón Nacional fue construido como simple iglesia gracias a los esfuerzos de un modesto albañil llamado Juan Domingo Infante, quien para pagar una promesa estuvo 37 años gastando en ello sus recursos y los de las personas piadosas que quisieron ayudarlo. En 1777 fue bendecida solemnemente la obra, entrando a funcionar como iglesia diocesana. A los tres años murió Infante, siendo enterrado con todos los honores debajo del altar mayor. Antonio Guzmán Blanco fue quien decretó transformar la iglesia de la Trinidad en Panteón Nacional e inhumó con toda solemnidad los restos de Bolívar.

Guzmán Blanco, llamado "el autócrata civilizador", no solo hizo trasladar al Panteón los huesos de los héroes de la Independencia sino también de la Federación, cuyos cadáveres ordenó recolectar por todo el país. Los oponentes de Guzmán criticaron mucho que hubieran sido llevados al Panteón los restos del guerrillero federal José Jesús González, más conocido con el nombre de "El Agachao".

Uno de los máximos fundadores del Partido Liberal, Tomás Lander, había muerto antes de culminar la primera mitad del siglo y su cadáver embalsamado se mantuvo casi cuatro décadas en la biblioteca de su casa, siendo objeto de una peregrinación constante de personas que iban a contemplarlo en su actitud de estar leyendo. El embalsamamiento tan perfecto y duradero de dicho cadáver fue hecho con la técnica de un sabio alemán que fijó su residencia en el cerro del Ávila y que dedicaba parte de sus labores a embalsamar animales.

En 1984 el gobierno efectuó el solemne traslado del cadáver embalsamado de Tomás Lander a una de las criptas del Panteón Nacional. El discurso de orden fue pronunciado por su compañero en las luchas liberales, Antonio Leocadio Guzmán. A los pocos meses sucede el caso extraordinario de un hombre que es enterrado directamente en el Panteón. Se trata del propio Antonio Leocadio Guzmán, fundador del Liberalismo y padre del personaje que para la época determinaba los destinos de la Patria.

Guzmán Blanco se encontraba entonces en París codeándose con lo más granado de la alta sociedad, pero aquí estaba ejerciendo la presidencia su fiel amigo el general Joaquín Crespo, que supo magnificar la muerte de Antonio Leocadio. Y en realidad, Antonio Leocadio Guzmán merecía ir al Panteón porque dedicó toda su vida a la defensa de las ideas liberales; si

alguna vez fue pícaro y oportunista, hay que atribuirlo más bien a lo que llamaban los latinos ¡O tempora!, ¡O mores!

El cadáver embalsamado del padre de Guzmán Blanco fue velado durante ¡cinco días! en el salón de sesiones del Senado, y el Presidente y los Ministros se turnaban en apuesta la guardia fúnebre. El día de la inhumación, las calles estaban llenas de banderas, tropas y ciudadanos curiosos y conmovidos. Contaban en el velorio que Guzmán había muerto por su culpa. Que había dado orden a un jardinero muy bruto que tenía que apalear a todo el que saltara la cerca del jardín. Imprudentemente, Antonio Leocadio fue al jardín sin su peluca, ni las planchas de dientes postizas, ni los carmines que usaba en la cara, y el jardinero no lo reconoció, procediendo a cumplir sus órdenes: "Primero le da la paliza y después le pregunta qué busca" ("dispare primero y averigüe después").

La mayor injusticia del mundo es que los restos del fundador del Panteón Nacional, General Antonio Guzmán Blanco, están casi perdidos en un cementerio francés. Así paga el diablo a quien le sirve. Él fundó la nueva oligarquía venezolana y casi podríamos decir que la nacionalidad de la Patria liberada por Bolívar. Pero como robó, no se puede nombrar la sogá en la casa del verdugo.

Para evitar estas injusticias, podría aprobarse una Ley que ordene que todos los ex Presidentes de la República sean enterrados directamente en el Panteón Nacional. Pero antes que saquen de allí los restos de Bolívar.

DIARIO EL NACIONAL, "ESCRIBE QUE ALGO QUEDA".

LA DELPINADA, BURLA SANGRIENTA A GUZMÁN

Corría para Venezuela la década de los años 1880, cuando el dominio dictatorial del doctor y general Antonio Guzmán Blanco estaba en su clímax de mayor esplendor. Guzmán, hombre de altas dotes como estadista, había sido el organizador efectivo de una república que salió pobre y desordenada de la gran Guerra Federal; pero nuestro Autócrata Civilizador era un gobernante muy proclive a la opereta gubernamental, igual que su admirado modelo el Emperador de Francia Napoleón Tercero, a quien Guzmán conoció personalmente.

El Dictador solía marcharse a Europa por temporadas de dos años, y en su ausencia gobernaron Francisco Linares Alcántara, Joaquín Crespo, Hermógenes López y el doctor Rojas Paúl. En tiempos de Crespo, quien se hacía llamar "El héroe del deber cumplido" ("deber cumplido", porque no le pagaba a nadie, dijo en versos Tomás Ignacio Potentini), estaba culminando en toda la población un sentimiento de burla y desprecio por la manera ridícula y rimbombante con que se llevaban a cabo los actos académicos u oficiales.

La nueva generación de escritura encabezada por Gil Fortoul, César Zumeta, Pedro Emilio Coll, Romero García, Villegas Pulido y otros, resumaba ironía cuando de nombrar al gobierno se trataba. Llamaban "Adoración Perpetua" al grupo enorme de adulones de Guzmán encabezados y dirigidos por el periodista Fausto Teodoro de Aldrey, director del diario *La Opinión Nacional*. Entre los estudiantes universitarios, especialmente, la marejada de burlas contra las ridiculeces del dictador y de sus paniagudos iba en *crescendo*. Por los días del Presidente Crespo, ya era popular un poeta que ocupaba sitio de honor en los periódicos. Un hombre de sombrerería, ignorante e ingenuo. En sus horas libres maltrataba a las musas y luego se aparecía en las redacciones para que le publicaran. Mientras peor escribiese, mejor resultaba la guasa periodística; hasta surgían supuestas señoritas que bajo pseudónimos contestaban poéticamente las apasionadas producciones de Francisco Delpino y Lamas. Fue a ellas a quien dijo:

Cuando por tu vergel
vaya un canario,

y entre flores te cante divino,
no lo espantes que es mi humilde emisario,
tu cantor, Francisco Antonio Delpino.

En la noche del 14 de marzo de 1885, previa invitación y con suntuosos preparativos, se efectuó en el Teatro Caracas, desbordante de gente y entusiasmo, la gran velada lírico literaria para coronar al eximio poeta. Los discursos fueron imitaciones muy graciosas de los que solían pronunciar los adictos de Guzmán; los decretos leídos constituyeron burlas sangrientas, y la coronación un acto de neta ridiculez guzmancista. La corona de laureles quedó demasiado holgada al inmenso Delpino y hubo necesidad de ponérsela como collar, ante las estridentes carcajadas del público. El único que no comprendía la significación política del acto era quizás el propio homenajead, que lucía silencioso y distante. La fiesta duró hasta la madrugada, y mientras tanto el gobierno elaboraba la lista de los que debían ser detenidos, así como los decretos que clausuraron los periódicos que fundaron los intelectuales de La Delpinada.

Afortunadamente, Francisco Antonio Delpino y Lamas, el Chirulí del Guaire, salió indemne de la arremetida policial y pudo seguir elaborando sus producciones para gloria de las letras nacionales.

La Delpinada constituyó una puntilla para el prestigio de Guzmán; y él mismo lo comprendió así, reforzándose en su idea de establecerse para siempre entre la rica aristocracia parisina.

De Delpino y Lamas hay un cuarteto que se ha hecho célebre en la memoria de los venezolanos:

Pájaro que vas volando
parado en tu rama verde,
pasó cazador, matote,
más te valiera estar duerme

Casi veinte años después los estudiantes de Caracas obsequiaron al dictador Cipriano Castro con otra delpinada, pero entonces el homenajead no fue poeta sino un maniático que se las daba de "pundonoroso" general de peores pulgas que Castro; y este, herido en su vanidad militar, ordenó clausurar la Universidad. Definitivamente.

DIARIO EL NACIONAL, "ESCRIBE QUE ALGO QUEDA".

LA CORRUPCIÓN Y EL ENRIQUECIMIENTO EN LA HISTORIA DE VENEZUELA

Bolívar dictó un decreto de guerra ordenando se fusilara a quien robase más de 10 pesos. Páez se hizo sumamente rico, comprando por bagatelas los derechos de tierras fértiles que Bolívar había dado a los soldados de la Independencia. Pero no metía las manos en el tesoro nacional. Soubllette fue honrado con exageración. Centenares de periodiquitos, existentes entonces, lo llamaban ladrón, y cuando terminó el período tuvo que vender sus bienes para pagar las deudas.

Monagas era muy rico, y en 10 años de gobierno, con el monopolio de sal, aguardiente y tabaco, aumentó enormemente su fortuna. Cuando fue derrocado, el pueblo gritaba: "¡Mueran los ladrones!". Guzmán Blanco se robaba casi todo el montante de los grandes empréstitos que él mismo contrataba en Inglaterra. A 20 años de gobierno dijo: "Mi fortuna es una de las más respetables de América". Crespo murió rico, pero si no lo matan en la Mata Carmelera lo hubiera sido más. No solía pagar a nadie, y eso que lo llamaban "el héroe del deber cumplido". Castro robó moderadamente, pero Gómez se robó la quinta parte de la riqueza nacional. López Contreras y Medina no robaron.

En la llamada DEMOCRACIA los ladrones se soltaron el moño. No se han estudiado detalladamente los casos de corrupción de los tiempos de la Independencia, aunque han debido abundar, si lo juzgamos por el Decreto de Guerra del Libertador ordenando fueran condenados a muerte los que robasen más de 10 pesos de los dineros públicos. El general José Antonio Páez, quien manejó los destinos de Venezuela por sí, y a través de interpuestos personajes, por más de 20 años, parece que no incurrió en el repugnante hecho de enriquecerse metiendo las manos en el tesoro. Llegó Páez a ser nuestro más grande terrateniente, gracias al expediente indigno de comprar a sus exsoldados, que lo acompañaron en la gesta gloriosa, las boletas que les daban derecho a determinadas extensiones de tierras fértiles, según el patriótico decreto del Libertador.

El general Carlos Soubllette fue en realidad quien presidió la administración pública en tiempos de Páez, unas veces como presidente constitucional y otras como vicepresidente

encargado. Era un hombre asombrosamente probo; aguantaba estoicamente todas las acusaciones de ladrón que le hacía el enjambre de periodiquitos liberales que se publicaban irrestrictamente en todo el país, y cuando salió de su última presidencia (1847) estaba arruinado y tuvo que vender sus bienes para cancelar las deudas. Algunos le aconsejaron que hiciera uso de la Ley de Espera y Quita promulgada durante su gobierno para protección de los deudores morosos, pero él se negó.

José Tadeo Monagas, caudillo de la Independencia como Páez y quien gobernó junto con su hermano desde 1847 hasta 1858, era un acaudalado terrateniente ávido de dinero. Él y sus familiares se enriquecieron con el monopolio de ciertos renglones de consumo (aguardiente, sal, tabaco); cuando fueron derrocados, la gente gritaba en las calles de Caracas "¡Abajo los ladrones!".

Después de la Guerra Federal ejerció la presidencia el general Juan Crisóstomo Falcón, pero pronto se cansó y se fue a sus tierras de Churuguara, encargando del mando a personas de su confianza, entre ellos al valenciano y humorista Carlos Arvelo. Falcón no solo no robaba sino que mantenía quebrado el tesoro pues enviaba constantes vales a favor de las personas que iban hasta Churuguara a pedirle sus auxilios: "Primero se cansarán de pedirme que yo de dar", solía decir.

El general Antonio Guzmán Blanco, quien fue el verdadero civilizador de Venezuela, era un hombre voraz de dinero. Se enriqueció fabulosamente robándose la mayor parte de los empréstitos que él mismo contrató con Inglaterra antes de ser presidente. Después de casi 20 años de incesante mandar y robar solía decir: "Mi fortuna es una de las más respetables de América".

Joaquín Crespo, quien fue presidente a fines del siglo pasado, se enriqueció pero no tuvo tiempo de hacerlo desmedidamente porque lo mataron en la pelea de la Mata Carmelera. Cipriano Castro, quien vino después y mandó hasta 1908, se hizo con un patrimonio ilícito de varios millones. Pero el campeón del enriquecimiento ilícito fue Juan Vicente Gómez. En 27 años de dictadura amasó una fortuna considerable; cuando murió, el inventario imperfecto de sus bienes arrojó cerca de los 150 millones de bolívares, suma fabulosa para la época y equivalente a casi la quinta parte de la riqueza nacional. Dejó más de 2 mil

haciendas en Aragua y Carabobo, según datos del historiador Salcedo Bastardo.

Ni Medina, ni López Contreras ni Betancourt, metieron sus manos en el tesoro, pero quien les siguió, Marcos Pérez Jiménez, dio impulso a la corrupción administrativa y el enriquecimiento ilícito como no se veía desde tiempos del Benemérito. En el período provisional del Contralmirante Wolfgang Larrazábal no hubo corrupción en las altas esferas ni enriquecimiento ilegal. La llamada era democrática, iniciada con Betancourt en 1960, trajo consigo un aumento progresivo de la corrupción y el enriquecimiento; ahora con la nueva modalidad de ser ejercida "democráticamente", es decir por la mayor parte de los funcionarios. Este mal que corroe las entrañas de la nación es responsable de que se hayan dilapidado más de 900 mil millones de bolívares en 25 años. Venezuela no es un país pobre, pero ha tenido muy pobres gobiernos.

DIARIO *EL NACIONAL*, "ESCRIBE QUE ALGO QUEDA".

DOS EMPRÉSTITOS BOCHORNOSOS

Crónicas del siglo pasado

"EL EMPRÉSTITO ES EL VERDADERO SACRIFICIO PERSONAL
QUE HACEMOS A LA PATRIA..."

PEDRO JOSÉ ROJAS, SECRETARIO GENERAL DEL PRESIDENTE PÁEZ
Y GESTOR DEL PRIMER EMPRÉSTITO POR UN MILLÓN DE LIBRAS

La Guerra Federal, la segunda gran contienda que hubo en Venezuela después de la de Independencia, duró cinco años. Más que una guerra fue un alzamiento general de los campesinos y artesanos de todo el país contra las condiciones inhumanas en que los mantenían los oligarcas conservadores. Estuvo a punto de triunfar cuando el gran general Ezequiel Zamora, líder de la población pobre, ganó la batalla de Santa Inés y marchaba victorioso hacia Caracas. Pero en San Carlos segó su vida una bala asesina, matando también las esperanzas del pueblo.

Para ganar la guerra, los oligarcas conservadores trajeron de Estados Unidos, con todo boato, al anciano general José Antonio Páez y lo proclamaron dictador. Pero ahora no habría para Páez Queseras del Medio, ni Carabobo, ni toma de Puerto Cabello. En dos años de dictadura (1861-63) manchó definitivamente sus glorias este primer Centauro de Acarigua.

Como mentor de Páez y secretario general, estuvo casi todo el tiempo el periodista Pedro José Rojas, un hombre de ilimitada avaricia monetaria. En el banco contrario, el de los federales, había otro secretario que hacía y deshacía con su jefe Juan Crisóstomo Falcón. Se llamaba Antonio Guzmán Blanco, y superaba a Rojas en habilidad política y en avaricia por el dinero. Estos dos vivianes de postín, estos dos asaltantes del tesoro público, fueron precisamente los encargados por sus jefes para poner fin a la Guerra Federal, firmando el célebre Tratado de Coche en abril de 1863.

Ya Pedro José Rojas se había hecho célebre y universalmente detestado cuando, a través de Hilarión Nadal, su enviado especial a Londres, consiguió de la firma Baring Brothers y Asociados un empréstito para Venezuela de 1 millón de libras esterlinas (más de 4 millones de pesos venezolanos). Dio a los hermanos Baring la escandalosa comisión del 37%, que agregada a otros gastos,

y a las 20 mil libras que se autosirvió el enviado especial Nadal, solo dejaron a Venezuela 2 de los 4 millones de empréstito. El fondo monetario de los hermanos Baring impuso numerosas y denigrantes condiciones, y mandó al país a uno de sus socios, el señor Mocatta, para cobrar el convenido 55% de las entradas de aduanas en La Guaira y Puerto Cabello. Entre Mocatta y Pedro José Rojas se apropiaron de casi el total de los 2 millones que tocaban a la nación. Mocatta regresó a Londres llevándose 1 millón de pesos en peculio personal y Pedro José Rojas se fue después a Europa con otro tanto.

Más que el fin de la guerra, el general Antonio Guzmán Blanco y el señor Pedro José Rojas trataron en Coche de cómo lograr 130 mil libras que aún no había entregado Baring Brothers, así como la forma de obtener un nuevo empréstito. Rojas puso a Guzmán lo que se llama "en los palitos" en materia de hipotecar al país y le ofreció los servicios del señor Servandino, su técnico personal.

Entonces Guzmán salió para Londres autorizado por Falcón y negoció un empréstito de millón y medio de libras esterlinas. Si Rojas había dado por el suyo el 37%, Guzmán fue más generoso y le dio a los prestamistas el 40%. Y no sólo el 55% de las aduanas de La Guaira y Puerto Cabello, sino todas las entradas de ellas y de las de Maracaibo y Ciudad Bolívar. Con comisiones y gastos. Venezuela iba a recibir solo la mitad del montante del empréstito, es decir 750 mil libras esterlinas. Pero los financiadores, esta vez Thomas MacDonald y su compañía de crédito solo lograron suscribir 428 mil 500 libras, y el resto se lo dieron en papeles a Guzmán (papeles que se embolsilló y vendió después). Guzmán repartió el dinero del empréstito en esta forma:

Para el general Falcón por sueldos atrasados 40 mil pesos, y otros 100 mil por los daños que sufrieron sus propiedades durante la guerra. Al general Juan Antonio Sotillo, caudillo de oriente, 40 mil pesos. A los generales González y Trías 25 mil pesos cada uno. Al general Napoleón Arteaga 20 mil pesos. A varias decenas de generales 8 mil pesos por cabeza; a otros 6 mil, a otros 4 mil. Coroneles, capitanes, tenientes y subtenientes recibieron su tajada. A los sargentos y soldados les arrojó Guzmán unas migajas. Con este gesto se ganó el liderazgo del Ejército Federal, asegurando por casi 20 años su predominio político.

Pero como al que roba y reparte le toca la mayor parte, Guzmán se quedó con la porción del lobo. Su antiguo compañero de armas, Luis Level de Goda, gran historiador venezolano, hizo las cuentas de casi 1 millón de pesos que se apropiara Guzmán. Ese millón fue el comienzo de su enorme riqueza. Guzmán ejercía la Presidencia en nombre de Falcón, quien vivía retirado en el pueblo de Churuguara, paseando por las tardes airosamente en su bello caballo blanco y firmando vales contra el Tesoro de Caracas a toda una peregrinación de hambrientos que llegaban hasta allí en busca de auxilios. "Primero se cansarán de pedir que yo de dar" (¡quien se cansaba era el Tesorero del Gobierno, quien no disponía ni de un centavo en caja!).

Guzmán dejó la Presidencia y se fue para Londres como enviado especial a buscar más libras esterlinas. En su ausencia el Consejo de Ministros nombró como encargado de la presidencia al Ministro de Hacienda Rafael Arvelo, gran poeta y humorista. Arvelo, tan gracioso, siempre ha debido decir entonces: "Recibo un país hipotecado". Pero hizo lo que le dictaba su honradez, suspendió el pago de la deuda externa y destinó el dinero para cancelar los cientos de miles de pesos de los acreedores internos cada vez más impacientes y ruidosos. Guzmán protestó desde Londres y Arvelo con toda valentía lo destituyó. Pero un señor llamado Jacinto Regino Pachano, cuñado de Falcón, amigo de Guzmán y Ministro de Relaciones Interiores dio "un pachana-zo" y desalojó al poeta Arvelo de la Primera Magistratura.

A más de 100 años de aquellos bochornosos sucesos, estamos hoy en las garras de nuevos Baring Brothers y MacDonald. Menos mal que, según han comunicado los gobiernos de Pérez y Herrera, todo el dinero conseguido en el exterior "fue empleado en obras de positivo progreso". Su palabra vaya *alante*.

DIARIO EL NACIONAL, "ESCRIBE QUE ALGO QUEDA".

EL FUSILAMIENTO DEL CONGRESO

Hombres y hechos que hicieron historia

Uno de los acontecimientos más importantes y nombrados en la historia de Venezuela es el llamado fusilamiento del Congreso. Los hechos tuvieron lugar en el siglo pasado, un 24 de enero de 1848, siendo presidente de Venezuela el prócer de la Independencia, general José Tadeo Monagas. Había gobernado Páez, por sí y por interpuesta persona desde que Venezuela se separó de la Gran Colombia, asestando artera puñalada a los ideales del Libertador.

Después de casi 20 años de paecismo, el pueblo y los sectores pensantes estaban sumamente descontentos, Páez creyó conjurar una inminente insurrección influyendo para que el Congreso, conservador, designara como Presidente a José Tadeo Monagas, gran general de la emancipación y el más rico hacendado del oriente venezolano. Supuso Páez que Monagas, con los grandes intereses creados que tenía, se iba a comportar conservadoramente en el poder. Pero Monagas, al poco tiempo de ejercer el mando, se puso del lado de los liberales que constituían la oposición al paecismo.

Empezó Monagas por evitar el horrendo crimen que querían cometer los conservadores de fusilar al gran tribuno Antonio Leocadio Guzmán y al ya hábil y valiente guerrero Ezequiel Zamora. Ambos estaban en la cárcel esperando la hora de su ejecución cuando Monagas les conmutó la pena, y tiempos después los llamó a colaborar con su gobierno. En realidad no hubo tal fusilamiento del Congreso sino una asonada en los alrededores del edificio en que sesionaba, atizada por el gobierno de Monagas. El día 23 de enero la multitud rodeó el edificio y permaneció en actitud desafiadora durante toda la noche. Entre tanto, las cámaras eran presas de enorme agitación azuzadas por el escritor Juan Vicente González, el señor José María de Rojas y un sobrino de Antonio José de Sucre, cura y del mismo nombre que el prócer, pidiendo la renuncia de Monagas.

El día 24 amaneció preñado de presagios y las cámaras habían creado para su defensa una guardia especial que pusieron bajo el mando del extranjero y coronel Guillermo Smith. El gobierno de Monagas alegó desde un comienzo que

la formación de esa guardia era ilegal. A mediodía los ánimos estaban sumamente exaltados; los del pueblo querían terminar de una vez con los legisladores a quienes achacaban todos los males de la Patria. A las 12 *meridiam* hizo su entrada al Congreso el Ministro del Interior, doctor Martín Sanabria, con el encargo de presentar el mensaje presidencial. La presencia de Sanabria en los estrados legislativos exaltó aún más a los congresantes conservadores; lo increparon y vejaron en todas las formas, y alguno llegó hasta ponerle la punta de un puñal en la garganta. Todo esto se sabía en la calle y la agitación iba en aumento. Empezaron las agresiones populares a la guardia y el clima llegó a su paroxismo cuando algún miembro de esta mató a un personaje muy conocido llamado Miguel Reverol. La asonada se hizo incontenible; puñaladas, tiros, pedradas y luego revólveres y fusiles que repartió el propio gobierno.

Los congresantes declararon el ¡sálvese quien pueda! y huyeron en desbandada. El recalcitrante godó Juan Vicente González, con sus 90 kilos de peso, saltó por una ventana.

—¡Muramos como romanos! —dijo un valiente diputado.

—Yo —dijo otro—, no puedo morir como romano porque soy de Calabozo.

Cuando atravesaban por entre el gentío amotinado fueron muertos los diputados Salas, Argote y García. Don Santos Michelena, gran político conservador y uno de los primeros economistas de Venezuela, fue alanceado gravemente, muriendo días después. Cuando todo el mundo esperaba la dictadura por parte de Monagas, aboliendo el Congreso, el zamarro y frío presidente siguió el consejo de su ministro Urbaneja: "La ley sirve para todo". Y pacientemente el general Monagas fue de casa en casa, solemne y sonreído, a convocar a los congresantes. Se puede decir que todos, inclusive el cura y el panzudo Juan Vicente González, regresaron a sus curules como si nada hubiera pasado.

Solo Fermín Toro, uno de los mejores escritores venezolanos y alto político conservador, salvó la honra, exclamando indignado ante la invitación de regresar a las Cámaras: "Dígale al general Monagas que mi cadáver lo llevarán, pero que Fermín Toro no se prostituye". Casi todos los Congresos que tuvo después Venezuela bien merecían los honores del fusilamiento.

HACIA UNA DEMOCRACIA DE CRISTAL

En 1946, en el Nuevo Circo de Caracas, Copei dio su primer mitin; cuando le tocó hablar al ahora segundo padre de la democracia, Rafael Caldera, los adecos infiltrados lo recibieron con una lluvia de piedras; ni tonto ni perezoso, Caldera agarró una mesa y se escudó tras ella, poniendo una cara de San Sebastián en el martirio que entusiasmó a las numerosas beatas presentes. Betancourt, para entonces en el Gobierno, completó la obra saboteadora de su partido, haciendo disparar varias descargas contra las 8 mil personas que salían del evento; las balas serían de pirotecnia porque no mataron a nadie. ¿Quién iba a pensar que andando el tiempo, los dos partidos que así peleaban se iban a unir con la idea expresa y el punto fijo de sojuzgar por más de 20 años la vida política venezolana?

¿Quién iba a suponer que la mesa de Caldera, convertida en vitrina antibala, iba a servir de escudo ahora a Reagan y al Papa para hablar con el público? Porque después de lo de Sadat, ni las paradas militares ofrecen lugar seguro. Cuando lo ajusticiaban en Nicaragua, Somoza ha debido darse cuenta de los poderes destructivos que tiene una bazuca disparada a distancia. Se acabaron aquellos tiempos idílicos en que los mandatarios ordenaban las matanzas y se presentaban luego en la plaza a codearse con el público. Menos mal que el pueblo venezolano es poco dado al terrorismo. La lección de Sadat es igual para todos los gobiernos de la Tierra: quien siembra balas no puede cosechar flores.

COLOMBIA 3 Y 2

La mayoría de los venezolanos, por tradición y convivencia, queremos al pueblo de Colombia; mucho nos duele que allá gobierne desde el siglo pasado una oligarquía liberal conservadora tan "democrática" que lleva 30 años con las garantías suspendidas; tampoco miramos con buenos ojos que sea la oligarquía la que quiera resolver sus problemas perjudicando nuestros derechos constitucionales.

Pero una cosa es disentir y otra avasallar. Si dijeran que Venezuela compra dos o tres aviones F-16 para mejorar su dotación, santa palabra; pero 15 (y hasta 20) es valernos de

los recursos petroleros con fines ventajistas para amenazar a Colombia, a Guyana y a todo el Caribe.

La jugada del secretario Haig contra sus aliados colombianos no es muy limpia que se diga; a menos que su propósito sea dar ulteriormente iguales aviones a la república hermana para hacer del norte de Sudamérica un nuevo Mesoriente, a la vez que instalar en Venezuela toda una misión militar aérea, indispensable para el funcionamiento y reparación de dichos aviones, según opinan autorizados peritos. Mirándolo bien, Colombia no necesita el V-16 porque ya tiene el M-19 que parece volar más alto.

TRAGALIBROS

Lo llamaban "Tragalibros" pero su nombre verdadero era Juan Vicente González y fue uno de los escritores de que más puede enorgullecerse Venezuela. En cuanto a la forma, pues en política fue conservador y reaccionario a carta cabal. Había leído todo lo que podía leer un erudito venezolano de la época y tenía una memoria prodigiosa. Estando en La Rotunda escribió, sin libros de consulta, una *Historia Universal*. Era gordo, sucio y desaliñado. Andaba por las calles comiendo a veces chucherías que compraba en las bodegas. Cargaba en los bolsillos dos o tres libros, y en las esquinas sacaba alguno de ellos para cuidadosa consulta.

Pedro José Rojas, el célebre ministro Rojas que se enriqueció de la noche a la mañana robándose junto con Guzmán Blanco casi todo un empréstito concedido en libras esterlinas a Venezuela por banqueros ingleses, era amigo de Juan Vicente González y solía zaherirle. Una vez que pasaba por la calle Rojas, le gritó desde una librería: "¡Adiós Tragalibros!".

—Adiós mi hembra —fue la respuesta de González. Como su afición a la comida era desmesurada, alguien le escribió este hiriente cuarteto:

Tres cosas me tienen preso
de amores el corazón:
el plátano, el chicharrón
y la cachapa con queso.

Aquel hombre tan prosaico se elevó a inconcebibles alturas en la prosa poética de las *Mesenianas*, y alcanzó cumbres de investigador histórico en sus obras *Historia del Poder Civil* y *Biografía de José Félix Ribas*.

El enemigo jurado que tenía Juan Vicente González, al que perseguía implacablemente en sus artículos de periódicos era Antonio Leocadio Guzmán, el fundador del Partido Liberal y del periódico *El Venezolano*. González estuvo en este diario en los comienzos, pero se separó para combatirlo acremente.

DIARIO *EL NACIONAL*, "ESCRIBE QUE ALGO QUEDA".

ISAÍAS MEDINA ANGARITA

Hijo de héroe, ama la gloria. Su padre el general Rosendo Medina murió heroicamente en 1901, combatiendo una invasión de 6 mil colombianos al mando del transnacionalizado general Carlos Rangel Garbiras. "Murió como bueno, como patriota y como liberal", dijo en su pésame el siempre invicto general Cipriano Castro.

El año de 1941 fue el más memorable para Venezuela en este siglo: ascendió al poder Isaías Medina Angarita, triunfó nuestro equipo en la Serie Mundial de Béisbol, se fundaron *El Morrocoy Azul* y *Últimas Noticias*, fueron legalizados el Partido Acción Democrática y una filial del Partido Comunista, murió el padre del humorismo venezolano Leoncio Martínez (Leo) y se firmó el Tratado de Límites con Colombia, que tantas zozobras nos ha infligido en este siglo xx.

Cuando saltó Medina de general del ejército gomecista a Presidente de la República, la incertidumbre llenó de sombras todos los corazones. Por eso el júbilo desbordó las sonrisas cuando nos dimos cuenta de que el nuevo inquilino de Miraflores era un Pericles, un Lincoln, un Benito Juárez. Su programa político parecía redactado por el doctor Panglós: Venezuela y su progreso son nuestras primeras necesidades. Al pueblo ni con el pétalo de una rosa. Los dineros públicos son el *sancto sanctorum* de la nación. La libertad de prensa y opinión es la primera cláusula en el testamento de nuestro Libertador. "La cordialidad será la vara mágica que incorpore multitudes a mi gobierno". Los músicos populares evocaban a Medina arrancando a sus cuatros una canción religiosa muy antigua:

El trisagio que Isaías
compuso con gran desvelo
lo cantan hoy en el cielo
ángeles y serafines.

Diríamos nosotros:

El Gobierno que Isaías
condujo con gran desvelo
lo tiraron por el suelo
Betancourt y sus afines.

Medina Angarita con su figura física alta, fuerte y agradable, resumía en sí la seriedad de Juan Vicente Gómez, la versatilidad política de López Contreras, el espíritu realizador de Pérez Jiménez y el nacionalismo de Cipriano Castro, para no nombrar sino a presidentes tachirenses.

Y entre paréntesis: Táchira ha sido en este siglo el ductor de Venezuela. Se vino para Caracas a fines del siglo pasado y aquí la tenemos tras habernos dado muchas cosas buenas y otras malas. En esta angustia política de un Caldera que marchitó todas las esperanzas, entregándose vergonzosamente al capitalismo salvaje del extranjero, los más avisados miran hacia el Táchira interrogando por una solución. Parece mentira como responde tan consecuentemente la tierra de Morantes, Rubén González, Samuel Darío Maldonado, Román Cárdenas, José Antonio Cárdenas (Toto), Rangel Lamus, Tulio Chiossone, para no citar sino algunos de sus prohombres. Hoy cuando Caldera y su gobierno silencian las glorias centenarias de uno de los más grandes venezolanos, el Táchira es el único estado que se engalanó de patriotismo para celebrar la gloria centenaria de su gran hijo.

Hoy, todos ansiamos un nuevo liderazgo. Queremos volver a votar después de 50 años de abstinencia. Queremos que el volcán Popocatepetl venezolano estalle y arroje sobre este suelo casi marciano, la bendición de un Cuauthémoc Cárdenas venezolano. Por lo de Cárdenas y por la esterilidad del resto de la nación en materia de líderes, el salvador podrá ser una vez más de prosapia tachirense. Medina derrumbó El Silencio e hizo la Avenida Bolívar, creó el Seguro Social, el Impuesto sobre la Renta, promulgó una extraordinaria Reforma Agraria, empezó la construcción de la Ciudad Universitaria, comenzó con Rafael Vegas la transformación de la educación, instauró la lucha partidista leal creando un partido político transparente.

Había la leyenda de que Medina era una hechura política de Arturo Uslar Pietri, pero las circunstancias posteriores han demostrado todo lo contrario: que Uslar fue un discípulo de Medina; no teniendo esto nada deshonoroso para Uslar, porque su mérito era de mucha calidad y tampoco una sola persona puede ser el mejor escritor y a la vez el mejor político del país. Quien asa dos virtudes al mismo tiempo, alguna se le quema.

En dos últimas ocasiones fue Medina grande "hasta para magnificar la parte impura" que cabe en un ser humano: cuando

impulsó la nueva Ley de Petróleos y se enfrentó como hijo de su padre Rosendo a las pretensiones del invasor extranjero. En un mitin de obreros petroleros en Lagunillas, alguien tomó el micrófono y le dijo: "Presidente, sería bueno que usted consultara este asunto de la Reforma con el Presidente Roosevelt". "Yo no tengo nada que consultar afuera. Venezuela es un país soberano e independiente", respondió, airado.

Qué diferencia con el gobierno betancourista, del cual dijo en la *Revista Selecciones*, julio de 1949, el gerente de la Standard Oil: "Nunca un gobierno y una compañía petrolera han actuado más de acuerdo que la Creole y Acción Democrática en Venezuela". Cuando mister Lynam, Gerente de la Creole en tiempos de la Reforma, visitó Miraflores, y porque no lo recibían más ligero que inmediatamente, se expresó mal del Presidente; no había llegado a su casa cuando recibió la orden de desocupar el país (esto solo lo hizo Bolívar con el embajador yanqui cuando era Presidente de la Gran Colombia).

Cuando lo derribaron fue "grande, inmenso, sin cabida en el mundo" nuestro gran Isaías Medina Angarita. "No, no, no. A esos muchachos no los voy a matar porque fueron mis alumnos". Nosotros lo vimos el día del golpe por la tarde, y estaba serio, sereno y sin miedo.

DIARIO EL NACIONAL, "ESCRIBE QUE ALGO QUEDA"

UN BARCO PETROLERO AMENAZA CAÑONEAR A

VENEZUELA

El 5 de abril de 1941 fue un viernes negro para la patria venezolana. Ese día, en el histórico templo del Rosario de Cúcuta en donde un siglo antes se había celebrado la Asamblea Constituyente de la Gran Colombia, se reunieron los cancilleres López de Mesa, colombiano, y Gil Borges, venezolano, para firmar, en presencia del primer magistrado de la nación hermana, doctor Eduardo Santos, la entrega por parte del presidente de Venezuela de una parte considerable del territorio venezolano.

Eleazar López Contreras, que así se llamaba el magistrado de esta escandalosa donación, tuvo rubor de ir a Cúcuta y se quedó en San Antonio del Táchira esperando que Santos llegara hasta el Puente Internacional a darle las gracias por el favor concedido (Eduardo Santos, el más avisado de todos los Santos de Colombia; dueño del importantísimo diario *El Tiempo*, fue venciendo con su cara de japonés a todos sus contrincantes, hasta llegar al solio de Bolívar y Santander). Esta vez un superperiodista destrozó a un general gomecista autodidacta.

El documento se llamaba "Tratado de demarcación de Fronteras y Navegación de los ríos comunes entre Venezuela y Colombia". En él, y en otro que se había firmado en 1939, se cedieron a Colombia cerca de mil kilómetros en La Guajira y se calcula que más de DOSCIENTOS MIL en los llanos del Arauca y el Meta (una quinta parte del territorio nacional en esa época). Por dicho Tratado, Colombia se hizo ribereña con derecho a navegar como si fueran propios, por el Orinoco, el Catatumbo y otros ríos venezolanos.

En La Guajira, a las márgenes del río de Oro, la entrega fue de menos kilómetros, pero de más petróleo. Al menos eso creían la Standard Oil y la familia de Virgilio Barco, propietaria de la llamada "Concesión Barco". Como no había todo el petróleo que esperaban, dejaron dormir la reclamación a la expectativa de que se presentase otro López Contreras. Casi lo encuentran en tiempos de Herrera Campins, pero la malhadada "Hipótesis de Caraballeda" auspiciada por los doctores Gustavo Planchart, Pedro Nikken y el canciller Zambrano Velazco, fue rechazada al ser presentada por

este en el Círculo Militar ante una numerosa asamblea (la reunión fue pública y dieron cuenta de ella los periódicos).

Volviendo a López Contreras, diremos que su monstruoso engendro territorial fue criticado en el Congreso por los diputados Rafael Caldera, Pedro José Lara Peña, Andrés Eloy Blanco, Germán Suárez Flamerich, Ricardo Hernández Rovati, Navas Spínola y otros; todos ellos salvaron sus votos pero hubo cuatro notables venezolanos que votaron en contra: los doctores De Armas, Pastor Oropeza, Martín Vegas y el señor Guglielmi, diputado por el estado Táchira (desde entonces viene Lara Peña dando la batalla contra los entreguistas del territorio nacional).

La oligarquía colombiana se ha tornado cada vez más agresiva, y con razón porque ve que la fortaleza venezolana es de alfonduque. En este siglo xx, solo los dictadores Castro, Gómez y Pérez Jiménez decidieron ponerse la ropa de pelear si ello era necesario.

Los gobernantes colombianos que parecen estar desesperados por ponerle mano a los territorios en supuesto litigio, declararon traición a la Patria un comunicado de uno de sus cancilleres reconociendo a Los Monjes como territorio venezolano, e imprimieron un mapa incluyendo a Los Monjes y otros territorios como pertenencias colombianas. Y proyectaron declarar constitucionalmente que los territorios apetecidos son de Colombia.

¿QUÉ HACER?

Todo menos ceder tierra porque lo prohíbe la Constitución Nacional. López Contreras trata de justificar su imperdonable proceder aduciendo que en esa época el ejército colombiano era más fuerte que el nuestro, y trae a colación en su libro *Apuntes para la Historia Militar de Venezuela*, la consulta que hizo el canciller alemán Bismark a su Estado Mayor antes de iniciar la guerra contra el emperador Napoleón III de Francia (la cita es de Juan Bautista Fuenmayor en su magistral *Historia Contemporánea de Venezuela*).

Entonces fue por miedo que López cedió lo que no era suyo, ejecutando un acto prohibido constitucionalmente. Si Colombia declara acto de traición un comunicado de su canciller reconociendo Los Monjes como nuestros, ¿cómo calificaríamos

nosotros la acción de López entregando cientos de miles de kilómetros cuadrados?

El canciller Bismark en este caso hubiera declarado traición a la Patria la acción de López, habría fortificado las defensas nacionales, se hubiese entendido con el jefe guerrillero Marulanda para paralizar a través de él a la oligarquía colombiana y habría tomado represalias contra las compañías petroleras que le están calentando las orejas al señor Barco. Pero como el canciller no es Bismark sino Consalvi, creemos que se puede llegar a un arreglo amistoso, explotando de igual a igual, las regiones en litigio. Por supuesto que Los Monjes siempre serán venezolanos.

La Gran Colombia se está formando en Venezuela con más de 2 millones de colombianos que conviven felices, contentos y en armonía con nosotros, al igual que muchos miles de ecuatorianos. Mientras tanto, solo nos resta entonar para el Presidente Barco una canción de moda: "En ese BARCO que está llegando a la bahía se va, se va, se va la Oligarquía".

DIARIO *EL NACIONAL*, "ESCRIBE QUE ALGO QUEDA".

ACTO INCULTURAL

AMICUS CABRUJAS, SED MAGIS AMICUS VERITAS
(ARISTÓTELES, EL CÉLEBRE FILÓSOFO GRIEGO, REPLICÓ
A SU AMADO Y RESPETADO MAESTRO: "SOY AMIGO DE PLATÓN,
PERO MÁS AMIGO DE LA VERDAD")

A todos los admiradores de José Ignacio Cabrujas nos ha dolido en el alma sus recientes declaraciones sobre Simón Bolívar, porque Cabrujas es un hombre extraordinario que se ha ganado la admiración de los venezolanos a golpe de talento y sentido popular. Es como si Stanislavsky, el artista del pueblo soviético, hubiera arremetido repentinamente contra Lenin. En los tiempos antiguos ni siquiera Aristófanes, el tremendísimo comediógrafo, usó tales excesos contra Sócrates, el padre espiritual de Atenas.

Escribimos textualmente la transcripción que con toda angustia y altruismo trajo a los diarios desde la revista oficial *Imagen*, el muy apreciado escritor Raúl Oviedo Rojas, para más señas militar retirado. Dijo Cabrujas:

Hay personas que tienen la felicidad, como Bolívar, de no darse cuenta que nosotros éramos un país subdesarrollado (...) nunca se dio cuenta dónde estaba parado (...) Bolívar era lo suficientemente loco y disparatado como para olvidar que (sic) él vivía en un territorio con limitaciones históricas determinadas. Él creía que esto formaba parte de la historia, cómo él trabajaba para la gloria y la gloria para él era Europa, Bolívar quería tener la admiración de los franceses, por lo tanto escogió este decorado para impresionar a los europeos. Él fue un pésimo político porque era un hombre de acción, mientras la acción duró, el tipo (sic) andaba muy bien.

A) "Hay personas que tienen la felicidad, como Bolívar, de no darse cuenta de que nosotros éramos un país subdesarrollado".

Precisamente, lo que han elogiado más en Bolívar es su conocimiento de la realidad americana, dejando testimonios escritos como la *Carta de Jamaica* y el *Discurso en el Congreso*

de Angostura. Todos están de acuerdo, menos Cabrujas por supuesto, en que Bolívar fue un extraordinario sociólogo ("Nosotros somos un pequeño género humano, poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias aunque en cierto modo viejo en el uso de la sociedad civil... no somos indios ni europeos...").

B): "Bolívar era suficientemente loco y disparatado para olvidar que él vivía en un territorio con limitaciones históricas determinadas" (solo Reagan, llamándolo Contra, insultó más a Bolívar que Cabrujas).

C): "Bolívar quería tener la admiración de los franceses...". Nada menos que de los franceses que hicieron la primera revolución en el mundo y promulgaron la Declaración de los Derechos del Hombre (de Napoleón, desvirtuador de los ideales revolucionarios, se expresó Bolívar siempre adversamente).

D): "Él fue un pésimo político" porque fue un hombre de acción como Alejandro, César, Atila, Bismark y Lenin, que eran por sobre todo *eminentes políticos*.

Un erudito dijo que lo único admirable que había en el mundo después de las fuerzas naturales, eran el genio y la cultura griegas. En América lo único admirable, después de las fuerzas naturales, es el genio y la cultura de Simón Bolívar ("Héroe, legislador, genio y vidente. Todo el Libertador de un continente", para decirlo en verso con el general Rafael María Carabaño). Además de todo lo que era, se reveló Bolívar como un extraordinario escritor que transformó el farragoso idioma literario de la Colonia, en límpido lenguaje republicano (dicen que dictaba sus cartas, casi todas hermosas, a tres secretarios simultáneamente).

Entre Washington, San Martín y Bolívar, los tres denodados Libertadores del continente, hay un abismo de cultura a favor de Bolívar. Estamos viviendo en América y en el mundo una era terrible de dominio imperialista. Igual a la del Imperio romano pero por medios más sutiles. Entre esas sutilezas está la de destruir la identidad cultural de los pueblos, acabar con las costumbres nativas, estandarizar la alimentación, derrumbar los edificios que puedan recordar el alma patria, sustituir el catolicismo tradicional con el evangelio invasor.

Creemos a nuestro amigo Cabrujas incapaz de sumarse al coro transnacional de nuestro sojuzgamiento, pero nos permitimos recordarle que precisamente la valla que nos ampara del

invasor es la del ejemplo y lucha de nuestro Simón Bolívar (en los países socialistas, ni gobierno ni pueblo permitirían que se expresaran de Bolívar en la forma tan poco feliz como lo ha hecho Cabrujas). Cuando en Venezuela haya un gobierno popular, Bolívar y Zamora presidirán en efigie todos sus actos.

Yo invito cordialmente a Cabrujas para que realicemos un viaje a caballo hasta el Perú. Pasemos los páramos de los Andes, a 3 mil metros de altura, y caigamos sobre Boyacá. Sigamos con rumbo al sur hasta la frontera con Ecuador, atravesemos este país, y cuando después de dos meses de viaje y los glúteos destrozados llegemos por fin a Lima, estoy seguro de que Cabrujas exclamará: "¡Qué grande hombre era ese Simón Bolívar! Esto (seguirá diciendo Cabrujas) que nosotros hemos hecho con todas las comodidades modernas, él lo hizo varias veces y asediado por los enemigos". Y más le reconocerá cuando de Lima sigamos para Bolivia con el propósito de redactarle a este país, en dos meses, una nueva Constitución. Al regreso nos detendremos en Quito para forjar un juicio literario superior al que redactó Bolívar sobre el célebre poema del inmortal Olmedo a la victoria de Junín.

Cuando regresemos a Caracas dejaremos los caballos amarrados en la Estación de Caño Amarillo porque Cabrujas habrá resuelto hacer como José Martí cuando vino a Caracas: dejar las maletas en la Estación y no llegar a posada alguna antes de ir a la Plaza Bolívar y decirle a Bolívar: "Tú eres más grande que César porque fuiste el César de la Libertad".

DIARIO EL NACIONAL, "ESCRIBE QUE ALGO QUEDA".

TOMOGRAFÍA COMPUTARIZADA DE LA GENERACIÓN DEL 28

Dedico este artículo a Eduardo Gallegos Mancera y Fernando Key Sánchez, exitosos organizadores de una excursión de 17 personalidades del año 28 a su antigua prisión en el Castillo de Puerto Cabello. Fue un viaje de inolvidable camaradería.

Mariano Picón Salas, el gran ensayista venezolano, dijo que el siglo xx había comenzado en Venezuela en el año 35 cuando murió Juan Vicente Gómez. Pero siete años antes, en 1928, se había producido una eclosión política de grandes proporciones; fue cuando los estudiantes de la Universidad Central, rompiendo todo precedente, se lanzaron unánimes contra Gómez apoyados en las calles por el pueblo. Resonó como un baño de modernidad que se daba el país; no más caudillos, no más generales, no más guerras civiles; la palabra la tendrían desde ahora los intelectuales unidos con las masas populares.

Dos cosas fundamentales movían consciente o inconscientemente al conglomerado universitario: la lucha contra la dictadura y contra el imperialismo que estaba detrás de ella. Estas consignas las venimos a ver completamente claras cuando, presos, en número de 173 estudiantes, fuimos trasladados al Castillo de Puerto Cabello y reunidos con Pío Tamayo, Alberto Ravell, Juan Montes, Rafael Arévalo González y otros presos, no estudiantes, que allí compartieron con nosotros los vejámenes y las tristezas. Entre ellos Jesús Corao, hombre de una simpatía avasallante; su hermano Carlos, Tancredo Pimentel; el general Márquez, padre del fallecido escritor Márquez Cairós y quien era el decano de los presos, con casi 20 años de sufrimientos. También estaba el negro Piña, tan antiguo allí que no conocía los automóviles, y Pastor Ortega, preso común que se había hecho célebre como protagonista del llamado "Crimen del Correo del Oro". Todos estábamos rigurosamente remachados con un par de grillos que pesaba hasta 80 libras.

Antes de llegar al Castillo de Puerto Cabello, nosotros los estudiantes sabíamos poco de lo que pasaba en el mundo porque Gómez mantenía cerradas las puertas de la nación. Apenas conocíamos algo del movimiento literario llamado de vanguardia y los postulados fundamentales del freudismo. Pero

allá en el Castillo nos esperaba Pío Tamayo para abrirnos las ventanas del universo. Leíamos a Lenin por primera vez y nos enteramos de la lucha de clases que conmovía a las sociedades de Europa, Asia y América. Profundizamos a Freud y ya no fueron solamente Carlos Eduardo Frías y Pablo Borjas los que sabían de vanguardia. Leímos a Henri Barbusse, a Otto Bauer y a Kira-Kiralina.

Los dos pensamientos, el radical y el conservador, estaban representados en aquel soleado patio por Pío Tamayo y Rafael Arévalo González, dos grandes luchadores políticos, llenos de honradez e igualmente respetados. Para ellos algún día vendrá el Panteón Nacional en departamento aparte, junto con Ezequiel Zamora e Isaías Medina. La radicalización de las mentes no trajo ningún encono, ninguna división, entre los integrantes de aquel conglomerado. Tomamos como algo muy natural que unos se hicieran comunistas y otros radicales y burgueses. Cuando Juan Bautista Fuenmayor, sentado en un chinchorro, pronunció la primera conferencia marxista que se dijo en Venezuela, fue intensamente aplaudido; e igual pasó con don Rafael Arévalo, quien desde su silla de extensión dictó una réplica que comenzaba con estas palabras: "La conferencia de Fuenmayor corta más por el lomo que por el filo".

Todos pasábamos el día aislados del mundo y bajo tiendas de lona para defendernos del intenso sol. Había La Tienda Roja, dirigida por el incansable corazón de Alberto Ravell y de la colaboración de Juan Montes; la Peña Lara; El Calabozo del Proletariado; la tienda Wall Street y otras. En la Wall Street estaban, naturalmente, los más ricos: Luis Enrique Pérez, hermano de los Pérez Alfonso; Bernardo Guzmán Blanco, gran persona, biznieto del general Guzmán Blanco; Andrés Olavarría, descendiente del general Manuel Antonio Matos, el caudillo de la Revolución Libertadora; Carlos Ibarra, Pedro Antonio Yáñez, Ángel Ugueto y Alejandro Oropeza Castillo (decían que en aquella tienda se cocinaba comida mejor que en las demás).

Por las noches nos encerraban en los seis calabozos. El que esto escribe, junto con 30 compañeros, habitaba el No. 4, durmiendo todos en el suelo pues no había sino una cama para Pío Tamayo que siempre estuvo gravemente enfermo con sinusitis y otras dolencias de carácter respiratorio.

Las noches en ese calabozo No. 4 con Pío y Manolo García Maldonado fueron inolvidables. Pío no solamente sabía de política sino de literatura, historia y de muchas otras cosas; era un narrador incansable de sus luchas por Centroamérica; además poseía un humorismo inagotable y todas las veces nos sorprendía con versos chuscos; recuerdo unos que le dedicó a Lorenzo González, nuestro fallecido "Meterete", y que terminan así:

¡Ay! González, González, González
yo te meto, te meto, te meto
y tú te sales, te sales, te sales.

Manolo completaba el encanto triste de las veladas con sus numerosos chistes y sus salidas ingeniosas. Como le gritaban de los otros calabozos: "¡Manolo, báñate!", una mañana cuando llegaron a abrirnos, pidió permiso al capitán de la requisa para bañarse primero, antes de que salieran los demás; y entonces se echó encima el agua del único tanque que había, ante la inmensa rabia de todos. "¿No decían que me bañara?... me bañé por todo el tiempo que dejé de hacerlo".

La Generación del 28 se dividió posteriormente en tres partes: los que se pasaron a la dictadura y al imperialismo colaborando con Pérez Jiménez (Germán Suárez Flamerich, Luis Felipe Urbaneja, Gerardo Sansón, etc.); los que se conservaron demócratas pero aliados con las transnacionales (Rómulo Betancourt y Raúl Leoni); y la inmensa mayoría que siempre estuvo por la democracia y el nacionalismo, como lo demostró apoyando casi unánimemente a Medina en un famoso manifiesto.

Entre los que fuimos recientemente a Puerto Cabello con nuestros familiares, en busca del tiempo pasado, no había adecos ni copeyanos militantes. Quizás por eso no fue reseñado por los medios de comunicación de este sistema tan celosamente bipartidista.

DIARIO EL NACIONAL, "ESCRIBE QUE ALGO QUEDA".

RECUERDOS DE LA DICTADURA GOMECISTA

Año de 1930

Para esta fecha Juan Vicente Gómez llevaba 22 años pastoreando férreamente a Venezuela; no se movía una flor sin que se estremeciera el aparato gomecista. A las 6 de la mañana de todos los días, los telégrafos informaban a Maracay de los avances del régimen y de los presos y muertos que hubo que hacer. Sin embargo, el país progresaba en orden administrativo, en buenas carreteras y en la civilización de las costumbres.

Los venezolanos deseaban ardientemente celebrar el Centenario de la muerte del Libertador con Gómez derrocado. Acababan de salir en libertad después de un año presos los estudiantes de la Universidad Central que masivamente habían iniciado las protestas contra Gómez. Pero las cárceles se estaban llenando de nuevo con los intelectuales más conocidos. Circulaba un periodiquito clandestino muy gracioso llamado *El Imparcial*, y como no podían localizar a los autores resolvieron recoger a todos los capaces de escribirlo: Andrés Eloy, Pedro Sotillo, Job Pim, Leo, Lucas Manzano, Pablo Domínguez, ... Pero había una hermana de Andrés Eloy llamada Rosario Blanco que seguía dirigiendo la publicación con lujo de habilidad.

Fracasó la invasión armada que partió de Londres y desembarcó en Cumaná; en la primera refriega murieron el jefe de la invasión, Román Delgado Chalbaud, y el presidente del estado Sucre, general Emilio Fernández. Gómez corrió con la suerte de que Pedro Elías Aristiguieta, quien venía de apoyo de Delgado Chalbaud con varios centenares de pescadores, se demoró en el camino; a pesar de todo Pedro Elías se batió como los buenos.

Otro movimiento que llenó de ilusiones a todos los patriotas fue el encabezado en Guanare por el magnífico general José Rafael Gabaldón. Puede decirse que la mayoría de los intelectuales y hombres progresistas de Lara, Yaracuy, Portuguesa y Trujillo adhirieron al levantamiento armado; hubo acciones gloriosas como las tomas a machete que encabezaba el improvisado coronel Sandalio Linares. Pero como otros generales comprometidos en Caracas y demás ciudades no respondieron

a tiempo, los militares gomecistas vencieron a la insurrección. Los caraqueños seguían cantando la parodia de *Júrame*, dedicada a Gómez la que en algunos de sus versos decía así: "¡Júrame! que no hay nada más profundo ni más grande en este mundo que la Patria en que nací (...) ¡Mira bien! que ya está pegando el plomo por el pecho y por el lomo por los lados de Chabasquén" (por los lados de Chabasquén era que se había alzado el General Gabaldón. La mayoría de sus seguidores, gente muy valiosa, fueron encerrados por años en el Castillo de Puerto Cabello. En estas mazmorras murió esa pura gloria de la poesía y honradez larense que se llamó Alcides Losada).

En 1930, Caracas dio lo que se llama un salto cultural. Entre los estudiantes libertados había grandes intelectuales que habían leído en los libros que Pío Tamayo tenía en el Castillo de Puerto Cabello las novedades del freudismo, el marxismo y la poesía maldita y surrealista de Francia. Para discutir los grandes problemas de la política y de la cultura, Inocente Palacios, María Teresa Castillo y Josefina Juliac fundaron una especie de club literario llamado Centro Cero de Teoréticos. Reunía a los intelectuales de izquierda y sus invitados para hablar bien del sistema literario y mal del sistema gomecista.

Otra tertulia eminentemente política mantenía en su casa de la esquina de Cuartel Viejo, la recordada señora Luisa Teresa Velutini de Mandé (madre de Clarita Mandé, viuda de Zony Requena). La Tía Luisa, ferviente antigomecista, era tan liberal –siendo oligarca– que organizó un reparto de las hojas tituladas *25 Lecciones para obreros*, la primera publicación comunista que se hizo en Venezuela, iniciada y redactada por el gran dirigente Rodolfo Quintero.

Mientras el general José María García fue Gobernador de Caracas (todo el año de 1930), el gomecismo propició un clima de tolerancia. Hubo una huelga de transviarios y otros de telegrafistas con posiciones violentas. Los periódicos de la época (*El Nuevo Diario*, *El Universal*, *El impulso* y *El Sol*) hicieron mucha bulla a la de tranvías, y así como al misterioso asesinato de Madame Balou, una francesa que se había enriquecido adivinando las cartas en El Valle. El Gobierno fue superando escollos porque quería llegar a diciembre, centenario de la muerte de Bolívar, en paz y en campaña con el pueblo. La gente ya casi hablaba en voz alta mal de Gómez en las calles; pero cuando creyeron quizás

que se cansaba su brazo, pasó la fecha centenaria y volvió a poner al duro Rafael María Velazco en la gobernación caraqueña.

En la mañana del 17 de diciembre de 1930, varios miles de personas marcharon en manifestación espontánea desde la Plaza Bolívar hasta la odiada prisión de La Rotunda, con ganas de volver a tomar La Bastilla. Los recibieron a tiro limpio, hiriendo a muchos y matando a varios. Entre los heridos estaba Víctor José Paiva, hoy miembro muy respetado del Partido Comunista. El entierro del joven Yerena, muerto en los sucesos, constituyó una masiva protesta con millares de personas a pie hasta el Cementerio General del Sur. En el curso de 1930 descubrieron en Valencia algunas conspiraciones para matar a Gómez. Fueron apresados el general Manuel Urbina y otros que habían instalado una fábrica de bombas. El Dictador tenía que pasar por Valencia para presidir los actos en el Campo de Carabobo. Dicen que viajó hasta allí desde Maracay de noche en un fordcito viejo y con la sola compañía del chofer.

En 1930 se trató de llevar a cabo un plan para bombardear la casa de habitación de Juan Vicente Gómez cuando este estuviera durmiendo la siesta en Maracay. Los estudios previos fueron financiados por Jesús Corao, Carlos Agostini y otros decididos antigomecistas. Un aviador y varios estudiantes debían abordar en calidad de pasajeros el avión de la Línea Francesa "Late", llevando sus maletas llenas de bombas para arrojarlas sobre la residencia presidencial. Se trató de contactar a los capitanes de aviación Pocaterra y Fortoul, pero al fin el plan se abandonó. Hubiera sido, en el mundo, el primer avión secuestrado por motivos políticos. Pero era casi seguro que las bombas, llevadas en maletas, no hubieran caído ni cerca de la hermosa madriguera del Dictador.

DIARIO EL NACIONAL, "ESCRIBE QUE ALGO QUEDA".

REFLEXIONES SOBRE LA MUERTE DE VÍCTOR GARCÍA MALDONADO

SON COSAS PASADAS QUE EL HADA ARMONÍA TRAE A MI MEMORIA.

ALFONSO CAMÍN, POETA ESPAÑOL

Ayer sus cansados pulmones exhalaban el último aliento. Ya no embellece con su risa franca la tertulia familiar. Las ingeniosas salidas pertenecen al recuerdo. El corazón no lo siguió acompañando en la tarea de derramar afecto sobre sus semejantes. Así era Víctor García Maldonado desde siempre; cuando niño casi, se enroló ardoroso en las huestes estudiantiles del año 28. Inició luego los primeros intentos por fundar el Partido Comunista de Venezuela, agrupando a su derredor a una docena de estudiantes radicales; más tarde participó con los hermanos Fortoul en la fundación definitiva del PCV.

A causa de esa fundación, en la cual andábamos también nosotros, estuvimos presos junto con Víctor García Maldonado durante tres años y medio en aquella devoradora de hombres que se llamaba La Rotunda. En Lara dicen: "Si quieres conocer a una persona, vive con ella". Después de tres años, habitando en un mismo calabozo, nos es posible asegurar que conocimos muy bien a este altivo representante del gentilicio García Maldonado. Digno miembro de esta familia que ha salido patricia en las luchas de Venezuela: Enrique, Margot, Manolo, Alejandro, José Briceño y los vástagos. Las cárceles de Gómez los albergaron a casi todos para castigar sus desvelos y protestas.

Con Víctor vivimos la odisea del Apamate, que así se llamaba el calabozo de ocho metros por ocho en que fuimos encerradas 36 personas, engrilladas, durmiendo en el suelo y casi sin comida por la friolera de ¡dos años y medio! Formábamos el grupo dos profesionales de Arquitectura y Mecánica, 14 estudiantes, ocho panaderos, siete zapateros, dos soldados, un ebanista español y un mecánico de teléfonos. Si el doctor Gallup hubiera sido tan arriesgado para realizar una encuesta en aquel ambiente, habría constatado que Víctor García Maldonado se disputaba con Mariano Fortoul el aprecio universal de los habitantes de nuestro pequeño y aflitivo mundo.

Nos atreveríamos a asegurar que la “Célula de Presos El Apamate” fue la primera república comunista que existió en América. Un comunismo primitivo, especial, porque no generábamos valores de uso, sino que consumíamos la ración que nos daba el gobierno y las comidas que mandaban de algunas de nuestras casas. Todo era colectivo, nadie recibía un ápice más que otro; si lo sabría Víctor que fue durante todo el tiempo el jefe responsable de la Comisión de Comida. Por cierto que nuestro camarada Víctor resolvió darnos una sorpresa para celebrar el 7 de noviembre, aniversario de la Revolución Rusa: cocinó una gran olla de arroz, y antes de servirla tiñóla con rojo vegetal. José Antonio Mayobre, quien formaba parte del grupo, hizo con motivo del arroz rojo la parodia de un *couplet* de moda diciendo que Víctor estaba loco de perinola:

Si este Víctor sigue así
clarito al coronel
le tendremos que hablar
—sáquenos a este loco de aquí
y únalo con Pacheco para descansar.

En el calabozo El Apamate enseñaban Arquitectura y Alta Mecánica, los hermanos Fortoul, educados en el extranjero y quienes a los pocos meses fueron separados de nosotros, y aislados en una pequeña celda; Juan Bautista Fuenmayor, hoy rector de la Universidad Santa María, y autor de una *Historia Contemporánea de Venezuela* que rivaliza con la de Gil Fortoul, nos deslumbraba con su poderosa mente y sus conocimientos de derecho, historia y filosofía; José Antonio Mayobre, que después se pasó al enemigo de clase, admiraba por su clara inteligencia y su atildado decir; Ángel J. Márquez, muerto recientemente después de haber ganado gran reputación como abogado, era dueño de un agudo intelecto; Fernando Key Sánchez con su meticuloso cerebro nos daba clases de Ingeniería. Gustavo González Cabrera, hijo de Eloy G. González y después ingeniero, ya fenecido; Juan José Núñez Morales y el escultor Eduardo Francis eran algunos otros de los intelectuales allí presentes. El panadero Pedro Cadamo, muy celebrado por su chistoso ingenio; Claudio Hernández, zapatero, poseía gran experiencia gremial y mucho conocimiento de la historia reciente de Venezuela; su colega Ramón Abad León era un industrial y masón que había ahorcado esos hábitos; Cupertino

Muñoz y Luis Díaz representaban a la casta militar porque, siendo soldados, se hicieron comunistas; había también un antiguo guerrillero llamado Ramón Fernández de Córdoba.

A todos estos personajes hay que agregar a Jesús María Pacheco, "el loco Pacheco Arroyo", hermano de Monseñor Pacheco, para entonces párroco muy querido de la Santa Capilla. Enloqueció nuestro Pacheco y le dio por repetir que iba a matar al Gobernador de Caracas, general Rafael María Velazco; por prevención lo arrojaron en La Rotunda y como castigo suplementario solían alojarlo en nuestro ya congestionado calabozo. El loco era fuerte, ingenioso y muy buena persona. Cuando estaba más eufórico se situaba semidesnudo en el centro de nuestra ergástula y comenzaba a zapatear una canción inventada por él, y que decía así: "Viva Dios, viva la Patria, viva la Federación, que los hijos que salen malos es porque los padres son. Anoche pisé a tu mamá, esta mañana a tu tía, y tu hermana se me escapó por encontrarla dormía...".

Sean estos recuerdos un homenaje postrero a la memoria de nuestro querido camarada Víctor, combatiente y héroe en la Guerra Española, cuyo cadáver ha de guardar la tierra como un tesoro.

DIARIO EL NACIONAL, "ESCRIBE QUE ALGO QUEDA"

RECUERDOS DE NAVIDAD

Cuando llega Navidad todos caemos arrollados como por un hechizo colectivo. Quién más quién menos rememora la niñez. Algunos reviven los cuentos navideños de Carlos Dickens o el relato más cercano de José Rafael Pocaterra: *"De cómo Panchito Mandefuá cenó esa noche con el Niño Jesús"*. A Panchito Mandefuá, alma noble de muchacho caraqueño casi marginal, lo mató un carro cuando hacía fiesta con 10 bolívares que había logrado reunir para la gran ocasión; hasta una noviecita romántica, pobre como él, consiguió. Lleno de alegría quiso atravesar la calzada una noche de los años 20...

La Navidad es, por supuesto, mucho más antigua que los automóviles, pero no existió siempre aunque se remonte más allá de 15 mil años. Es la fiesta del sol. El hombre antiguo creía todos los años, cuando llegaba el invierno, que el astro luminoso se iba para siempre y que todo lo viviente moriría. ¡Cuál no sería su júbilo cuando el rubicundo Febo de los clásicos españoles aparecía otra vez sonriente por el lejano este! Los egipcios eufóricos inventaron el grito de ¡Ra! ¡Ra! ¡Ra!

En las sencillas navidades de mi pueblo se comía mucha hallaca y se tomaba mucha chicha; era de ritual brindar esta a todo visitante, y los muchachos aprovechábamos para ir de casa en casa; nadie lucía entonces preocupado pues aún los mercaderes franceses no habían exportado hacia acá su Papá Noel, con un saco al hombro lleno de juguetes caros. Algunas navidades son para mí objeto de especial recordación. Por ejemplo, la que pasamos 200 estudiantes en Araira, cerca de Guatire, allá en 1928, presos por Gómez cuando rechazamos pública y unánimemente su dictadura. A las 12 de la noche, dentro del guayabo colectivo, un compañero, llamado Aníbal Díaz Ron, no aguantó más y rompió la oscuridad profunda gritando a todo pulmón: "¡Maldita sea la pu... que parió a Juan Vicente Gómez!". Todo el pueblito se estremeció oyendo aquella blasfemia. "Los van a matar" –rezaban las humildes mujeres al despertar sobresaltadas–. La bestia humana que se encargaba de nuestra custodia dispuso que sus esbirros (chácharos) nos echasen plan.

Otra triste Navidad la viví en La Rotunda cuando me iniciaba como huésped por varios años de aquella casa dostoiéskiana.

Desde mi estrecho y solitario calabozo, y a través de unas rendijas, divisaba a los otros presos del departamento llamado El Manzanillo. En el calabozo vecino estaba el gran poeta Pablo Rojas Guardia; no lo veía pero sentía sus gritos en crisis de exacerbación. Desde mi guarida distinguía como a 15 metros a unos señores en pijama, sentados alrededor de una mesita; uno de ellos leía y los otros escuchaban atentamente; calculo que serían 12 pero apenas podía ver las caras de Pedro Sotillo, Lucas Manzano, Ramón Hurtado y Pablo Domínguez. Los que no lograba ver eran seguramente Andrés Eloy Blanco, Leo, Job Pim y otros.

Cuando la voz sonora de Pablo Domínguez efectuando la lectura llegó hasta mis oídos, me di cuenta de que estaban leyendo *Doña Bárbara*, la recién publicada novela de Rómulo Gallegos. Cuando oí leer que Santos Luzardo tenía ansias de democracia y vehemencia de progreso, todo mi ser se estremeció y aumentó mi estimación por los intelectuales que escuchaban presos ahí, en lección de dignidad.

Entre las navidades apesadumbradas que debimos soportar los exiliados políticos en tiempos de Gómez y López Contreras, recuerdo especialmente la Navidad de 1934 en Barranquilla. Había en aquella noble y acogedora ciudad colombiana varios centenares de exiliados, y entre los más representativos se distinguían el poeta Manuel Felipe Rugeles, su cuñado Ricardo Montilla, el líder estudiantil Raúl Leoni y el gran luchador popular Salvador Rodríguez.

Más de 30 exiliados habíamos llegado recientemente. Cuando vino la Pascua, un insigne venezolano, representante en Barranquilla de la casa Ross y llamado Héctor De Lima Lara, nos invitó a pasar la noche de Año Nuevo en la hermosa casa donde residía con su familia. Sumábamos como 40; hubo contento y alegría hasta que sonaron las 12 campanadas. Todo se vino al suelo cuando Héctor De Lima puso en su vitrola *Gloria al Bravo Pueblo* y "Yo nací en esta ribera del Arauca vibrador". Aquellos hombres, curtidos en cárceles e infortunios, doblaron unánimemente la cabeza en gesto de supremo abatimiento. Raúl Leoni se había quedado como petrificado en su silla, perdido en un mundo de crueles reflexiones; Rodolfo Quintero abandonó súbitamente la guasa que siempre lo acompaña, mientras Joaquín Quintero le veía con mirada remota; Manolo García Maldonado

dejó de hacer travesuras por unos instantes mientras Víctor, su hermano, cesaba de reír estentóreamente como lo hacía siempre; Ricardo Montilla y Gosvinda Rugeles, su mujer, trataban de animarse para dar el ejemplo; Ugueto, obrero de La Guaira, y su compañero el gran viejo Ambrosio Purroy, lucían desolados; Germán Herrera Umérez (primer abogado que junto con Víctor Juliac defendió los derechos humanos) centraba su mirada miope en un solo punto; Guillermo Mujica, siempre reído, ahora callaba con aires de dolor: Ángel J. Márquez, Miguel Pardo Bercera, Nicandro Acosta, Rafael Mendoza y el jefe natural de los exiliados, el gran Luis María Carrasquero, formaban un grupo que hubiera podido servir al Greco para un moderno entierro del Conde de Orgaz.

"...soy hermano de la espuma, de la garza, de la rosa y del sol..."

Entonces, Héctor De Lima Lara, el dueño de la casa, suspendió la música, y para levantar los ánimos nos invitó a desfilas hacia la mesa. Mientras abría la champaña profetizaba: "En la próxima Navidad ya habrá muerto Gómez y todos ustedes estarán en Caracas: ¡Brindo por la felicidad de Venezuela!"

Ante la alegría y el dolor que siempre suscita en nosotros la Navidad, quiero consignar aquí un recuerdo para los periodistas y escritores muertos que más quise: Monseñor Jesús María Pellín, escudo y amigo de los perseguidos; Marco Aurelio Rodríguez, maestro y hermano a pesar de las diferencias ideológicas; el gran poeta, periodista y humorista Ángel Corao; Mario Briceño Iragorry, la pluma de la justicia; Leo y Job Pim, las dos glorias más puras del humorismo en la primera mitad de nuestro siglo; Pío Tamayo, mártir, quien muriendo de sinusitis sobre una cama gomecista tenía ímpetus suficientes para erguir su cuerpo y predicar la buena nueva del socialismo; Alberto Ravell, todas las nobles inquietudes materializadas en un solo hombre; Aquiles Naza, lirófono celestial del humorismo venezolano; Rubenángel Hurtado, el poeta de la bondad, y César Rengifo y Alí Brett Martínez los últimos caídos. Ellos enseñan que la Patria para todos se hace con esfuerzo, tesón, cariño y sacrificios.

DIARIO EL NACIONAL, "ESCRIBE QUE ALGO QUEDA".

DESAGRAVIO A NUESTROS GRANDES ESCRITORES

A QUIENES PROFESAMOS LA RELIGIÓN DE LAS LETRAS
SE NOS OPRIME EL ALMA CUANDO OÍMOS
DENIGRAR DE SUS SANTOS Y DIOSES.

Así como Miranda con su inmensa y tenaz labor en pro de la independencia hispanoamericana preparó el advenimiento de Bolívar y de otros libertadores, Manuel Vicente Romero García (guardando las distancias) ensalzó los campos con pintura ingenua para que a su llamado acudieran Gallegos, Pocaterra, Díaz Rodríguez y los otros adalides. Hasta la aparición de estos últimos, todo el orgullo nacional de la novelística se cifraba en *Peonía*. En escuelas y medios intelectuales se le admiraba por el reflejo exacto de las costumbres, el espíritu innovador de su principal personaje (Santos Luzardo prematuro) y la crítica tan acertada, a veces muy audaz, de las ideas y hábitos reinantes. Era corriente referirse a *Peonía* para expresar las proporciones de acontecimientos desagradables. Decían: "En fin, la tragedia del trapiche...", refiriéndose muy probablemente al desenlace dramático de la novela, con incendio de la hacienda y su trapiche y el asesinato del dueño y de su joven y bella hija. Comentaban lo de un desayuno de carne frita, caraota y arepa por solo 9 centavos, y como alta expresión del criollismo repetían las palabras de uno de los personajes: "Carmelita, busca una espina de naranja para que me saques una nigua".

También el nombre de *Peonía* (como el de las bellas semillas para hacer collares) brindaba un entorno poético al libro. Su autor lo llamó "seminovela" y lo dedicó a Jorge Isaac, el celebrado autor colombiano de *María* (diez años antes de que terminara el siglo anterior). Romero García, quien pasó su niñez estudiantil en Valencia, fue lo que llaman hoy pedestremente "un escritor prestado a la política", o más exactamente, lo contrario. Tenía el diablo de la Patria por dentro, como Carujo en su tiempo. A los 20 años había estado 14 veces preso, según confiesa él mismo; en La Rotunda lo llamaban "Romerito" y se admiraban de lo mucho que salía y entraba, pero siempre enhiesto.

Odiaba a todos los opresores, pero el dictador Guzmán Blanco era el centro de sus iras. Fue uno de los principales

organizadores de La Delpinada, cruel candidatura presidencial con coronación de un ingenuo poeta del pueblo, hecho todo al estilo rimbombante del autócrata civilizador. Romero García era codirector del periódico que servía de vocero al movimiento y fue obligado por el gobierno de Crespo a dejar dicho cargo. En 1892 se lanzó a la guerra, acompañando a Cipriano Castro, su amigo ya desde Caracas, en la acción de armas que el último emprendió en el Táchira para defender el llamado continuismo del doctor Andueza Palacios, quien mandó dos años y quería más.

Después de guerrear, Romero García se hizo un hombre temible. En un periódico de Caracas publicó un aviso que decía más o menos lo siguiente: "A todas las personas que suelen parar mi coche en las calles para importunarme con toda clase de necedades, les anuncio que desde ahora en adelante a quien detenga mi coche le descerrajaré las balas de mi revólver". Por supuesto que desde entonces el vehículo se desplazaba raudo y tranquilo, porque sabían que Romero García era muy capaz de cumplir lo prometido. Cuentan que siendo jefe de un batallón en el cuartel de San Carlos, estaba leyendo plácidamente en su chinchorro cuando vinieron a comunicarle que el batallón estaba insubordinado. Cerró el libro, bajó del chinchorro, preparó su revólver y se fue al sitio de los acontecimientos. No solo sometió a los revoltosos sino que hizo fusilar al jefe. Regresó a su habitación, se acomodó de nuevo en el chinchorro y siguió leyendo tranquilamente. Como cuando Nerón mandó a incendiar a Roma y contemplaba la quemazón tocando cítara.

Pero Romero García no era cruel y sí muy generoso. En el exilio ayudaba a los otros en la medida de sus pocos recursos. Dicen que en Nueva York contrajo una pulmonía porque él y el gran general Zoilo Vidal, también desterrado, se levantaban de madrugada a cavar tumbas como jornaleros de cementerios, para poder contribuir a los gastos de la casa, cuya dueña no les exigía nada, y quien ignoró siempre que aquellos dos generales tan famosos se avinieran a desempeñar, por pundonor, tan macabro oficio. La diosa fama quiso que Romero García viviera sus últimos años en Aracataca, pueblo de la costa atlántica colombiana que el mundo conoce con el nombre glorioso de Macondo. Allí, viendo diariamente a los Buendía, el precursor de la novelística nacional venezolana había vivido muchos años de soledad y miseria: "Aquí he buscado la vida de todas maneras;

he sido hasta arriero; hace tres meses que no uso medias y hace un año que me cambio la ropa cada tres semanas". En donde el novelista y el patriota se dan la mano. Todas las privaciones con la condición de no claudicar ante el tirano Juan Vicente Gómez. A cuánta reflexión no mueve la vida de este hombre, cuyos restos, que sepamos, no han sido siquiera repatriados; otros con menos méritos y más defectos disfrutaban del Panteón Nacional.

Murió un día a las 8 y 30 de la mañana, a consecuencia de una hernia estrangulada, en el hospital que la United Fruit tenía en Santa Marta. En esa misma ciudad se llevó a cabo su entierro, al cual asistieron solo cuatro personas: sus dos amigos y protectores doctor Antonio J. Barboza y señor Antonio J. Mendible, el diputado al Congreso colombiano José M. Valdeblánquez y el secretario general del Departamento, Nicolás Dávila.

Entierro dostovieskiano para un Voltaire de la novela. Venezolanos grandes, ilustrados y rebeldes que quisieron darnos una Patria mejor. Con sus errores políticos, Manuel Vicente Romero García ha de ser, cuando se termine la era adeca y llegue la de la sinceridad, emblema de un hijo de Venezuela que luchó y murió por ella.

DIARIO *EL NACIONAL*, "ESCRIBE QUE ALGO QUEDA".

HISTORIA DE UN AÑO QUE HIZO HISTORIA

Años hubo en la historia del mundo verdaderamente cruciales. Aquellos en que nacieron Buda, César y Alejandro, por ejemplo, y no digamos Cristo, centro de una religión tan importante, porque ningún historiador registra este acontecimiento. Hicieron historia los años en que fueron derrotados Atila y los Hunos en los campos cataláunicos y aquel en que Carlos Martel detuvo la masiva invasión de los árabes, derrotándolos en la batalla de Poitiers. De no haber sido así, el mundo sería huno o mahometano.

En 1492 Cristóbal Colón partió en dos la historia de la Tierra. En la era moderna, fueron cruciales el año de la Revolución Inglesa en 1649, el de la francesa en 1789 y los años en que nacieron los dos grandes Carlos, Carlos Marx y Carlos Darwin, sin olvidar el año del gran Pasteur. Con todo, el año más importante de la historia fue el de 1917 cuando Vladimir Ilich Lenin y los bolcheviques tomaron el poder en el imperio de los zares y, por primera vez en la historia de la humanidad, fue abolida la propiedad privada.

Después de 1917, el año mundial más importante fue el de 1941. La barbarie nazi, borracha de poder, tras haber sojuzgado como quien derrumba castillo de naipes a todos los pueblos de Europa continental, lanzó más de 200 divisiones contra la Unión Soviética, segura de dominar a ella y al mundo en pocas semanas. A los dos años comenzaron a volver grupa "los superhombres" y de sus sueños de sangre y esclavitud no queda sino el recuerdo. El año de 1941, el de la Carta del Atlántico y de la entrada de Estados Unidos en la guerra, es especialmente importante para Venezuela porque de allí partió su modernización, así como el llamado sistema democrático que hoy tenemos. Desde 1936 venía el general López Contreras cambiando las estructuras y echando los cimientos de las instituciones actuales, pero López era un bolivariano obsesionado por el peligro comunista y con él se avanzaba lentamente dentro de muchas dificultades, negando a la oposición el derecho de disentir.

Pero llegó el comandante y mandó a parar, como dice la canción de Fidel. Llegó Isaías Medina Angarita a la presidencia y todo cambió. Su gobierno aceptó el ejercicio de la democracia como un hecho cotidiano, ya nadie fue perseguido por sus ideas, ya no tuvimos que andar a salto de mata los 47 "agitadores" que López había expulsado de Venezuela.

La primera manifestación de modernidad, acaecida en los dos últimos meses de López, fue la fundación de *El Morrocoy Azul*, un semanario humorístico de nuevo tipo, de una tónica hasta entonces inusual en Venezuela. Surgió cuando Carlos Irazábal y Kotepa Delgado resolvieron cambiar sus actividades como propietarios de la "Publicidad Técnica", con sede en la cuadra de La Pelota, por las actividades más resaltantes del periodismo. Hicieron todos los preparativos y conglomeraron a los humoristas (Bracho Montiel, Víctor Simone De Lima, Pardo, Yépez, Guiñan, Saavedra, Rengifo, Firmo Pesquera, Horacio Vanegas, Claudio Cedeño...) para sacar el periódico con el nombre de *Mujiquita*, el personaje de Gallegos. Pero luego se presentó Miguel Otero Silva, asociándose con Irazábal y Delgado, y proponiendo cambiar el nombre de *Mujiquita* por el más poético y humorístico de *El Morrocoy Azul*. El gobierno de López, siempre con sus procedimientos antiizquierdistas, resolvió a raíz del primer número de *El Morrocoy* confinar a Miguel Otero Silva a su ciudad natal de Barcelona. La historia subsiguiente de *El Morrocoy Azul* ya todos la conocen.

En los mismos días de la aparición de *El Morrocoy*, se incrementó la candidatura de Rómulo Gallegos a la Presidencia de la República, hecho democrático insólito, pues, desde fines del siglo pasado, no había quien se hubiera proclamado candidato sin ser apresado por el gobierno. Al poco tiempo, en el mes de julio, fue legalizado el Partido Acción Democrática, el cual a partir de entonces nos ha dado 39 años de buenas y malas sensaciones.

En el mes de junio fue llevado al Congreso el Tratado de Límites de Colombia, como hecho casi *accompli* del anterior gobierno. López Contreras, quien en 1928 mostró su valor personal para no dejarse amedrentar por supuestas amenazas guerreras de la oligarquía colombiana, entregó tierras y posiciones geográficas en una de las más inauditas claudicaciones que registra la historia venezolana. La lucha contra el Tratado la llevaron a cabo, con verdadero espíritu nacional, los pocos diputados de oposición que entonces había en la cámara: Rafael Caldera, Pedro J. Lara Peña, Andrés Eloy Blanco, Germán Suárez Flamerich, Ricardo Hernández Rovatti, Vivas, Navas Spínola y Navarro Méndez. Pero a la hora de la votación, estos grandes señores escondieron su bizcocho y solo tuvieron la valentía de votar en contra los diputados Julio César De Armas, del Guárico; Juan Guglielmi, del Táchira; y los eminentes venezolanos Pastor Oropeza y Martín Vegas.

El 13 de septiembre se celebró, en el Nuevo Circo, el primer gran mitin libre de Acción Democrática, resplandeciendo como oradores Rómulo Gallegos, Rómulo Betancourt y Andrés Eloy Blanco. Por cierto que en este mitin lanzó Betancourt su palabra rara: "gangonear", inexistente en el diccionario. Un día antes, el 12 de septiembre, salió a la calle el diario *Últimas Noticias*, tabloide de ocho páginas, a centavo, financiado con Bs. 7 mil que Kotepa Delgado había reunido con sus utilidades en *El Morrocoy Azul* (¡qué tiempos aquellos en que se podía instalar un diario con apenas 7 mil papeles!). Fueron sus propietarios Víctor Simone De Lima, Pedro Beroes, Vaughan Salas Lozada y Kotepa Delgado. Fue un salto en el periodismo nacional por haber introducido la información más veloz que se hubiera visto hasta entonces, el despliegue de gráficas acabadas de tomar, las entrevistas, los reportajes, las encuestas, las campañas, los concursos, los reclamos de la población, la defensa de los valores nacionales, etc. Allí nació la primera pléyade de nuestros más resaltantes periodistas.

En el mes de octubre se celebró el primer gran mitin de Acción Municipal, órgano que representaba los intereses electorales del entonces poderoso Partido Comunista de Venezuela, en vías de legalización. Fue en el Teatro Olimpia y habló entre otros su presidente el doctor Asdrúbal Fuenmayor, esposo de doña Lola, la fundadora de la Universidad Santa María. En este mismo mes, el día 14, entregó su alma a la veneración de la posteridad el gran humorista Leoncio Martínez, que tantas luchas había dado por las libertades. Para contemplar su cadáver, desfilaron por el Concejo Municipal miles de personas acongojadas. Para los fines de este año, nos tenía reservada la diosa de los deportes, el inmenso triunfo de Venezuela en la serie mundial de baseball. Todo el país se echó a la calle, borracho de alegría.

Cerró este año de tantos sucesos con la infausta noticia de que los fascistas japoneses, arteramente y por sorpresa, habían destruido la base aliada de *Pearl Harbor* en las islas Hawai. Año crucial, año estelar, este de 1941. Propio para una tesis de grado en la Escuela de Periodismo.

DIARIO EL NACIONAL, "ESCRIBE QUE ALGO QUEDA".

LA INTROMISIÓN EXTRANJERA EN VENEZUELA

Inglaterra, por conveniencias comerciales, ayudó mucho a Bolívar durante la Guerra de Independencia; pero a veces cesaba en su aporte para no disgustar a los Reyes de España. Sin embargo, en la batalla de Carabobo tuvimos muchas armas inglesas y el heroico contingente de la Legión Británica. Bolívar era decididamente pro inglés, lo que no obstaba para que criticara a veces sus pretensiones imperialistas.

Los Estados Unidos se abstuvieron en general de ayudarnos; apenas mandaron algunos barcos cargados de harina. Cuando gobernaba Páez, los yanquis adquirieron una influencia predominante a través de su diplomático Williamson, quien así lo consignó en su diario. Williamson se quejaba de que El Libertador, cuando estuvo en Caracas en 1827, no le ponía muy buena cara: "En cambio, el general Páez –decía él– es todo amabilidad". Tanto influyeron los yanquis en Páez que este, una vez derrocado, se fue a vivir a Estados Unidos. En 1861 le organizaron el regreso a Venezuela, para que viniera a sofocar la Revolución de los Federales. En cambio, el general Falcón gozaba de la ayuda británica, a tal punto que barcos de esa nacionalidad protegieron su célebre invasión por las playas de Palma Sola.

La forma de dominar el imperialismo a los pueblos del Caribe era por medio de una flotilla de barcos apostados en esas aguas. Cuando el general José Tadeo Monagas fue arrojado del gobierno y hecho prisionero, los comandantes franceses e ingleses de los barcos de esas nacionalidades que merodeaban cerca de nuestras costas, amenazaron con desembarcar en La Guaira y hasta con subir a Caracas a libertar al prisionero. El licenciado José Santiago Rodríguez, eminente diplomático del Partido Conservador, nos ha dejado la narración fiel y minuciosa de estas intromisiones extranjeras.

Los ingleses y franceses dominaron con Guzmán Blanco y los demás liberales hasta fines del siglo XIX en que llegó a la presidencia, invadiendo desde Cúcuta, el general Cipriano Castro. Este dictador no se ligaba mucho con los imperialismos, pero tampoco fue un nacionalista a carta cabal. Luchó contra los yanquis que se propusieron derrocarlo financiando con dólares la Revolución Libertadora. Cuando barcos ingleses, franceses y alemanes ocuparon nuestras costas, instalándose en La Guaira

y Puerto Cabello para reclamar el pago de la deuda, Castro se creció lanzando su grandiosa proclama:

"La planta insolente del extranjero ha hollado el sagrado suelo de nuestra Patria...". El pueblo todo apoyó al presidente y hubo manifestaciones tumultuosas hasta en los más apartados lugares. Los invasores se fueron porque, afortunada o desgraciadamente, intervinieron los Estados Unidos proclamando que según su Doctrina Monroe "América es para los americanos" ("¡Qué molleja!", como dicen en Maracaibo).

Cuando Cipriano Castro, por motivos de salud, tuvo que viajar a Europa, los yanquis convencieron a Juan Vicente Gómez para que llevara a cabo su derrocamiento. Varios barcos yanquis se apostaron en La Guaira durante el suceso para impedir que Castro regresara al mando de contingentes militares. Derrocado, Castro fue a Estados Unidos y lo vejaron con una cuarentena sanitaria (los imperialistas lo llamaban "El mono de Los Andes").

Gómez se convirtió en el gran alcahuete de los capitales extranjeros y hasta indemnizó a la compañía de asfalto New York and Bermúdez Co., expropiada por Castro. Gómez legalizó el contrato Valladares que daba a la Shell Petroleum la exclusiva de explotación en 13 estados. Dicen que Gómez creía que la Shell era norteamericana porque su filial de Venezuela había sido constituida en Norteamérica. Pero los yanquis se apresuraron a desengañarlo con un ultimátum, pidiendo tantas concesiones como tenían los ingleses; el tirano los complació enseguida, asignándole mil concesiones de un solo golpe, con las cuales la Creole predominó sobre la Shell.

López Contreras y Medina Angarita se orientaron hacia el lado del llamado grupo Shell-Mene Grande, cuyos intereses protegieron. Néstor Luis Perales, abogado de la Shell y amigo del magnate petrolero Antonio Aranguren, fue el ductor principal del gobierno lópezcontrerista en asuntos petroleros. Medina siguió los pasos de López y su reforma petrolera fue negociada con los personeros del grupo Shell-Mene Grande (no olvidar que la Shell, inglesa, estaba aliada con la Gulf Oil de Mister Mellon, la cual se llamaba aquí Mene Grande Oil Company).

Los personajes que dirigieron la reforma petrolera de Medina fueron el doctor Aguerrevere, antiguo empleado petrolero del grupo Shell-Mene Grande; Manrique Pacaníns, abogado de la Bonne and Share, poderosa compañía energética norteamericana; y Eugenio Mendoza, hermano de Carlos Mendoza, que se desempeñaba este como abogado principal de la Shell.

Naturalmente que la Creole (Standard Oil de los Rockefeller) se resintió con Medina por tal favoritismo. El general Medina expulsó al gerente de la Creole, Mister Linnan, quien le faltó el respeto. La reforma petrolera medinista tuvo de positivo que aumentó los impuestos petroleros con vías a que fueran el 50%, y que Medina no se mostró servil con las petroleras sino muy independiente y a veces agresivo. En Lagunillas le quitó el micrófono a alguien y dijo muy exaltado que esa reforma iba por soberanía nacional, gustara o no gustara al extranjero.

La Creole organizó todo un movimiento para derrocar a Medina, desacreditándolo en su prensa, especialmente en el diario *La Esfera*, soliviantando a los oficiales del ejército ambiciosos y mal pagados y consiguiendo el apoyo firme y secreto de Acción Democrática. Tumbaron a Medina e hicieron demagogia con "el voto universal y secreto", y usaron las rentas petroleras por él creadas para mejorar un poco al pueblo, atándolo más al yugo extranjero. Los documentos oficiales de Estados Unidos, ya publicados, muestran toda la tramoya imperialista de la Revolución de Octubre. Pero la Shell-Mene Grande no descansaba y por medio de Pérez Jiménez y Llovera Páez derrocó a Rómulo Gallegos. Pero sucedió lo imprevisto: Carlos Delgado Chalbaud maniobró y se hizo nombrar presidente de la nueva Junta, pero al servicio de los intereses de Creole. Esto le costó la vida porque había sido siempre ficha de la Shell y la traicionó, vengándose ella a través del magnate petrolero Antonio Aranguren que organizó su asesinato. Pérez Jiménez, apoyado por Shell-Mene Grande, gobernó hasta que la oligarquía y la Creole lo derrocaron. Se nos acaba el papel y solo podemos decir que Betancourt era Creole (amigo muy personal de Nelson Rockefeller); Leoni, Creole (Raúl Valera, abogado de la Creole, era su Gobernador de Caracas); volvió la Shell-Mene Grande con Caldera y este tuvo un encontronazo con Nelson Rockefeller, a quien prohibió venir al país. Carlos Andrés Pérez, Creole naturalmente. Luis Herrera fue escogido por Nelson Rockefeller, quien viajó especialmente para ello (es posible que Herrera se pasara de Shell a Creole, y eso explicaría su pésimo gobierno).

De Jaime Lusinchi no podemos decir nada. La luz del entendimiento nos hace ser más comedidos. Pero está empezando y ojalá nos libre de la nociva y arruinante intrusión extranjera.

AQUEL 23 DE ENERO...

Los que habitábamos entonces en Caracas, íbamos de asombro en asombro. La primera bocanada de heroísmo que se coló por las calles gritando contra el plebiscito continuista del perezjimenismo.

—¡Qué bolas tienen esos niños! —decía la gente aglomerada en las esquinas de la avenida Urdaneta—, los van a matar a todos. La policía estaba acostumbrada a luchar contra los adecos terroristas que no actuaban sino durante la noche; y se puso perpleja cuando se presenta de repente, luchando en pleno día, nada menos que el pueblo.

—¡Pueblo! —decía por su lado la Junta Patriótica— ha llegado el momento de ajustar cuentas a esta ominosa dictadura. A todos los rincones de Caracas llegaban los ecos de la Universidad Central, tomada por la policía para reprimir a los estudiantes alzados contra el plebiscito.

—Esas gentes —comenzaban ya a decir los entendidos refiriéndose al equipo de Pérez Jiménez— están resultando tigres de papel. Porque los esbirros nunca se habían enfrentado al pueblo; durante años las masas estuvieron ausentes, pues lo que le ofrecían los dirigentes eran conspiraciones o actos de terror; no se movían desde 1952 cuando Jóvito Villalba y Mario Briceño Iragorry las dirigieron para propinar a la dictadura la más afrentosa derrota electoral.

El asombro de los caraqueños llegó a su clímax el primero de enero, cuando los aviones militares los despertaron con el ruido de sus motores y vieron claramente que estaban bombardeando Miraflores. “¡Feliz año!”, y se abrazaban unos con otros. Las manos y los pañuelos se alzaban al cielo desde los balcones y las azoteas para saludar a las naves liberadoras. “Le llegó su sábado al Cochinito”, decían los más graciosos. La alegría subió de punto cuando se supo que el jefe del movimiento cívico-militar en armas, coronel Hugo Trejo, se había puesto a la cabeza del Batallón Motoblindado y marchaba sobre Los Teques (“¿Por qué se va para Los Teques? ¿Por qué no ataca a Miraflores?”).

Las tropas de Trejo se rindieron en Ramo Verde, pero la semilla había caído en el surco. Los 23 días que siguieron fueron dignos de John Reed, el que escribió *Los diez días que estremecieron al mundo*. Caracas se convirtió en una candente fragua

revolucionaria. Los mayores de 12 años fuimos presa de indecible agitación: amanecíamos sobresaltados esperando órdenes decisivas de la Junta Patriótica o la reaparición de las fuerzas militares. Por su lado, muchos miembros de las Fuerzas Armadas entraban en igual paroxismo: conspiraban en Maracay, en Turiamo, en Ramo Verde, en Caracas y en muchas otras partes. La farmacia del doctor Centeno Lusinchi era un hervidero de conspiraciones cívico-militares: José Luis Fernández, teniente, cuando no estaba en la farmacia, se hallaba en la Academia Militar convocando a los alzados. La Junta Patriótica se había convertido en un mito y bajo su influjo los barrios empezaban a ponerse de pie.

Cuando los altos militares perezjimenistas, acaudillados por el general Rómulo Fernández, impusieron a Pérez Jiménez la expulsión de Venezuela de Laureano Vallenilla y Pedro Estrada, la culebra de las tres cabezas venenosas comenzó a entrar en agonía, pero aún habría de causar al pueblo cerca de 500 muertos. El que esto escribe (para que algo quede) no fue víctima permanente de Pérez Jiménez; apenas estuve preso en los últimos días; pero todos los que nos hallábamos en los sótanos de la Seguridad Nacional, fuimos recompensados con creces cuando pisamos de nuevo, muy de mañanita, las puertas de la calle. Allí, ocupando toda la plaza Morelos, en Los Caobos, estaban nuestros libertadores. Más de 10 mil personas del pueblo, armadas de palos, machetes, escopetas y revólveres parecían una tropa de Ezequiel Zamora repitiendo la toma de La Bastilla. Entonces comprendimos toda la verdad que puso en su frase el que dijo: "La revolución es la fiesta del pueblo". O para decirlo con las palabras del padre Ugalde en el prólogo del libro de Helena Plaza: "La alegría tomó las calles y abrió las puertas de la Seguridad Nacional".

Cayó Pérez Jiménez gracias a los esfuerzos del pueblo y de los militares progresistas, y empezaron los errores de las fuerzas de izquierda. Ninguno de los que expusieron su vida en aquella lucha, con excepción de Aristeguieta Gramcko, que fue viceministro de represión, formaron nunca parte del gobierno. Trejo fue víctima de una maniobra; dicen que Betancourt repetía constantemente: "El peligro en el Ejército es Trejo"; y como que tenía razón, porque cuando lo exiliaron a la embajada de Costa Rica, más de 400 militares lo despidieron en el aeropuerto. Fabricio Ojeda, presidente de la Junta Patriótica, pereció

mientras se encontraba en un calabozo, en el mandato de Leoni. Al comienzo, las fuerzas políticas estaban lo que se llama rueda libre, porque no habían regresado de Nueva York los grandes caimanes que siempre han dirigido la democracia. Sin embargo, cuando se iba a elegir la Junta de Gobierno, algún agente oligarca transnacional les susurró al oído: "Deben formar esa Junta los de mayor graduación". Afortunadamente, entre los de mayor graduación había un hombre de eminente sentimiento popular llamado Wolfgang Larrazábal, que fue para Venezuela como un sueño tranquilo ante la pesadilla de Pérez Jiménez y la de Rómulo Betancourt.

Actuaron tan ciegas las izquierdas en esos tiempos que ellas mismas le entregaron el poder a la oligarquía, pidiendo que Eugenio Mendoza y Blas Lamberti entraran a la Junta de Gobierno (Eugenio Mendoza se encontraba en Estados Unidos cuando cayó Pérez Jiménez, y se dice que fue él quien consiguió el sí con el Departamento de Estado para que derribaran a Pérez Jiménez, y que su influencia fue decisiva en la firma del Pacto de Nueva York que, para gobernar a Venezuela, suscribieron Caldera, Jóvito y Rómulo).

Los cinco grandes ausentes volvieron como oscuras golondrinas y se dedicaron a borrar todo vestigio del 23 de enero. Napoleón Bravo en su *Historia Contemporánea de Venezuela* finaliza las transmisiones poniendo en un solo cuadro a los cinco que se aprovecharon de aquel heroico movimiento: Rómulo, Caldera, Leoni, Carlos Andrés y Herrera Campins. Los errores que entonces cometieron la Junta Patriótica, los militares progresistas, los partidos de izquierda y el mismo pueblo, le salió a Venezuela por ¡900 mil millones de bolívares!

Por eso algunos dicen que el General Robira era mejor que los doctores Robianos.

ARCHIVO PERSONAL DEL AUTOR.

HOMENAJE A LEONCIO MARTÍNEZ, LEO

QUERIDO LEO:

"Tú eras así con tu corbata color de neurastenia y aquel andar unir de muñeco mecánico".

Para decírtelo en versos vanguardistas de la época. ¿Recuerdas? (tú no llegaste a comprender el vanguardismo y por eso lo atacaste acerbamente). Tú eras así. Con tus pequeños anteojos blancos bailando sobre tu nariz colorada, grande e incómoda. Tan feo que "quien te vio no te pudo ya jamás olvidar". Tú fuiste figura impresionante de aquella Venezuela feudal y campesina de los años 20. Voltaire del periodismo, trataste de romper el sistema con la poderosa pica de tu lápiz y tu pluma.

Eres grande, Leo, por encima de tus defectos, porque durante varias décadas fuiste la conciencia humorística de Venezuela. Hace 50 años, a falta de enciclopedias, tu *Fantoches* iba por el interior realizando la unidad democrática del país. Eras más bien el "Sentido Común" del Ciudadano Payne. Más que ninguno, tú Leo, preparaste el estallido del 28. Recuerdo en mi Duaca adolescente a un joven forastero muy fogoso llamado Alberto Ravell que se pasaba de botica en botica y de bodega en bodega, explicando los contenidos sediciosos de *Fantoches*. Recuerdo a Leo fumando mientras comía y hablando mientras fumaba, lo recuerdo sazizando la cena con los mejores chistes de la actualidad gomecista.

Recuerdo a Leo borracho (porque Leo tomaba, ¿para qué vamos a ocultarlo?). También recuerdo a Leo el gran periodista y buen hermano que me ofreció un ladito en las oficinas de *Fantoches* (Bolsa a Pedrera) para que escribiera yo mis noticias. No olvidaré nunca los gritos que pegaba el Leo trasnochado desde el otro lado de su tabique cuando sus colaboradores (Gómez Castro, Guido, Manuel Martínez, Pako Betancourt, Churucuto) estallaban en una carcajada ("¡Cállate ca...!"). Cuando sacamos *El Morrocoy Azul* lo encontré en la esquina de la Torre y me dijo:

—Leí el periódico de ustedes. Me parece muy bueno. Así se hace un periódico humorístico.

Lo decía el padre del humor. Con esa humildad, esa sencillez y esa afectuosidad que nunca le abandonaron.

Por el mérito de haber conocido a Leo, me escogieron en *Coromotico* para rendirle este homenaje.

EL ÚLTIMO PRIMERO DE MAYO

(Suben los precios, suben los salarios, bajan los adecos)

Dentro de dos años, es decir en 1989, se cumplen 100 de haber sido instituida, en el Congreso Internacional Obrero de París, la celebración del Primero de Mayo en recuerdo de cuatro líderes huelguistas que murieron vilmente asesinados en la ciudad de Chicago. Día de huelga general pacífica en el mundo entero para demostrar la fuerza de los que trabajan.

Los que "laboran", pronuncian en Italia, lo pueden todo; pero el sistema capitalista ha creado una superestructura terrible a su alrededor, especie de bozal cuyos postulados principales son: el pobre que no trabaja no come; si te sales de la Ley te agarra la policía; sin el dueño, la fábrica no funciona; los ricos gozan en la tierra pero sufren en el cielo; vivir en ranchos y covachas no es malo si se vive con dignidad; el respeto a la propiedad privada es la más sagrada de las virtudes; la libre competencia (que cada comerciante pida por su artículo lo que le venga en gana) es una bellísima ley económica; las crisis son fenómenos naturales inevitables; la inflación no tiene remedio porque es mundial; solo los economistas (nuevos sacerdotes con bolas de cristal) pueden hablar de finanzas.

Desde 1939 a esta parte, la mayoría de los gobiernos tomaron el Primero de Mayo para hacer demagogia social. Cuando triunfaron los adecos en 1945 tuvimos un primero de mayo lleno de banderas blancas, compañeros blancos y frases ramplonas. López Contreras odiaba el Primero de Mayo, pero Medina lo decretó. Cuando los iniciales comunistas permanecíamos en La Rotunda de Gómez, por los años 1931 al 34, hubo dos notables venezolanos que en la prisión unieron sus astros para crear un Himno al Primero de Mayo. Ellos fueron José Antonio Mayobre, después ministro adeco, y Ángel J. Márquez, que llegó a ser un famoso jurista.

"Guarda pan para mayo y malojo para tu caballo", decían antes porque en mayo es que empiezan a florecer los vegetales. Juan José Delpino no es vegetal pero ha florecido contra la política económica del gobierno a la cual califica como "desastrosa". De que Delpino tiene razón lo están demostrando ya los hechos (este gobierno –dicen los que saben de historia– merece una Delpinada).

El aumento de salarios va a caer como una llovizna de oro sobre comerciantes y buhoneros (1 millón de buhoneros ya hay en el país). Todas las medidas precautelativas resultan inútiles porque vivimos sumergidos, casi sin respirar, en el pozo profundo de la corrupción. Las roscas son el poder detrás del trono y ellas no van a permitir que cercenen sus ganancias. Para adelantarse a cualquier aumento salarial, las farmacias hacen turnos extras cambiando los papelitos del P.V.P. (P.obres Venezolanos P.obres); una bomba antiasmática costaba Bs. 20 y la subieron de repente a 29,75; las arepas aumentaron a 10 y más bolívares basándose en que una exsuperintendente de postración al consumidor los autorizó (¿desinteresadamente?) a que vendieran las de maíz a Bs. 14; las ferreterías le dan a los clientes con todos sus hierros: un tornillito vale un real y la hechura de una llave la subieron de 5 a Bs. 10. A los taxis le permitieron un aumento del 20% y a los autobusetes, ¡qué bárbaros!, un real más por cada recorrido parcial. Los autobuses subieron a 2 y llegarán a Bs. 4 cuando los pinten, como aconsejó "genialmente" el "hermano" Lucas. La cerveza ya está a Bs. 10 en los bares y 15 en los restaurantes (provoca gritar como Cristo: "Señor, Señor, ¿por qué me has abandonado?"). Si continúan así las cosas, el doctor Lusinchi no va a descender de su trono lleno de gloria. El que pongan los Cisneros en la Presidencia se va a encontrar con muchos problemas. Los historiadores del año 2001 dirán: "¿Recuerdan aquel sistema social llamado capitalismo? Cayó porque no supo controlar los precios".

SE LLAMABA JOSÉ VICENTE ABREU

Era un hombre cabal, revolucionario y honrado. Emuló a Pocaterra, Antonio Arráiz y a otros escritores, pintando con mano angustiada, pero nunca derrotista, las vejaciones y padecimientos de la prisión. No medró en su calidad de "guasinero", sino que la perfeccionó militando en el Partido Comunista. Que su obra literaria y su espíritu revolucionario le brinden la perennidad que merece.

DIARIO EL NACIONAL, "ESCRIBE QUE ALGO QUEDA".

¿SOBREVIVIRÁ VENEZUELA A ESTA GUERRA DEL CAPITALISMO SALVAJE?

Aviso económico:

Por no poder atenderlo su dueño, se vende muy barato país rico en petróleo, hierro, aluminio, diamantes, oro, energía eléctrica y orimulsión (cerros de minerales incluidos).

La llamada globalización (economía mundializada) es la última ocurrencia del capitalismo salvaje. Consiste en no hacer ahora complicadas las instalaciones industriales en los países atrasados, sino apoderarse de las ya instaladas. Gastan las señoras transnacionales varios millones en propaganda masiva para convencer a los incautos de que es pura e innoble chatarra lo que pretenden comprar (sin olvidarse de los dólares para ganarse la buena voluntad de los congresantes y demás dueños de los destinos patrios). Cuando este sancocho está a punto de hervir, llaman a licitación y todo sale *"fino, bandera"*, como diría Poletto, el ministro de las privatizaciones. Este sistema globalizador ha empobrecido y endeudado a más de 120 países coloniales, generando 200 millones de desempleados y 2 millardos de hambrientos desnutridos (¡perro mundo!).

Una señora que estaba comprando en la casa de abastos de un barrio populoso del oeste entró en trance cuando le pidieron Bs. 400 por una lata de sardina, empezando a gritar "¡Auxilio! ¡Nos estamos muriendo de hambre! ¿Hasta cuándo, doctor Caldera? ¿No ve usted que el pueblo hambriento ya no puede más? Márchese usted ya". El dueño del abasto le preguntó: "¿Para dónde quiere usted que él se vaya?". "Que vaya a comer mangos por los arrabales del cielo –dijo la señora–, en las elecciones nos veremos la cara. Los militares van a ganar porque nadie aguanta este merequetén tan hambreador".

En solidaridad con la señora de las sardinas, a nosotros se nos ocurre como una medida heroica, para evitar un estallido, que el gobierno mitigue nuestra hambre regulando (sí señor, regulando) los productos agrícolas a como estaban en tiempos de Leoni, comprándole a los hacendados dichos insumos para venderlos a los automercados a precio de regulación. Las ventas masivas podrán salvar la agricultura y librarla de la competencia extranjera. Esto, por supuesto, no lo hará Caldera. Basta con saber que puso como ministro de Hacienda a una secretaria de

los bancos endeudadores; habiendo aquí tantos economistas notables y patriotas.

Don Rafael debe irse para salvar su nombre ante la historia y para que las elecciones próximas no sean como las anteriores, un mero acto de continuismo y superchería, presidido por "Zamuros de las Barrosa, los de la piedra azulita", para expresarlo con versos de nuestro gran poeta llanero Arvelo Torrealba.

Nos dijo una señora: "Hay que reconocer que Caldera inventó antes la palabra millardo y ahora está inventando la palabra "millerno" para denominar a los generales (de su familia) que surgen vertiginosamente por encima de los demás". Con el petróleo por el suelo y con los adecos por las nubes, las elecciones de diciembre prometen ser el juicio final del sistema Rómulo-Calderiano.

DIARIO *EL NACIONAL*, "ESCRIBE QUE ALGO QUEDA".

CINCO GRANDES DEL PERIODISMO

Feliz España que tuvo vivos en una misma época a Cervantes, Lope de Vega, Calderón de la Barca, Góngora, Velásquez, Vicente Espinel y tantas otras superluminarias del arte y la literatura. Feliz Venezuela y su periodismo que vio actuando simultáneamente y por muchos años a Pedro Sotillo, Marco Aurelio Rodríguez, Leoncio Martínez, Ángel Corao y monseñor Jesús María Pellín. En 1930 (época en que los conocí personalmente), Pedro Sotillo dirigía *El Universal*; Leoncio Martínez, *Fantoches*; Ángel Corao, *El Heraldito*; Marco Aurelio Rodríguez, *El Sol* (diario); y monseñor Pellín, *La Religión*.

El Universal era gomecista (lo había fundado el poeta Andrés Mata), pero Pedro Sotillo no lo era; hasta detenido estuvo cuando Gómez. Leo era claramente opuesto al régimen; Ángel Corao se defendía en *El Heraldito* no publicando sino lo imprescindible a favor del gobierno; lo mismo hacía Marco Aurelio en *El Sol*, pero con más frecuencia; monseñor Pellín iba sobrellevando las cosas desde *La Religión*. De los cinco que aquí nombro, vi reunidos en el año de 1930, en una fuente de soda que quedaba en un patio del antiguo Teatro Caracas, por Candelaria, a tres de ellos. Estaban sentados en una mesa Pedro Sotillo y Leoncio Martínez (Leo) cuando llegamos allí, Marco Aurelio Rodríguez, su cuñado y socio periodístico, Domingo Antonio Coronil (actual magistrado de la Corte Suprema), y el que esto garabatea.

Para un muchacho que salía casi de la adolescencia, aspirante a periodista, abogado y político, el encuentro inesperado con aquellos grandes del periodismo era como para producirle un choque traumático. No perdía palabra de lo que hacían y decían aquellos cuatro seres superiores en edad, saber y gobierno. Apreciaba la zamarra agudeza de Pedro, el ingenio caudaloso de Leo, la chispeante conversación de Marco Aurelio y el discreto pero atildado hablar de Domingo Antonio (perdonen que los llame por su nombre de pila, es que así los llamaban todos en esta inigualable democracia de trato que tiene Venezuela). En aquella fuente de soda, cuyo piso era de arena fina, pasamos cinco horas. Era como si estuviéramos en un *Coney Island* de humorismo montando en todos los aparatos de la risa. Pedro, grueso, cuadrado, vigoroso y afable, tenía calada en aquellos momentos la chistera de los grandes chascarillos vernáculos; Marco Aurelio la ropa del impropio y de la frase chispeante, y Leo, la de las salidas graciosas que dominaban a todos.

El más extraño era Leo. Se comportaba en la mesa como dicen que lo hacía Honorato de Balzac, cuando tuvo ganas se paró la silla y orinó allí mismo (yo me quedé pasmado); cuando le sirvieron la sopa encendió otro cigarrillo con la colilla del anterior para alternar una chupada con una cucharada de líquido ("Está que echa humo esa sopa", le dijo Marco Aurelio). Leo aconsejaba así a Domingo Antonio Coronil: "Tú no debes trabajar, Domingo Antonio, porque los domingos se hicieron para descansar".

Pero Leo era un hombre muy afable cuando no estaba enratonado; acogía en *Fantoches* con solicitud paternal a los jóvenes que se iniciaban en el periodismo. A este servidor le asignó —sin estárselo pidiendo— un escritorio y una máquina para que escribiera sus noticias. Gran humorista, gran caricaturista, gran poeta y gran venezolano. Y humilde, cuando sacamos *El Morrocoy Azul*, lo tropecé en la esquina de La Torre y me dijo: "Ese que ustedes han sacado sí es un periódico humorístico" (lo decía él, la primera figura del periodismo hilarante compitiendo con su propio periódico *Fantoches*).

Por aquel mismo año de 1930 conocí a Ángel Corao, jefe de redacción y luego director y copropietario de *El Heraldito*. Trabajaba yo con Marco Aurelio en *El Sol* que quedaba de Pajaritos a la Palma, al lado justamente de *El Heraldito*, y cuando pasaba rumbo a mis quehaceres me llamó Ángel Corao para decirme: "Yo le hago los editoriales a la *Gaceta Muskus* que sale una vez al mes, pero no tengo tiempo y desearía que tú lo hicieras". Me cayó muy bien el trabajo, no solo por los 50 bolívares que me pagaban (un almuerzo valía entonces Bs. 2,00), sino porque consideraba una distinción muy honrosa la que me había hecho Ángel Corao y porque me dio ocasión de conocer a Carlos Muskus, un hombre lleno de afabilidad, inteligencia y comprensión.

A monseñor Pellín lo había visto de lejos y lo conocía de fama, pero un día de 1930 me dio Marco Aurelio un recorte de *La Religión* en el cual monseñor, bajo uno de sus seudónimos, arremetía contra este humilde servidor, sin nombrarlo por supuesto, a causa de que no le gustaba la orientación "procomunista" que yo daba en *El Sol*, a la conocida y popular sección "Tirabeque y Pelegrín". "No te preocupes por eso —me dijo Marco—, ese periódico no lo lee nadie, ni siquiera el arzobispo".

Porque Marco Aurelio y monseñor vivieron peleando toda la vida. Monseñor lo llamaba "macaurelio" y este le decía "monseñor Pillín". También Leo y monseñor reñían. Monseñor se puso furioso una vez que en *Fantoches* dijeron que a él le gustaban las damas

—hablando por supuesto del juego de damas—. Pero monseñor no guardaba rencor a Leo; en una ocasión oí cuando le decía: "Leo, confiéstate para que te saques ese diablo que llevas por dentro". Ángel Corao era un estupendo poeta, y poseedor asimismo de una prosa envidiable, cortante, incisiva, graciosa. Aquiles Nazoa lo clasifica entre los buenos humoristas venezolanos. Se mofaba Ángel de los arranques patronales de su hermano Virgilio, copropietario y administrador de *El Herald* y reía a carcajadas cuando Virgilio le decía ingenuamente: "Se quejan estos periodistas porque no se les paga sino 15 bolívares por cada cuartilla escrita, y es mucho porque una cuartilla de maíz no vale sino tres reales".

Pedro Sotillo, cuando recién vino del Guárico, asombró a todos con sus *Poemas Municipales*. Al comienzo usaba cachucha. Lo vi muchas veces atravesar la Plaza Bolívar para ir a *El Universal* y observé cómo todos querían saludarle. Pedro era la bonhomía en pasta. Fue gobernador del Guárico y secretario del general Medina. Eran el uno para el otro, incapaces de dañar a nadie. Una vez Pedro me llamó a Miraflores para algo relacionado con *Últimas Noticias*, en cuya dirección yo estaba. Cuando entré me pareció preocupado, a lo mejor por los complots que se rumoreaban. "Te veo muy pensatidibundo", le dije: "Sí, chico, estaba pensando en que las dos únicas alcayatas que hay en esta habitación, están clavadas en el mismo lado de la pared y me preguntaba cómo haría el General Crespo para colgar el chinchorro" (por estar pensando en boberías sería que lo tumbaron).

Durante el gobierno de Pérez Jiménez, Pedro se dedicó a sacar presos, valido de su amistad con Vallenilla y otros mandamases. Hasta su muerte siguió escribiendo para poder vivir. Monseñor Pellín fue mi amigo; si alguna vez un comunista ha profesado cariño y admiración a un cura fue entonces. Era un hombre excepcional, dogmático como él solo, amplio como muy pocos en la vida diaria, gran político, gran periodista, excelente amigo; creo que administraba los bienes de la Iglesia venezolana. Todos los días, durante varios años oí su voz por teléfono; siempre amable excepto un día en que Andrés Eloy Blanco acusó en el Congreso al clero y al diario *La Religión* de encubrir a personas que se dedicaban a actividades pro Hitler. Nunca había oído a un cura diciendo tantas malas palabras juntas. "Cálmese, monseñor", era todo lo que podía decirle.

PERIODISMO DEL BUENO, PERIODISMO DEL MALO

Podría decirse que el filósofo Platón, en el siglo V antes de Cristo, fue el mejor periodista de la antigüedad. Entre sus obras de inmortal periodismo están *Los Diálogos* (o entrevistas) con Sócrates y el reportaje magistral en que narra la muerte infamante pero ejemplar y gloriosa del gran filósofo. En aquellos propios tiempos otro discípulo del eminente Sócrates, llamado Jenofonte, dio a luz la obra maestra de información que se conoce con el nombre de *La retirada de los 10 mil*, narrando la proeza militar dirigida por él mismo. Julio César repitió la hazaña literaria del general griego escribiendo los *Comentarios* de sus personales guerras. Años después Plinio el joven ejerció el periodismo epistolar, dejándonos verdaderas joyas reporteriles como su carta al gran historiador Tácito describiéndole, como el mejor de los modernos corresponsales de guerra, la muerte de su tío Plinio el viejo, comandante de la flota romana, debida a una imprudencia durante la pavorosa erupción del Vesubio.

Entre los romanos no había periódicos ni reporteros, pero sí mucha curiosidad por la información. Un instituto, el de Los Anales del Imperio Romano, se encargaba de solicitar y archivar informaciones. Cuentan que una vez apareció un pollo de dos cabezas en un extremo del Imperio y hasta él viajaron funcionarios expresamente comisionados para registrar y describir el hecho. Parecido escándalo se formó cuando un señor cumplió 100 años y declaró: "Mi sistema es muy sencillo: miel por dentro y aceite por fuera".

Junio es en Venezuela el mes de los periodistas. La fecha recuerda a ese esforzado comunicador llamado Simón Bolívar, quien opinaba, como Miranda, que una imprenta es la mejor artillería de guerra. En el siglo pasado nuestro periodismo fue ejemplarizante y hubo hombres talentosos como Antonio Leocadio Guzmán y Juan Vicente González, liberal uno, reaccionario el otro, que combatían a sus enemigos hasta la última gota de tinta.

La importancia del periodismo deriva de cuán necesaria es para el hombre la libertad de prensa. Pero la libertad de prensa y radio y televisión en las democracias capitalistas está condicionada por la posesión de las empresas editoriales y de las emisoras. Un renombrado humorista venezolano decía en una charla que la sociedad comunista solo podría ser un hecho cuando cada familia

tuviese un automercado en el corral de su casa; y con la misma lógica de humor podríamos decir que la libertad de prensa solo existirá cuando cada edificio tenga una imprenta en su sótano.

Pero resulta que aún así no se ha hecho nada porque el papel para periódicos se ha convertido en un monstruoso monopolio de las transnacionales, de tal forma que una tonelada que hace 30 años valía Bs. 120 ahora camina hacia los 2 mil dólares. Pero suponiendo que se disponga de papel, queda ahora por enfrentar el monopolio de la distribución que se lleva el 50% del P.V.P. Superados los tres insuperables problemas anteriores, queda el pago de los reporteros. Sería recomendable que el Colegio de Periodistas en cuyo seno se agrupan hombres de indiscutible honestidad, discutiera estos aspectos de la languideciente libertad de prensa y tratara de conseguirles una salida. En China hasta hace poco había unos periódicos murales llamados *Dazibaos*, que hacían como órganos populares de la libertad de expresión. Quizás los periodistas venezolanos y los demás comunicadores, cuya fuerza política es innegable, podrían imponerles a las empresas respectivas, secciones fijas y verdaderas para realizar la libertad del pensamiento.

Algunos preguntan que por qué en los países socialistas no hay plena libertad de prensa. Sin entrar en Honduras, citaremos el caso de Nicaragua en donde "La Prensa", perteneciente a un sector de la familia Chamorro, causa tantos dolores de cabeza no solo al gobierno sandinista sino al otro sector liberal, de la periodística e histórica familia Chamorro.

Hay periodismo del bueno y periodismo del malo. Sería refiriéndose a este último que alguien definió la profesión así: "Periodista es aquel que sabe hablar con toda propiedad de las cosas que más ignora".

Mientras escribo acerca de este tema estoy respirando por la herida. Una traviesa estudiante de periodismo se presentó a la casa donde vivo con un grabador y mucha simpatía a realizarme una entrevista para un "Órgano Experimental de la Escuela de Comunicación Social de la UCV". El que ha sido periodista cuando ve llegar a una colega, suspira, y yo hablé largo y tendido con la compañerita universitaria. Total que con el sistema de decir solo parte de lo que le dije, puso en mis labios cosas increíbles.

Por ejemplo: "Lo que pasó fue que Betancourt con una cuerda de pícaros se aprovecharon de eso y se vendieron al

imperialismo" (jamás de los jamases puedo yo llegar a decir escuetamente que los que acompañaban a Betancourt eran una cuerda de pícaros. Ese no es mi estilo y allí había hombres como Raúl Leoni y Luis Beltrán Prieto que eran mis amigos. Tampoco podía decir que AD era "un típico miserable partido"). "En el grupo de nosotros estaba gente como Faría –dice la señorita reportera que yo le dije–, que todavía no sabía leer ni escribir y que andaba con los pies descalzos" (eso de que me atribuya la frase "gente como Faría" me huele muy anticomunista. Ni que yo fuera Mimí Benedetti de Boulton –la que se queja de que los negros nos han invadido–, para hablar discriminatoriamente de Jesús Faría. Además Jesús Faría es tan blanco o quizás más que la retardataria señora de Boulton. Lo que le dije a esta muchacha no fue que Faría había venido descalzo desde el Zulia, sino que durante la primera conferencia del partido, Faría tuvo que pasar tres días descalzo porque los zapatos que trajo le apretaban mucho. Esta chama periodista debe ser de ACUDE para saber en qué época Faría era analfabeto".

Pero en el último zanjón en que me mete la Oriana Fallaci criolla es cuando afirma que yo dije horrores de *El Sádico Ilustrado*. No solo para Salvador Garmendia tuve palabras elogiosas sino para Cabrujas; el Bachiller González; Hernández Montoya; Elisa Lerner y otros, entre ellos los gráficos. Me duele esto con los humoristas porque "el que le pega a su familia se arruina" y ellos son como parte de mi parentela.

Le digo a María Isabel, para terminar, sin rabia, que la primera condición para que una entrevista sea buena es que el entrevistado quede sumamente satisfecho. Oriana Fallaci, la insolente, consigue a quien entrevistar porque nunca adultera lo que le dicen.

Termino esta nota sobre libertad de expresión recordando que a Luis Correa lo llevan ¡esposado! a los tribunales.

DIARIO EL NACIONAL, "ESCRIBE QUE ALGO QUEDA".

LEY CONTRA LA CORRUPCIÓN DE LAS PRUEBAS

“Odio la abogacía –dijo Rafael María Baralt–, porque la noble ciencia del Derecho es degradada por la práctica de los tribunales”. Una cosa es presenciar una discusión de altura en ateneo de juristas y otra permanecer una mañana en una taguara judicial viendo pesar kilos de complacencias y favores en la falsa balanza de la ciega justicia. Por supuesto, y esto no lo decimos para curarnos en salud, que existen hombres muy honestos que se han desempeñado y se siguen desempeñando como jueces.

Recordemos solo el caso de Guillermo López Gallegos, un eminente compatriota, brillante jurista que, despreciando por honestidad posiciones, se fue humildemente a desempeñar la función de juez de familia. ¿Qué abogado, por pícaro que hubiere sido, se habría sentido con valor suficiente para proponer a Guillermo López Gallegos alguna clase de chanchullo? Pero los Guillermo López parecen la excepción.

“He venido a ponerme a derecho”, dicen los estafadores del caudal público cuando regresan de su fuga a Miami. Ya todo el mundo sabe que “ponerse a derecho” significa, en el argot de los leguleyos, conseguir un juez que lo ponga seguidamente en libertad. Esperamos que a los que resulten culpables en lo del Banco de los Trabajadores de Venezuela (BTV), no se les vaya a permitir “ponerse a derecho” y que con este caso comiencen los tribunales una labor de superación.

La corrupción de las pruebas no es propiamente una figura jurídica, y en todo caso sería para ser discutida con Sandra Mondolfi en su antigua rueda de “¿Quién tiene la razón?”. Allí dijeron un día que “la confesión es la reina de las pruebas” (lo decía Esperanza Martinó con sus aires de reina a toda prueba). La corrupción que nosotros queremos tratar aquí es la de las pruebas de imprenta, para proponer a los jefes de redacción de todos los periódicos que se reúnan en asamblea constituyente y sancionen un Proyecto de Ley sobre errores en las pruebas impresas y sus afines. Especialmente en la *Gaceta Oficial*, que a cada momento tienen que imprimirla por errores de copia.

Uno oye la noticia en la radio o la televisión y no les pone gran cuidado a las cifras porque sabe que al día siguiente las encontrará exactas en su diario favorito; pero he aquí, por ejemplo, que la TV dice que el producto territorial bruto de Venezuela (el

PTB) no llega a los 100 mil millones, y al día siguiente encuentra que el periódico consigna que no llega a los 100 millones; fue que el señor o la señorita que copia se comió tres ceros.

Un venezolano preocupado por la buena marcha de las cosas, el señor Miguel A. Coronado, nos envió por correo recortes de varios periódicos con los flagrantes errores cometidos; y así como el señor Coronado hay muchísimas personas alarmadas por esta nueva modalidad periodística. Menos mal que todavía los avisos salen correctos porque si no quiebran las empresas. En el programa *Rueda Libre* leía Zapata en días pasados una información acerca de un señor que corría diariamente, antes de desayunarse, 4 a 5 mil kilómetros. Seguramente eran 4 ó 5 kilómetros y le pusieron el mil. A veces son noticias políticas tan bien deformadas que uno piensa que hay mano intencional en la maniobra. No decimos para Venezuela, pero es absolutamente cierto, denunciado por la UNESCO, que las grandes agencias informativas transnacionales tienen en sus metrópolis oficinas especializadas para transformar las noticias del Tercer Mundo y la de los países socialistas. Verbigracia: cuando habla Andropov en Moscú, la introducción subliminal de las agencias es así: "El cielo estaba gris, lleno de nubarrones y el frío era glacial". Cuando el que habla es Reagan, la noticia empieza: "En un día esplendoroso, de sol muy claro y con una temperatura sumamente benigna". Y en los retratos no se diga: los retocadores dejan a Reagan mejor que cuando era actor de cine, y a Andropov le ponen unas rayas de casi mendigo.

Esto de las interpolaciones tiene una historia larga en los anales de la prensa; recuerden nomás aquel gracioso artículo del gran escritor Eça de Queiroz pintando la jugada interpolativa de que fue objeto nada menos que el *Times* de Londres. El primer ministro conservador pronunció el discurso anual de clausura del Parlamento y terminó deseando merecidas vacaciones a sus miembros. "Yo por mi parte (agregó una mano traviesa que había dicho el ministro) me buscaré algunas damas de vida alegre y me iré en agradable temporada para la playa". Todo el puritanismo del Imperio Británico experimentó una crisis de indignación y no cayó el gobierno porque fueron muy rápidos en hacer las aclaraciones pertinentes.

Cuando Víctor Hugo fue recibido en la Academia Francesa, el presidente de la institución le dijo en su discurso: "*Vous avez introduit l'art scenic dans la literature française*". Es decir, "usted

ha introducido el arte escénico en la literatura francesa", pero al día siguiente salió en el periódico que el presidente había dicho a Hugo: "*Vous avez introduit l'arsenic dans la littérature française*", o sea, "usted ha introducido el arsénico en la literatura francesa".

En tiempo de Gómez hubo un señor que desde su cama del hospital Vargas hizo un acróstico en verso y lo publicó en *El Universal* de cuando Andrés Mata. El acróstico decía: MUERA GÓMEZ. Lo fueron a buscar al instituto asistencial para meterlo preso con la buena suerte de que el valiente poeta había muerto la noche anterior. A un linotipista lo mandaron en esa misma época para La Rotunda porque transformó el poder ejecutivo en una mala palabra con solo cambiar la P la por J. Cuentan que en Barquisimeto hubo, en tiempos del Benemérito, una gran representación teatral, y que entre las participantes había una señorita de sociedad que fue bien ensayada para decirle al galán, cuando entrara por una de las puertas: "¡Amor, ciégalo grande!" La joven se atortojó toda y expresó como horrorizada: "¡Ah murciélago grande!".

Esperamos que por lo menos lo antes escrito se libre de la enorme corrupción que está acabando con nuestra alma nacional.

DIARIO EL NACIONAL, "ESCRIBE QUE ALGO QUEDA".

RECUERDOS DE DUACA

Los dedico a Carlucho Figueredo, muerto recientemente; a Octavia Octavio, gran dama larense; y a Pascual Venegas Filardo, poeta, escritor y erudito (los tres tienen en común que fueron compañeros muy queridos durante mi infancia).

Cuando llegué al Colegio La Salle en la década del 20, me recibió el Hermano Luciano, sabio matemático y gran tomador de pelo: "¿Con que usted es duaqueño? A Duaca la llaman en los periódicos 'La Perla del Norte' y a usted lo llamaremos 'La Perla de Duaca'". Quedé bautizado para los cuatro años que pasé allí como "La Perra de Duaca". "Duaca, tierra de áureos días y noches de turquesa". No era como Brujas, la apacible ciudad belga" una página de Kempis perdida en una libreta de cheques", cómo decía el conferencista español García Sánchiz, pero se había hecho famosa en la región porque en aquel pueblo había primavera hasta en verano, sus habitantes eran buenos, cultos y afables, y sus calles anchas, largas y planas, circunscritas por tres bosques umbríos que suministraban oxígeno de primera mano y agua para siempre potable.

El que se baña en Duaca
Y pasea por la estación,
Se queda a vivir en Duaca
O aquí deja el corazón

Fue el primer grafiti que leí en mi vida y me pareció la suma teológica del orgullo pueblerino. Imagínense Guape, un chorro límpido de 30 centímetros de diámetro, emergiendo de un bosque encantado para caerle a uno suavemente sobre la cabeza (ahora quitaron el chorro y pusieron una piscina). "Qué adecos son los brutos", me dijo en Duaca una señora comentando el hecho. Otra de las siete maravillas de Duaca era sin duda la estación del ferrocarril, construida en el más puro estilo inglés, a la vera de un hermoso jardín de casi 100 metros cuadrados y frente a un bonito chalet que hacía de comfortable hotel. Para completar aquella ilustración de Gustavo Doré, había grandes y rudos almacenes de mercancías y unas maquinarias para des-cerezar café que ocupaban casi una manzana. A esta la llamaban

La Trilla, y en sus patios correteaba este servidor porque mi padre era uno de sus dueños.

Una estación así, de ensueño, fue quizá la que inspiró a aquel hijo de ferroviario que se llamó Pablo Neruda. El tren pasaba por Duaca dos veces al día. Era incansable cargando mercancías y productos agrícolas. El ruido de los vagones y el pito de su locomotora lo hacían a uno sentirse en plena civilización. Los lunes y los jueves, días de pasajeros, era fiesta nacional en el pueblo. La bella estación se llenaba de gente que acudía para ver o saludar a los viajeros; distinguidas personalidades, damas muy bien vestidas y también humildes ciudadanos, porque el precio del pasaje era igual para todos. Unas veces pasaba un circo, pleno de payasos y animales; otras, vagones llenos de reclutas que iban a sentar plaza de soldados en Maracay, y algunas veces desembarcaban en el propio Duaca compañías teatrales, como las del gran cómico Antonio Saavedra y el Teatro Lírico de las Hermanas Zafrané. Cuando estas abandonaron el pueblo, muchos corazones quedaron cuitados; recordemos a Margarita, la más esplendente, vestida de militar y cantando esta tonada: "A La Habana me voy / Te lo vengo a decir / Me nombraron sargento / De la Guardia Civil".

Cuando la familia de don Roseliano Octavio, rico comerciante barquisimetano, llegaba para pasar una temporada en su casa de Duaca, el pueblo se sublimaba. Con ella venía una muchachita espigada, bella y traviesa llamada Octavia Octavio. Llegaba también misia Carmen Anzola, esposa de don Roseliano, que era mujer de extraordinaria simpatía y amiga de todas las personas notables que había entonces en el país (Lisandro Alvarado fue como de la familia y el doctor Daniel Camejo Acosta, esposo de la gran Carmencita, y Antonio Álamo, ministro de fomento, eran sus parientes).

La vez que el general José Rafael Gabaldón consiguió con el dictador Gómez la libertad de más de 150 presos, doña Carmen lo invitó a Duaca para agasajarlo y rogarle exigiera también la libertad del coronel Chucho Jiménez y del general Antero Delgado (mi tío) aherrojados en el Castillo de Puerto Cabello. El general Gabaldón era un hombre imponente. Alto, afable y generoso (yo tendría 10 años pero ya sabía quién era Don Quijote). El ilustre visitante fue con numerosas personas hasta la oficina del telégrafo y desde allí telegrafió a Gómez pidiendo la libertad de los detenidos.

Duaca no era bien vista por quien fue presidente del estado Lara, el general Rafael María Velazco, pues una vez, con motivo de la libertad de presos, se formó una manifestación espontánea de los principales del pueblo y recorrió las calles dando vivas a la libertad mientras lanzaban cohetes (alguno que otro exaltado gritó "¡Muera Gómez!"). Menos mal que el Jefe Civil, general Ramón A. Vásquez, amigo de todos, se hizo el desentendido porque si no los presos hubieran podido ser muchos.

En Duaca había dramas ibsenianos como en todos los pequeños pueblos. También, cuando subía el precio del café, producto fundamental de la región, los ricos vivían una orgía de dinero, jugaban carnaval en el cine con perfumes finos y lanzaban papelillos y la versallesca serpiente. En cambio, una vez, cuando la langosta destruyó todos los sembrados, centenares de campesinos hambrientos se instalaron en el pueblo para vivir de la caridad pública; por las avenidas de las haciendas de caña vagaban docenas de rostros famélicos, implorando que los dejaran comer de las frutas. Pero los guardias andaban armados y eran desalmados.

El hombre más conocido y nombrado en Duaca era un desecho humano, con piernas y manos que no se le desarrollaron completamente y que pedía limosnas dentro de un cajón sobre cuatro ruedas, empujado por un muchacho. Se llamaba Torcuato y siempre andaba regañando al Lazarillo de Tormes que lo conducía: "¿Tú como que crees que yo soy Torcuato, que no tengo piernas y manos para defenderme?" Se me acaba el papel y no he podido hablar de tantas cosas de mi pueblo. Paraíso terrenal, lo hubiera llamado Colón si hubiese desembarcado por allí.

En meses pasados me dijo Pascual Venegas Filardo: "Quiero que nos reunamos un domingo, Carlucho Figueredo, tú y yo para que recordemos a Duaca". Carlucho ya murió. Duaca se está convirtiendo en ciudad satélite de Barquisimeto. ¡Cualquier tiempo pasado fue mejor!

DIARIO EL NACIONAL, "ESCRIBE QUE ALGO QUEDA".

EL AUTOMÓVIL EN VENEZUELA

A finales del siglo pasado comenzó Henry Ford la fabricación masiva de automóviles. Ya existían algunas marcas, pero su proceso era semi artesanal. En talleres mecánicos situados en la ciudad de Detroit, Ford concibió un carro barato, a gasolina, liviano para los bolsillos y para las malas carreteras de entonces. Una velocidad de 30 kilómetros por hora era, en esa época, inusitada, si se compara con 10 ó 15 de los coches a caballo; y esto representaba un inconveniente pues algunas leyes la prohibían y muchos ciudadanos asustadizos protestaban.

Fue a comienzos de este siglo cuando el automóvil hizo su debut en Venezuela. Generalmente se cree que el primer automóvil vino a nuestro país traído desde Estados Unidos por el señor Edgar Anzola, meritorio ciudadano, promotor de muchas empresas progresistas. Edgar Anzola, manejando su automóvil, logró vencer la falta de carreteras y llegar a Barquisimeto y otras ciudades del interior para proporcionar a los habitantes un espectáculo nunca visto. La hazaña es memorable si se toma en cuenta que ni siquiera el camino de Caracas a Maracay, residencia de Gómez, era perfectamente traficable. Había que pasar muchas quebradas y se formaban pantanos en donde las ruedas del automóvil se atascaban. Afortunadamente Mister Ford, muy previsivo, había colocado en las maletas de sus carros unas cadenas que se adaptaban a los neumáticos e impedían en lo posible el deslizamiento. Si el carro se apagaba en medio de un pantano, no había otro recurso que buscar una yunta de bueyes y sacarlo con tracción a sangre.

El general Juan Vicente Gómez, entre muchos males, hizo algunos grandes bienes. Uno de ellos fue la red de carreteras que comunicó a Caracas con el occidente de Venezuela, llegando un momento en que se podía ir de Caracas a San Cristóbal sin insalvables inconvenientes y gastando no más que tres o cuatro días. A comienzos de los años 20 podía hacer de memoria la lista de ricos ciudadanos que poseían automóvil. Uno de ellos era el señor Gustavo Zingg, comerciante de origen alemán, quien solía pasar por las tranquilas calles arrellanado en un lujoso carro de fabricación alemana. Cuando había, quizá, apenas escasos centenares de automóviles, tuvo lugar el arrollamiento que

puso fin a la vida del doctor José Gregorio Hernández, suceso que por lo inusitado conmovió a la nación.

Ya para 1928 había varios miles de automóviles en Venezuela y en Caracas se nombró un funcionario encargado de vigilar el tránsito, llamado Inspector de Vehículos. Este funcionario no tenía empleados y él mismo andaba por las calles atento a cualquier infracción. En Caracas se podía transitar cómodamente. Las calles estaban libres para los automóviles y las aceras expeditas para los transeúntes. La mayoría de los empleados que no querían utilizar los tranvías iban a pie desde sus casas al trabajo, como el aire era puro la caminata resultaba saludable. El tránsito era tan expedito que en el año 30 varios estudiantes hicieron la apuesta de que podían bajar en su automóvil desde La Pastora hasta Los Caobos sin encender el motor. Y lo más gracioso fue que la ganaron.

Además de los automóviles Ford en su modelo llamado de Tablitas, vinieron a Venezuela muchas otras marcas que han sido discontinuadas: el Hudson, el Overland, el Pontiac, el Nash. También el Chevrolet, el Plymouth y otros que aún se importan. Había un curioso modelo de carro semideportivo que llamaban "dos-pa-cuatro" o cupé. Traía adelante puestos para dos personas y la maleta se abría y tenía un asiento en donde cabían otras dos. A estos carros pequeños también los llamaban cucarachitas, y a quienes los manejaban les decían cucarachones.

Los primeros autobuses que hubo en Caracas fueron llamados panteras y hacían el largo trayecto entre la Plaza Bolívar y Sabana Grande, el pasaje costaba una locha. En una época Caracas tuvo un servicio de trolley-buses, es decir, autobuses movidos electrónicamente por medio de largas barras de hierro que iban conectadas a los alambres de corriente. Desaparecieron junto con los tranvías a comienzos de los años 40.

Actualmente se calcula que hay en Venezuela millones de vehículos a gasolina, muchos de ellos ensamblados en el país. El tránsito de las ciudades se hace cada día más difícil. Se asegura que a Caracas le entran 200 carros nuevos cada día. Podrá llegar un momento en que los automóviles sean tantos que no se puedan mover y sus dueños los abandonen definitivamente para ejercitar las hasta hoy entumecidas piernas.

LA MUERTE DE ADALID PRIMERA

Nosotros, que lo contemplamos en la morgue con el cráneo fracturado y la mandíbula inferior hecha pedazos, no acertábamos a comprender la crueldad inútil de esa fuerza misteriosa que llaman el destino. Su cuerpo grande y fuerte, exánime ya, imponía el respeto que suscitan los despojos mortales de quienes abnegadamente y con todo valor, dieron en vida un paso adelante por la dignificación del hombre. Su cerebro repleto de armonías y los pulmones aún henchidos de aire popular, parecían negarse a morir mientras el atlante de la canción revolucionaria no depositara su mundo de verdades.

El Aula Magna de la Universidad Central que lo vio tantas veces encender el entusiasmo juvenil con el fuego de su canto, resultó ahora pequeña para contener a las miles de personas, estudiantes, intelectuales y trabajadores, que acudieron a decirle adiós a quien nunca se irá de su memoria. En la urna mortuoria, vestido de camisa roja deportiva y pantalones blue-jeans, con los brazos cruzados sobre el pecho y en las manos una flor, estaba, sencillo y tierno como siempre, el cantor de los trabajadores. Mirándolo, uno recordaba sus sentidas baladas a los pobres, marginales e injusticiados. Parecía querer cantar de nuevo la miseria de los ranchos: "Qué triste se oye la lluvia / en los techos de cartón".

Perseguido por la miseria, igual que sus padres y sus 11 hermanos, aquel niño juró, como Neruda, no darse descanso hasta no proscribir del seno de las masas dolientes a la implacable enemiga. Nació y murió pobre, predicando el fray ejemplo de su vida. No hizo gritar sus discos para grabar monedas; no cantó a los poderosos y atacó siempre, con todo coraje, a los gobernantes que actúan contra los destinos del pueblo. Sin pertenecer a ningún partido político, dedicó sus talentos musicales a la lucha por la liberación del país y de sus estratos más olvidados. Fue objeto de una persecución despiadada por parte de organismos represivos que no toleraban que los llamara por su nombre. Protestó contra esa democracia por arriba que injusticia al pueblo por debajo.

En el 23 de enero
ya funciona el V Plan;
lo que es el Sexto Planazo
ya no lo van a aguantar.

Varias veces estuvo en peligro de muerte. Hace meses denunció en un comunicado el alevoso choque automovilístico que le provocaron esbirros a sueldo y en el cual salvó la vida porque lo dieron por muerto. Alguna que otra vez le dispararon desde carros que se dieron a la fuga. Otras veces le allanaban aparatosamente el domicilio. Pero Alí no era de los que reniegan de su primera palabra.

Dos Alí, igualmente esforzados, vio crecer la generosa tierra de Paraguaná bajo su luna grande y sus vientos incontenibles: Alí Primera y Alí Brett. Este último, periodista y escritor, nos dejó el ejemplo de su vida rectilínea y el testimonio de sus valiosos libros, entre ellos *El Porteñazo*, narración verídica, objetiva y patriótica de aquel luctuoso acontecimiento.

Entre Alí cantor y Alí escritor se había establecido una gran camaradería de ideales. Cuando Alí Brett, a los 40 años, estaba muriéndose con el mal del siglo, Alí Primera acudió a su lecho para cantarle:

Tocayo no se muera,
No se muera tocayo,
Que están cantando los gallos
Por este pueblo que espera.

Otro camarada de Alí, de vida e ideales, fue su hermano Ramón, el psiquiatra. Desde niño, cuando juntos hacían exhibiciones de boxeo para poder llevar un bolívar a la familia hambrienta, se creó entre ellos una comunidad indestructible. Ramón compartía sueldos y preocupaciones con el hermano artista y lo ayudaba desinteresadamente en su labor de producir. A este psiquiatra, recto, humilde, afectuoso y sin ínfulas de galeno rico, debe el pueblo muchas en las buenas horas de justicia musical que le proporcionara su hermano.

Alí fue siempre directo en sus estrofas, poniendo más énfasis en el contenido que en los ribetes literarios. Cuando llegue el día del juicio social y el sol salga más temprano para iluminar con rayos de abundancia las espaldas de los que trabajan, todos nos hemos de poner de pie con gran recogimiento para entonar la "Canción Mansa para un Pueblo Bravo".

DIARIO EL NACIONAL, "ESCRIBE QUE ALGO QUEDA".

PRÓLOGO AL LIBRO LAS ARTES Y LOS OFICIOS, DE ANÍBAL NAZOA

Aníbal Nazoa, maestro de las artes y los oficios

Aníbal Barca era hijo de Amílcar Barca y hermano de Salambó. Aníbal Nazoa es hijo de Micaela González de Nazoa y hermano de Aquiles. A nadie le gusta que le nombren a su progenitora, y menos en un prólogo, pero aquí es indispensable ya que la señora Micaela es una mujer extraordinaria; no solo por haber puesto en el embrión de dos de sus hijos el cromosoma del humor, sino porque ella misma es una humorista. Nos tocó una vez viajar con Aníbal, su esposa y su mamá hacia la histórica Villa de Cura y los tramos de carretera no se contaban por kilómetros sino por los chistes y las observaciones ingeniosas de la señora Nazoa.

Alguien llamó al filósofo Leibniz "Maestro en todos los oficios" para indicar que sobresalió en multitud de actividades. El rival de Newton en lo infinitesimal vivió en el mejor de los mundos y lo dejó saturado de su genio. Aníbal Nazoa no es rival de Newton, pero es un Leibniz a su manera; o por lo menos es un leibniznista. Son admirables las difíciles facilidades que se gasta Aníbal para multitud de cosas. Tan pronto está en el piano sacando por fantasía el *Boris Godunov* de Mússorgsky, como dando una conferencia sobre los más remotos orígenes de la canción de protesta, o imitando a dos venezolanos que estuvieron en la Unión Soviética y regresaron hablando ruso entre sí para asombrar a sus oyentes de la Casa del Partido, o fabricando un texto de medicina a su manera pero con inclusión de los más verdaderos y rigurosos términos hipocráticos. Cuando a Aníbal le da por inventar mitología y personajes mitológicos, es de pedirle a Zeus que nos permita coger palco en ese Olimpo.

Aníbal sabe de todo un poco. Parece hijo del señor Espasa, el de la Enciclopedia, o que se hubiera criado en la casa de la familia Salvat. A veces habla de cosas superficiales con tanta profundidad (por ejemplo de quesos y vinos) que uno se pregunta cómo es posible que Aníbal haya perdido tanto tiempo en aprender cosas tan inútiles. Aníbal Nazoa es sin disputa uno de nuestros grandes humoristas. Está entre la media docena de venezolanos que poseen en alto grado esa cualidad que tan

admirable, rara y escasa encontraba el señor del *Lobo Estepario*. Los que lo conocemos bien sabemos que él no es todavía nuestro Mark Twain porque no lo ha querido y que no está en el boom literario porque no ha hecho el esfuerzo.

El libro que estamos prologando, *Las Artes y los Oficios*, es un monumento probatorio del talento vivo de nuestro admirado Aníbal. Es el primer ensayo de la moderna picaresca venezolana, lleno de gracia, profundo de observación y de acabada maestría literaria en casi todos sus capítulos. Lo mismo habla Aníbal el lenguaje de los cuidadores de carros 1973 que el de los malandros españoles del Siglo de Oro. Bastaría que *Las Artes y los Oficios* se convirtiera en una novela de personajes (no faltará algún personaje que diga que todas las novelas son de personaje), para que la primera obra de la picaresca venezolana nos haya sido traída por la cigüeña.

Si Aníbal Nazoa no se entretuviera demasiado en su vida garcilasiana viendo discurrir a las aguas, trinar a las aves, bañarse a Flérida y cantar a los pastores, seguramente que daría grandes obras a la literatura nacional.

¡Corre, mi bróder, que atrás viene persiguiéndonos La Metropolitana, Vallés que no perdona!

CARACAS, 1973.

DOS RELATOS CARCELARIOS

Testimonios carcelarios escritos por Kotepa Delgado bajo el pseudónimo de Héctor Suárez Romero en *Prisiones de Venezuela a la muerte de Juan Vicente Gómez 1935*. Reeditado por Ediciones Centauro, 1974 con prólogo de Gustavo Machado.

MANUEL LORENZO MALDONADO

Nacido de un burócrata bien retribuido y de una mujer de las capas trabajadoras, consideraba como un estigma su condición de hijo natural. Otra carga verdadera había heredado de ambos padres: la epilepsia, la cual imprimía en él una especie de sonambulismo mezclado a una ingenuidad casi infantil. Era un muchacho grandote aterrado por su mal. A veces caía en crisis de profundo fastidio e inconformidad con la vida. Su hibridismo social lo llevó a vivir en ambos medios sin asentarse en ninguno. Quizá esto determinó su cierta tendencia aventurera. De estudiante mediocre a peón de carretera; vendedor de gasolina, tenedor de libros, y luego a Norteamérica.

En invierno y mal abrigado va buscando trabajo. Una revisión de sus aptitudes le muestra que no posee ninguna negociable.

—Más me valiera aprender mecánica, carpintería o automovilismo que pasar años tratando de aprender gramática, griego, latín y literatura.

En el sitio donde construían un *subway* quiso hacerse entender del capataz con el poco inglés que aprendiera en dos años de colegio. Fue inútil. Al fin, desesperado, recurrió a los actos y quitándose el sombrero, el sobretodo y el saco, se arremangó las mangas y agarró un pico. El capataz lo contrató. A las dos semanas tuvo que dejar aquel duro trabajo y se fue a una fábrica de candados. Y después a otras fábricas. En ellas sintió cómo sufre y trabaja el obrero. Vio en todo su esplendor "las bellezas" y "adelantos" de la "civilizada Norteamérica" de que tanto le hablaban en su adolescencia. Pensó confusamente en la suerte de los trabajadores de Venezuela; en la dura situación de aquella clase; en los sufrimientos de esos millares de obreros y campesinos. Y vagamente comprendió la necesidad de hacer algo por ellos. Regresó a Venezuela abandonando un puesto de oficinista en la United Fruit Company.

Diez días lleva de inaugurado el Congreso Nacional. Como todos los años se esperan de sus sesiones grandes "cambios" en la política. A las reivindicaciones de libertad de presos, y otras, se unen en este año con toda su fuerza las que crea la pesada crisis económica. Todas las esperanzas han quedado cifradas en el "Mensaje del general". Por eso el 29 de abril de 1932, a las 3 de la tarde toda la población de Caracas rodea El Capitolio. Como

siempre, corren "bolas" de que hay complot para matar al Bagre; como siempre, los batallones del ejército están apostados en los sitios estratégicos; un enjambre de espías, chácharos y policías van y vienen entre la multitud para aterrorizarla con sus machetes y armas de fuego. Todos saben de lo que son capaces esos bárbaros. Están frescas en todas las cabezas las anteriores masacres. La multitud mira con odio a sus insolentes verdugos, pero mide sus gestos y palabras. Cuando "El Bagre" está en público, cualquier gesto puede costar la vida. Hubo el caso de un pordiosero al que casi destrozan por estirar la mano para pedir una limosna al general.

Ileso, sonriendo debajo de los bigotazos, meneando la cabeza como un péndulo y seguido de toda la camarilla, traspasa "El Bagre" las puertas del Capitolio. Su burla a las esperanzas del pueblo es leída; franca prosperidad en todo el país. El bolívar por las nubes. La exportación excediendo en muchos millones a la importación. Las arcas nacionales repletas. La crisis económica mundial desconocida en Venezuela. Ni un solo desempleado en todo el territorio. Las masas trabajadoras hartas, felices y contentas. La población toda durmiendo una siesta de prosperidad en el regazo de su benemérito conductor.

Una salva de aplausos sacude el ámbito del Congreso; César Zumeta, presidente de las cámaras y ex presidente del Consejo de la Liga de las Naciones, reúne en una sola pieza oratoria todas las adulaciones que se pueden tributar a un mortal y las declama "en nombre de los pueblos venezolanos".

—¡Pido la palabra! —grita desde las barras una voz chillona que se ahoga entre los aplausos a Zumeta. —¡Pido la palabra! ¡Pido la palabra!

Al fin, hecho el silencio, Zumeta atónito fija su mirada en el intruso que quiere hablar. "El Bagre" y la concurrencia miran perplejos al improvisado orador. Este se yergue acusando:

—La voz de Zumeta no es ni puede ser la voz de los pueblos venezolanos. Eso no es lo que dice el pueblo. El pueblo no manda a saludar al general. Lo que queremos los venezolanos...

La campanilla, inmóvil en las trémulas manos del sorprendido Zumeta, comienza a tronar desesperadamente cuando El Bagre cesa en sus habituales "anjá" y movimientos afirmativos de cabeza. Dignos congresistas se yerguen altivos para ordenar silencio al orador. Otros se sumergen en sus sillones para no

ver lo que va a suceder. Por menos han asesinado a muchos hombres. ¡Se está violando el Congreso...!

Y el duelo entre la campanilla y el orador continúa.

—Y es porque ustedes, congresantes, solo... vienen aquí... a adular... mientras el pueblo... se muere de... y Gómez y... familias acaparan...

El Presidente Zumeta agita febrilmente la campanilla con los dos brazos en alto y los almidonados puños postizos cubriéndole las manos. Las barras, compuestas en su mayoría por empleados del gobierno, se habían replegado automáticamente, sorprendidas, huyendo del orador, como algo que puede contaminar. Además lo podían coger a tiros... Varios policías se lanzaron sobre el atrevido orador y lo arrastraron rabiosos escaleras abajo.

A los cinco minutos Manuel Lorenzo Maldonado —el héroe del Congreso—, cuya proeza corría ya de boca en boca en toda Caracas, yacía en un oscuro calabozo de La Rotunda, engrillado con los grillos más grandes de la cárcel, sometido a rancho, privado de toda comunicación y catalogado como el preso "más peligroso". Tras la cortina de su puerta se oían los grillos de 74 libras sacudirse convulsionados de epilepsia.

Elías Sayago, Prefecto del Departamento Libertador, encargado de hacer "cantar" a los presos políticos, clasificó a Manuel Lorenzo Maldonado de comunista y lo hizo meter junto con los otros acusados de tal. Manuel Lorenzo Maldonado entró en la organización económica de estos por conveniencia, "para aprovecharme de todas las ventajas de la organización". La prensa amarilla de los Estados Unidos le había enseñado que los comunistas eran hombres locos, malvados, que iban contra las "sagradas instituciones" para satisfacer instintos criminales. Y así prevenido, observaba. Hasta que un día se desvanecieron completamente aquellos falsos conceptos y Manuel Lorenzo, lleno de júbilo, fue acogido formalmente en la célula de presos "A" con el entusiasmo de todos sus miembros.

Manuel Lorenzo se distinguió en la célula por su disciplina, por la responsabilidad con que ejecutaba sus tareas y por su sinceridad. Muchas veces lamentábamos que tan buenas cualidades estuviesen empañadas por la epilepsia que lo abobaba por largos períodos. Las condiciones de prisión en el Apamate se agravaban cada día. Ni los organismos más sanos podían resistirla, impunemente. La epilepsia de Manuel Lorenzo se agudizó

y el gobierno se negaba a pasar alimentos y medicinas. Durante tres días su corpachón permaneció casi constantemente erizado de convulsiones, 37 ataques continuos desgarraron la piel y los huesos de sus piernas apesadas en los enormes pares de grillos, su cabeza y sus codos se golpeaban constantemente y furiosamente contra el lecho; el cemento duro y frío. No valieron ruegos, súplicas ni protestas de los consternados compañeros. En uno de los reclamos hechos a Galavís, jefe de requisa, este respondió:

—Hoy domingo es inútil toda petición porque el coronel Sandoval y los generales de más arriba están ocupados jugando gallos.

Imposible conseguir Gardenal, el sedante usado por él, a pesar de que en la Alcaldía tenían guardado el que su familia enviaba constantemente. Al fin el gobierno dio señales de vida el día lunes, cuando ya no tenía remedio. Lo llevaron en vilo hasta el patio en donde le esperaba el médico de ciudad, quien, mostrando su complicidad en el crimen, se limitó a decir: "Está enfermo del cerebro". Su cadáver fue llevado al Hospital para hacerlo aparecer como muerto ahí. Ni su abuelo ni su padre burócratas se atrevieron a preguntar a Velazco, Sayago o Sandoval, si era cierto lo que se decía de su muerte.

Manuel Lorenzo había sentido desde niño sobre las espaldas algunos efectos de la desigualdad de clases, fenómeno que lo impresionaba fuertemente. En Nueva York la fuerza de los hechos lo convence de que, salvo ligeras variantes en las formas, la misma explotación de hombres existe en Estados Unidos y Venezuela. Regresa al país sintiendo la necesidad de hacer algo por las masas explotadas, pero no hay en Venezuela ninguna organización revolucionaria que utilice sus fuerzas. Y entonces Manuel Lorenzo se lanza a desenmascarar la anual comedia del mensaje de Gómez al Congreso. Acto este que tuvo bastante repercusión en todas las capas sociales que ensalzaron el valor demostrado por Manuel Lorenzo.

Y Manuel Lorenzo, héroe ya en el Congreso, deviene también mártir, muriendo en La Rotunda el 26 de febrero de 1934. Es el primer caído en las filas del Partido Comunista de Venezuela.

EL DELITO DE SER LOCO

Apurar ¡cielos! pretendo
ya que me tratáis así;
¿qué delito cometí
contra vosotros naciendo?

.....
¿Qué más os pude ofender
para castigarme más?
¿No nacieron los demás?
Pues si los demás nacieron,
¿qué privilegios tuvieron
que yo no gocé jamás?

Calderón de la Barca
La Vida es sueño

La historia de La Rotunda, en su nueva época del año 1928 a esta parte, está íntimamente unida a Jesús María Pacheco Arroyo, el loco Pacheco Arroyo, quien llena con sus hazañas, vistas y contadas, las buenas horas de los secuestrados, cuya voz es la única que puede levantarse estridente en el silencio de terror que reina en toda la cárcel, y quien es también la víctima más usual para saciar sus iras todos los muchos que en La Rotunda están investidos de autoridad.

Pacheco tiene 52 años y es de contextura formidable. A veces pasa en sus accesos de locura jocosa y declamatoria cuatro o cinco días casi sin comer, y no por eso disminuye su actividad ni da muestras de cansancio. Pasa noches enteras sin dormir, ocupado en hacer travesuras, y por la mañana amanece como si tal cosa. Lo bañan, le dan muchos vergazos, lo encierran, le amarran las manos con cables, le ponen grillos descomunales y al poco tiempo Pacheco está con el chiste en la boca, insultando y alabando, destituyendo y nombrando funcionarios de un fantástico gobierno. Pacheco nunca se enfurece aunque siempre está amenazado. El ingenio que pone en muchas de sus cosas y su buen ánimo le captan el cariño de todos los secuestrados. Ha estado en todos los departamentos y se ufana de que en ninguno lo han podido resistir. Cuenta constantemente los hechos

de su vida pasada y pone en su narración tanta vida que se le oye largas horas sin cansarse. Tiene siempre a flor de labio una crítica para las cosas que ve mal hechas por los carceleros, y loco y cuerdo hace siempre uso de una gran generosidad para con los otros presos.

Campeño arruinado, se vino a Caracas a bregarse la vida contando con el apoyo del cura Manuel Antonio, su hermano, camarero secreto de su santidad el Papa. Después de algunos años de residir en el centro, se volvió loco. En Petare un día, sin más ni más, se buscó una vaca brava de esas que aterrorizan a todo un pueblo y se la echó encima a una procesión de santos que conducía su hermano monseñor, disolviéndola con gran escándalo. Este y otros síntomas acarrearón su llegada al manicomio de Caracas en donde Pacheco comenzó a actuar más en grande:

"Me puse a convencer a varios otros locos como yo que estaban allí de que debíamos fugarnos. A los tres días contaba como con 80 locos que daban miedo. Esos sí eran locos de verdad, no como yo que soy un pendejo. Con unos ojotes que daban ganas de salir corriendo. Organizamos nuestra fuga a través de un patio que habíamos explorado. Y en un descuido de los guardianes que estaban por allá enamorando unas locas jóvenes, salimos, yo a la cabeza de mis 80 locos, calladitos, evitando que nos vieran y dispuestos a estrangular al primero que se opusiera a nuestro paso. Yo me moría de la risa pensando en la sorpresa del cura mi hermano cuando viniera en la tarde a visitar a las Hermanitas del Manicomio; pero me contenía, no me fueran a ver los otros, porque los locos son muy susceptibles. Brincamos por encima de un techo y salimos corriendo. Cuando llegamos a la calle pasé revista a mi tropa y no quedábamos más que seis. Pensé volver atrás a averiguar lo que pasaba al resto de mi gente pero me pareció peligroso; pensé mandar uno de los oficiales que me quedaba pero no me atreví porque el loco es loco y podían echar a perder la cosa. Al fin pasé número y ordené marcha al frente. Al poco rato y sin darnos cuenta de cómo, nos encontramos entrando a una casa por el corral, y las mujeres de ella, asustadas porque nosotros no respondíamos a sus preguntas salieron corriendo hacia la calle dando gritos. Vinieron unos policías y varios hombres más y se quedaron perplejos sin hallar qué hacer y sin poder deducir quiénes éramos. Lo que más les extrañaba era vernos sin sombrero y con los

cocos pelados. Nos hubiéramos salvado porque yo les dije que éramos comerciantes de Santa Teresa del Tuy equivocados del camino y que estábamos buscando una salida para el monte. Pero de golpe llegó una maldita vieja, flaca, vestida de negro, con el dedo grande saliéndosele por el zapato roto, diciendo que se habían fugado los locos del manicomio. Salimos corriendo hacia el solar como picados de avispa. Nos alcanzaron y nos volvieron a llevar para el manicomio. Allí supimos que se habían matado varios locos de los del movimiento por haber brincado por sobre una pared que daba al precipicio. ¡Bien hecho por brutos! Si se hubieran venido conmigo no les pasa eso.

“¡Y esos locos sí que me querían! Yo voy ahorita al manicomio y con un solo grito paro una revolución. ¡Los hijos que salen malos es porque los padres son! Por eso es que me tienen aquí. Porque Gómez es un usurpador. Y todos los que mandan unas bestias apocalípticas que no conocen ni la a por lo redonda. Y cosa fea que debe ser una revolución de locos. ¡Viva Pacheco Arroyo, carajo! ¡Vengan grillos y cadenas! ¡Viva el Partido Conservador que tiene cincuenta años de caído! ¡Viva la revolución! ¡Viva el continuismo de Andueza Palacios! ¡Viva Hermógenes López, mi padrino! La cochina de Naguanagua. ¡Malditos sean los locos, carajo!”

Del manicomio fue trasladado a La Rotunda por miedo a que se fugara, sobre todo desde el momento en que empezó a decir que iba a matar a Velazco, gobernador del Distrito Federal. Su hermano el cura se lavó las manos en el asunto de su pasada para la cárcel, y a pesar de que le han ofrecido su libertad si lo mandan para el extranjero, o lo mantiene seguro en su casa, ha preferido dejarlo en La Rotunda aunque siempre se ha procurado enterarle de las crueldades de que es objeto el pobre loco. Todo esto a pesar de que los estudios del cura fueron pagados por el loco cuando todavía no se había arruinado. Cría cuervos y te sacarán los ojos...

—¡Oye tú, pendejo! ¿Cómo que te dormiste? ¿Qué está haciendo ese loco? Me estoy asfixiando.

Nos incorporamos sobresaltados. Un fósforo. El loco embadurnaba calmosamente las paredes del reducido calabozo con los excrementos del pollino, sirviéndose de nuestra poca ropa a guisa de brocha. El compañero que hacía la guardia de 1 a 3 de la madrugada se había dormido. El loco, al darse cuenta de ello, había empezado a hacer de las suyas. La hedentina era insoportable. El suelo, las paredes y el nocturno pintor estaban ornamentados de pie a cabeza.

El culpable centinela, abochornado, quería tranquilizar al loco. Pero al contemplar su extraña figura, se había quedado estático ante él.

—¡Anda! ¡Quítale eso y báñalo!

El centinela, dudoso, se dirige a Pacheco:

—Oiga, maestro, ¿qué está haciendo? No vaya a gritar porque nos echan verga.

—No sea cobarde, hombre; el hombre debe ser macho. Aprenda de mí que no le tengo miedo a nada. ¡Vivan los machos, carajo! ¡Cada 100 años nace un macho!

—¡No levantes la voz porque nos echan verga! Deja esa... pintura. No seas cochino.

—¿Cochino? Sí. Porque mientras ustedes duermen yo trabajo. Cochino porque me gusta el orden y el aseo. Cochino porque quiero que este calabozo amanezca limpio. Cochino porque he recibido orden del general Gómez de meterlos a ustedes por un solo carril. Sí, cochino. Cochino será su madre. Duerman tranquilos. No hagan guardia que yo soy incapaz de matar a unos pobres muchachos desarmados. Duerman. Duerman que yo velo. ¡Adiós! ¿Cómo? ¿Se levantaron todos? ¡Qué machotes! Ocho hombres hechos y derechos y le tienen miedo a un pobre loco. Duerman, que gracias a mí siquiera este calabozo amanecerá presentable.

El cabo de "El Patio", fiel cumplidor de sus funciones de atormentar día y noche la vida de los presos, atraído por el ruido y la luz, golpeó en la puerta, por detrás de la cortina y con su tono más provocador rezongó:

—¡Qué ruido es ese? ¡Carajo! ¿No saben que de noche no se habla? Si siguen haciendo ruido voy a llamar al coronel para que les eche verga.

—Fue que el loco llenó esto de mierda.

—¡Qué locos del carajo! Locos son todos ustedes. Bueno, pues. ¡Mucho silencio!

Y quietecitos, sufriendo todas las posiciones incómodas para que no sonaran los grillos y con los ojos abiertos para evitar ser objeto de las habilidades artísticas del loco, pasamos el resto de la noche en vela y respirando aquello que no era del todo una atmósfera perfumada.

Por la mañana, cuando vinieron a pasarnos revista como de costumbre, los "Coroneles" se rieron mucho de las travesuras del loco y se contentaron de la buena noticia que le llevarían al general Volcán. Porque había sido el mismo Alcaide de La Rotunda quien concibió aquel nuevo tipo de tortura.

Como incrustado en la reja del calabozo, sacudiéndola con todas sus fuerzas, estremeciendo casi los cimientos del cuarto triangular, pasaba allí horas enteras, incansable, declamando con un vozarrón que casi se oía en la calle, gritando, llorando, riéndose, haciendo nombramientos, cantando, insultando, pateando, arrojando sus utensilios de comer, destrozándose la blusa que le quedaba como toda vestimenta y dando neta la impresión de un verdadero tigre que pugna por salirse de su jaula.

"¡Juro por mi madre bendita que haré justicia! ¡Como heridos por el rayo caerán Juan Vicente Gómez y toda esa caterva de asesinos que lo rodea! ¡Hombres sin ley y sin conciencia! Hombres que son hombres solo porque usan pantalones. Hombres sin corazón. ¡Que los hijos que salen malos es porque los padres son!

"Arroyo. Arroyos. Ellos arrollarán. Tercera persona del plural del verbo arrollar, Pacheco Arroyo. El tigre del Yaracuy. De la noble estirpe de los indios jirajaras. De Nirva o Nirgua. El rey de La Rotunda. El hombre contra quien la adversidad no puede nada. El hombre contra quien se han estrellado los grillos y las cadenas. ¡Abajo Volcán! ¡Vengan grillos! ¡Vengan cadenas! ¡Abajo los godos!

¡Sí! ¡Bolívar tuvo la culpa! ¡Él fue el introductor en Caracas de los pantalones sin braguetas! Y después cuando se estaba muriendo dijo: 'Si mi muerte contribuye a que cesen los partidos y

se consolide la unión, ya bajaré tranquilo al sepulcro'. ¡Cómo no iba a bajar, si se estaba muriendo! ¡Los asesinos del Congreso en el año 48! Rafael María Velazco, un malvado cobarde... abusador... ¡maldita sea su estampa! Caiga sobre él mi maldición. Que los hijos que salen malos es porque los padres son. ¡Viva la amnistía! Anoche le hablé a tu madre y esta mañana a tu tía. Y tu hermana se me escapó por encontrarla dormía. ¡Viva Dios! ¡Viva la Patria! ¡Viva la Federación! ¡Viva Ignacio Sandoval en la punta de un cañón! ¡Los hijos que salen malos es porque los padres son! ¡El gobernador paseando y Pacheco Arroyo jodido!

"¡Déjenme desahogarme! ¡Déjenme exprimir del corazón tanta hiel que tiene! ¡Déjenme maldecir a los hombres sin conciencia! Y cuando digo hombres sin conciencia quiero decir los hombres que están en el gobierno. Y cuando digo gobierno quiero decir los canallas que meten hombres en la cárcel. Y cuando digo cárcel me refiero a ¡La Rotunda! Rotunda. Rotonda. Rotondaro de Valencia.

"¡Nombre! ¡Nombre! ¡Nombre!

"¡Nombre a Merci Cairú, jefe civil del departamento Libertador del municipio Muñoz Tébar de la Gran Colombia!

"¡A Mariano Gil Fortoul Lozano, hijo del padre Lozano, el chivo de La Pastora, mi enfermero. Camarero secreto de la higiene del Estado Mayor del departamento de la Cruz Roja del continente americano!

"A Manolo y Marqueti, escapados de Cayena. Rematadores de los juegos y las prostitutas que tiene Caracas, sin sacar de ellas las mujeres del arzobispado y las queridas del padre Pacheco, mi hermano.

"Al negro Míster Austin, profesor de idiomas en el colegio San José de Los Teques, a ese negro tan instruido pero tan malo...

"¡A Carlos Marx, Rey de los mares, y yo, Pacheco Arroyo, rey de las aguas dulces!

"A Sumoza, gobernador del Territorio Amazonas con jurisdicción en Conchinchina, y derecho a portar bastón de plata y sombrero de copa!

"¡A Rafael María Velazco nombre... su madre, por vil y traidor!

"¡Al sobrino del padre Delgado, loco como yo, le doy la misión de transportar a lomo de bestia las aguas del Amazonas para el desierto de Sahara!

"¡Viva Pacheco Arroyo, Rey de los Arroyos! ¡Grande en el hospital! ¡Grande en el manicomio! ¡Grande en La Rotunda vieja! ¡Grande en los techos del Manzanillo! ¡Grande hasta para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los locos! ¡Viva Rodó, carajo, que todavía no ha rodado! ¡Viva la anarquía! Anoche le hablé a tu madre y esta mañana a tu tía. Y tu hermana se me escapó por encontrarla dormía. ¡Maldita sea La Rotunda! ¡Maldito sea este cementerio colocado en el corazón de Caracas! ¡Maldito sea este monstruo que se ha tragado tantas vidas de valía! Anoche le hablé a tu madre. Yo mismo he visto muchas cosas con mis propios ojos. Por eso es que me tienen aquí. ¡A la una pasó Gonzalo, a las dos pasó Vicentico! A las tres misia Dionisia. ¡A las cuatro lo mataron! ¡La vindicta pública acusa a Juan Vicente Gómez de ser el autor del crimen de Miraflores! ¡Y tantos inocentes que hicieron perecer en esta Rotunda!

"¡Viva Pacheco Arroyo, el tigre de Yaracuy. ¡Vengan yerros! ¡Vengan cadenas! ¡Venga verga! ¡Vengan grillos! ¡Venga agua! ¡Abajo Gómez! ¡Abajo Eustoquio! ¡Abajo Rafael María Velazco! ¡Abajo López Contreras! ¡Abajo Pérez Soto! ¡Viva la Federación!

"¡Que los hijos que salen malos es porque los padres son...!"

Pacheco fue trasladado al departamento llamado La Rotunda Vieja, con el objeto de que los cabos de aquel sitio –que eran los más feroces y numerosos de toda La Rotunda– lo hicieran entrar en razón a fuerza de agua y verga. Y como Pacheco nunca se las llevaba bien con cabos, Alcaldes, Gobernadores y demás gente de esa calaña y siempre estaba por desfacer entuertos como su gran colega de la Mancha, se atrajo la enemiga de los cabos, quienes lo consideraban como una bestia salvaje a quien había que domar a palos. Dos cabos no pudieron conseguir que Pacheco compartiera con ellos su comida, la cual daba a los más necesitados del departamento. Pacheco definía a los cabos: presos convertidos en verdugos de los otros presos...

Y los verdugos de los otros presos fueron insaciados verdugos de Pacheco. Le daban palos hasta más no poder. Lo amarraban. Le daban puñetazos. Lo arrastraban por el suelo. Lo bañaban. Lo insultaban. Inventaban todas las cosas que pudiera dañar a un hombre y se las aplicaban al loco para divertirse y vengarse de las verdades que les decía. Pacheco lloraba, gemía, pateaba, pedía perdón, maldecía, gritaba, se sacudía, pero los cabos no cesaban en su canallesca tarea, riéndose soezmente.

Una noche los seis cabos se pusieron en puntos estratégicos para acorralar a Pacheco. Uno le echaba verga y como salía corriendo iba pasando por cerca de los otros, quienes lo cogían a palos. Y así Pacheco volaba, más que corría, escaleras arriba y escaleras abajo, dando alaridos y perseguido por aquellos seis bárbaros que lo herían en todo el cuerpo. Los 200 presos de la Vieja contemplaban asombrados e indignados aquella inhumana diversión de los seis asesinos.

De pronto estalló la protesta. Los 200 presos en aquel inundo departamento se lanzaron a las escaleras, a los pasadizos, al patio, furiosos, gritando clamorosamente:

“¡Saquen el loco! ¡Saquen el loco! ¡Saquen el loco!”.

A la vez que con palos, piedras, pocillos, cucharillas, poncheras, cajones, ollas de cocina, y el sin fin de utensilios, golpeaban las paredes, el suelo, los techos, las escaleras, las rejas, formando un estruendo formidable, hasta dar la impresión de que La Rotunda se venía al suelo.

El alcaide, corriendo, llega y se asoma angustiado por encima de la redoma, ordenando al cabo primero:

—¡Cabo! ¡Calle a esos carajos! ¡No ve que la bulla se oye en la calle!

—Cómo los callo si son 200 y yo soy uno solo.

—¡Dígales que si no se callan les mando a echar tiros!

—¡Oigan! ¡Que si no se callan les van a echar tiros!

—¡Saquen el loco! ¡Saquen el loco! ¡Saquen el loco! ¡No maltraten ese loco! ¡Saquen el loco! Y el ruido de los palos, piedras, cucharillas, cajones, poncheras, platos y demás utensilios cayendo sobre las paredes y el suelo se redoblaba con furia, como si las fueran a echar abajo.

Sandoval y los demás esbirros de la cárcel fueron sobrecogidos por el pánico ante la imponente protesta.

A los pocos segundos Acevedo, el subalcaide, bajó con cinco hombres y las llaves, abrió el buzón y ordenó: “¡Saquen el loco!”

Y el pobre loco, al fin, siguió pagando las cuentas de aquella fiesta. Lo bañaron. Lo engrillaron. Lo apalearon. Le amarraron las manos. Lo hirieron. Le llenaron el lecho de agua y creolina. Y todavía les gritaba:

—¡Vengan grillos! ¡Vengan cadenas! Maltrátenme que siempre el jefe es el más responsable. ¡Pero les alcé La Rotunda

Vieja! ¡Así se hace bulla! Es que Pacheco Arroyo tiene prestigio. Cobardes. ¿Por qué no entraron a la Vieja? Los hubiéramos descuartizado.

Al día siguiente por la tarde, con una franela por todo vestido, con un pañuelo amarrado en la cabeza y con unas tiras de trapo atadas a las piernas, Pacheco, abatido, agarrándose con las manos ambas orejas, reflexionaba recostado en la puerta de su calabozo. No le habían pasado comida en todo el día como castigo por la insurrección de la noche anterior. Al verme levantó la vista dolorosa y me dijo en tono cariñoso y conspirativo:

"¡Amanecí menstruando! Así se hace una revolución. ¡Te nombro gobernador si me consigues un pedazo de pan!"

Y un día llegó en el cual Pacheco se puso bueno. La noticia corrió por toda la cárcel. Los chácharos se asomaban en grupos por las aspilleras para ver el milagro que se había realizado en el patio de Manzanillo. Los ordenanzas retardaban en el patio del Manzanillo. Los ordenanzas retardaban expreso sus quehaceres en el buzón para cerciorarse por sus propios ojos. El mismo Alcaide solía venir por las tardes al balcón y contemplar a Pacheco cuerdo.

Fue tomando una figura de anciano venerable. Vestido de limpio, cariñoso, metódico, servicial. Los presos lo contemplaban largos días por entre los agujeritos de las puertas de los calabozos y estaban convencidos de que en él tenían un aliado. Lo veían sublevarse, aunque no decía nada, ante las canalladas del Cabo. Cada nueva cosa que este inventaba para perjudicar a los presos mortificaba hondamente a Pacheco. Silencioso, reflexivo, se paseaba algunas veces por el patio. Ya era un preso corriente.

En aquellos seis meses el pequeño mundo de la cárcel olvidó que hubiera existido un Pacheco loco.

Secundino, el subalcaide, insultó a Valerio de pies a cabeza y para terminar trajo una vera e hizo que Camacaro, el ordenanza, lo apaleara. Y Valerio García, cabo del Manzanillo, dejó de inflamar con su autoridad cada pulgada de los 200 metros cuadrados de aquel departamento. Se levantaba el estado de sitio que aquel solo hombre mantenía con una verga en la mano.

—Por orden del Coronel queda usted nombrado cabo, señor Pacheco.

Fue un choque traumático en el cerebro del pobre Pacheco. Casi cerró los ojos cuando Secundino pronunció el

nombramiento. Muchos años de locura culminaban en aquel sagrado instante. Fue esa la ilusión de todos sus desvaríos: gobernar. Meses y meses había pasado su cabeza desequilibrada nombrando funcionarios, administrando justicia, lanzando decretos, saboreando en la imaginación el ejercicio de todos y cada uno de los cargos de un aparato gubernamental construido a su manera. Y cuando ya estaba viejo, dolorosamente resignado a morir sin ejercer el poder, he aquí que de repente ponen en sus manos las riendas del Estado, lo invisten con la suprema autoridad de aquella microscópica república...

* * *

...bueno, Valerio, ya usted oyó decir que yo soy el cabo, la orden superior en este departamento. Ande muy derecho porque no estoy dispuesto a tolerar vagabunderías. Como base cesan la capadura de las viandas, el robo de ropa y los chismes. A los presos se respeta y su agua les pasa completa, toda la que quieran. El único que puede hablar con el coronel aquí soy yo. Los presos tienen derecho a cantar y a reírse cuanto deseen. Usted es desde hoy ordenanza y botará los pollinos. Muestre que como supo mandar así debe obedecer.

—¡Tun... tun... tun! Oigan señores. Los del calabozo número 3. Atiendan un momento que es corto... Desde hoy he sido nombrado cabo y les ruego me ayuden con un buen comportamiento para poder salir bien de este atolladero. La comida, la ropa, el mono y el agua les pasarán completos. Avisan todos los días por la mañana cómo han pasado la noche y si hay enfermos para hacer venir médicos y medicinas. Pueden divertirse cuanto quieran. Para mayor orden ahí adentro nombro cabo del calabozo al señor Pollo Lara con jurisdicción en la puerta para dar y recibir el mono y las novedades.

—¡Tun...! ¡tun...! ¡tun...! Señores del calabozo número 1... Supongo que han oído lo que dije a los del calabozo número 3. Eso corre también con ustedes. Y nombro cabo de este calabozo al señor Guillermo Mujica. He dicho.

—Bueno, Galipán. Usted es desde ahora el primer ordenanza y lo invito a que colabore conmigo para que ejerzamos a cabalidad y sin maltratar a nadie las delicadas funciones que han

puesto en nuestras manos. Usted me vigila a Valerio. ¡Mucho orden y ojo de garza!

* * *

—Coronel Cárdenas. Lo esperaba. A usted como Jefe de la Requisa le toca aprobar una serie de medidas que he tomado a favor de estos pobres presos. Quiero hacer una administración humanitaria. He nombrado Cabos en estos dos calabozos, no para que maltraten sino para que aconsejen. He suprimido los robos y demás cosas que puedan perjudicar a estos muchachos. Nadie dirá en el futuro que Pacheco Arroyo se portó mal.

—¡Silencio! ¡Señores! Acaba de sonar el poste. Les agradezco que respeten el silencio como si el cabo fuera Valerio. Después de las 9 no se debe oír volar una mosca. A dormir que mañana será otro día.

* * *

—¡A levantarse, señores! ¡Buenos días! Pasen número a ver si no fue nadie anoche. Digan si tienen enfermos para hacerles venir médico ahora mismo. ¡Pollo Lara! ¡Dé usted la novedad! Mucho silencio y mucho orden. ¡Valerio! ¡Saque usted a los pollinos! ¡Espacio! ¡Ligero! ¡No se rían! Ya saben que la autoridad superior aquí soy yo. ¿No es así, coronel Cárdenas? Aquí no manda ningún Sandoval ni ningún Cárdenas, aquí manda Pacheco Arroyo. ¡Ah! ¡Cárdenas! ¡Tan buena persona y tan parecido al general Castro! Bueno, muchachos, mucho orden y báñense para que engorden, como decía Porritas.

* * *

—Galipán y Valerio! ¡Vengan acá! En este momento se cumplen las primeras 24 horas de mi gobierno en este patio. Todavía ningún ciudadano puede achacarme la menor injusticia. Ninguna viuda llora por mi causa, como dijo en Bolivia ese Gran Mariscal de Sucre. Hasta ahora he hecho probar a mis conciudadanos la miel de mi gobierno. Ya conocen el anverso de Pacheco Arroyo. Ahora van a probar el reverso. ¿Sabe usted lo que es el anverso y el reverso de una medalla? ¿No lo sabe? Vaya y pregúnteselo al doctor y general Guillermo Mujica, o a Alejandro Fuenmayor,

profesor de historia y lengua vasca en el calabozo número 3. No se ría. ¡No me falte el respeto cuando procuro instruirlo! ¡Desgraciado el pájaro que se caga en su nido! Este Galipán se está entuertando. ¡Y ese es Valerio! Dime con quién hablas y te diré qué piensas. Venga acá para enseñarlo a trabajar como se trabaja en mi hacienda de Nirgua. ¡Kindergarten! ¡Kuáker! ¡Juit oats Quik! ¡Agarre esto y llévelo para allá! ¡Tráigalo para acá! ¡Agáchese! ¡Párese! ¡Corra! ¡Camine! ¡No se ría! ¡Ríase ahora! ¡Acuéstese! ¡Quítese el sombrero! ¡Póngaselo! ¡Rómpalo! ¡Suba esa escalera! ¡Bájela! ¡Apague la luz! ¡Quiebre esa botella! ¡Recoja los vidrios! ¡Dé un paso adelante! ¡Dos atrás! ¡Salude militarmente! ¡Póngase de cuclillas! ¡Retírese! Y acostúmbrese a la disciplina que nos esperan grandes acontecimientos mundiales.

—¡Ahora usted, Valerio! De orden superior, que soy yo, va a entregar todo lo que robó a estos muchachos en los nueve meses de ratería y vagabundaje que fue su gobierno. ¿No le da pena que la posteridad va a tildarlo de tirano? Sus bienes serán repartidos y su memoria para siempre execrada. ¡Qué diferente hablará la historia de usted y de mí! A usted lo compararán con Nerón, Atila y Juan Vicente Gómez. A mí con Espartaco, Cayo y Tiberio Graco, Ezequiel Zamora, José Gregorio Monagas y con mi compadre Rodulfo Antonio Bastidas, quien se portó muy bien cuando fue monero. Usted es un hombre sin conciencia ni honor. ¡Bien se ve que antes era policía y que está preso por estupro! ¡Cobarde! ¡Asesino! Obedezca ahora como yo le obedecí. Reconozca en mí a su superior. ¡Las gallinas de arriba orinan a las de abajo!

* * *

¡En tres días de gobierno he transformado la faz de este presidio! ¡Y sin embargo me echan vainas estos carajos, mal nacidos! ¡Anoche el cara de gallina ese del doctor y general Guillermo Mujica estuvo haciendo bulla después del silencio, y lo mismo mi enfermero Gil Fortoul Lozano! A esos sediciosos del calabozo número 1 les tiré un alpargatazo y no se callaron. ¡Venezuela será un cuartel toda su vida! ¡Como dijo el marico ese de Simón Bolívar! Mañana al despuntar la aurora hará apalear a los rebeldes: desfilarán en el potro ese negro Ugueto, Ambrosio Purroy, Felipe Escobar y muchos otros. ¡El doctor González Méndez,

hijo del padre Calixto, que llegó aquí como un Napoleón! No quedará piedra sobre piedra. Me sacrificaré por la Patria, como dijo Bolívar cuando mandó a fusilar el batallón "24 de julio". ¡Seguiré las normas de Juan Vicente Gómez! Nataguaro no es guabina. ¡Ajá! Ajá. Anjá. ¡Anjá! ¡Sacalapatalajá! ¡Cigarro y baraja! Proletarios... Para ponerles una soga de escapulario. ¡Treinta y tres! ¡Treinta y tres! ¡Diga treinta y tres! ¡Usted lo que está es loco! ¡Qué bagre ni qué bagre!

* * *

El Manzanillo, Departamento de La Rotunda. Caracas. Distrito Federal. República de Venezuela. La Gran Colombia. Sudamérica. El Nuevo Mundo. Hemisferio Norte o Boreal. Latitud Occidental. Meridiano de Grengúiche. La Tierra. Sistema Solar. Administración de Pacheco Arroyo:

¡Castigados los malos y premiados los buenos ...!

¡Una disciplina de hierro dentro de una gran justicia! "Nuevos hombres, nuevos procedimientos, nuevos ideales", como dijo Castro. Tomen ejemplo las jóvenes generaciones del Universo para cuando les toque gobernar. ¡Viva Pacheco Arroyo! ¡El Rey del Manzanillo! El hombre que un día y una noche hizo de un infierno un paraíso. En 24 horas lo transformé todo. ¡Fue una verdadera revolución!

¡Que los hijos que salen malos es porque los padres son!

¡Adiós, carajo! ¡Si estoy loco otra vez! ¡Malditos sean los locos!

* * *

"¡Amanecí menstruando! Maldita sea esa mula de Higinio Sandoval, el Alcaide. ¡Qué bestia! ¡No le deja al preso ni el derecho de palabra! Dije que quería unos grillos como los de Horacio Cabrera Sifontes y me mandaron estos rúcanos. ¡Mal nacidos! ¡Me quitaron de Cabo porque hice una administración correcta! ¡Me querían corromper, nombrándome de verdugo! ¡Porque Gómez no quiere sino a los verdugos! Estoy pasado... ¡Viva Rusia!... ¡Viva Rusia!... ¡Viva Rusia! Estoy pasado. Los velazqueros a la derecha. Los pachequeros a la izquierda... Estaba bueno y sano y cuando me nombraron Cabo perdí los estribos. ¡Mentira! ¡Estuve seis

meses haciéndome el bueno y sano para que se me nombrara Cabo! Así estuve una vez 28 días haciéndome el paralítico para que me sacaran del hospital. Me pusieron hasta clavos calientes en los pies para ver si era cierto. Me curé cuando pasaba una procesión de la Virgen del Carmen por los patios del hospital. Salí corriendo detrás de la procesión, desnudo y gritando: ¡Milagro! ¡Milagro! ¡La Virgen me ha salvado! Y las hermanitas y las otras mujeres dejaron el santo solo. Malditos sean los curas y las hermanas de Caridad. Buitres con corona, como los llaman en los Estados Unidos...”

A los dos meses de la revolución de Pacheco salíamos todos los presos del manzanillo en libertad. En aquel patio de hambre, grillos, vejaciones, hacinamiento y largas esperas se quedaban muchos días de nuestra juventud. También estábamos tristes cuando contemplábamos al Maestro andrajoso y enfermo.

Fuimos por turno a consolarlo. A decirle que nos íbamos pero que nunca lo olvidaríamos. Que estábamos dispuestos a hacer algo por él. Que no se imaginaba el verdadero cariño que le profesábamos. Que nos íbamos acongojados por dejarlo en aquella penosa situación.

—¡No sean pendejos! ¡El mundo es de ustedes! ¡No se preocupen por mí! Si acaso, hagan algunas diligencias con el cónsul francés a ver si me sueltan. Una sola cosa les quiero exigir. Pero eso sí, no se les olvide: ¡Que cada uno me mande un sombrero de Panamá!

HUMORISMO EN PROSA Y EN VERSO

DIÁLOGO DE DOS CÓMICOS DE LA LENGUA

(Recórtenlo para que lo reciten cuando la reunión se ponga fastidiosa)

¡RING! ¡RING! ¡RING! (suena el timbre).

—¿Quién es quién? (pregunta desde adentro la señora). ¡Deje la tocata que está abierto! ¡Empuje la portañuela y compenetre!

—Mil y unas noches, mi señora (dice un tipo entrando). Yo soy el vecino de adlátere. Supe que estaba usted recién demudada para este apartamento y he considerado que la circunvalación vecinal me impone el derecho de gentes de venir a presentarle mis más respectivos saludos.

—¡Oh! qué atento y seguro servidor es usted. Le diré: me pareció comodato este *apartheid* y resolví tomarlo en arrendajo, probáticamente, por dos añejos. Pero si no está muy reprisado pase adelante y acentúese en esta silla. Si se siente sedentario le traeré una Coca-Cola bien resfriada; a menos que prefiera un té al alimón...

—Me es sinigual. Yo no soy ningún tomista de licores. Para mí cualquier berebere es bueno siempre que no contenga alcoholismos.

—¡Ay! señor. Habla usted con la farsalia y el hipocratismo que usan todos los hombres. Pasan el día en los bares apocopándose de lo lindo y solo cuando ya no pueden más porque están hasta el sombrero de copas regresan a sus casas dando transplantes de beocia extrema para gran sufrimiento de sus abnegadas expósitas. Para mí, y se lo digo con la franquicia que siempre he tenido, todo aquel que ingesta aguardiente es un hijo de Sumatra.

—¡Caramba! Señora, usted está muy vieja para ser tan búlgara, habla como una misma putumaya.

—Y usted que Von Carajan será que se atreve a faltarle los considerandos a una damajuana venérea como yo. Tenga en cuenta que si soy enemiga de los hébridos consuetudinarios, creo por el contrario que un vaso de vino tomado como aperitoneo antes de la comida es algo que amortiza los penaltis de la vida.

—Bueno, eso es distintivo. Con el cálculo diferencial que usted hace entre los que se entregan al alcohol absoluto y aquellos que practican el metodismo, podemos llegar a un arreglo

consensual. Por lo que estoy viendo es usted una mujer con un gran servicio de inteligencia en la cabeza; con mucha apicultura sin ser una enciclopedante. Me recuerda usted las dos diosas de la sabiduría antigua: Palas Talidomida y Minerva Aureomicina. ¡Oh! señora, ante usted que es una savia ascendente, yo me siento apenas un pequeño Larousse ilustrado o un breviario de la enciclopedia Espesa.

—Ya sabía que íbamos a terminar congenitando usted y yo. Me gusta ese aire acondicionado que usted tiene, ese don apacible que se gasta y esa crítica de la razón pura que nunca le abandona. Yo sería feliz el día en que usted y yo seamos como el taxis y la sintaxis, la grama y el pentagrama, el ano y el arcano...

—A propósito, señora, permítame una preposición copulativa que le voy a formular: ¿Es usted soltera o tiene su mariachi?

—Soy libre como las anclas de un barco. He llegado a la Edad Media sin machihembrarme, dado lo morganático que son los hombres cuando se casan. Yo los detesto a todos.

—Y yo que quería llevarla al hipotálamo nupcial del himeneo, después de pasearla por el monte de Venus...

—Si lo haces sabrás que me conservo en el estado de Virginia. ¡Cómo deseo que tú seas Juan de la Cosa y yo la cosa de Juan! ¡Qué gran mujer te vas a llevar para toda tu dulce vida! Porque yo soy, como dice el refrán: corte y escultura hasta la sepultura.

DIARIO EL NACIONAL, "ESCRIBE QUE ALGO QUEDA".

GRANDES TELENOVELAS: LA PERCUSIA

(Próximamente en este canal)

Una novela instructiva de trama sutil y fina donde una mujer lasciva que se revuelca en el lodo, le corta a un viejo la chiva, pero con pescuezo y todo. La llamaban *La Percusia* en su casa y en el bar por ser la mujer más sucia, desarreglada y lambucia que se pueda imaginar.

Una sórdida fichera, roja de tanto tomar, que cargaba en la cartera una navaja barbera de tamaño familiar. Mujer dura y sin honor, con destino y sin amor, pero de moral muy tierna que fichaba en la taberna sin escrúpulos ni empacho, cumpliendo la labor fina de sacar mucha propina al estúpido borracho (todo lo daba al cretino que actuaba de concubino. Ya en el rancho reunidos este pagaba en chichones, fracturas y moretones los favores recibidos).

La trama de la novela empieza en forma genial, cuando se muere la abuela, viuda de un líder gremial y erige como heredera a Rosita, la fichera, con poder universal. Le dejó en el BTV 12 mil acciones "C" y dólares a vapor en un *Bank of New York*; la quinta en La Lagunita, tres carros de gran potencia, una fábrica en Valencia y un hotel de mucha cita en el centro de Pagüita, más la casa con pileta, "motorjón" y avioneta, tan bonita en Margarita tan bonita como un club.

Con ese dinero tanto no hubo duelo ni llanto. En la propia funeraria del exquisito velorio surgió con gran samplatorio la cuestión hereditaria. A sus tíos, a sus hermanos, a cuñados y sobrinos, Rosita llamó marranos, desgraciados y cochinos. Agitando su barbera como quien mueve una tea, Rosita allí los espera para prestarles pelea. Con un singular arrostró mata a *La Mujer sin Rostro* y con el mismo coraje acaba con *La Salvaje*.

De un homicidio culposo, cangrejal y horroroso, se le escapó Delia Fiallo porque estaba con Cabrujas sorbiendo en El Papagayo fino champán de burbujas. Quería matar de una vez a la funeraria entera, pero intervino Vallés y le quitó la barbera. Ya regresamos. Ya regresamos. Ya regresamos.

Quédense, pues les espera un final esplendoroso: Rosita mata a su esposo y la indulta Luis Herrera.

VERSOS LEÍDOS EN HOMENAJE A MARÍA TERESA CASTILLO EN EL ATENEO

Serenata Guayanesa
a la gran María Teresa.

Con tu ropa más galana
asómate a la ventana,
María Bonita Castillo
y oye este verso sencillo
mientras la luna desgrana
los encantos de su brillo.

Bendita sea tu proeza
María Castillo Terán,
al conservar la belleza,
altitud y gentileza
cuando 15 lustros van.

Te conocí en La Pastora
(—Sí, señora)
de San Vicente a Medina
en un rudo mano a mano,
tú y la líder Josefina,
contra el bárbaro tirano.

Rodeada de admiradores
y fieros conspiradores
tus carnes eran tan duras
y tu sonrisa tan bella
que uno se miraba en ella
para olvidar amarguras.

Madame Recamier osada
noche a noche en la velada
discutían con jacobinos
los últimos desatinos
de Gómez y su manada.
Iba Antonia refulgente,

Carlos Eduardo, Inocente,
Josefina, vehemente,
Juan Bautista Fuenmayor,
y entre la pila de gente
este humilde servidor.
Miguel y Pedro Juliac
no entraban en el vivac
del patriótico concilio
por países del exilio
buscando las municiones.

Murió al cabo en Maracay
el que nos tenía en el ¡Ay!
El pueblo creyó sincero
que muerto Don Juan Primero
iniciaba nuestras eras
su delfín López Contreras.
Pero este viejo temático,
maquiavélico y reumático,
pronto cogió la manía
de hablar por radiofonía
como si le dieran cuerda
atribuyendo a la izquierda
todo lo que sucedía.
"La epidemia, los calores,
los ciclones y los temblores
(decía el viejo Trucutrú)
son obra de agitadores
entrenados en Moscú".
Sin valija ni dinero
nos aventó al extranjero
y a la gran María Teresa
un año mantuvo presa
en el ámbito gentil
de especial mansión civil.

¡Cuán feliz cuán oportuno
fue el año cuarentaiuno!
De la región más andina
de nuestra tierra de gracia
llegó el general Medina

trayendo la democracia.
Libre ya de todo mal
se entregó María Teresa
a planear en la cabeza
su gran obra cultural.
De San Vicente a Medina
te mudaste a Sebucán
convirtiéndote en ondina
que nadaba en la piscina
saltando del tobogán.
Para curtir la piel fina
tomabas baños de sol
y pomos de vitamina
entre estatuas de Colina,
de Rodin y Marisol.
Por el triunfo de tu idea
de cultura tan cimera
nuestro pueblo te venera
como a Palas Atenea.
Has aupado con pasión
música, cine, pintura,
teatro, literatura
y todo lo que en cultura
nos eleva el corazón.

(Ser de izquierda no te deja
hoy el líder copeyano
pues te calienta la oreja
con candelas de verano).

Termino el verso sencillo
pidiéndole al gran Mandrake
que nuestra atleta Castillo
corone en las de almanaque.
Ganarás Medalla de Oro
y al llegar a 2100
Gritarán todos a coro:
¡Miss Mundo Matusalén!

¿QUÉ ES EL CARISMA?

En 1972 por insinuación del gran amigo y editor Domingo Fuentes, Zapata, Aníbal y el que esto escribe, nos pusimos a redactar conjuntamente un folleto llamado *El Perfecto Candidato*. Lo abandonamos en el CAPÍTULO VIII, del cual, como curiosidad, damos hoy un "condensado" a nuestros pacientes lectores, porque se trata del carisma, un tema muy de moda.

Del carisma

Al perfecto candidato le pueden faltar un ojo, varios dientes y toda la cultura que quiera, le pueden faltar programa, partido y hasta el apoyo de la Embajada de los Estados Unidos; de lo que no puede carecer es de ese si es no es de lapislázuli diamantino, ese halo vaporoso, sutil, inefable e intangible, sursum corda de áurea magnética, quid deletéreo, polvo de estrellas, arrebolados arpegios espirituales, arcangélico revolotear de querubines, en fin, ese no sé qué inasible que se conoce con el nombre de *carisma*.

¿Y qué es carisma? Carisma es eso: un si es no es de lapislázuli diamantino, halo vaporoso, sutil, inefable e intangible, sursum corda y quid deletéreo que no puede faltar a un candidato. Carisma era lo que tenía a patadas el Morocho del Abasto, señor Carlos Gardel. Hace poco la empresa de investigaciones Public Opinion and Underground Averigation llegó, por cuenta de la United Fruit Company a la definitiva conclusión (*definitive conclusion*) de que un particular cualquiera (*a common man*) que tenga la vocación de servicio y un 30% del carisma que poseía el Zorzal Criollo, puede manejar a toda la América Latina con una sola mano (*only hand*).

Si vos vayáis por ventura algún domingo a la iglesia parroquial y observares lentamente, cataréis un grupo de lacerados menesterosos que con murmurios, plegarias y lamentaciones imploran en el altozano la caridad de la feligresía y de cualesquiera gente que por aquel allende discurriere o aconteciere. Si os ocultáis tras la penumbra vaga de un gótico capitel y desde allí atisbáis por una ojiva ¿de qué os percataréis desde vuestra improvisada atalaya? De que los pordioseros con más carisma son los que más abundosas y succulentas limosnas acopian en sus faldriqueras.

Madame La Puterie (se pronuncia puterí), célebre Marquesa protestante de la Francia alegre y prerrevolucionaria, se pregunta en sus memorias: "¿De qué les sirven a las cortesanas chales y pendantifes, cremas, sales, polvos, exquisitas esencias? ¿De qué le sirven tanta chinchilla, tanto mouton, astracán, echarpe y robe de chambre? ¿Qué le valen el ajustado corsé y el fru-fru del encaje testador? ¿Para qué todas esas *vainitas vainitatem* si carecen de carisma?"

Científicamente, carisma no es sino la secreción carismotrófica de la hipófisis, que al actuar sobre las glándulas suprarrenales provoca una descarga adrenalínica que incide violentamente para desarrollar el Gran Simpático que todos llevamos por dentro (veáse *Elecciones y Metabolismo* de Iosif J. Fiso).

Todo gobierno –dice el pueblo– es más carismático (carero) que el anterior (y el pueblo nunca se equivoca).

ARCHIVO PERSONAL DEL AUTOR.

CUANDO AQUILES NAZOA LLEGÓ AL CIELO

Cuando Aquiles Nazoa llegó al cielo
o relación muy detallada de los mil
preparativos que Dios y sus directivos
hicieron a su llegada

Acto primero

(Tira duro el telón
un tal Ignacio Cabrujas
y la gente se apretuja
por divertirse un bolón)

En audaz rica carroza
que apenas el suelo roza,
va Dante con Beatriz
tan frenético y feliz
que la tarde se alboroz.

Quiere Dante una locura
pero Beatriz está dura;
para acallarle la voz
le dice entonces: "¡Mirad,
cuán bellísima ciudad
la que ha fabricado Dios!".

Las casas son de esmeraldas
con perlas en las espaldas,
las claraboyas sinceras,
leales las escaleras.
Las calles son de mastranto
lo mismo que las aceras,
tan bonitas, tan ligeras
que nadie se cansa tanto.

No hay engaño, no hay usura,
no hay hampones, no hay recelo,
no hay papeles en el suelo
ni montones de basura.
Van despacio los carruajes

de los grandes personajes,
dos santos y anacoretas
pedalean bicicletas.
Los ícaros serafines
impiden que las cornetas
perturben a los poetas
que pueblan los botiquines.

Van los chamos retozones
con su bate y sus balones,
su calzón y su boína
en alegre parlanchina,
con la firme convicción
de encontrar en cada esquina
ollas de agua cristalina
con azúcar y limón.
San Pedro gobernador
y arzobispo coadjutor
del cielo y sus aledaños,
no tolera nunca daños
a los pobres del Señor,
está siempre con la ley
(aunque afirman los insanos
rumores anticristianos
que San Pedro es de Copei).

El gran Dios de las alturas
y paladín de lo eterno,
con ayuda de los curas
y otros santos paladines
formó firme su gobierno
en el cielo y sus confines.
Por mar, tierra y aviación
acabó con la guerrilla
y la loca subversión
de Satán y su pandilla.
Con misiles automáticos
y tanques superneumáticos,
el arcángel San Miguel
hizo triza a los fanáticos,
cismáticos y lunáticos

partidarios de Luzbel.
Cuando llegaron las aguas
del diluvio universal
ganó Dios fama mundial
por fabricar en sus fraguas
cientos miles de paraguas
antilluvia torrencial.

Cuando creyeron quizás
que no gobernaba más
por el reuma y la vejez,
en maniobra muy audaz
se hizo elegir otra vez.
En la dura situación
económica mundial
acabó con la inflación,
con la crisis energética
y la quema forestal.

Acto segundo

En el trono que Isaías
entrevió en sus profecías
se encuentra el Dios infinito
a la hora matinal,
mirando de hito en hito
la edición de *El Nacional*
que es su diario favorito.

De pronto exclama "¡Dios mío,
qué terrible desafío!,
dice aquí la United Press
en cable desde Lisboa
que el gran Aquiles Nazoa
llegó esta tarde a las tres".
Por el tubo ordena Dios
"Para el punto de las 3
hazme una gran recepción
con muchísima emoción
como hiciste aquella vez
que llegó Juan XXIII.
Que haya música bien rara,

mil cohetes a granel,
me invitas al Che Guevara
y al gran Carlitos Gardel”.

Acto tercero

(A subir vuelve el telón
llegando justo el avión)
¡Cómo suenan los tambores,
cómo atruenan los cañones,
cómo estallan en fulgores
poderosos megatones!

Ya comienzan los desfiles
para ver al gran Aquiles,
y al son del *Alma Llanera*
multitud de mil y miles
en el cielo se aglomera.

Con su traje más decente
y sus botas más brillantes
un Aquiles muy sonriente,
todo lleno de emoción,
oye que los parlantes
están gritando: ¡WELCOME!
Al grande y noble Cervantes
tócale el acto inaugural
y él recita los brillantes
trozos alucinantes
del Quijote universal.

Después hablan Unamuno
y Honorato de Balzac,
y sin voz dejaron uno,
arribista inoportuno,
sedicente del Conac.

Tras firmar muchos autógrafos
y atender a los fotógrafos,
Aquiles besa y saluda
a Pablo inmortal Neruda,
quien recita con ardor

a un gorila dedicada
20 poemas de horror
en nación desesperada.

En su yegua jerezana
llega haciendo las vías
el Marqués de Santillana:
"prosa tan hermosa
no vi en la Moncloa
como esa galera
tan bella y sincera
de Aquiles Nazoa".

Con música sin igual
llegó el bardo Potentini
gloria nuestra nacional:
"Los que creyeron quizás
que se cansaba su brazo,
comiéronse muy el trazo
porque Aquiles casi loco
con las luces de su coco
fue a alumbrar el Chimborazo".

Llega luego muy ufano
el grupo venezolano:
Mariano Picón, Gallegos,
López Contreras, Medina,
Leo, Job Pim, Andrés Eloy,
a quienes Renny Ottolina
llama "The Caracas Boys".

Víctor Saume y Argimiro,
Y Rubénangel Hurtado
sin haber echado un tiro,
el micrófono han captado
para que toque la banda
de esta rústica parranda:

"¡Desde Guachara al Cajón,
del Cajón a Palo Santo
no hay negra que baile tanto

como mi negra Asunción”.

Como zoo de carruajes
que ha venido en comitiva
bajan altos personajes
con su gracia muy altiva.

Bolívar aclara el pecho
y exclama después de un trecho:
"Aquiles Nazoa, mi amigo,
en este homenaje encajo,
y perdone si le digo,
lleno de hiel y acibar,
que a la patria de Bolívar
se la llevó quien la trajo”.

DIARIO *EL NACIONAL*, "ESCRIBE QUE ALGO QUEDA".

RELÁFICAS DE SIMÓN

Nota: Las reláficas que siguen las escribimos nosotros para un famoso programa que tiene Simón Díaz en Radio Rumbos. No son muy literarias pero sí divertidas, y las volvemos a dedicar a Simón con todo cariño.

La vida es sueño

Les voy a contar hoy una cosa personal. Algo muy íntimo que me pasó en días pasados. Y se los cuento para que ustedes vean que Simón Díaz, este servidor, a pesar de los pesares, tiene todavía mucha entrada con el llamado sexo femenino.

Ese día llegué yo retrasado a los estudios de Radio Rumbos, pero al entrar la secretaria me alargó un sobre de un papel muy fino, como de hilo, azul y oloroso. Estuve trabajando como media hora sin poder abrir el sobre, pero lo olía a cada momento. Al fin lo abrí por arriba y me encontré con esta esquila.

Simón: "Desde que te vi en *Venezuela erótica*, aquella comedia que ustedes presentaron en El Ateneo, comprendí que no podía seguir viviendo sin ti. Te espero esta noche a las 7 para que cenes en mi casa. La Lagunita, avenida 3, Quinta Beatrice".

Leí la carta y me puse tan alegre que empecé a cantar: "¡Yo tenía una luz que me alumbraba!". Me fui para la barbería y les dije que me hicieran de todo. Me compré tres corbatas nuevas y me busqué un chofer y un carro grande. A las 7 en punto trasponía yo la puerta de la quinta Beatrice y dos porteros muy bien vestidos se inclinaron para saludarme y para que les entregara mi abrigo. Un enano vestido de librea se encargó de guiarme y atravesamos cuatro patios antes de llegar al recibo en donde me esperaba Beatrice. Al verme se puso de pie y me extendió los brazos y una sonrisa.

Era como Sofía Loren de alta, pero blanca y sonrosada como Liz Taylor en sus buenos tiempos. Sus cabellos eran negros y caían sobre sus espaldas como una lluvia de azabache.

—Beatrice Calderón de Fustenbach —me dijo presentándose.

—Simón Díaz Márquez —le dije yo.

—Simón, ¿no recuerdas a Calderón, el constructor que se hizo inmensamente rico cuando Pérez Jiménez? Yo soy su hija. Fui a Italia y me casé con el príncipe Cachicorni de Fustenbach, también muy rico, y enviudé a los seis meses. Ahora mi única

ilusión es que me hagas tuya y dispongas, si es necesario, de todos mis bienes.

—No, Beatrice. A mí no me interesan tus bienes. Me interesa solamente tu personalidad que es maravillosa. ¿Como cuánta plata te dejarían entre tu papá y el príncipe? Te lo pregunto solo por curiosidad.

—Como 35 millones.

En eso comencé a reírme dormido y Betty, mi mujer, tuvo que despertarme.

—Alguna vagabundería estarías soñando —me dijo— que te reías con tantas ganas.

—No, mi amor, estaba soñando que había conseguido 35 millones para traértelos a ti...

Maestro Beethoven

De la Caracas que se ha ido, uno de los personajes más importantes, simpáticos y memorables era el maestro Plaja, director de orquesta, muy ligado a la farándula de aquel entonces y amigo entrañable de Antonio Saavedra, nuestro inmortal actor cómico.

El maestro Plaja era un hombre alto, siempre de lentes e impecablemente vestido. Cuando no estaba ensayando o dando lecciones a sus numerosos discípulos, estaba en algún bar echando chistes con los variados amigos que tenía. Una vez había en el teatro Municipal una función de zarzuela y la orquesta, naturalmente, la dirigía el maestro Plaja. En el intermedio salió este junto con sus asistentes a tomar fresco en el atrio del teatro, y cuando se hallaba más distraído se le acercó un borrachito amigo suyo que siempre andaba por allí y le dijo:

—¿Cómo está el maestro Beethoven?

Plaja se quedó viéndole y al darse cuenta del estado de abandono en que andaba, le increpó:

—Parece mentira que un hombre llegue a ese estado por un vicio. ¿Qué has hecho? Abandonar a tu familia, dejar tu trabajo, alejarte de tus amigos para andar por las calles trastabillando con peligro de que te pise un automóvil. Un tipo que ha llegado a ese estado merece que lo pongan preso. Tú lo que debieras es pedirle a Dios que te mande la muerte.

—¡Cónchale! —contestó el borrachito—. Yo no sabía que se iba a poner tan bravo. Y eso que le dije “maestro Beethoven”; si le digo maestro Plaja es capaz de matarme.

Fidelidad

Para variarles la cosa y vean que soy diverso, hoy no voy a hablar en prosa, hoy voy a hablarles en verso.

Les voy a contar un cuento como lo contó mi mamá y ella se lo oyó a Tiburcio que era un amigo de allá.

Parece ser que esta historia sucedió en Calabozo cuando este señor Tiburcio era joven y buenmozo.

En la sala de mi casa don Tiburcio les contó que una señora bonita con un hombre se casó.

Ella a él lo quería mucho y ella a él con gran fe, y ella muy de mañanita le preparaba el café.

Pérez se llamaba el hombre y Juanita la mujer, y pareja tan feliz nunca ha de haber.

Mas sucedió que la muerte a Pérez se lo llevó y Juanita inconsolable en su casa se encerró.

Y por más de cinco meses de su casa no salió. Y la gente sentenciaba: “Esta estrella se apagó”.

Juanita al fin se repuso y se marchó a la ciudad y como era tan relinda la rodeó la sociedad.

Pero a Juana su destino también un día le llegó: cuando más alegre estaba, Juanita gajo peló.

Llega a la puerta del cielo Juanita muy elegante y San Pedro le sonrío porque San Pedro es galante:

—Para aceptarla, señora, en la Buenaventuranza, se necesita que alguien por usted me dé una fianza.

—Si es así, mi gran San Pedro, el asunto está concluido pues aquí se encuentra Pérez que en tierra fue mi marido.

—Aquí hay Pérez a millones, hay más Pérez que el carrizo. Por eso pido, señora, que dé un dato más preciso.

—Cuando se estaba muriendo, me dejó Pérez escrito: “Cada vez que me engañes, en el cielo daré un grito”.

—¡Ay, señora, qué gran dato el que me acaba de dar: ese es Pérez el gritón, ya se lo voy a llamar!

DIARIO EL NACIONAL, “ESCRIBE QUE ALGO QUEDA”.

PARODIAS POÉTICAS

Vuelta y vuelta a la patria

(Parodia de *Vuelta a la Patria*, de Pérez Bonalde)

"¡Tierra!"
grita en la proa el del volante;
y súbito al instante
en un hueco gigante
cae el tren delantero.

Por una enhiesta cumbre bordea la carretera
con mil carros en cola;
no hay una pepsicola
y un sol atrincabola
a todos desespera.

Poco a poco del cieno
destacándose va en el horizonte,
por el éter obsceno
una brisa grosera
de absurda cochinera
escondida en el monte.

Ese cielo, ese mar, esos cicales
que llenaron de amor la infancia mía
hoy apenas son vaga fantasía,
y atroz policromía,
de tarjetas postales.

He recordado ahora
los nobles gatos de oriental Angora;
he mirado el copioso sudor de aquella frente
¡Oh chófer diligente!
que al borde mismo del empinado cerro,
en ejercicio duro,
con un gato de hierro
nos sacó del apuro.

¡Apura! ¡Apura! Postillón,
haz que el duro pedal
se vaya al fondo;
me embarga la emoción,
el placer hondo
de contemplar señera
la noble villa de mi edad primera.

"¡Caracas allí está!", dice el chofer.
Y yo impreco con alma dolorida:
"¡Jamás! ¡No puede ser!
¿Cómo logra esa gente preterida
vivir en esos ranchos
sin los espacios anchos
que hacen amar la vida?"

En la Catia inicial de mis amores
oigo duros clamores
y el tétrico sonar de armas de fuego,
y en el suelo rodar he visto luego
dos seres que morían en estertores.
A ríspidas veredas
se llevaban por fuerza las monedas
de aquel sórdido banco
cuando el destino cruel les hizo blanco.

Ya le niego los ojos al paisaje
para esquivar terrible pesadilla;
he perdido el coraje
mirando este garaje
de cemento y cabilla.
En San Francisco adoro la ceiba centenaria
que fuera luminaria
del bélico proceso;
a un lado está el Congreso
con su carga de anemias
y a su frente hay exceso
de absurdas academias.

Transponiendo peldaños de la plaza mayor
para dar a Bolívar mi rendido fervor,

una granuja cualquiera
me arranca la cartera
y se lanza en carrera
sobre raudo motor.
Se llevó mi dinero
y lo que yo más quiero:
la fe por el humano transido de dolor.

Balada del mirista insomne

(Parodia de Balada del preso insomne,
de Leoncio Martínez,
Leo)

Estoy pensando en exilarme,
perderme del almanaque,
picar cabos, raspinflarme,
irme muy lejos de aquí,
porque los buitres del Sifa
ya no me dejan vivir.
Oh digepol: hombre inhumano.
Oh petejota: hombre servil.

Por cambiar las estructuras preso tres veces caí:
me agarraron en los cerros:
golpes, cachazos, mandril
y me enchiqueraron como a un puerco
puerco de guerra civil.
Menos mal que en las torturas como otros yo no perdí,
bien la cabeza, bien un ojo,
bien la punta de la nariz.
Fui hasta el interrogatorio
altivo, impetuoso, viril:
—Señor Juez, solo he robado
la mirilla de un fusil
para mirar brillando por ella
el claro sol de mi país.

¡Sol para iluminar al pobre
en vastos sueños sin confín
del cielo abierto a la esperanza
de una vida mejor. Y

que hoy alumbra torvas miserias,
desvelos, hambre, rancho vil
y un dolor que acaba siempre
con la frustración de morir...!
¡Oh! ¡La bendita Gran Bretaña!
quizás me vaya hacia ti
y me case de arrogante
con una *Bitle* de allí,
con la mediocre burguesía
de que me ayude a subsistir.
Lavaré platos en otro idioma
pasaré hambre en inglés
y unas tardes más que otras
me acostaré sin comer
viendo a través de los cristales
un cielo de invierno muy gris,
me acordaré de los camaradas idos
y de la novia que perdí
la que no quiso venirse conmigo
para quedarse con un jefe civil
alumbrándole su matrimonio
el claro sol de mi país.

Mosquito, hermano fraterno

(A la manera de Alfredo Silva Estrada)

Díptero,
vámpero, chúpero,
hijo expósito de las aguas sucias:
tú eres el criminal nato de Lombroso,
siempre sediento de sangre.
En tu avión nocturno de propulsión a hemoglobina
te lanzas en picada
sobre el aeródromo de nuestra cama,
para perturbar con el mínimo zumbido de tus motores
el dulce rito de los que adoramos a Morfeo
en posición horizontal con las pupilas ciegas.
Te desayunas con baygon,
almuerzas con shelltox
y pasas la siesta fumando sabrosas espirales incandescentes.
Enemigo inseparable,
hermano consanguíneo,

Caín de la familia,
aguijón de nuestra vida;
dicen los zancudólogos
que tu bomba solo-chupa-gente
no se D.D.Tiene ya
ni con un diluvio universal
de insecticidas.

Lo fatal

(Arreglo para recitar cuando la reunión se ponga fastidiosa)

La princesa está pálida,
ojerosa, inmóvil.
Sus mejillas escuálidas,
sin sonrisa ni afán.
Ya no corre automóvil,
ya no juega en las válidas
ni se baña en champán.
Reclinada en la cama
la princesa se muere
porque el duque a quien ama
le mandó un telegrama
donde ya no la quiere.

De repente adereza
su exquisita belleza,
y burlando al jibado
que le canta canciones,
en la noche se muere
vaporosa y aleve
hacia el puente vedado
de las inmoluciones:

—¡Río apéptico y voraz, asesino torrencioso,
oye el último sollozo
de quien ya no aguanta más!
—Monstruo líquido sin par,
por tus fauces yo suspiro
pero ni loca me tiro
porque yo no sé nadar...

SOLO PARA AUTORES EN BUSCA DE PRÓLOGO

"Apurar ¡cielos! pretendo
Ya que me tratáis así;
¿Qué delito cometí
Contra vosotros naciendo?

.....

¿Qué más os pude ofender
Para castigarme más?
¿No nacieron los demás?
Pues si los demás nacieron,
¿Qué privilegios tuvieronQue yo no gocé jamás...?"

LA VIDA ES SUEÑO
Calderón de la Barca

Hace tiempo redactamos un prólogo estándar para uso de ensayistas y noveladores que no tienen quien les escriba. También sirve como solapa de cualquier libro, la parte que más leen nuestros eruditos a la violeta.

EL AUTOR Y SU OBRA

Pocos autores han ahondado tanto en la problemática sociológica de la moderna praxis literaria como el autor de este relato. Es como si realizara el genocidio de un mundo fantástico para que la fabulación de sus vivencias herméticas lleguen hasta el hombre común. Visión realidad o realidad visión –no se sabe a ciencia cierta- porque lo extemporáneo se mezcla con lo presente, el devenir se hace pretérito y el tiempo fluye en el espacio intemporal. Las tres negaciones fundamentales de Kierkegaard, pertenecientes también a la ecológica de Kafka, sobreviven en este relato, y si pide prestado a Mika Waltari su nefer nefer nefer es como incidentalmente, para distender el ánimo antes de asestarle la terrible impactación subliminal. En materia de lenguaje también el autor de esta obra luce una ensayística semántica, pero sin caer en el algoritmo filológico. Él burila nuevas facetas en las palabras y las engarza a la frase

transformando el abalorio en joya valedera; podríamos decir que crea una ideografía propia, sin banalidades académicas, con la misma intuición con que Alighieri hizo del toscano lengua de poesía. Frente a los grandes problemas contemporáneos de la supervivencia del *homo sapiens*, él se acoge a la idealística material de un romanticismo práctico sin dejarse alienar por la masificación intelectual del progreso, pues teme que ella sea solo un producto de los espejismos ustorios inherentes a toda filosofía contestataria. A veces se creería que él hace suyo el Eros marcusiano de la "socialización psíquica", pero luego comprende uno que se aparta de Marcuse acusando (con tácita elegancia) al teórico del marxismo capitalista de querer abrir espitas laterales para que por ellas se produzca "una gigantesca liberación de energía destructiva". Con Chardin y Maritain, él está a medio camino entre Lukács y Roger Garaudy sin adorar al becerro de oro maltusiano, porque considera que el hombre (y no la mercancía) es el eje y el objeto del universo previsible. El hecho de que él haya tomado de Faulkner su mecánica narrativa, no le ensombrece pues lo hace con audacia quiroguiana y con la "difícil facilidad" fantasmagórica de Sábato. "Ese gran libro" nos deja un regusto a Proust y su autor demuestra que las posibilidades de la palabra escrita están muy lejos de haber sido agotadas.

ARCHIVO PERSONAL DEL AUTOR.

¿QUÉ ES UN INTELLECTUAL?

Doce pistas intelectuales

Me preguntan qué es un intelectual, y como la pregunta es muy intelectual, doy 12 pistas para quien sea intelectual haga el trabajo intelectual de definir lo que es un intelectual:

Un intelectual es una criatura que hizo Dios para que viviera entre el Tigris y el Éufrates, en ese paraíso terrenal que llaman el CONAC.

Es un ciudadano que sufre de tres complejos: drycleanofobia, barberotirria y aguardientofilia.

Es uno que ha leído los dos primeros libros de Luis Alberto Machado y llama todas las semanas a la librería a ver si ya salió el tercero.

Es alguien que se levanta a escribir a las 4 de la mañana y lo hace a mano porque el ruido de la máquina le quita la inspiración a él y el sueño a su mujer.

Es un tipo que consigue pases de favor en todos los estrenos teatrales.

Es aquel que dice Rubén para nombrar a Darío, Pablo si es Neruda y Jorge Luis para referirse a Borges. Cuando dice: "Me gustan las novelas de Miguel", uno no sabe si es de Miguel de Cervantes, Miguel de Unamuno o Miguel Otero.

Es ese que viene coleccionando desde hace 10 años el "Papel Literario" de *El Nacional* y pone avisos económicos para ver quién quiere comprárselo.

Es un invitado involuntario, vulgo coleado, capaz de interrumpir una fiesta para recitar su último poema intitulado *Crepúsculos murientes de la Barquisimeto que se fue*.

Es un señor que cree que la República del Este es el primer país consumidor de alcohol en el mundo y pide que la Guardia Nacional refuerce las fronteras para evitar la contaminación.

Es el adeco que enseña a leer a sus hijos usando los artículos de Canache Mata.

Un intelectual es aquel que no paga impuesto sobre la renta pero cobra renta sobre ese impuesto, escribe libros para que se enriquezcan las editoriales y rebaja de peso haciendo ejercicios literarios a fin de estar en forma para cuando llegue la hora cumbre de recibir la medalla Andrés Bello (en su Tercera Clase).

Por último, se conocerá a los intelectuales porque en todos los países la mayoría de ellos son motores de progreso,

dispuestos a entregarlo todo para defender los verdaderos derechos humanos.

DIARIO *EL NACIONAL*, REVISTA 7MO DÍA.

¡GARDELIANOS DE TODOS LOS PAÍSES, UNÍOS!

¡Compañeros y compañeras de mi barrio! ¡Farra querida de aquellas horas! Me toca ahora emprender un discurso de orden y no sé cómo expresar toda la inmensa alegría de mi pobre corazón.

Acabamos de ver juntos la hermosa película del Canal 8 sobre la vida y los tangos de Gardel. ¡50 años no es nada! Sí. Nada. Para los que ganan 50 mil bolívares mensuales, y poseen cinco automóviles y pueden montar un piso maple, con piano, estera y velador.

¡Yo fui adeca, compañeros! Una buscó llena de esperanza el camino que a sus sueños prometieron los adecos; pero hoy comprendo que ese partido ya no yira. Primero un juramento, después una traición. Se plegaron a la oligarquía y el imperia-lismo y dejaron a este pobre pueblo *fané* y descangallado. Casi todos los que llegan al gobierno no piensan sino en la dulce metedura de la caja de caudales. Cuando Herrera Campins hubo un grupo muy grande que se hizo ruin y payador. Mientras mandan, lo mismo roba el gato maula que su mísero ratón.

Y lo peor es que no les hacemos nada. Se pasean por Caracas y por Miami con un aire de bacán que da bronca a los purretes. El pueblo de Venezuela no está empobrecido como le pasó al de mis *Buenos Aires querido* por culpa de los malevos que lo gobernaron. Ladrillo está en la cárcel. Pero apenas Ladrillo Neri y Eleazar Ladrillo Pinto. Las dulces serenatas ya no se oyen más en sus quintas de La Lagunita.

El Morocho del Abasto es testigo de que ya no puede una comprar en una bodega y mucho menos en un automercado. Se necesita que surja en Venezuela un Gardel que le cante claro las verdades a los causantes de nuestra miseria. Por una cabeza, por falta de una cabeza, es que estamos como estamos, viviendo en Gramovén, barrio pobre, con apenas un farol en cada esquina tristemente iluminada. Y el gobierno no piensa sino en pagar la deuda. Mi respetado excompañero Lusinchi anunció que iría a Estados Unidos a firmar el pago definitivo. Después de rubricar les dirá a los banqueros:

"Y si alguna se me ha olvidado
en la cuenta del otario
me la tenés que cargá".

Hoy el Pueblo le dice a la democracia:

—El día que me quieras mi casa se engalana y desde el azul
del cielo las estrellas celosas nos mirarán pasar.

Gardelianos de todos los países ¡a la lucha! He dicho,
compañeros.

DIARIO *EL NACIONAL*, "ESCRIBE QUE ALGO QUEDA".

LAS MADRES QUE MÁS SE NOMBRAN

Mamá yo quiero saber
de dónde son los farsantes
que los veo tan elegantes
y los quiero conocer.

Las matronas más famosas
por sus vidas dolorosas
son las recias heroínas
de las plazas argentinas,
madrecitas siempre en mayo
invocando luz de rayo
contra viles sabandijos
que inmolaron a sus hijos.

La madre más desgraciada
que habita en lóbrego rancho
trabaja duro y ancho
con prole y abandonada.
Un hijo desocupado
y el otro superdrogado.
Y su muchacho sincero
que vive de su ideal
ayer cayó prisionero
de la injusticia social.

Entre las madres peludas
está la mamá de Judas,
Gumersinda de Iscariote
una vieja tan cipote que
los cobres de la venta
agarrólos por su cuenta y
se compró en Nazareth
una Toyota 90
y un bellissimo chalet.

La madre del rey Nerón
doña Chévere Agripina una
señora muy fina pero el hijo
tan matón tan vago y
estrafalario que ponía un
incendio diario por mirar la
quemazón.

La madre de Catilina,
la señora Catilón,
que dice era divina,
un monumento, un hembrón
pero el viejo Cicerón
la trataba con inquina
porque la vio en la piscina
de Terma Caracallina
sin blusa ni pantalón.

Es también muy conocida
la madre del homicida,
y de fama universal
la del que viene a cobrar.

Mentada en el mundo entero
es la madre del casero
y con mención la más negra
la pobre madre de suegra.

También se nombra bastante
la madre del adulante,
la del dueño de autobús,
la del que pica la Luz,
la del que adultera un texto
la del que nos quita el puesto,
la del juez que nos condena
a sufrir injusta pena;
la del testigo que calla
y la del carro con falla.

La mamá se le recuerda
también al que no se acuerda
de los manejos insanos
de adecos y copeyanos;
al que hace malas comedias,
al que apesta con sus medias,
al que las echa de amargo;
al que practica un embargo,
al que niega una peseta,
al que nos pone ampolleta,
al que nos saca una muela,
al que nos echa una pela,
al que nos hace un registro,
al que engaña con su Cristo,
al que suena la corneta
para ordenar metralleta.
Al que hace de funcionario
de un gobierno represor;
al que asesina un canario
el que mata a un rruiseñor.

La última madre que nombra
aquel que la pata estira,
cuando el aire ya no aspira,
porque se convierte en sombra,
es la madre del doctor
cuando dice sin acierto:
—¡Este carrizo está muerto!
Entiérrenlo, por favor.

DIARIO *EL NACIONAL*, "ESCRIBE QUE ALGO QUEDA".

ROMANCE DE LA NIÑA POBRE QUE SE CASÓ CON UN YANQUI

El año pasado [1962], cuando AD cumplió 21 años de mala vida publicamos este poema que ya forma parte de la antología del humorismo político venezolano. Hoy cuando AD cumple sus 22 octubres, tenemos el gusto de repetir la dosis esperando tener también el gusto de que la Digepol no recoja *La Pava Macha*, como hizo el año pasado, dejando a miles de personas sin saborear esta diatriba.

Dedicado a la Vieja Guardia en sus 21 octubres

En el año 36,
cuando murió en Maracay
nuestro penúltimo rey,
tú eras una quinceañera,
retozona y zalamera;
no serías Elena Curtis
no serías Dorothy Grey
pero cuentan los que vieron
que te mirabas okey;
que era bello tu carmín
fresca, muy fresca tu piel
y tu figura divina
mezcla de Susana Duijm
con Alfredito Sadel
y el loco Renny Ottolina;
que tenías un no sé qué
de Cleopatra y Salomé;
que ocultabas no sé dónde
lo que toda niña esconde,
y que solo rocheleando
lo muestra de vez en cuando.
Tú vivías por la Manduca,
yo vivía por Amadores,
rodeada de patiquines,
sitiada de admiradores;
y cuentan los croniquines
que el mismo López Contreras
te azuzaba los mastines

buscando que lo quisieras.
Pero el flaco general
no pudo llevarse el *pull*,
porque tú querías hallar
un príncipe más azul,
un chivo menos carnero,
y un burro con más dinero.

Querías un rey que tuviera:
una mina de diamantes,
el petróleo a toneladas,
los millones como arena,
200 automercados,
2 mil ventas de empanadas,
seis fábricas de maizena,
un rebaño de adulantes,
10 buques acorazados,
cinco líneas de aviación,
ocho carros de carreras,
nueve Arnolds Gabaldón
y 15 Raúl Valeras.

Querías un rico, muy rico:
el más rico de los que hay
el dueño de Puerto Rico
y de las islas Hawai.

Además de ricachón
querías que fuera sajón
como Germán Borregales
como Aldemaro Romero
como robarse los reales
con el truco petrolero.

Tanto diste, tanto hiciste,
revolcaste y revolviste,
que el musiu se apareció:
el gran Nelson Rockefeller
al gran Rómulo Gallegos
como esposa te pidió.
La muchacha campesina

coronaba su ilusión:
se casaba la sardina
con el joven tiburón.
Vino luego aquel 18
aquel 18 de octubre,
aquel horrible desmocho
que de vergüenza te cubre.

Mi ánimo se encarajina
por el sentimiento herido:
masacraste a Medina
por orden de tu marido.

Hoy ya vieja, larga y seca,
fría, temblorosa y enteca,
descangallada y senil,
cumple tus 21 abril.
Con tus manos descarnadas,
con tu espíritu huesudo
y tu cerebro peludo
por las causas traicionadas.

Pero un día las pagarás.
Al doblar cualquier esquina
a mi pueblo encontrarás
formando la chamuchina.
Y la gente gritará:
—Por lo de Isaías Medina
por la muerte y por la ruina
y por todas las traiciones
¡que mueran los vejucones!

ARCHIVO PERSONAL DEL AUTOR.

CARTA AL DIRECTOR NAVIDADES EN LA ISLA DEL TIGRE

Ciudad Tigre, diciembre de 1984.

Señor Director de *ESCRIBE QUE ALGO QUEDA*.

Caracas.

Muy apreciado colega:

Por intermedio de nuestro Cónsul General en Caracas, Sr. Luis Domínguez Salazar, gran pintor venezolano, le dirijo esta correspondencia para darle un informe periodístico sobre las navidades y otros acontecimientos en esta privilegiada isla. La isla del Tigre, como usted sabe, fue descubierta por Colón en su tercer viaje. Es como del tamaño de la isla de Margarita pero tiene más de un millón de habitantes, de los cuales 600 mil viven en esta ciudad capital. Por supuesto que los cerros están llenos de ranchos en injusto contraste con las ricas mansiones del valle.

Somos una república independiente. Cuando Bolívar estaba en Angostura haciendo su congreso admirable, mandó tropas hasta esta nuestra isla que queda en plena desembocadura del río Orinoco; los patriotas expulsaron a los españoles y desde entonces nos gobernamos nosotros mismos, pero siempre bajo la tutela de la diplomacia secreta de Inglaterra y Estados Unidos. Nosotros no producimos petróleo, como ustedes, pero sí tierra para matas, proveniente del lodo negro que día y noche arroja el caudaloso y protector río Orinoco sobre nuestras playas. Este año exportamos 500 mil barriles de lo que se considera el mejor abono del mundo, obteniendo divisas por 7 mil millones de dólares.

A pesar de tanta riqueza estamos endeudados hasta la coronilla con el mismo fondo monetario que los tiraniza a ustedes. Ese endeudamiento ha sido obra de los dos partidos que dominan en la nación y los cuales se llaman el Crático-Demo-Nacional y el Nacional-Democrático. Son como dos sanguijuelas que se chupan la sangre del pueblo para nutrir la riqueza de los países imperialistas y las de 10 familias insaciables que forman la oligarquía. Debemos 14 mil millones de dólares (14 mil dólares por habitante) y estamos seguros de que esa plata nunca entró al país. Los bancos extranjeros que la prestaban, se la ponían a los grandes dirigentes del partido

y de la oligarquía en sus cuentas bancarias de Miami, Nueva York y Suiza.

Ahora estamos pasando hambre. Estas navidades se presentan color de hormiga. Un kilo de carne vale 40 rupias (la rupia es el bolívar de aquí); un kilo de queso 47 rupias y un pote de leche de 2 kilos 53 rupias. Sin contar que la luz y el teléfono cuestan un ojo y parte del otro. El peor gobierno que ha tenido esta isla fue el anterior, del Presidente Gumberra. Los ministros y demás altos funcionarios resultaron unos corruptos de marca mayor. La opinión general es que a nadie más se le ocurriría volver a votar por ese partido llamado el Crático-Demo. Sin embargo, presos de esta organización no hay sino dos o tres y Gumberra sigue pontificando como líder.

Entre los Demo-Cráticos y los Cráticos-Demos han hundido a esta isla, prodigiosamente rica. Cómo será que hasta uranio tenemos; pero este es un secreto entre los dos partidos y cierta potencia extranjera. Se lo llevan clandestinamente sin pagar un centavo. Y los periódicos tampoco denuncian nada.

Pero debo decirle que los medios de comunicación se portaron admirablemente cuando explotó aquí la fábrica de termómetros de mercurio y perecieron 50 personas, entre ellas cinco trabajadores de prensa y televisión. La Asociación Nacional de Periodistas se declaró en permanente duelo nacional y rompió con el gobierno por la parcialidad de este para con los empresarios. La Asociación de Periodistas suspendió la cena anual en la cual homenajeara a un representante del ejecutivo y tanta campaña hizo que la empresa fue nacionalizada, presos sus ejecutivos e indemnizados todos los que perdieron sus vidas, salud y propiedades.

Hasta la isla llegan todos los días los periódicos de Caracas en avionetas que los traen de Ciudad Bolívar. También nosotros tenemos libertad de prensa. Yo soy periodista y sé cómo se maneja el panderero. Si alguien escribe contra el imperialismo, los partidos o la oligarquía, le mutilan y transforman el artículo de tal manera que resulta diciendo lo contrario de lo que quiso expresar. Si dice "la revolución inmortal" le ponen "la revolución inmoral"; cuando ha dicho "me encuesté con una señorita" lo ponen a confesar "me acosté con una señorita"; si denuncia que el gobierno debe CIEN MIL MILLONES de bolívares, le quitan el mil y resulta que el gobierno solo debe CIEN MILLONES (hasta dicen que hay una oficina secreta que paga 50 rupias por cada error que se cometa).

También llegan todos los libros que se publican en Caracas. En estos últimos meses hemos recibido los dos tomos de Napoleón Ordosgoitti, muy buenos, y se han vendido mucho; el libro de Francisco Betancourt Sosa sobre la Revolución Federal en Barinas y la vida de su eminente bisabuelo general Pedro Manuel Rojas; un candente folleto del ilustre abogado Carlos Almandoz, publicado, según él dice: "En el año 25 de la corrupción y 14 de la entrega del Esequibo". Remata la lista de libros, la maravillosa segunda novela de Isabel Allende: *De amor y de sombra*.

Aquí estamos extrañados de que ustedes saquen todos los años una Miss Universo. Nosotros sacamos dos hace años, pero el gobierno se abstuvo de seguir sacando porque se denunció en el congreso que pagaba un millón de dólares por cada una. El gobierno de esta isla disolvió la Policía Jurídica Nacional porque le comprobaron que ella era la principal traficante de drogas. Mataban inspectores a cada momento y no se sabía la causa; pero los de más arriba no cesaron esta vez.

El ejecutivo actual está presidido por un líder llamado Stravinski, pero como se halla comenzando no se sabe aún qué música va a tocar. Ahora mandan los Demo-Cráticos pero se debaten en un solo rollo con imponer al que será candidato para la próxima presidencia. Aquí hay un aeródromo en el centro de la ciudad que molesta mucho a la población; se llama "La Bramé". Ha habido muchas protestas y peticiones de que lo clausuren, pero la oligarquía se opone porque allí se comunica con el mundo, y trae libre de impuestos todo lo que se le antoja. La tigrería de aquí es peor que la burguesía de allá.

Le diré, colega, que la televisión de esta isla es mala, fuera de algunos pequeños destellos. Hay dos emisoras que pertenecen a una misma familia en sociedad con capitales extranjeros. Las películas americanas, que son las que más abundan, falsean la mente de los niños de esta gran isla del Tigre. Y a propósito, le diré que el gran pintor y eximio dibujante Luis Domínguez Salazar, por cuya cortesía le estoy escribiendo, fue el segundo descubridor de nuestra república. Su libro llamado *Cartas de la isla del Tigre* trae datos exactos sobre la Isla y su lenguaje autóctono, así como la más asombrosa e invalorable colección de dibujos que producir pudo su pluma de eximio maestro.

Chao, señor Escribe-que-algo-queda. Pienso ir por allá pronto, antes de que se acabe el gobierno (el de aquí, por supuesto).

Me despido con el lema de nuestro escudo: "*El Tigre come por lo ligero*". No le toco el himno nacional porque aquí lo transmiten cuatro veces diarias y estamos hasta la coronilla.

Chao,
Otto Rino Laringólogo

DIARIO *EL NACIONAL*, "ESCRIBE QUE ALGO QUEDA".

RESEÑA ALEGRE SOBRE ALGUNOS PRESIDENTES DE VENEZUELA

De los 51 presidentes que ha tenido la nación, solo a uno se le puede prender una vela completa: a Isaías Medina Angarita. Los otros, excepto Wolfgang Larrazábal, Raúl Leoni y quizás Carlos Delgado Chalbaud, abusaron en una u otra forma de sus poderes. El primero al bate presidencial, una vez separada Venezuela de Colombia, fue el general José Antonio Páez, allá en el año 1830. Llanero de Acarigua, llamado "El Centauro de los Llanos", por su heroísmo en la Guerra de Independencia, se alzó con el coroto durante casi 20 años. Pero él prefería estar en sus hatos comiendo queso blanco y tomando leche en tapara, a fastidiarse en los salones presidenciales. Mandaba sí, pero en su nombre gobernaba el eterno vicepresidente general Carlos Soublette.

Sin embargo, una gran mujer en Valencia llamada Barbarita Nieves se encargó de reeducar al León de Payara. Llegó a vestir pumpá y levita con toda soltura, a tocar violín, representar comedias, y hasta dicen que dominó el idioma franchute. Comprando a sus antiguos soldados los bonos de guerra que les había otorgado Bolívar, se hizo poderosamente rico. Cuando se proponía regresar a Venezuela en 1861, para aplastar la Guerra Federal, los yanquis, quienes lo querían mucho, organizaron una multitudinaria aclamación de despedida en la ciudad de Nueva York. Pero el Centauro, ya viejo, se cayó del caballo; cuando iba a montar, dio con su rechoncha humanidad al otro lado de la bestia (risas y aplausos).

Soublette, oriundo de la oligarquía, era sencillo y personalmente bueno. Lo llamaban "¡Ladrón!" en todos los periodiquitos, pero salió arruinado de la presidencia. Hubo durante su mandato una tumultuosa manifestación que pedía absolviesen a Antonio Leocadio Guzmán; el juez lleno de zozobra se dirigió al palacio presidencial y pidió órdenes a Soublette. "Agite usted la campanilla", le dijo Soublette. "Ya la he agitado", le respondió el funcionario. "Agítela usted con más fuerza", le replicó el Presidente, retirándose a tomar la píldora que le suministraba tres veces al día su solícita esposa. Soublette manchó su mandato presidencial permitiendo y hasta instigando la condena a muerte nada menos que de Antonio Leocadio Guzmán y Ezequiel Zamora.

Menos mal que Páez, quizás acobardado por la Revolución Federal que veía venir, cedió el mando al general José Tadeo Monagas, el segundo señor gran feudal de Venezuela, apodado "la mejor lanza de Oriente" por su heroico comportamiento durante la Guerra de Independencia. José Tadeo Monagas era impenetrable como un bloque de granito y de una habilidad política inigualable. Empezó por conmutarles la pena capital a Guzmán y Zamora y en un año liquidó toda la influencia de su compadre Páez. Ladrón sí era, como lo han sido usualmente nuestros presidentes (con honrosas excepciones). El Congreso conservador, paecista, se le alzó y quiso destituirlo. Organizó entonces una manifestación popular contra el cuerpo legislativo; mataron a tres o cuatro y se acabó la rabia. Después del incidente, Monagas descubrió que "la Constitución sirve para todo" y fue de casa en casa rogando a los señores legisladores que volvieran a sus labores (les aumentaría quizás el sueldo, pero nunca en Bs. 3 mil).

El hermano de José Tadeo, José Gregorio, libertó a los esclavos. Desde entonces cualquiera puede reclamar aumento de salario y el derecho a figurar en las páginas sociales de los diarios, privilegio este último que casi nunca usan los pobres. Después de la Guerra Federal subió a la presidencia el general Juan Crisóstomo Falcón, elegido por consenso de los oligarcas godos y liberales. Falcón era magnánimo y valiente, pero como general no le daba ni por las polainas a su cuñado Ezequiel Zamora, "general del Pueblo Soberano". El general Juan Crisóstomo era un hombre ilustrado; las impresiones que escribió de un viaje de recreo a Europa son un modelo de periodismo en arte y política. Gozaba más paseando a caballo en Churuguara todas las tardes, frente a su novia, que gobernando a una nación súper arruinada. A todo el que iba a Churuguara a pedirle una ayuda, le extendía un vale contra el tesoro y solía pronunciar unas palabras inmortales: "Primero se cansarán de pedirme que yo de dar" (la gloria de Falcón, como la de Guzmán Blanco, seguirá turbia mientras no se esclarezca la muerte de Ezequiel Zamora, el único líder militar triunfante que han tenido los pobres de Venezuela).

En 1870 capturó el poder el general y doctor Antonio Guzmán Blanco, hijo del gran líder Antonio Leocadio Guzmán y de una sobrina de Bolívar; "Las Blanquito", como las llamaban. Guzmán ha sido la tapa del frasco de todos los presidentes venezolanos; como Pérez Jiménez robó bastante pero hizo mucho. Abogado, general

y escritor, plasmó la Venezuela actual, de la cual dijo: "Este país es como un cuero, lo pisa uno de un lado y se levanta del otro". Casó a sus hijas con nobles franceses; vivió en París sus últimos años y sus carrozas y palacios eran el asombro de los europeos. Una vez mandó un telegrama diciéndonos: "Indios del Caroní teniais que ser". Otro general le contestó: "Desgraciado el pájaro que se ensucia en su nido". Parece que Guzmán les quitó todas sus riquezas a los conventos; se cogió la mitad y con la otra nos civilizó.

Se nos agota el espacio y apenas podremos hablar de otros. Castro, antiguo seminarista de Pamplona, era valiente, libidinoso y aguerrido como él solo. Se le alzaron todos los caudillos de Venezuela, financiados por una compañía norteamericana de petróleo (la New York and Bermúdez Co.) y los esperó en La Victoria. Con 7 mil hombres logró derrotar a los 11 mil del general y banquero Manuel Antonio Matos. Desde entonces se acabó "el fiero caudillaje", como lo llamaba don Cipriano. Sufría de los riñones y como no hubiera entonces baños en la Casa Amarilla, orinaba en los patios durante las recepciones, protegido por una cortina de aduladores.

"¡Anjá! El pueblo está callado; el pueblo no dice nada" fueron las palabras de Juan Vicente Gómez viendo a la multitud en la Plaza Bolívar después de firmar el derrocamiento de su querido compadre y amigo, quien andaba por Europa en viaje de salud. Cuando Gómez supo la muerte de Castro, acaecida muchos años después de su derrocamiento, dijo: "Anjá, murió don Cipriano. Ese don Cipriano sí que sabía pelear" (¿por qué no probar con Rafael Briceño en la presidencia?).

No nos queda ya lugar para referirnos al espíritu socarrón de López Contreras, sucesor de Gómez; a los "palitos" que se tomaba el gran general Medina; al maquiavelismo de Betancourt, a la novela presidencial de Gallegos, al afrancesamiento de Delgado Chalbaud, a la bonhomía de Leoni, al jesuitismo de don Rafael, a las agallas de CAP, la torta de Luis Herrera (con la salvedad casi dolorosa de que hizo el Metro y el Teresa Carreño). Nada. Un último recuerdo para Wolfgang Larrazábal, quien fue casi un contralmirante del pueblo soberano.

Ahora estamos esperando el *outfielder* que nos ofrece Gonzalo Barrios, a ver si la novena del pueblo venezolano sale por fin del foso como el Magallanes y acaba para siempre con la ineptitud y la corrupción.

BREVE OJEADA AL HUMORISMO VENEZOLANO

(Desde *El Morrocoy Azul* hasta *El Sádico Ilustrado*)

El periódico humorístico de más impacto en Venezuela fue *El Morrocoy Azul*. Breve, conciso, chispeante y sin apasionamiento político. Era la risa amable de una Caracas verdaderamente zanahoria. "Lo primero que leo los sábados es *El Morrocoy Azul*" declaró aquel "tirano" que se llamaba Isaías Medina Angarita, entonces presidente de la República.

Todos nos conocíamos y los chistes valían por las personalidades a quienes se adjudicaban (una vez llegó una linda muchacha acompañada de su mamá, una señora ya mayor, al consultorio del doctor Bonadiez, quien sobrecogido de admiración le ordenó: "¡Desnúdese!". "No, doctor, la que se va a examinar es mi mamá". "Entonces, señora, me hace el favor de sentarse y sacar la lengua"). Paco Vera decía: "*El Morrocoy* pesca todas las semanas con caña, pero no saca pescados sino 'ratones'".

Los empresarios de *El Morrocoy Azul* fuimos Carlos Irazábal, Miguel Otero Silva y el que esto escribe. El primer número de 4 mil ejemplares salió en marzo de 1941. López Contreras, dando sus últimas pancadas anticomunistas, y su ministro Luis Gerónimo Pietri trataron de descoyuntar al nuevo semanario confinando a Miguel Otero en el lar nativo de sus Lecherías, allá en Anzoátegui. El periódico, sin embargo, siguió viento en popa y tuvo que cambiar varias veces de imprenta porque al mes tiraba (en la rotativa de *La Esfera*) la cantidad monstruosa, para esa época, de 40 mil ejemplares.

Caído Pérez Jiménez surgió *Dominguito*, bajo la dirección del recordado Gabriel Bracho Montiel. Criticó y ridiculizó mucho a Betancourt, pero éste no le retiró los avisos hasta que al final resolvió cerrarlo por decreto.

También en el gobierno betancurista y en plena lucha guerrillera, surgió *La Pava Macha*, ingeniosa, agresiva, llena de manchetas hirientes y de las más ridiculizantes composiciones fotográficas. El periódico lo fundamos Luis Miquilena, José Vicente Rangel y este servidor. Allí se consolidó la generación que venía de *Dominguito*, además de Yépez y Pardo, dos máximos caricaturistas. También brilló, con el esplendor de siempre, el talento poético-humorístico del gran Aquiles Nazoa.

Celebrábamos las reuniones semanales en algún no muy caro restaurant capitalino. En una de esas tenidas se prendió una violenta discusión, por motivos políticos, entre Aquiles Nazoa y Manuel Caballero. Un señor, extraño al grupo pero quien se fue acercando para oír mejor, le comentó a Miquilena:

—Fíjese usted qué tipos tan decentes. Aunque están bravos, siempre uno le dice al otro: “¡Mira, Caballero!”

La Pava Macha inició la era plena de las manchetas. Fue el periódico humorístico que más ha circulado; hasta 80 mil ejemplares solo en Caracas. Ni los fundadores ni los colaboradores ganábamos mucho porque los llamados “administradores” se alzaban presuntamente con los reales. El semanario fue suspendido, y cuando trató de reiniciarse, no alcanzó mayor circulación. Entonces, los mismos que hacíamos *La Pava* sacamos *El Infarto* (“Un periódico que circula ampliamente por las arterias metropolitanas”). El lema recuerda, por su ingenio, el que le pusieron Aquiles, Aníbal y Juvenal Herrera a un semanario de los tres que editaron en tiempo de Betancourt: *El Fósforo*. se llama así porque en cualquier momento lo raspan. Y efectivamente.

El Infarto fue financiado en sus Bs. 10 mil de costo por un abogado amante del humorismo que se llama Rafael Gamus, hermano de Paulina. Al poco tiempo Gamus resolvió retirarse, vendiendo sus acciones a Augusto Hernández. En *El Infarto* brilló plenamente el humorismo de nuestro admirado y querido poeta Carlos Gottberg. Sus páginas están saturadas de su nunca desmentido ingenio. Por cierto, Gottberg, el poeta Pedro Francisco Lizardo y hasta Vicente Gerbasi, son tres aedos casi abandonados por sus “prosaicos” amigos adecos. El mismo equipo de *La Pava Macha* y *El Infarto* nos lanzamos a *La Sápata Panda*, financiando esta vez la empresa el Partido Nacionalista de Ramos Jiménez por intermedio de Luis Miquilena y José Manzo González. Al mes se retiraron estos y quedamos solos los del equipo: Aníbal Nazoa, Pedro León Zapata, Luis Domínguez Salazar, Claudio Cedeño, Régulo Pérez, Rubenángel Hurtado, gran humorista, poeta y amigo muerto; William Castillo, caricaturista, versificador y arquitecto tan bien en mala hora fallecido; Homero Chartes, Otrova Gomás, Luis Britto, Marianela Salazar, Gladys Jaimes, Rubén Monasterios, Paco Vera, Abilio Padrón y quien esto relata, Kotepa Delgado.

Nos reuníamos en una arepera (las entradas no daban para más) y allí leíamos las colaboraciones y hacíamos las manchetas por medio de una discusión colectiva (mancheta: "Se ha descubierto que Pedro Grases es descendiente de Andrés Bello por la rama de los Bolívars"). (Mancheta: "Betancourt quiere salir de Venezuela, y viceversa"). A Zapata lo llamábamos "el rey de las manchetas". Terminada *La Sápara Panda*, Zapata fundó *El Imbécil* en sociedad con los *Meridiano*. Luego con otros socios, *Coromotico* y al fin en comandita con Lisboa, la revista semanal llamada *El Sádico Ilustrado*; publicación no ya política como todas las anteriores sino más bien de humorismo literario. Sobresalieron Salvador Garmendia, Cabrujas y algunos otros. Se acabó el papel; será alguna otra vez que hablemos de *El Sádico*.

DIARIO EL NACIONAL, "ESCRIBE QUE ALGO QUEDA".

AMOR CON HUMOR SE PAGA

(Recuento del humorismo venezolano)

Ahora que Zapata y Aníbal Nazoa están celebrando 20 años de prolíficas labores en las páginas de *El Nacional*, que Aníbal se ha recuperado absolutamente de sus serios padecimientos, que la cigüeña en connivencia con Mara Comerlati ha traído a Zapata una niña que lleva el nombre de Liliana Teresa en honor de sus tías Liliana Comerlati y Teresa Zapata, y que Claudio Cedeño conmemora sus 45 años de humor gráfico con una exposición de caricaturas en la Sala Fantoques del Colegio de Periodistas, sea propicia la ocasión para echar un vistazo a las varias etapas del humorismo nacional.

La risa es un atributo exclusivo del hombre, aunque dicen que las hienas se ríen de la triste situación en que viven. Reír, según dice *Selecciones del Reader's Digest*, es remedio infalible para el hombre. Cuando uno ríe casi todos los músculos se expanden, en cambio se contraen cuando se llora. Casi todos los grandes escritores han sido a su vez grandes humoristas; aún Kafka y Dostoievski, tan tétricos, están saturados del más sutil humor. Si *El Quijote* hubiera sido serio no sería la mejor novela del planeta Tierra.

El siglo pasado venezolano fue pródigo en humor, pero más bien popular, porque apenas resalta media docena de humoristas a lo Gabino, Bolet Peraza, Núñez de Cázares, Salas Pérez y Carlos Arvelo. Este último aristócrata valenciano, liberal a tiempo completo, fue el más singular de todos; y entre otras humoradas realizó la de encargarse por varios meses de la Presidencia de la República y luego la de ir a reposar con sus restos en el Panteón Nacional.

"Usted, que sería famoso con solo desearlo", le dijo en un prólogo el famoso mezquino Juan Vicente González. Pero Arvelo, sibarita, se contentaba con improvisar versos en las fiestas, como aquellos célebres que hizo en un banquete contemplando a la bella y sensual figura de Elenita Echenagucia, quien años después fuera madre del notable compositor europeo Reinaldo Hann, el amigo de Marcel Proust. "Tus ojos, bella Elenita / crueles acreedores son / que cobran el corazón / sin dejar espera ni quita", y por ahí se deslizó con gentil humor hasta prometerle suicidarse con la pierna del pavo que se estaba comiendo.

El siglo xx comenzó mal para los humoristas, pues Cipriano Castro clausuró *La Linterna Mágica*, el único periódico de humor que nos alumbraba. Pero luego vinieron Leo y Job Pim a la carga satírica contra el gomecismo, y entre otras ingeniosidades crearon *Pitorreos* y *Fantoches*. Ambos eran de un humor chispeante y cuando los encarcelaban, una vez más, y les preguntaban para registrarlos: "¿Profesión?". "Presos políticos", contestaban. Job Pim se hallaba en Macuto, disfrutando de unas vacaciones que le dio *El Universal*, cuando un amigo lo vio preparando su maleta y le inquirió: "¿Por qué te regresas a Caracas?".

—Porque el clima de Macuto no me presta, ni el agente aquí de *El Universal*, tampoco.

El semanario *Fantoches* dirigido por Leo era por todo el interior de Venezuela el viajero de la inconformidad. En las boticas, en las pulperías y hasta en las haciendas se hacían eco de las veladas protestas de Leo. Dicen que el periódico lo clausuró el gobierno porque hizo una caricatura con un turco comiendo cambures y un paisano suyo que le preguntaba: "¿Hasta cuándo gomes?". "Hasta que se acabe...".

Una vez le impusieron 300 bolívares de multa a *Fantoches* y el periódico exigió al público que lo ayudara con una puya cada uno: desfilaron más de 10 mil personas por el local a llevar el centavo de su protesta. En tiempos de Gómez se celebraban los 100 años de la muerte de Bolívar y contra el tirano las coplas iban de boca en boca: como los aduladores afirmaban que Gómez había nacido el mismo día que Bolívar, un poeta incógnito lo celebró en un cuarteto: "Por una gran coincidencia / nacieron el mismo día / el que libertó la patria / y el que la tenía fuñía".

Para averiguar quién redactaba el periódico clandestino llamado *El Imparcial*, todos los que hacían verso o prosa bonita fueron a parar en 1930 a La Rotunda: Andrés Eloy, Pedro Sotillo, Pablo Domínguez, Lucas Manzano, Ramón Hurtado y muchos más. Había salido una extraordinaria parodia de *La Sonatina* de Rubén Darío, y el prefecto Sayago consultó a sus expertos literarios quienes dijeron: "El estilo es de Rubén y solo puede ser imitado por fulano, mengano y zutano". De memoria reproducimos algunas estrofas:

"Juan Vicente está triste
¿qué tendrá Juan Vicente?
Los adictos se apartan

de ese cruel presidente
que ha perdido el prestigio,
que ha perdido el valor.

Ya no quiere sus vacas
ni su rico lactuario
ni el renombre glorioso
que le da *El Nuevo Diario*.

¿Quiere acaso ser rey
del Japón o de China
o tener el ganado
que produce Argentina?
Sigue, triste, Tirano
que el enorme Lenin
que te odia sin verte
habrá de venir pronto
a cederte las glorias
de morir como el Zar”.

Lo raro es que después de muerto Gómez, ningún poeta reivindicó la propiedad intelectual de la obra. Suponemos nosotros que era porque elogiaba a Lenin y no quería verse en mal con las oligarquías y sus amigos foráneos. (Nos están haciendo señales de que se acabó el tiempo. Este programa continuará próximamente por estos mismos canales, siempre bajo la dirección de Luis Alberto Crespo, con cámaras de Elizabeth Araujo, Nelson Hippolyte y William Dumont. ¡No se aparte de nuestra sintonía!).

DIARIO EL NACIONAL, “ESCRIBE QUE ALGO QUEDA”.

HUMORISMO POLÍTICO VENEZOLANO

Se podría decir que el único presidente aceptable demócrata que tuvo Venezuela en la segunda mitad del siglo pasado fue el general Francisco Linares Alcántara, llamado "el gran demócrata". Sus enemigos decían que lo llamaban así porque cuando llegaban los carnavales se volvía como loco y tiraba caramelos, serpentinas, papelitos, realitos y hasta fuertes. Lo dejó Guzmán Blanco en la silla, pero reaccionó contra él; Guzmán, furioso, le mandó un comisionado para anunciarle que lo derrocaría.

—Dígale al General Guzmán —le respondió Linares Alcántara— que deseos no empreñan. Posteriormente estuvo de presidente otro general tan prestigioso y de tanto mando como Linares: Joaquín Crespo, guariqueño. Lo llamaban "El Héroe del Deber Cumplido" por sus actuaciones, pero era fama que tampoco le pagaba a nadie (así se lo dijo el gran poeta Potentini en unos versos). Un día Crespo pasó en coche por delante de la universidad en compañía de su ministro de Hacienda que era otro corrupto. Los estudiantes comenzaron a gritarle: "¡Negro! ¡Ladrón!".

—Lo de negro es conmigo —dijo Crespo a su ministro—, pero lo de ladrón debe ser con usted...

En 1899, cuando invadió Cipriano Castro desde Los Andes y se apoderó del mando, comenzó la dictadura Castro-Gómez que duró 37 años. Castro era un hombre de muy pocas pulgas; desde que un panadero intentó matarle, había ordenado que su coche no se parase ni un solo momento cuando viajaba desde El Paraíso a la casa de gobierno. Pero un día un hombre muy pobremente vestido se atravesó al coche, y para evitar un accidente, el cochero y los edecanes detuvieron el vehículo presidencial. Castro, furioso, asomó la cabeza y el hombre del pueblo le dijo al verlo:

—Permítame dos palabras, general.

—Pero dos palabras nada más —respondió Castro indignado.

—¡Tengo hambre! Los edecanes se echaron a reír y Castro premió la ocurrencia con dos morocotas, una por cada palabra.

Juan Vicente Gómez impuso su autoridad de tal forma que sus subalternos le temblaban, y ¡ay! de quien desobedeciera una orden. Cuando estaba haciendo el zoológico de Maracay, le puso un telegrama al presidente del estado Bolívar diciéndole:

"Mándeme 1 ó 2 monos" (uno o dos monos), pero el telegrafista no puso acento en la "o" y el presidente de Bolívar entendió que eran ciento dos monos. Entonces se volvió loco enviando comisionados por todas las montañas y a la semana contestó a su benemérito jefe: "Le envió 80 monos; la semana entrante irán los otros".

Muerto Juan Vicente Gómez, su ministro de Guerra, el general Eleazar López Contreras, instauró la democracia. López era un hombre lleno de humildad; los caraqueños se admiraban al verlo en un tranvía con dirección a su casa de la esquina de Manduca, llevando en las piernas una lechosa que compraba en una frutería cercana al ministerio. Cuando actuó de presidente, los reaccionarios que lo rodeaban le hicieron promulgar una ley de orden público llamada "La Ley Lara", prohibiendo los mitines de las izquierdas "comunistas", y la cual pautaba que de hacerse aquellos, la policía y el ejército los disolverían a tiros, con previa alerta de tres toques de corneta militar.

La izquierda de entonces se decidió por fin a hacer un mitin en la plaza de Las Mercedes, y López estaba muy preocupado en Miraflores esperando la hora de la concentración popular. En una de esas, se asomó a la ventana y vio caer unas gotas de agua. Regresó a su asiento muy alegre diciendo a sus ministros: "Le he pedido a Dios que llueva bien duro para que no vayan a matar a esos muchachos".

Isaías Medina Angarita fue uno de los presidentes de este siglo con avasalladora personalidad; era un "inculto", desde luego, que dictaba clases de literatura en la Academia Militar, cuya dirección también ejerció.

Batió un récord mundial de democracia al haber gobernado casi cinco años sin un solo preso político. Antes de ser presidente, Medina acostumbraba jugar bolas en un patio de Pagüita, junto con varios amigos que eran corredores de bienes raíces en la esquina de San Francisco. Después de algunos años de ausencia, un día llegó Medina en el auto presidencial al señalado campo de bolas y dijo a los presentes (el "Chispa" Domínguez, el "Venao" Estévez, don Elías González y otros): "Vine a desquitarme un rato de los problemas jugando bolas con ustedes".

—Las bolas son tuyas, general —le respondió el "Venao" Estévez.

Después de que Betancourt y Pérez Jiménez se apoderaron de los destinos de Venezuela, el humor político se convirtió en humor negro. Apenas Raúl Leoni se destacó por su voluntad de no molestar a nadie. Decían los periódicos humorísticos que Leoni equivocaba todas las palabras que pronunciaba y le aconsejaban que no dijera nunca "el Pao". Cuentan que una vez iba Leoni con la no menos popular dama Menca, hacia su casa de habitación, cuando de repente el presidente advirtió: "Menca, apurémonos porque traigo un hombre atrás". Caminaron, ligero, un rato hasta que doña Menca le dijo: "Pero Raúl, yo no veo a ningún hombre siguiendo nuestros pasos".

—Yo no quise decir eso; yo lo que quise decir es que tengo un hambre atroz.

DIARIO *EL NACIONAL*, "ESCRIBE QUE ALGO QUEDA".

MUNDO Y POLÍTICA

40 AÑOS DE HITLER HASTA REAGAN

El notable ensayista venezolano Mariano Picón Salas, exsecretario privado de Rómulo Betancourt, dijo muy acertadamente que el siglo 20 comenzó en Venezuela en 1935, a la muerte de Juan Vicente Gómez. También podríamos afirmar que la era moderna comenzó para el mundo en 1917, cuando Lenin y los bolcheviques tomaron el poder en Rusia y constituyeron la Unión de Repúblicas Socialistas. Porque Hitler fue una consecuencia ante el peligro de esta revolución; los países capitalistas lo saludaron y ayudaron como el salvador del mundo; pero el muchacho era travieso y los quiso someter a todos.

El segundo triunfo de la revolución rusa fue haber derrotado a Hitler a costa de 20 millones de vidas y la destrucción de más de 10 mil aldeas. No hay duda de que los Estados Unidos ayudaron con valiosos suministros a la República Socialista; pero casi obligadamente porque lo reclamaba la opinión mundial y porque si Hitler triunfaba en Rusia, la próxima presa iba a ser los Estados Unidos. Resultaba también que el presidente de USA era un hombre que no se llamaba Ronald Reagan sino Franklin Delano Roosevelt.

Murió Hitler en su madriguera, abrazado a su querida Eva Braun, y poco después estallaba en Hiroshima la primera bomba atómica. Masacraron inútilmente a más de 100 mil japoneses porque Truman, el nuevo presidente de los Estados Unidos, quería advertir a la Unión Soviética que ellos eran más fuertes (Inglaterra después de 300 años dominando al mundo cedió su primacía a los norteamericanos). La clave del éxito mundial de los Estados Unidos estuvo en poseer la bomba atómica y en haber creado la CIA. Roosevelt no quiso firmar el decreto que creaba este organismo de inteligencia, pero Truman (a quien los políticos rivales llamaban "la mula de Missouri") lo firmó sin vacilar. A los pocos años el Gobierno Invisible dominaba la política hasta en las naciones más insignificantes del mundo. Empezó lo que llamaron los yanquis "la lucha anticomunista en defensa de la civilización".

La Unión Soviética respondió haciendo estallar primero la bomba atómica y después la de hidrógeno, y luego llenándose de gloria cuando sus Sputniks vencieron por primera vez la atracción de la Tierra y se fueron a investigar los espacios siderales.

Los Estados Unidos se convirtieron en el poder financiero más grande del orbe; todos los barcos del mundo llegaron hasta Nueva York trayendo sus tributos de petróleo, metales, etc. La exportación de capitales, una de las características del imperialismo, se centuplicó. A Truman, el de las corbatas vistosas, siguió el despreocupado Eisenhower, Comandante Supremo aliado en Europa durante la Guerra Mundial. Vino Kennedy, agresivo pero inteligente. Lo mataron y se encargó Johnson, el arquitecto de la suprema derrota en Vietnam. Después Nixon perverso, Ford incapaz y Carter ahí-ahí, pero con espíritu menos colonialista que sus antecesores.

América se llenó de dictadores, como si con ello se le estuviera pagando al pueblo latino su devoción por la causa aliada. En Caracas fue precisamente que el insoportable secretario de Estado Foster Dulles reunió a todos los países del llamado Pacto de Río para condenar y derrocar al régimen progresista de Jacobo Arbenz, digna y altivamente representado en la Conferencia por su joven canciller Toriello. Este se convirtió entonces en el favorito del pueblo, de los intelectuales y de las damas caraqueñas. Pero la cadena dictatorial se rompió por donde menos se pensaba y surgió Fidel Castro, bajando de la Sierra Maestra a paso de vencedores. Kruschov y Mikoyan decidieron apoyar a Cuba y desde entonces la omnipotencia del imperialismo comenzó a agitarse en sus indiscutidos dominios de América Latina. Fidel, guapo, inteligente y apoyado, demostró ser uno de los estadistas más avezados que tiene la política mundial.

¿Y qué pasó en Venezuela en estos 40 años?

No pasó nada, señora baronesa. Solo que un generoso general llamado Isaías Medina Angarita quiso apoyarse en la burguesía y los trabajadores para realizar una efectiva democracia, y desde por allá del Norte le echaron un parao. Los tres años del primer gobierno de Rómulo Betancourt significaron un avance en la democratización de las instituciones (Constituyente, elecciones, etc), pero un retroceso en nuestra independencia. Gallegos fue derrocado por Míster Danger, quien venía diciéndose su amigo. Delgado Chalbaud hizo un gobierno bastante discreto y dejó funcionar a todos los partidos menos a Acción Democrática. Mataron a Delgado sus viejos amigos petroleros y caímos en manos de Pérez Jiménez, Laureano Vallenilla y Pedro Estrada. El régimen fue ferozmente represivo, sobre todo contra

los adecos, pero se anotó multitud de realizaciones materiales. Decían que había transformado de tal forma a Venezuela que cuando los adecos regresaran del exilio no la iban a reconocer.

Se alzaron ejércitos, empresarios, curas y pueblo, y el dictador tomó las de Villadiego, siendo sustituido por Wolfgang Larrazábal, contralmirante del pueblo soberano. Larrazábal cayó arrollado por la conspiración electoral de adecos, copeyanos y muchos izquierdistas. Desde entonces vamos caminando con este escaparate en el lomo que llaman democracia.

Para finalizar, diremos que Estados Unidos ha hecho en estos 40 años capitales contribuciones al progreso técnico humano: las computadoras, la televisión, los transbordadores espaciales, muchos de los avances de la medicina, etc., etc. Dicen los textos marxistas que un régimen no perece hasta que no haya agotado todas sus posibilidades; el imperialismo yanqui las está agotando, pero no así el capitalismo de su nación que puede encerrarse en sus fronteras y alcanzar años más, sobre todo si se embarca en la industrialización de China Popular.

El problema de Reagan con Nicaragua es que si el sistema sandinista cunde por Centroamérica y envuelve a México, la digestión de los magnates de Wall Street se va a tornar sumamente laboriosa.

DIARIO *EL NACIONAL*, "ESCRIBE QUE ALGO QUEDA".

DEUDA QUE NO HAS DE BEBER, DÉJALA CORRER

Preguntaron a un maracucho:

—¿No le parece que está muy feo el panorama mundial?

—No lo sé porque yo lo que leo es el *Panorama* de Maracaibo.

Verdaderamente que el panorama de la Tierra es como para cerrar enseguida la ventana. ¿Qué pasa, señores del gran capitalismo, que el mundo marcha hacia tan terrible hueco? ¿Qué se hizo el gran Roosevelt? Los sabios Keynes de la fuerte Albión, ¿qué se fizieron? ¿Qué fue del pan y del amor que prometieron? ¿Qué soledad en este laberinto de crisis! como diría el gran escritor y reaccionario mexicano Octavio Paz (paz a sus restos).

Lo único verdaderamente cierto, sólido y aterrador es que los países de Occidente gastan anualmente un millón de millones de dólares en fabricar armamentos. Los fabrican, los prueban y los desechan porque todavía la guerra no viene. Con ese millón de millones –dicen los Premios Nobel de Paz– se acabaría el hambre en el globo para siempre. Lo más asombroso y titánico de la actualidad económica es la lucha comercial entre Estados Unidos y el Japón. La mitad del Japón pertenece a los yanquis; pero la mitad de los yanquis no consume sino productos japoneses (carros, motos, radios, zapatos) de mano de obra barata, ayudada por esos obreros que no tienen alma llamados robots.

Otro cangrejo mundial es la OPEP. De 32 millones de barriles anuales pasó a 16, y sus mismos miembros le hacen la competencia vendiendo el barril con 5 dólares de descuento. En esta crisis, la Arabia Saudita, quien domina a la OPEP, sigue tan campante porque ella ha acumulado en los bancos yanquis centenares de millones de dólares (dicen que la principal acreedora de Venezuela es nuestra querida hermana mayor de la OPEP, por ellos se hacen los árabes y nos siguen manejando).

Los problemas del petróleo no son nada comparados con los de la deuda. América Latina está sudando dólares de sangre para pagarle a los bancos del Fondo Monetario. El año pasado la sola Venezuela pagó 5 mil millones de dólares, casi todo por concepto de intereses. “Lo malo de la deuda –solía decir el general Juan Vicente Gómez– es que los intereses se lo comen a uno”.

Lo peor es tener que pagar algo que no nos comimos, ni bebimos. Comparada con los países ricos de América (Brasil, Argentina y México), Venezuela es la que está mejor porque tiene menos habitantes. Con un poquito de lusinguismo saturado de delpinismo, podríamos pedir y conseguir 20 años de gracia a los bancos yanquis. Responderán estos: "No, gracias".

Venezuela tiene tantos recursos naturales que, refiriéndose a ellos, nos decía una señora muy procubana: "Si la revolución, en vez de ser allá hubiera sido aquí, Venezuela sería hoy una de las primeras veinte potencias mundiales".

Lo que a nosotros no nos deja prosperar es la corrupción. Para decirlo con palabras del general Guzmán Blanco: es como un cuero seco; se pisa de un lado y se levanta del otro. Setenta años no es nada.

DIARIO *EL NACIONAL*, "ESCRIBE QUE ALGO QUEDA".

LOS CORRUPTOS DE MÉXICO

En 1911, a la caída de Porfirio Díaz (el Juan Vicente Gómez mexicano), México irrumpió en América con una revolución campesina y burguesa que sacudió los cimientos de todo el continente. En una heroica lucha de varios años con sacrificio de decenas de miles de vidas, los compatriotas pobres de Benito Juárez intentaron sacudir el yugo feudal y terrorista que les venía desde el arribo en 1519 de Hernán Cortés, el primer conquistador. "Hoy –informaba Cortés en carta a Carlos V– tuvimos un buen día pues en una sola salida nuestros hombres mataron 5 mil indios".

Los dos grandes héroes de la Revolución Mexicana, Francisco Villa y Emiliano Zapata, fueron asesinados sucesivamente, quedando en el poder los generales más ladrones que jamás registraran los anales. Desaparecido Venustiano Carranza, entró a ejercer el mando constitucional uno de sus generales, Álvaro Obregón. Contaban que perdió un brazo en una batalla y que los largos esfuerzos por localizar el miembro ya resultaban inútiles, cuando a alguien se le ocurrió lanzar una moneda de oro al suelo y el brazo desprendido de Obregón se incorporó para apoderarse del áureo disco.

Obregón, Plutarco Elías Calles y el licenciado Portes Gil planearon un sistema de latrocinio y engaño que solo tuvo un paréntesis cuando gobernó el general Lázaro Cárdenas, el nacionalizador del petróleo. Ni siquiera el bipartidismo satisfizo las ansias de perpetuidad gubernativa de estos traficantes que optaron por el sistema del Partido Único (PRI). Desde muy temprano aprendieron a manipular las elecciones y sus resultados. Voten por quien voten y haya la abstención que sea, siempre el PRI aparece ganando por inmensa mayoría de sufragios.

—Mientras más odiamos al PRI –dicen en México–, más votos aparece sacando en las elecciones.

Se vienen robando los votos desde hace más de 60 años con el propósito expreso de saquear, desde el poder, los dineros públicos (solamente el derrocado Sha del Irán pudo competir por algunos años con ellos). Cada grupo gobernante sale del poder encontrándose inmensamente rico, y los subalternos menores se llevan hasta los escritorios cuando llega el momento de entregar el mando. Alemán, Echeverría y ahora López Portillo

son señalados entre los 10 hombres más ricos del mundo. Hasta ahora los mexicanos se habían conformado, como aquí, con hacer chistes sobre los depredadores; pero así como a Reagan casi lo destrona la película llamada *Al día siguiente*, a los corruptos mexicanos les cayó encima un libro intitulado *Lo negro del Negro Durazo*. Quinientos mil ejemplares vendidos en nueve vertiginosas ediciones y la posición pública llevada a un alto grado de exaltación. Dicen que después del libro, López Portillo, quien anda vagando por países extranjeros, no puede llegar a un aeropuerto sin que lo esperen los mexicanos residentes para gritarle: "¡Muera López Porpillo!".

El autor de este libro bomba se llama José González González, igual que nuestro querido amigo el escritor venezolano de tan bien ganada reputación literaria. El González González mexicano era nada menos que el ayudante personal del todopoderoso sátrapa que durante seis años comandó la policía del Distrito Federal, con jurisdicción sobre más de 10 millones de personas. Pero dejemos que el mismo González se presente:

"Yo, Pepe González González, autor del presente trabajo, comencé a matar desde los 28 años de edad, y teniendo en mi conciencia una cifra superior a 50 (cincuenta) individuos despachados al otro mundo, agradezco la intervención de los funcionarios por cuyas gestiones no me quedaron antecedentes penales".

Arturo Durazo Moreno, afirma González González, ya traficaba con drogas en unión de López Portillo antes de ser Jefe de Policía de la capital mexicana. Durazo era casi analfabeto, apenas sabía leer y escribir, lo cual no obstó para que lo hicieran general asimilado y doctor *Honoris Causa*. Bebía y se drogaba cotidianamente y tenía un médico que lo sometía a tratamiento sistemático para evitarle malas consecuencias.

Vendía los cargos. Hasta los policías rasos tenían que pagarle diariamente, succionando ellos al público para poder cumplir su cuota. Todas las obras sociales y las construcciones de la policía eran imaginarias, los miles de radiopatrullas recibían en las bombas de gasolina 5 ó 10 litros menos, cuyo valor por convenio secreto iba a engrosar las entradas de Durazo. Las erogaciones millonarias para repuestos automovilísticos paraban en los bolsillos del *Negro*. Se traficaba con los permisos para casas de prostitución con las placas, con los choques de automóviles y en

general con todo lo que pudiera rendir un beneficio de carácter ilícito.

Calcula González González que, con estos manejos, Durazo acumuló en seis años 47 mil 500 de pesos; y estiman los prologuistas de su libro que en el tráfico de drogas, se apoderó el "Negro" de más de 50 mil millones.

Construyó tres casas. Una en el camino de Cuernavaca, con hipódromo y canódromo para que se divirtiera y apostara su amigo el gran López Portillo. Otra llamada El Rancho, exclusiva para fiestas con drogas, licores y prostitutas, y la última, una mansión estilo griego con estatuas y todo, que hizo edificar la nueva rica de su mujer y que llamaban El Partenón. Todas estas casas fueron hechas empleando, en vez de albañiles, policías de nómina oficial. Día a día, cuando Durazo iba o regresaba para alguna de sus casas, el tránsito de la ciudad de México se dislocaba. Ciento cincuenta policías apostados en las sucesivas esquinas no permitían pasar a nadie mientras no lo hiciera el convoy de cinco o seis vehículos atestados de guardias uniformados o secretos que seguían al carro del Jefe, bajo un estruendo de motocicletas y helicópteros.

Durazo invertía el producto de sus robos en Canadá y Japón, llegando a ser uno de los grandes accionistas de la Yamaha. Para evadir a la justicia adquirió la nacionalidad canadiense, creyéndose que a veces visita de incógnito el país y monta grandes francachelas con sus viejos amigos. Pero ya México no es el mismo de antes. Cuando despierte, América será otra.

DIARIO EL NACIONAL, "ESCRIBE QUE ALGO QUEDA".

YO SOY DE LA CIA, TÚ ERES DE LA CIA, ÉL ES...

"Un fantasma recorre el mundo"

Frase que se hizo célebre en el siglo pasado

Un fantasma de 10 mil cabezas y 20 mil ojos mantiene desde hace 30 años la intranquilidad en el globo. Es invisible como todos los fantasmas pero se le reconoce por la mácula de sus huellas sobre la nieve de los pueblos. Tiene una historia larga y un nombre corto: se le llama la CIA.

Inglaterra impuso su dominio en el globo por más de 300 años, usando la flota británica. Los Estados Unidos comprendieron que ya no es tiempo de marines y se dedicaron a crear una flota de espías que supieran nadar en las aguas submarinas de todos los países. *Espías* no es la palabra correcta porque espía es el que observa e informa, pero los de la CIA observan, informan y ACTÚAN para modificar la política y la economía en todos los países.

Podríamos decir que el santo fundador de la CIA fue un célebre espía británico llamado Lawrence de Arabia. Durante la Primera Guerra Mundial, el Servicio Secreto Inglés le confió la misión de acaudillar a los árabes para ponerlos en guerra contra Alemania y Turquía, y Lawrence, quien no era sino un arqueólogo, se desempeñó de maravilla como guerrero en el desierto, y ganó el título de "Rey sin corona de Arabia", manejando a Abdullah, Feisal, Hussein y demás reyezuelos.

Roosevelt rechazó el proyecto que creaba la CIA, pero Truman, el de Hiroshima, lo firmó sin vacilar. Desde 1947 en que nació, la CIA se ha convertido en la verdadera superpotencia y gobierno invisible del mundo occidental. Con un presupuesto de miles de millones de dólares mantiene 10 mil agentes en el mundo entero que controlan a decenas de miles de subagentes nativos y que disponen de centenares de miles de contactos. Sus agentes tienen orden de sobornar a todas las personas e instituciones que se muestren sobornables.

Ha creado el más colosal de los archivos para saber quién es quién en todas y cada una de las naciones; dispone de editoriales propias; fabrica desde pistolas de cianuro hasta balas de cañón; ha perfeccionado el arte de la microfonía llegando a crear grabadores que caben hasta en el hueco de una

muela; tiene departamentos de parasicología, de futurología y de mujeres bonitas (sobre estas últimas podrían hablar Martín Luther King y McGovern, que fueron sus víctimas. A McGovern, según cuentan los autores de *Todos los hombres del Presidente*, le pegaban detrás, cuando andaba en campaña contra Nixon, prostitutas que lo aclamaban ruidosamente).

Si Franklin Delano Roosevelt —el gran demócrata— no quiso firmar el decreto que creaba la CIA, un nieto suyo, Kim Roosevelt, traicionando a su abuelo, se hizo la superestrella de la CIA en el Oriente Medio y logró, entre otras cosas, derrocar al doctor Mossadegh, que había nacionalizado el petróleo en el Irán. Desde entonces los gobiernos derrocados por la CIA se cuentan por centenares, habiendo sido el episodio más sangriento la caída de Sukarno en Indonesia, que costó más de medio millón de víctimas, casi todas comunistas. También en Chile, la CIA y la ITT se dieron un baño de hemoglobina izquierdista, para decirlo con un eufemismo.

La importancia de la sucursal venezolana de la CIA se puede medir por la intervención que tuvo su jefe en el problema que les creó el ministro del interior de Bolivia, Arguedas, cuando abandonó su cargo sorpresivamente y se asiló en el Perú declarando que no quería seguir siendo un agente de la CIA. Hasta el Perú voló el gran místico de la agencia de Caracas y se llevó a Arguedas, "voluntario voluntarioso", como diría Cantinflas, a un misterioso y sonado viaje hacia la Ciudad de México, tocando antes en Londres. Por fin Arguedas, después de sufrir varios atentados, resolvió asilarse en Cuba. Antes se decía que no se mueve una hoja sin la voluntad de Dios: hoy se dice que sin la voluntad de la CIA nada se mueve en el mundo occidental.

Por medio de sus agentes, subagentes y contactos, la organización secreta trata de aplanarlo todo: se inmiscuye en los medios de comunicación, en las líneas políticas de los partidos, en las creencias religiosas de los ciudadanos, en la orientación de la economía. Usa todas las armas, hasta hacer llover en demasía para dañar las cosechas de sus enemigos. Si los partidos de izquierda no pueden o no quieren desenmascarar a los infiltrados, podrían abogar por una ley, como la existente en Estados Unidos, que obligue a los nativos transpatriados a inscribirse como agentes de potencias extranjeras. En Venezuela hay por lo menos varias docenas de nacionales a quienes el índice público

señala como agentes de la CIA, y lo peor del caso es que son hombres bien situados.

Al parecer, tampoco a la CIA le cae bien la Reforma Tributaria, la única medida débilmente anticapitalista del presente gobierno. La CIA y el complejo industrial-militar de Estados Unidos parecen estar embarcados en preparar el gobierno absoluto sobre cuerpos y conciencias que ideó George Orwell en su célebre novela *1984*. Hay que despabilarse porque para la fatídica fecha solo faltan siete años.

DIARIO *EL NACIONAL*, "¡QUÉ TIEMPOS AHORA!".

“LA AMÉRICA TODA EXISTE EN NACIÓN”

Digámoslo así –patrióticamente–, con letra de Vicente Salias y música de Lino Gallardo. Porque las mil personalidades que se han reunido en La Habana para discutir el tema de la deuda están sentando las bases de una América Latina y del Caribe para siempre unificada. Todo ha sido posible por la profunda crisis económica que nos afecta y por los errores políticos y diplomáticos de los Estados Unidos durante y después de Las Malvinas.

Si en la Unión Soviética conviven armoniosamente centenares de nacionalidades en un territorio que es la sexta parte del globo, y en Norteamérica se desenvuelven exitosamente cincuenta Estados, ¿por qué la América pobre va a seguir sangrando por sus venas abiertas, seccionada en pequeños países que mueren de aislamiento y tiranías? Unión de Repúblicas Socialistas y Democráticas de América. Los que quieran socialismo lo tendrán; los que prefieran democracia sola allá ellos, pero todo por voto popular sin los interesados “consejos” de los actuales Supremos Consejos Electorales.

Entonces, solo entonces, podremos mantener excelentes relaciones con unos Estados Unidos libres de su actual complejo imperialista. La tecnología de yanquis y soviéticos habrá de ayudarnos poderosamente. A lo mejor escogen a Panamá de capital para complacer los deseos de Simón Bolívar, el precursor de estos ideales.

TARJETA POSTAL

El general Antonio Guzmán Blanco, expresidente de Venezuela, autócrata civilizador, residenciado en París, saluda en esta tarjeta a su amigo Nelson Hippolyte con ocasión de felicitarlo por el premio de Mejor Redactor que su periódico le ha dado: “Muy merecido, amigo Nelson, porque usted es de los más promisoros periodistas que tiene Venezuela. Se lo digo yo que trabajé junto con mi padre en la fundación de *El Venezolano*, piedra inicial de nuestra prensa”.

Guzmán aprovecha la ocasión para darle las gracias a Hippolyte por el magnífico reportaje que le hizo en *Feriado*. “No es por vanagloriarme más, pero debo decirle que mi padre y yo

sacamos el país de las garras conservadoras que lo hambreadan y oprimían (recuerde usted que los comerciantes latifundistas de esa época eran hijos de los españoles que fueron derrotados en la Guerra de Independencia). La primera vez tomé el gobierno por la fuerza, pero luego me hice elegir constitucionalmente; tal como lo hiciera después el actual héroe de la oligarquía que se llama Rómulo Betancourt”.

“Una vez el general Vargas me telegrafió a París diciéndome: “Desgraciado el pájaro que se ensucia en su nido. Pero yo digo: ahora es el nido el que quiere ensuciarse en su pájaro, no dejándome ir para el Panteón que yo mismo erigí después de reedificar una iglesia parroquial destartada. Le voy a decir un secreto, señor Nelson: gran parte de la plata que me traje la saqué de los sótanos de los conventos que clausuré. En esa época el que robaba un convento ganaba 100 días de perdón. Venezuela ha tenido apenas seis presidentes doctores y uno solo doctor y general, que soy yo. Le digo a mi país que se cuide de los bachilleres y de tanto oligarca corrupto con parientes en el Panteón”.

¿QUÉ ES LA ETERNIDAD?

Muchos de los estudiantes de bachillerato de los años 40 se acuerdan de aquel texto llamado *Geografía de Van Loon*, cuyo autor era el holandés-norteamericano Hendrik Guillermo Van Loon. Entre muchas cosas interesantes traía una apreciación de lo que es la eternidad y que decía más o menos así: “En la India hay un macizo de piedra que tiene un kilómetro de alto. Supongamos que cada mil años llega a ese macizo un pajarito y afila su pico. Cuando, de tanto afilar, el pajarito haya acabado con la mole de piedra, habrá pasado solo un minuto de la Eternidad”.

El pajarito de Van Loon es el que deben contratar los países deudores para pagar la deuda. Cada mil años irá con un dólar en el pico y lo dejará caer en los sótanos de ese macizo que llaman el Fondo Monetario Internacional.

COMENTARIOS DE CIERRE

Celebrar el día del Veterinario con una corrida de toros es peligroso ejemplo. A lo mejor los salvavidas resuelven ahogar a alguien para conmemorar su fecha, o los médicos repartir virus de gripe y bacilos de lepra y tuberculosis (o quizá la lotería resuelva dar efectivamente un Primer Premio. Con esas bolitas que tiene).

En tiempos de Gómez dos borrachitos que estaban peleando juntaron sus capitales y compraron un barrilito de ron para venderlo en las fiestas patronales de los Diablos de Yare. Cuando ya habían caminado como cinco leguas con el barril al hombro, uno de los beodos le dijo al otro: "Me acabo de encontrar un bolívar en el bolsillo; quiero que me vendas un palito". "Correcto", dijo el otro. Transcurrió un rato y el que recibió el bolívar dijo: "Ahora eres tú el que me va a vender el palito a mí". "Correcto", respondió el amigo. El bolívar fue pasando de mano en mano hasta que se acabó el ron. Así va a suceder con los bonos de la deuda pública. Van a pasar de mano en mano hasta que se acabe el tesoro.

A propósito de tesoro, oímos al escritor y economista Malavé Mata hacer un chiste sobre su colega el presidente del Banco Central, poeta Benito Raúl Losada: "Él es un mal versador".

ARCHIVO PERSONAL DEL AUTOR.

INFLACIÓN, DIVINO TESORO

No escribo esto para tratar de cambiar blanco por verde como hace mi vecino de columna, el incansable Sanín; tampoco "escribo porque me fastidio" como Teresa de la Parra; más bien escribo acordándome del Maestro Francisco de Quevedo y Villegas: "¿por qué no se ha de decir lo que se siente, por qué no se ha de sentir lo que se dice?".

Dolores del Río, la inolvidable y bella artista mexicana, está enferma; la princesa está triste y los psiquiatras dicen que está sufriendo porque se angustia demasiado con la inflación, la polución, la explosión demográfica, las colas, los ranchos... A los Dolores del Río agrega los dolores de su tierra. Ella sabe que los presidentes de México tampoco ofrecen milagros sino gobiernos (sin embargo, allí hubo un presidente que llevó a cabo el milagro alemán: en cinco años de gobierno se convirtió en el hombre más rico de México. No era un alemán de Alemania sino un alemán del carrizo).

Un fantasma recorre a Europa y al mundo: es el fantasma de la inflación. Si el imperialismo es la última etapa del capitalismo, como dijo Lenin, la inflación es la última etapa del imperialismo. Es su modo de ser, es su fin y su finalidad. Y que no me deje mentir ese teórico marxista del desarrollismo que se llamó una vez Mir (conservar la palabra Mir) Gumersindo Rodríguez. Subir, subir, subir, he ahí el ideal keynesiano de la nueva sociedad.

La epistemología del fenómeno, para usar una palabra bonita que le quito prestada a Ludovico Silva, se encuentra en el hecho de que estamos viviendo lo que podríamos llamar "la paz atómica", más peligrosa que la paz de los sepulcros. La humanidad puede ser destruida de un momento a otro, y mientras tanto, ¿qué hacer?: ganar, ganar, ganar. La sociedad de consumo no pasará hasta que no consuma a todos los consumidores.

Dicen los teóricos que la política es la economía concentrada. Pero aquí en Venezuela la economía concentrada (en pocas manos) ya ni política se molesta en hacer. ¿Cómo hubiera sido de bueno que los 40 mil millones que ahora nos entran se hubiesen quemado en incienso y mirra ante la diosa demagogia para mejorar el sistema y ganar adeptos en el *baxo pueblo*, como decían los españoles de la Colonia?

Las ideas de la oligarquía entran fácilmente en las cabezas del pueblo. Parece una frase de Cendes, pero ya estaba en la política de Aristóteles. Los seres más inflacionarios son los buhoneros: en Chacaíto venden ocho mamones en una bolsita por Bs. 1. Y, desgraciadamente, hay homos y mujeres sapiens que los compran.

La inflación es el tesoro, El Dorado, la nueva veta de los cazadores de beneficios. Murió la economía clásica; el beneficio no lo fijan la oferta y la demanda, lo fija el dueño de los peroles. Ya estamos viviendo en el *Mundo Feliz* de Huxley; somos hijos de la radio y la televisión y ellas nos ordenan: ¡Consuma! ¡Consuma!

Se sabe más del origen del universo que del origen de la inflación. El playboy que se llama Giscard D'Estaing dio cuatro causas pero se le olvidó eso que denominan en astronomía "el efecto de Doppler", aplicándolo al desplazamiento astronómico de los billetes de banco; y que se podría llamar en la Tierra "el efecto de Pancho Villa". El gran revolucionario mexicano es el precursor de la inflación. Cuando ocupó a Ciudad de México, puso a funcionar todas las máquinas de hacer billetes y aquello fue el desastre. El patrón Villa, después de alzarse contra los gamonales, se alzó también contra el patrón oro. Pero fue Nixon, al derogar los acuerdos de Bretton Woods sobre el respaldo oro, quien llevó los billetes al límite de la incapacidad, de acuerdo con el Principio de Peter (dijo el Banco Central que en un año habían aumentado en Venezuela los billetes circulantes en 25 mil millones de bolívares. Y si no hacen más cédulas hipotecarias es porque las máquinas están dañadas).

La inflación es como Dios, está en todas partes. En las maternidades nacen tres niños en una cama. Las muchachas tienen ahora de a cinco empates. En un solo autobús viajan hasta 70 personas. La burocracia creció de 700 millones, cuando Pérez Jiménez, a más de 7 mil ahora; parece que todos siguiéramos el consejo de aquel teólogo de Colombia que dijo: "Quien vive fuera del presupuesto vive en el error".

Pero la verdaderamente peligrosa de las inflaciones es la inflación atómica. Cien mil artefactos atómicos y de hidrógeno tiene Estados Unidos. Igual tiene la Unión Soviética. "Quien viviere lo verá", como decía el loco que predijo uno de los terremotos más devastadores que hubo en Caracas.

DIARIO EL NACIONAL, "¡QUÉ TIEMPOS AHORA!".

EL PUEBLO QUE NOS LIBERTÓ SE ESTÁ MURIENDO

Haití: la Biafra de América

"Tres o cuatro familias se comparten las camas en horas diferentes para poder dormir. Pero no todas pueden entrar en este acuerdo de descanso y se calcula que medio millón de haitianos duermen en la calle sin resguardo alguno". "En Puerto Príncipe se observan las insólitas escenas de gentes llenando tobos con las aguas que salen de las redes cloacales..."

"En las calles de Haití donde se observan también las carretas humanas para transportar mercancías (impulsadas por jóvenes en humillantes situaciones de esclavismo) los haitianos aprovechan esas aguas para darse el baño, imposible en la miserable vivienda".

"Un pueblo que debe hacer sus necesidades fisiológicas en la calle, pues la indignancia le ha obligado a apartar cualquier consideración de pudor y desnudarse en la vía pública para orinar y defecar. Un pueblo que no puede comer... que satisface el apetito con mangos que devora. El 80% de desempleados vive bajo el amparo solidario de quienes tienen algo de comer... La mortalidad infantil llega a la altísima cifra de 170 por mil, que es conmocionante en América Latina".

"Un pueblo... con el índice de analfabetismo que está en el 85%.... Un pueblo que conoció una de las más horribles dictaduras del siglo y engendró en su ejercicio a uno de los cuerpos más represivos y más sanguinarios de la historia: los Tonton Macoutes".

"...En la zona alta de Puerto Príncipe, junto a las barriadas, brillan algunas construcciones imponentes. Con el monto de lo gastado por la esposa de Jean Claude Duvalier en sus decorados personales, se hubiera aliviado el mal de muchos haitianos".

"Un pueblo sin asistencia médica... el acoso del hambre pasa a ser la primera calamidad".

Este es un pequeño pero sensacional reportaje que el periodista Héctor Landaeta, perteneciente a la plana de *El Nacional*, nos ha traído de su reciente viaje a la isla de Haití. El reportaje del año sobre la miseria de siempre. Y permítasenos decir ahora: a ningún pueblo debe Venezuela tanto como al pueblo de Haití. Más autorizado que nosotros lo dirá Simón Bolívar, el Libertador, en carta a Petión, presidente de la República haitiana:

"Los Cayos, San Luis, 29 de enero de 1816.

A.S.E. el presidente de Haití.

Señor presidente:

Mi reconocimiento no tiene límites por el honor que V.E. acaba de hacerme, con la carta que se ha dignado escribirme, y las bondades de que me ha colmado. ¡En el fondo de mi corazón, digo que V.E. es el primero de los bienhechores de la tierra. Un día América proclamará a V.E. su libertador; sobre todos los que gimen todavía, incluso bajo el yugo republicano! Acepte por anticipado, señor Presidente, ¡el voto de mi patria!

Nuestro botánico Zea prepara para usted las semillas de flores y plantas, con una descripción de su cultivo, como esta no se ha puesto en limpio todavía, me privo del placer de remitírsela con el dragón que lleva esta carta a V.E. pero me apresuro a enviarle las botellas de específicos contra el reumatismo. Si estuvieran llenas de los sentimientos de mi corazón, no le darían la salud, sino la inmortalidad que espera a V.E. Tengo el honor de ser con la más profunda veneración, señor Presidente, de V.E. muy humilde y obediente servidor. Bolívar".

Cuando fracasó la famosa "Expedición de los Cayos" de 1816 en la que Bolívar invadió con barcos, hombres, armas y dinero que le suministró el presidente Petión, el Libertador regresó a Puerto Príncipe lleno de angustias y decepciones y le escribe otra vez solicitando la ayuda de su gran protector. Petión, lleno de grandeza, le contesta: "V.E. acaba de experimentar esta dura y triste verdad. Pero si la fortuna inconsciente ha burlado por segunda vez las esperanzas de V.E, en la tercera puede serle favorable".

Además de magnánimo, justo y desinteresado, tenía dotes proféticas. Su protegido triunfó con su tercera ayuda y el resultado fue la Independencia de América (las cartas cruzadas entre Petión y Bolívar pueden leerse en la magnífica obra del historiador venezolano, nacido en Haití, Paúl Verna, llamada precisamente *Petión y Bolívar*).

No solo a Bolívar sino también a Miranda ayudaron los haitianos, permitiéndole hacer escalas en sus puertos y restablecerse de armas y provisiones. Pero como la revolución haitiana fue sangrienta y de razas, el Precursor no la aceptaba y dijo: "Preferiría estar un siglo más bajo la opresión bárbara e imbécil de España". Pero Bolívar no tenía esos prejuicios y se comprometió con Petión a dar libertad a los esclavos. En la

Expedición de Los Cayos su guardia de corps estaba formada por 30 negros haitianos de toda confianza.

Pero como sucede con frecuencia en la vida, los países libertados, ya poderosos, le pagaron mal a Haití. Después de muerto Petión, fue designado Jean Pierre Boyer como presidente de Haití; este se vio amenazado por Francia y solicitó el reconocimiento y la alianza de la Gran Colombia, entonces la superpotencia de América. Aprovechando que Bolívar estaba en el Perú, Santander y sus ministros rechazaron en Bogotá con caras destempladas a los plenipotenciarios haitianos, negándose inclusive al reconocimiento (en una de sus peticiones de ayuda, Bolívar decía a Petión: "He aquí la nota de lo que necesito; que suplico considere S.E. con la mejor atención; 4 mil fusiles sin contar los 3 mil para los cuales se han librado ya las órdenes; 100 mil cartuchos por lo menos; 30 mil libras de pólvora y 30 mil libras de plomo").

Ahora está muriendo de genocidio la patria del gran Petión y nosotros ascendiendo la escabrosa montaña de los ingratos. No es tirria al gobierno, pero estamos convencidos de que si fuera Larrazábal (o el mismo Carlos Andrés Pérez) quien estuviera en Miraflores, ya hubiesen ido y venido numerosos aviones conduciendo alimentos, vestidos y medicinas y la eterna gratitud de este pueblo.

DIARIO EL NACIONAL, "ESCRIBE QUE ALGO QUEDA".

EL PODER DEL CUARTO PODER

El cuarto poder y el séptimo arte (pantalla grande y chica) constituyen junto con la radio las columnas de avance en esta larga marcha que se llama la sociedad de consumo. Cree MacLuhan, el mago de la comunicación, que lo escrito se bate en retirada ante lo hablado, que los ojos ya no bastan y que en su refuerzo han llegado los oídos. “Ver, oír y callar”, se decía antes. “Ver, oír y comprar”, se dice ahora.

Pero la televisión, en el mal llamado mundo libre, es eminentemente comercial, mientras que el periódico no ha sido desplazado aún, al menos completamente, de su papel de contralor general de la opinión.

El periodismo –dijo alguien y lo repetimos– “es el arte de hablar con propiedad de las cosas que más se ignoran”. Esta definición ya está muerta porque en los tiempos actuales no hay artículos de fondo ni editoriales enjundiosos. El editorial (gracias al control de calidad) va ahora diluido en la noticia y los artículos de fondo se dan a través de los títulos.

—Si yo dejara la presidencia –dijo una vez Roosevelt–, fundaría un periódico, tabloide y con grandes títulos –desgraciadamente la Presidencia nunca lo dejó a él.

Al lado del periodismo seriamente burgués (el periodismo *Time* de Londres, registrado en las crónicas de Eça de Queiroz; y el periodismo *New York Times*, el de los grandes tubazos), ha proliferado siempre el periodismo sensacionalista y amarillista. En inglés el corifeo de ambas tendencias fue Hearst y en español fue Botana, el fundador de *Crítica* en Buenos Aires. Cuentan que Hearst, interesado en fomentar la guerra hispano-yanqui, mandó a uno de sus mejores reporteros a Cuba. El reportero comunicó que en Cuba no había ninguna guerra y Herst le contestó: “Limítese a estar allá, que la guerra la pongo yo”. De Botana cuentan muchas cosas verdaderas y falsas que hizo para imponer su diario. Que un día dijo que el Ponche Nacional, de gran consumo, estaba envenenado; y de inmediato la empresa lo afrontó para el desmentido del infundio; que otra vez denunció a la Fosforera Nacional, una compañía privada, como estafadora del público porque ponía en las cajas cuatro palos de fósforos menos de los ordenados por la ley; que organizó en Nueva York un encuentro entre el célebre boxeador argentino Firpo y un rival yanqui, logrando meter en locales cerrados –como hacen

hoy los empresarios de Cassius Clay— a cientos de miles de personas que lo oyeron por radio, mientras que en Nueva York había cuatro gatos presentando la pelea.

Leer el periódico es un acto íntimo e inteligente; ver la televisión es un acto público y trivial. Los que no leen periódicos forman los que Nixon llamó “la mayoría silenciosa”, fáciles presas de la demagogia electoral. El ciudadano que quiera orientarse y aprender a leer entre líneas tiene que recurrir forzosamente al diario. Un señor ya mayor solía decir: “Yo tengo 40 años acostumbrado a que en la mañana, cuando despierto, debo tener en mi cama dos cosas: mi mujer y mi periódico; a ninguno de los dos los leo ya pero me gusta verlos ahí”.

Lo más difícil en el oficio del reportero es hacer una entrevista: si se graba, queda muerta por falta de los conceptos que la ambientan; si no se graba, lo que aparece generalmente es lo que piensa el reportero y no lo que dijo el entrevistado. Informar la noticia es también una labor de filigrana, porque la piragua de la buena voluntad puede hundirse si choca con los arrecifes de los intereses creados. Si un policía mata, es más prudente decir “que se le fue un tiro cuando limpiaba su arma de reglamento”; al de arriba que delinque es mejor llamarlo presunto; el rico siempre es Don; el pobre: un honrado trabajador; el militar, pundonoroso; y el de la clase media, respetable ciudadano.

El escritor también tiene que cuidar su piragua para no nombrar la sogá en la casa de los editores; además de escribir con un ojo puesto en la maquinilla y otro en los linotipistas, ibeimistas, correctores de prueba e impositores, porque de golpe pone: “Para todos los encuestados fue una tarde verdaderamente inmortal”, y le sale: “Para todos los acostados fue una tarde verdaderamente inmoral”. Las máquinas peneumáticas de la inflación no han copiado sus fatídicos vientos sobre el pago de las colaboraciones a los escritores, y estos hoy reciben en todos los diarios los mismos 50, 75 y 100 bolívares que se pagaban en 1950. El periodismo es la estatua de la libertad. Se vuelve muda cuando viene la dictadura, y habla y habla cuando ya llega el despelote democrático. Marcuse, el gran sabio de la CIA, lo ha calumniado diciendo que el capitalismo está tan bien organizado que crea órganos de difusión para que la gente tenga dónde protestar. Debe de ser verdad porque al que protesta nadie le hace caso.

EL IMPERIO MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES

“Quien detenta el petróleo domina la economía; quien controla las comunicaciones señorea en la política”. Así hubiera dicho Nicolás Maquiavelo si le hubiese tocado escribir *El Príncipe* en este siglo. En 1875, Alexander Graham Bell se encontraba en su laboratorio de dos pisos situado en Nueva York, tratando de culminar un invento que consistía en conectar dos membranas resonantes por medio de un cable eléctrico y reproducir en esa forma la voz humana. Bell estaba en el primer piso y su ayudante en el de abajo. De pronto este oyó que el aparato decía:

—Suba un momento que lo necesito aquí.

—¡Voy, míster Bell! Y salió en carrera hacia arriba diciendo: “¡Eureka! ¡Eureka! Lo conseguimos”.

Si míster Bell despertara del sueño eterno, quedaría asombrado al contemplar hasta dónde ha llegado su teléfono. Vino también la radiofonía con Marconi, la televisión y más moderadamente la electrónica computarizada. Hoy en día uno puede hablar desde Washington, Moscú o Caracas con cualquier parte del mundo; los rayos láser han sustituido a los cables; un satélite norteamericano transmite actualmente sus impresiones por ondas radiales desde más allá de Júpiter, en las fronteras del sistema planetario solar; y lo que es más importante: todas las conversaciones telefónicas y hasta privadas que se produzcan en el mundo entero pueden ser oídas electrónicamente.

“Quien controla las comunicaciones, controla la política”. Así lo comprendieron dos hermanos famosos en la historia, dignos de la celebridad de Caín y Abel, Cástor y Pólux, los Karamazov, y los Wright. Estos dos fraternos tenían un nombre poco poético; se llamaban Sosthenes y Hernand Behn, conocidos en los medios financieros como Behn el Malo y Behn el Bueno, respectivamente. Nacieron en las Islas Vírgenes, de padre danés, y pasaron a ser ciudadanos yanquis por compra que Estados Unidos hizo a Dinamarca de dichas islas. Sosthenes Behn llegó a coronel de Inteligencia Militar durante la Primera Guerra Mundial. El negocio de teléfonos lo comenzaron en Puerto Rico, cuando compraron una pequeña central en 1920. Desde allí mismo resolvieron fundar una empresa que hiciera en el mundo entero lo que ITT hacía dentro de los Estados Unidos. Deliberadamente la

llamaron International Telephone and Telegraph, para que sus siglas se parecieran a la de la poderosa empresa existente.

Así nació la ITT. A los 10 años fabricaba no solo teléfonos sino aviones, cañones, neveras, radios y toda otra clase de artefactos. Dominaba las comunicaciones en Europa Central y puso su sistema al servicio de Hitler pero conservando aparentemente la fidelidad yanqui. El coronel Behn (ya muerto su hermano) jugaba a la cuerda floja, y cuando terminó la guerra apareció entrando a París en un jeep vestido de militar junto con las tropas de De Gaulle. Echaron tierra a los muchos servicios que su organización prestó al nazismo y lo condecoraron con la Medalla del Mérito y le dieron varias decenas de millones de dólares por inventadas pérdidas de la ITT durante la guerra. Después de la Segunda Guerra Mundial fue cuando la ITT alcanzó proporciones verdaderamente colosales. El coronel Behn la extendió como un pulpo por el mundo entero y especialmente en América Latina. Ya no solo era dueña o socia de casi todas las centrales telefónicas, en disputa con la Siemens, que fabricaba desde perros calientes hasta aviones, pasando por radios, neveras, máquinas fotográficas, alimento para perros, insecticidas, colorantes, jabones, etc., empleando un equipo de 400 mil personas diseminadas por el mundo. Grandes compañías de seguros, la red de hoteles Sheraton, tarjetas de créditos Diner's Club, los carros sin chofer Avis, terrenos, edificios, supermercados. Estas y otras adquisiciones fueron la obra de Harold Geneen, un contabilista que se convirtió en el zar de la organización, cuando el coronel Behn entregó su alma al diablo en 1957.

En política no se sabe dónde termina la ITT y dónde comienza la CIA, o viceversa. En todos los líos que llevaron a la destitución de Nixon, estuvo metida la ITT. La Convención Republicana de San Diego, para reelegirlo, fue organizada por la benemérita compañía telefónica. Ella se enfrentó a Allende, lo calumnió, lo desestabilizó a través de los bancos y por último logró que Pinochet lo derrocara y asesinara. La ITT seguramente será la mano derecha en la central de espionaje telefónico y radiofónico más grande que hay en el mundo. Situada en Maryland, Estados Unidos, y creada por decreto de Truman en 1952 a un costo de 16 mil millones de dólares, hoy tiene 200 mil empleados y estaciones desde las fronteras chinas hasta la Patagonia. Desde allí todo puede ser escuchado radiofónicamente.

Es asombroso para nosotros los venezolanos que solo al año y medio de haber sido inventado el teléfono (1876), lo tuviéramos en Caracas. Fue durante el gobierno del general Guzmán Blanco, que se habló por primera vez desde la capital con la estación telefónica de Petare. En tiempos de Gómez la suscripción del teléfono costaba 20 bolívares y la compañía tenía vendedores que iban de casa en casa ofreciendo la instalación de aparatos.

Sería en tiempos de López Contreras que comenzó el control de las conversaciones privadas, pues los adecos de la Revolución de Octubre denunciaron haber encontrado en Miraflores una estación que podía intervenir hasta 50 teléfonos. Según publicaron los periódicos, dicha estación era atendida por una sola persona y se sabía que estaban hablando los intervenidos porque en su número respectivo se encendía un bombillito. Tanto hablaron los adecos contra la estación medinista, que al poco tiempo resolvieron comprar una que controlaba 500 (quinientos teléfonos). Al doctor Caldera le debe estar funcionando mal la computadora mental cuando sugiere inocentemente que la manera más fácil de oír una conversación telefónica es consiguiéndose un "ladrón" (un cable con dos alfileres en las puntas), y oír lo que están diciendo. Olvidó decir que para ello hay que situarse en el zaguán de la casa y abrir un hueco en la tierra para pescar la línea subterránea. José Salazar Meneses, el supuesto autor del libro *Los Adecos*, dice que su amigo Reinaldo Espinoza Hernández, hoy candidato a senador por Apure, fue en tiempos de Rómulo jefe de la central telefónica de Miraflores, con el honroso título de oidor general. Ese mismo cargo se lo atribuyen hoy los adecos, en la columna panfletaria que publican al señor Oscar Yáñez.

A nosotros nos parece sumamente digna la actitud del doctor Lusinchi al denunciar el espionaje telefónico. Se sabe que hay una estación central con capacidad para escuchar 2 mil teléfonos y dos o tres estaciones más en otras ramas del gobierno, y quizás hasta en compañías no oficiales escuchan los teléfonos por razones de seguridad, como dijo el Ministro Valera ("A nosotros no nos interesa oír secretos electorales", dice con inocencia llanera Luis Herrera Campins).

La Constitución que redactaron Betancourt, Leoni, Caldera y sus allegados no protege las conversaciones telefónicas, pero los congresantes, en vista de que todos están intervenidos telefónicamente, y ellos lo saben, podrían abrir una inquisición seria y practicar una severa investigación técnica. Entonces la

gente empezaría a creer de nuevo en la democracia. Cuando sienten al presidente de la CANTV en el banquillo y empiecen por preguntarle: "¿A qué atribuye usted que su compañía de teléfonos sea uno de los entes más profundamente odiados que hay en Venezuela?".

DIARIO *EL NACIONAL*, "ESCRIBE QUE ALGO QUEDA".

PERSONAJES QUE HICIERON HISTORIA

NEGRO PERO DE OJOS AZULES

Un grupo de turistas llegó a Marsella con objeto de visitar el Castillo de If en el cual estuvo preso el Conde de Montecristo. Grande fue su indignación cuando el guía del Castillo quiso hacerles comprender que ese conde no había existido sino en la poderosa imaginación de Alejandro Dumas. (¿Por qué se empeñarán los guías en destruir el bello mundo interior que nos hemos formado desde la infancia? ¿Habrá por ventura guías que se atrevan, también, a negar las hazañas de los Tres Mosqueteros?).

Más irreal que un conde y que un mosquetero del rey es un negro con los ojos azules. Pero dice la historia que durante 68 años vivió en París un tipo así y dice también que se llamaba Alejandro Dumas padre.

Lo llamaban Dumas padre para distinguirlo de Alejandro Dumas, hijo, y de Alejandro Dumas, abuelo. Porque el bisabuelo ya no era Dumas, sino el Marqués Davy de la Pailleterie, dueño de una hacienda en Santo Domingo y de una trabajadora negra muy apetecible llamada María Cesette Dumas.

Alejandro Dumas, el de *Los Tres Mosqueteros*, era un impresionante mulato de ojos azules y cabellos rizados, con casi dos metros de estatura. Si no era muy apuesto, al menos era muy grato a las mujeres (mujeres por su gloria y por sus luchas en todas partes se le dieron muchas). Noble, negro y Alejandro como Pushkin, había desarrollado el don de la palabra tanto como el don de la escritura. También, como Balzac, tenía un alto concepto del deber: le debía a todo el mundo. Cuando en París del siglo pasado no había cine, radio ni televisión, existía un espectáculo que se llamaba Alejandro Dumas. Todo París estaba pendiente de su vida y de sus obras. Sus dramas se representaban todas las noches y sus novelas se leían todos los días en los principales periódicos. En los intermedios la gente se divertía hablando de sus duelos, de sus trampas, de sus amores, de sus deudas, de sus entradas que eran muchas y de sus salidas que eran muy ingeniosas.

Desde pequeño amaba los duelos. Cuando cayó en duelo por la muerte de su padre el general Dumas, se le ocurrió hacer de mosquetero y coger una espada para desafiar al causante de su desgracia: un señor de quien su mamá dijo que se llamaba Dios. ("¡Dios! ¡Te desafío a pelear, Dios!") Compitiendo con hombres

tan ilustres como Víctor Hugo, Balzac, Delacroix, Julio Verne, Eugenio Sue, Gautier y otros notables, Alejandro Dumas supo sostener su nombre en el tope de la popularidad por más de 50 años. Cuando iba a pie por las calles aquello se convertía en una manifestación espontánea. Todos querían ver a Dumas y pedirle algo. En esa época no se pedían autógrafos sino monedas y Dumas las tenía y las soltaba a manos llenas. A nadie dejaba sin complacer. Una artista desde su lecho de muerte, desesperada, envió un mensaje a Dumas: "Te pido que no me dejes enterrar en la fosa común". Dumas vendió el más valioso de sus anillos y le hizo un entierro sonado.

Es célebre entre muchos el caso de un pobre hombre que, desesperado, pidió a Dumas que le diera un empleo. Dumas ya tenía completa su nómina, pero su buen corazón no podía rechazar a aquel infeliz:

"Sí, amigo, queda usted empleado desde hoy para tomar para mí todos los días la temperatura del río Sena". El hombre se compró un termómetro y cuando Dumas estaba rodeado por más gentes, llegaba jadeante a rendir su informe ("Monsieur Dumas, el Sena tiene hoy 23 grados"). Murió, quizás de un resfrío, y Dumas pronunció su oración fúnebre. En el cementerio había centenares de personas que aspiraban, secretamente, al cargo del difunto.

Como D'Artagnan y sus Tres Mosqueteros, Dumas se batió muchas veces, pero siempre sin consecuencias. Ya era un refrán parisiense: "*Duel de Dumas sang ne produit pas*" ("duelo de Dumas no produce sangre"). Dumas era republicano consecuente; hasta en Italia estuvo para luchar al lado de Garibaldi; no era un reaccionario como su hijo, el de *La Dama de las Camelias*, quien tanto atacara a los hombres de la Comuna.

Un día asistió Dumas como invitado a una fiesta que daba el rey, antiguo patrón suyo cuando era Duque de Orleans. Al ver que iba acompañado de una artista –casi prostituta– el rey muy indignado le dijo: "No acepto que me traigas a Palacio a esas cocottes con que tú te reúnes...".

"Majestad, esa es mi esposa y le ruego que no la insulte". Así fue como Dumas salió de Palacio a casarse, según cuenta Alfredo de Musset, con una gorda y alegre casquivana llamada Ida Ferrier.

DIARIO EL NACIONAL, "¡QUÉ TIEMPOS AQUELLOS!".

CARLOS MARX, REY DE LOS MARES

En La Rotunda de Juan Vicente Gómez estuvo preso, cuando nosotros también estábamos, un loco llamado Jesús Pacheco Arroyo que había perdido el seso pero no el ingenio. Cuando entraba en crisis atronaba con su vorrazón el ambiente carcelario gritando entre otras cosas: "¡Viva Carlos Marx, rey de los mares, y yo, Pacheco Arroyo, rey de las aguas dulces!".

Carlos Marx, como ya lo dijera el "loco de La Rotunda", ha llegado a ser hoy el rey ideológico de todos los mares. Y de todas las tierras que el capitalismo creía firmes. "Un fantasma recorre al mundo", podrían seguir diciendo él y Engels en 1983 como proclamaron en el *Manifiesto Comunista* de 1848. El socialismo preconizado por ellos rompió en 100 años el cascarón sectario y se ha convertido en patrimonio ideológico y arma de lucha de muy grandes masas.

Mañana 14 de marzo a las 3 menos cuarto de la tarde se cumplen 100 años de haber entrado en el reino de la tranquilidad "el más grande pensador vigente". "Apenas lo habíamos dejado dos minutos —declaró Engels, su gran amigo—, cuando al volver lo encontramos serenamente dormido en su sillón, pero para siempre".

Merecía muerte apacible quien en vida fue la intranquilidad misma. Su padre, abogado radical de origen judío, lo cargó en la niñez con la pólvora de las nobles inquietudes pues estaba convencido de que su hijo llegaría a ser uno de los grandes adalides de la humanidad. Para graduarse de profesor en filosofía presentó una tesis sobre Demócrito y Epicuro, precisamente los dos materialistas de la filosofía griega. Se reveló ya el inconmensurable filósofo que llevaba por dentro; habría de superar a su propio catedrático, el maestro de maestros de la filosofía alemana y mundial de entonces, Federico Hegel. "Uno solo de mis discípulos me ha entendido y ese me ha entendido mal", dijo Hegel en la amargura de la vejez.

Como filósofo, Marx rompió con las especulaciones abstractas de los grandes maestros: "No se trata ya de interpretar en una u otra forma al mundo; se trata de transformarlo". Del maestro Hegel tomó el método dialéctico tan perfeccionado por este pero le dio vuelta para darle contenido materialista ("era una estatua que estaba con la cabeza hacia abajo, lo que hice fue

ponerla al derecho"). Las ideas, soberanas en Hegel, cedieron en Marx el camino a los hechos. Ya no era la conciencia la que determinaba la existencia sino todo lo contrario. De Feuerbach, otro maestro alemán contemporáneo, tomó Marx la crítica de la sociedad. *Las tesis provisionales para la reforma de la Filosofía* y *El espíritu del Cristianismo*, ambas de Feuerbach, fueron una revelación para el joven Marx. Pero también a Feuerbach, como a Charles Darwin en su tiempo, debía caerles la crítica de Marx. Por cierto que Darwin se resintió tanto que le devolvió a Marx, sin leerlo, el primer tomo de *El Capital*. "Se lo devuelvo porque no es mi especialidad".

Los tres grandes fenómenos de las ciencias sociales en aquella época fueron: la filosofía alemana, el socialismo francés y la economía política inglesa. En las tres se hizo Marx maestro supremo, ganando su cuarta borla como politólogo que logró mantener cohesionada la Primera Internacional por varios años, y la quinta y sexta como gran escritor y gran periodista. Solía decir: "Un libro de más de 16 pliegos no es para ser leído por personas del pueblo". Marx y Engels, quienes trabajaron juntos desde los 25 años, crearon el materialismo dialéctico y el materialismo histórico, el primero las leyes de los fenómenos materiales magistralmente expuestas en el *Anti-Duhring* y el segundo la clave casi mágica para estudiar y comprender los fenómenos sociales.

Marx estudió concienzudamente a Juan Bautista Say, Quesnay, Bastiat, Saint-Simon y a su contemporáneo y contrincante ideológico Proudhon; pero la base de todo iba a ser la economía política inglesa: Adam Smith, Ricardo y hasta el cura Malthus con su labio leporino. Dieciocho años duró Marx escribiendo *El Capital* y solo alcanzó en vida a publicar el primero de los tres tomos. Resumió en esos años más de ¡cinco mil libros!, pasando casi todo el día en la biblioteca del Museo Británico, como antes Andrés Bello y después Nicolás Lenin. Adam Smith y Ricardo habían hablado en sus estudios de la ley que rige el valor de las mercancías, pero fue Marx quien describió en todos sus detalles el mundo de la plusvalía, es decir, cómo, cuándo y dónde el capitalismo se apropia del trabajo de su obrero.

En el capítulo de *El Capital* denominado "El dinero", Marx pone una nota al pie de la primera página: "Nunca un autor ha estado más reñido que yo con el objeto de sus investigaciones". Porque, efectivamente, la vida de Carlos Marx fue una sucesión

interrumpida de miserias, lamentable no por él –profeta iluminado del desastre social–, sino por Jenny de Westfalia, su mujer, hija de un barón, y la muchacha más bella en los salones de Tréveris. Acostumbrada a su mansión resplandeciente y a sus muebles cubiertos de lujo, tuvo que arrastrarse de casucha en casucha para seguir al genio a quien tanto amaba.

“No puedo salir –decía una vez Marx– porque tengo empeñadas todas mis chaquetas. Llevamos una semana comiendo pan y patatas. Cuando alguien tocaba la puerta, temblábamos todos por lo pobre que estaba la casa”. “Mi hijo –decía en una carta Jenny de Westfalia– no tuvo cuna para nacer y casi no tiene urna para enterrarse, si no hubiera sido porque un vecino, también emigrado, a quien recurrí, me facilitó dos libras”.

Pero la familia pudo sobrevivir porque tenía un ángel protector en Federico Engels, cuyo cerebro y conocimientos eran casi tan grandes como los de Marx. Era el apoyo y la consulta teórica del amigo y la subvención material de la familia. Engels, cuya estatura elevada e impecable vestir contrastaba con los de Marx, era un perfecto *gentleman* manchesteriano que trabajaba en la dirección de una fábrica de hilados de la cual era socio su padre, industrial alemán. La amistad de estos dos hombres fue siempre fiel, grata y sublime, varonil. Si Carlos Dickens, su contemporáneo, los hubiera conocido quizá hubiese agregado a *Historia de dos ciudades* otro volumen llamado *Historia de dos amigos*.

A fin de mal cubrir sus gastos londinenses, Marx escribía un artículo semanal para el periódico neoyorkino *Tribune*. Uno de ellos fue un esbozo de la vida de Simón Bolívar, el Libertador americano. Dijo varias cosas desagradables, la mayor parte verdaderas, sobre el gran caraqueño; las tomó de los libros que escribieron los oficiales que estuvieron aquí peleando en la Independencia. Lo imperdonable en ese artículo, y esto no lo decimos para unirnos a la jauría bolivariana antimarxista, es que Marx no haya hablado con todo entusiasmo de la obra libertadora de Bolívar. A Lincoln, Marx lo elogió varias veces.

Para terminar queremos hacerlo con otras palabras que le oíamos al “loco” Pacheco Arroyo en La Rotunda de Juan Vicente Gómez. “¡Viva Carlos Marx, carajo, rey de los comunistas y proletarios! Para ponerles una sogá de escapulario...”.

CIUDADANO DEL MUNDO

El 4 de julio de 1776 (faltan cuatro meses para celebrar los 200 años) se firmó la Declaración de Independencia de los pueblos de Norteamérica. Thomas Jefferson, el más joven y progresista de los miembros del Congreso Constituyente, después primer magistrado de la nación, se acercó un día a un hombre de aspecto miserable, casi un mendigo y le dijo:

—Paine: hemos incorporado muchas de sus ideas a la Declaración de Independencia y estamos en deuda con usted por haber adoptado el nombre que usted sugirió de "Estados Unidos de Norteamérica".

Aquel Paine, que andaba muchas veces andrajoso y borracho, había sido nada menos que el teórico de la revolución. Corsetero de oficio, dejó su patria, Inglaterra, y se vino para tierras de América en busca de la libertad. Solo poseyó en la Gran Bretaña dos amigos y una mujer. Con sus jóvenes camaradas se reunía todas las noches a tomar cerveza, a olvidar miserias y a hacer planes. Pero un día uno de los amigos, el más joven, aprendiz de zapatero, robó 2 libras y 8 peniques, unos 150 bolívares. La justicia inglesa fue inflexible y el Consejo del Niño no existía. Todo Londres se vistió con sus impulsos más primitivos y se tomó un día de asueto para la gran apoteosis de ver guindar a un infeliz. También los dos amigos que le vieron morir ahorcaron sus últimas ilusiones. Paine entonces se dio a beber y beber, y a leer y leer, buscando una respuesta a lo extraño del mundo. Cuando recibió el otro golpe, la muerte de su mujer, una doméstica, resolvió dejar Inglaterra para buscar en América la salvación de su alma y de su cuerpo.

Llegó a Filadelfia, la capital de Pensilvania, y se debatió en la pasantía de miseria de todo inmigrante, hasta que sus dotes de escritor lo llevaron a jefe de redacción de una revista que se fundaba para apoyar la causa independentista. No ganaba mucho pero pudo comprar levita y peluca mientras sus artículos causaban sensación entre los lectores del *Pensylvania Magazine*.

Estalló la guerra de liberación. Thomas Paine, fervoroso independentista, sufría con los reveses militares de sus amigos. Entonces fue cuando concibió redactar uno de los libros más célebres que se hayan escrito en el mundo: *El sentido común*,

escrito por un inglés. Folleto más que libro, pero fogoso, nuevo, lleno de toda la pasión y el sentido práctico que puede caber en el alma de un corsetero ilustrado.

Thomas Paine no se andaba por las ramas. Después del Tirano Aguirre fue, quizá, el primer hombre que calificó públicamente a los reyes de bribones. Figuras miserables y decorativas cuyas vidas fastuosas contrastaban con las miserias del pueblo. Dijo que en toda la tierra no había libertad sino esclavitud. Que había que remodelar al mundo. "Un hombre honrado le es más útil a la sociedad y a los ojos de Dios que todos los bribones coronados que jamás vivieron". Habló claro y a nivel de los soldados que estaban sacrificando sus vidas en los improvisados campamentos. Su libro se juntó con la pólvora de las escopetas y los fusiles para decidir la guerra. El editor accedió a publicarlo porque Paine era ya conocido y pensó que podía vender 500 ejemplares. Cuál no sería su sorpresa cuando los 2 mil primeros libros desaparecieron casi instantáneamente. Entonces la fiebre por comprar *El sentido común* se convirtió en epidemia. Vendió 200 mil. Fue el primer *best seller* que registra la historia de lo escrito.

Triunfante la revolución, Paine recibió unas tierras que le asignaba el Congreso; pero su vocación no era la de terrateniente y se fue a Inglaterra a seguir promoviendo la lucha contra los reyes. No lo ahorcaron porque ya era Thomas Paine, pero tuvo que salir a escape para Francia que ya estaba en plena revolución. Lo eligieron miembro de la Asamblea Constituyente y ¡oh, naturaleza humana! el aniquilador de reyes votó por salvar la vida de aquella parodia real que se llamó Luis XVI. Estuvo preso bajo el Terror y en la cárcel escribió otro libro de religión nacionalista llamado *La Edad de la Razón*, que había de acarrearle infinitos sinsabores. Un día, Napoleón en persona fue a buscarle a su humilde vivienda de las afueras de París para incorporarlo a su Consejo de Gobierno; se discutía una invasión napoleónica a la Gran Bretaña y Paine se opuso, dejando aquella posición para volver a Estados Unidos.

Ahí, su libro *La Edad de la Razón* le salió al encuentro. En las escuelas cantaban los niños: "Paine y el demonio son la misma cosa". Le rechiflaron, le apedrearon, lo lanzaron al arroyo. Jefferson, entonces presidente, lo invitó a comer pero no se atrevió a darle un cargo. Borracho y desarrapado y con el alma lacerada, el corsetero genial cerró sus ojos para siempre.

Lo enterraron al pie de un árbol, porque los cementerios se negaron a recibir al "enemigo de Dios". Cuatro personas, dos negros y dos blancos constituyeron todo su cortejo. Más tarde, un miserable desenterró sus huesos para venderlos al detal como "huesos del demonio".

DIARIO *EL NACIONAL*, "¡ QUÉ TIEMPOS AQUELLOS!".

FLORA TRISTÁN

El mejor regalo que padre peruano haya hecho a madre francesa se llamó Flora Tristán. De aquella mezcla imposible de aristócratas y plebeyos surgió una jacobina de piel morena y sonrosada. Pero ella, catalogada como una de las mujeres más lindas de París, no tomó el atajo de los concursos de belleza, sino que se hizo "*Miss Proletariado*", la sindicalista más hermosa de Francia.

Como en los versos de Neruda, se dedicó a perseguir a la miseria, porque cuando niña le había perseguido a ella. Sus libros, relatos y novelas eran proclamadas sociológicas. Teniendo abiertos todos los salones literarios de París, pudiendo rivalizar con su contemporánea y colega George Sand, siendo amiga de Victor Hugo, Eugenio Sue, Luis Blanqui y tantos otros, prefirió irse al pueblo y fundar *L'Union Ouvrière*, primera de su género en el mundo. Peregrinó por toda Francia acompañada de su talento, su prestigio y su belleza para endulzar la amarga vida de los que trabajan 16 horas diarias. Su sonrisa iluminaba los tugurios y sus grandes ojos negros no cansaban de abismarse ante la miseria de las fábricas. Contemporánea de Marx y Engels, dicen que ella, que no era marxista, fue quien usó por primera vez el lema de "¡Proletarios de todos los países, uníos!". Y como estamos en el Año Internacional de la Mujer, es justo que se recuerde a una mujer tan internacional.

Y justo es también que ya se encuentra en Caracas inaugurando la Biblioteca Ayacucho, rendir un homenaje al eminente escritor Luis Alberto Sánchez (lo cortés no quita lo valiente, ni lo aprista quita lo eminente). Luis Alberto Sánchez, gloria de las letras americanas, fue quien terminó de inmortalizar la memoria, ya imperecedera, de Madame Flora Tristán, haciendo sobre su vida un hermoso libro, *Una mujer sola contra el mundo*, pleno de gracia, talento y amor inimitables.

Y ya que de mujer tan esforzada hablamos, recordemos que hace poco se celebró en el Hotel Waldorf –superviviente reliquia arquitectónica a la que todavía no han podido convertir en estacionamiento– una reunión de mujeres para agasajar a la escritora Carmen Clemente Travieso, especie de Alejandra Kolontái venezolana. Eran 40 mujeres, pero no comunes y corrientes. No se sentaron allí en 40 asientos, para aplaudir

40 veces, las 40 sandeces de un locutor cualquiera. Porque ellas eran las 40 mujeres a las que Venezuela debe las mejores horas por la lucha de la libertad.

Ellas fueron las que en el año 1928 asaltaron iglesias llenas de fieles para gritar y rezar desde los púlpitos por los estudiantes masivamente presos por la dictadura de Gómez. Las que en 1936 desafiaron en Caracas y en todo el interior las bayonetas gomecistas de López Contreras. Las que en 1958 se lanzaron por todos los vericuetos de la clandestinidad hasta culminar en un 23 de enero su heroica resistencia contra el régimen de Marcos Pérez Jiménez. Las que fueron y siguen siendo la honra de nuestro país, las conciencias progresistas y revolucionarias de nuestra Patria. Allí estaban Josefina Bello, Belén San Juan, Totoña Blanco, Analuisa Llovera, Ana Senior, Carmen Quintero, María Teresa Castillo, Josefina Juliac, Mercedes Fermín, Irma De Sola, Lourdes Morales, Nelly Baptista, Pomponette Planchart, Eumelia Hernández, Josefina Coronil, Roxana Obediente, Carmencita López, Margot Silva Pérez, Nena Rivas, Angelita Rengifo, y tantas otras cuyos nombres, algún día, cuando se haga la luz, serán cincelados por la historia. Eran nuestras Flora Tristán, siempre vigilantes por la salud del pueblo.

Flora Tristán, ya lo dijimos, tenía amigos muy valiosos, pero poseía un enemigo implacable: la policía. Rodeaban los hoteles a donde llegaba, para impedir que los obreros se asombraran con su belleza y se contagiaran con sus ideas. Pero La Paria, como ella se autodenominaba, no le tenía miedo a las amenazas ni a las balas. Años antes, un celoso marido llamado Chazal, del cual estaba separada, la esperó en una calle, revólver en mano y casi apaga para siempre su noble corazón de aristócrata proletarizada. A los 41 años de edad murió, inesperadamente, esta mujer a quien no habían marchitado los huracanes que llevaba por dentro. Cayó en misión, en un hotelucho de la ciudad de Burdeos. Frente a su cadáver escribió dolorosamente Charles Lemonier, uno de sus grandes amigos: "Acabo de verla; tiene sereno el hermoso rostro, cerrados sus largos párpados..."

La dicha del pobre dura poco y a los obreros y a los intelectuales no les quedó otro consuelo que erigirle, por suscripción popular, un monumento en el cementerio: *A Madame Flora Tristán, auteure de L'Union Ouvrière.*

Pero más tarde su gloria iba a acrecentarse. De Aline, su hija, nació un muchacho inquieto, con la vehemencia de su abuela. Le pusieron Pablo y llegó a ser Paul Gauguin, por Francia y por Tahití, uno de los mejores pintores que ha dado la humanidad.

ARCHIVO PERSONAL DEL AUTOR.

JORGE DIMITROV, HOY MÁS VIGENTE QUE NUNCA

PARECE QUE ESTE BÚLGARO (DIMITROV)

POSEE UNA DIGNIDAD INNATA.

THE TIMES DE LONDRES, 1933.

Quizá nuestros jóvenes de hoy no sepan quién fue Jorge Dimitrov. Nosotros tampoco lo sabíamos cuando llegamos exiliados a Barranquilla durante la dictadura de Juan Vicente Gómez, pero allí oímos de él un encendido elogio en los labios del también exiliado Raúl Leoni. En aquellos momentos Jorge Dimitrov acababa de salir victorioso en uno de los procesos más célebres de la historia: el proceso de Leipzig. El 27 de enero de 1933, los nazis alemanes que recién habían ganado el poder en unas elecciones, incendiaron el edificio del parlamento, el *Reichstag*, para acusar del hecho a los comunistas y desencadenar su primera gran represión feroz.

La cosa hubiera ido sobre ruedas, quizás, a no ser porque entre los acusados había un búlgaro hecho con el temple de los dioses, un tipógrafo marxista que a fuerza de capacidad y honradez había escalado las más altas cumbres de la dirigencia comunista europea. El proceso duró cerca de un año y durante este tiempo Dimitrov permaneció preso y muchos meses espasado. Con las manos atadas, sin gafas y sin su pipa, el preso se dio a la tarea de perfeccionar sus conocimientos del idioma, la historia, la literatura y las leyes alemanas. Cuando comparecía ante los tribunales no se comportaba como un reo sumiso cuya cabeza estaban pidiendo, sino como el gran acusador de la barbarie nazi. Era un héroe digno de los grandes trágicos griegos, no eran "Siete contra Tebas" sino él solo contra las fieras del nazismo, con Europa progresista como un escenario lleno de admiración.

De tal manera acorraló a jueces venales y testigos falsos, que el Partido Nazi resolvió que Goering y Goebbels, sus dos hombres más importantes después de Hitler, prestaran declaraciones para que no quedara dudas de la culpabilidad de Dimitrov, de los otros dos revolucionarios búlgaros y del comunista Togler. El mariscal Goering, el segundo criminal de Alemania, se presentó

en el Tribunal tan grueso como era y con el uniforme militar salpicado de condecoraciones. Habló más de una hora para pulverizar a los acusados y establecer definitivamente que ellos incendiaron el *Reichstag*; ya estaba recogiendo los aplausos cuando tomó la palabra Dimitrov. ¿Qué diría? O ¿qué no le diría? Cuando a Goering no le quedó más recurso que gritarle lleno de furia: "¡Fuera de aquí, cobarde!".

Habían perdido la pelea. Dimitrov y sus compañeros fueron declarados inocentes para acallar a una Europa que estaba en ebullición frente al proceso.

Pocos años después Dimitrov fue electo Secretario General de la Internacional Comunista para trabajar junto a Togliatti, Manuilski, Maurice Thorez, Williem Pieck, Kusinen, Gottwald y demás estrellas de la galaxia comunista. Pero a Dimitrov debemos algo más grande todavía: él fue el iniciador de los frentes populares contra el fascismo, la unión de todas las clases ante el peligro inminente. Hoy, que los imperialistas se acercan a la Tercera Guerra Mundial prendiendo mechas en el cercano oriente y en América septentrional, las tesis justas que lanzó Dimitrov antes de la Segunda Guerra adquieren una solemne y terrorífica validez.

DIARIO EL NACIONAL, "ESCRIBE QUE ALGO QUEDA".

LA INFAMIA UNIVERSAL DE LA HISTORIA

Ha muerto el primer gran escritor mundial que tuvo América. Era de Buenos Aires pero parecía un inglés educado en Ginebra o París. Quizás él mismo fue quien inventó eso de que los argentinos son unos italianos que hablan español y se creen europeos. Nacido con el don de escribir genialmente, adquirió una cultura de grandes dimensiones al ser nombrado muy joven director de la Biblioteca Municipal de Buenos Aires. Siguió los pasos del ilustre novelista francés Anatole France, quien era sabio porque creció en la librería de su padre.

Cuando Borges fue a Londres a dictar unas conferencias sobre el modo de vida griego, asombró a los versados al describir en detalle la vida política, intelectual y privada de los helenos. Pareció entonces como si dispusiera de libros que nadie jamás hubiese leído; como si hurgara en la biblioteca privada de Diógenes Laercio, el gran Evangelista de los filósofos griegos.

Llegar en sus escritos a la cumbre del genio literario era frecuente en él; lo mismo en sus historias de infamia, que en las escenas de matones y tangueros. O cuando descubre *El Aleph* en el sótano de una casa, incorporando a la cosmovisión ese punto luminoso que permite ver todo lo que pasa en el universo. Si como narrativo es genial, como especulativo llega muchas veces a estratos superiores. Por elucubraciones mentales odiaba los espejos, junto con su amigo y colaborador Bioy Casares, porque reproducen al hombre. Distinguía en el mundo irreal dos clases de individuos: los que existen verdaderamente y los que son creaciones fantasmales de los primeros.

Fue un producto de la educación materna; su madre lo acompañó casi toda la vida, pero no desarrolló asma ni desviaciones sexuales como Proust, sino un incomprendible espíritu anarquista que lo aísla de la sociedad y le acarrea no pocos odios. Borges no tenía ideología, dicen que cuando joven militaba con los comunistas, como su émulo el escritor argentino Sábato. Odiaba el militarismo de Perón, quizá por lo de progresista que tuvo en su primera época, pero alababa los procedimientos y la persona de Pinochet. En su vida más o menos holgada la única ambición que le cupo fue ganar el Premio Nobel de Literatura. No se lo dieron porque, además de muchos idiomas, Borges hablaba demasiadas tonterías (una vez dijo que no había tenido

tiempo para leer ninguno de los versos de Pablo Neruda). Por eso sería que sus poemas, como los de Joyce, son obras del cerebro más que del corazón.

En el Aeropuerto de Madrid conocimos personalmente a Jorge Luis Borges. Los 30 venezolanos que andábamos en *tour* nos entusiasmos enormemente cuando alguien se acercó y nos dijo: "En el salón de pasajeros está Jorge Luis Borges"; corrimos hacia allí, a diferencia de los ecuatorianos que oyeron la noticia y permanecieron indiferentes. Durante una hora hicimos cola para saludar y aclamar al gran escritor americano. Con él, sentada como a un metro de distancia, estaba María Kodama. Tendría en esa época (1976) un poco más de 30 años. Parecía, por lo flaca y desanimada, "una señorita de Avignon" cuidando a Pablo Picasso.

El que esto escribe, en son de juego, pidió a Borges que le regalara un Aleph. El ilustre ciego metió la mano en el bolsillo derecho del pantalón e iba a sacar algo cuando María Kodama lo detuvo, imperativa, con una lenguarada quizá en lunfardo.

Al rato dijimos: "Señor Borges, ¿nos va a dar por fin el *Aleph*?"

Borges respondió:

—No es un Aleph, es una concha marina lo que tengo.

DIARIO EL NACIONAL, "ESCRIBE QUE ALGO QUEDA".

MARGARITA, ESTÁ LINDA LA MAR...

Margarita Debayle se hizo famosa porque Rubén Darío le dedicó uno de sus más bellos poemas. Para la familia Debayle, en Nicaragua, Rubén Darío era como un miembro más y fue el doctor Debayle, afamado cirujano, quien le atendió fraternalmente cuando el poeta, con el hígado deshecho, regresó en 1916 a morir en su patria. El actual dictador de Nicaragua se llama Anastasio Somoza Debayle.

De que Somoza se llame así no tiene la culpa Rubén Darío. Él lo habría llamado Alejandro-Nabucodonosor-Nemrod; y hubiera, en cambio, dedicado un canto de vida y esperanza al gran Augusto César Sandino, el compatriota que inspiró su vida en el grandioso poema que Darío dedicó a Teodoro Roosevelt, el de la secesión de Panamá.

"Se necesitaría, Roosevelt –imprecaba el poeta–, ser, por Dios mismo, el riflero terrible y el fuerte cazador, para poder tenernos en vuestras férreas garras".

Sandino, guerrillero invencible, contra quien los marines no pudieron nada en casi seis años, cayó en los lazos de la paz y fue acribillado en 1934 por los revólveres nocturnos de la Guardia Nacional comandada entonces por Anastasio Somoza, progenitor del actual Tachito Somoza Debayle.

Rubén Darío, padre americano de la poesía mundial, solía pasar de lo sutil a lo sólido, de lo más nimio a lo más profundo: desde "La princesa está pálida, ¿qué tendrá la princesa?" hasta "Dichoso el árbol que es apenas sensitivo y más la piedra dura porque esa ya no se siente". Es verdad que su genio, adormecido muchas veces, fue fácil presa de los dictadorcillos de Centroamérica que lo halagaban con cargos y honores tratando de aprovechar su tremendo prestigio (uno de ellos pasó una ley que se llamó *Ley Darío*, porque fue hecha expresamente para que Darío pudiera divorciarse). Pero a la hora de sentirse americano se inflamaba en sus versos el "liróforo celeste" y todo le parecía poco para defender a la tierra indo-española que nació por el milagro de las tres carabelas.

Por los lares de Darío, Sandino y Margarita Debayle había paseado su tristeza, 400 años antes, un cura dominico. Llegado de España en 1502, presencié todas las iniquidades que los españoles cometieron con los indios desde los albores mismos de

la Conquista, y ya no hubo más paz en su alma. Fray Bartolomé de las Casas, Obispo de Chiapas, viajó varias veces a España a ver si lograba salvar lo que quedaba de la vida inocente de los indios. Con sus propias palabras y con otras que copia del perdido *Diario de Cristóbal Colón*, describe a los indios en perfecto estado de vida natural y a los conquistadores en perfecto estado de bestialidad reduciendo a los indios a la esclavitud de las minas, y a las indias a la esclavitud de la cama y la cocina.

Cuando Juana la Loca, Reina de España desde 1504, en uno de sus lúcidos destellos mandó para que averiguasen si era verdad que en Centroamérica los dos océanos Atlántico y Pacífico se comunicaban por un estrecho, la idea del canal de Nicaragua, que tanta sangre habría de causar al país, había sido lanzada en el tapete de la historia. De Juana la Loca recogieron los cuerdos yanquis el proyecto y nunca más lo abandonaron, llegando a comprar por 3 millones de dólares la faja de terreno necesaria. Por eso sería, o por eso fue, que Nicaragua se convirtió en residencia casi habitual de los marines. Dominaban los banqueros neoyorkinos en tal forma la vida económica y política de la república que en 1920 resolvieron, para facilitar los negocios, entregar casi todos los puestos claves del gobierno a una sola familia, la benemérita familia Chamorro. Según Nogales Méndez, general venezolano de actuación mundial, en su libro *El saqueo de Nicaragua*, ¡13 Chamorros! vendían a la nación desde arriba. Chamorro el presidente, Chamorro el gobernador, Chamorro los militares, Chamorro varios ministros, ¡qué Chamorrera, Señor!

En ese país trágico nació un hombre que ha querido seguir a un mismo tiempo las huellas de Rubén Darío, de Augusto Sandino y de Fray Bartolomé de Las Casas; que aspiró a ser él solo: poeta, patriota y fraile, logrando los tres empeños y con ello la admiración de los hombres progresistas de América. Ernesto Cardenal, un cura que canta misa con la recia música de *La Internacional*, está entre nosotros predicando la pasión de Cristo según San Marx. Él dice que Dios es para los pobres, para los desvalidos, para los revolucionarios, y que en el capitalismo Dios no existe. La prédica de la Nueva Teología revolucionaria y del derecho de los pueblos la hace con riesgo de su vida. Está citado para comparecer, junto con su hermano, también cura, al Congreso de Nicaragua para responder a la acusación de traición a la patria.

Quizá no muera como Sandino en la obscura criminalidad de la noche; quizá lo dejen seguir presidiendo la comunidad religiosa fundada por él en la apartada isla de Solentiname (poética hasta en el nombre) y hasta allí llegue un día, caminando en sueños, bajo el cielo y sobre el mar, el propio Rubén Darío a pedirle que interceda ante Nuestro Señor (nuestro señor Don Quijote) para que nos libre "de tantas tristezas, de tantos dolores... de rudos malsines, falsos paladines... del hampa que sacia su canallocracia con burlar la gloria, la vida, el honor!".

DIARIO *EL NACIONAL*, "ESCRIBE QUE ALGO QUEDA".

EL PADRE DE LA INFLACIÓN

Desde sus sillas de ruedas, dos hombres estuvieron gobernando la economía del mundo en los años de 1940. La economía estuvo grave y los dos enfermos la salvaron. El uno rodaba penosamente las secuelas de la poliomielitis por los departamentos de la Casa Blanca y el otro su afección cardíaca por los Ministerios de Hacienda de la Gran Bretaña.

Franco Delano Roosevelt y John Maynard Keynes, dos grandes benefactores de la burguesía. Aún vive la hija que les dio el destino; les salió malandra y perversa: se llama inflación mundial. John Maynard Keynes, cuyo apellido se escribe con K de Kipling, alcanzó las más altas cumbres en el control de calidad intelectual de la burguesía, y solía llamar a esta "la espuma de la vida", en contraposición al "tosco proletariado". Su educación, su inteligencia, sus inclinaciones intelectuales y artísticas, sus brillantes cualidades, solo pueden compararse entre sus contemporáneos burgueses con las de Robert Oppenheimer, el muchacho consentido de sus padres que llegó a ser el realizador de la primera bomba atómica mundial.

Era Keynes economista, matemático, político, escritor, conferencista de alto brillo profesoral, rector universitario competente, gran administrador, periodista, coleccionador de arte, traficante en cuadros, jugador de la bolsa, empresario de teatro, dueño de restaurant y bebedor de champaña. En todas esas cosas triunfó, menos en la de ingerir champaña, pues se lamentó al fin de su vida de no haber tomado suficiente. Antiguo alumno del rancio Colegio de Eton, que ya era una credencial, Keynes fue allende y aquende el Atlántico un ídolo de las clases dominantes. Amigo de Bernard Shaw, de Virginia Woolf y de tantos otros escritores y artistas, decía siempre la última palabra en los corrillos intelectuales. Lord por decreto, lo parecía por su figura: tras sus cejas y bigotes espesos se adivinaba una gran autosuficiencia.

Y no era para menos, todo lo que tocaba se volvía oro intelectual u oro contante y sonante. Se hizo millonario trabajando media hora diaria antes de levantarse de la cama, jugando a la bolsa por teléfono como lo hiciera de viva voz su antepasado económico David Ricardo. Escribió, entre otros, un libro llamado *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*, que ha sido

comparado con las otras dos biblias de la economía política, *La riqueza de las naciones* y *El capital*.

Cuando estalló la bomba financiera de 1929 y la economía norteamericana rodó hecha pedazos, todos en el mundo se asombraron, menos Keynes que ya venía rumiando los remedios. Era el capitalismo dirigido y las inversiones del Estado como manera segura de reanimar la economía y garantizar el pleno empleo. Lo que había pasado en Estados Unidos no tenía precedentes en la historia. La bolsa de Wall Street se rompió súbitamente y arrojó en tierra un montón de papeles sin valor, trayendo un colapso que había de durar casi cinco años. Quebró la mayoría de los bancos y empresas comerciales. Diez millones de cuentas de ahorro fueron arrasadas por el torbellino. El pago de salarios se redujo de 15 mil millones a 900. Las sopas populares se convirtieron en el alimento obligado de miles y miles de obreros. Ya el charleston ni los chicles alegraban la vida. Estallaron disturbios. Las masas, repentinamente, buscaron los caminos revolucionarios. El gigante se tambaleaba.

Keynes proclamaba como remedio los planes de emergencia, tal y cual los aplicó aquí el contralmirante Larrazábal. Si era preciso —decía— había que meter billetes de banco en botellas viejas y enterrarlas a muchos metros de profundidad para que miles de obreros tuvieran trabajo en el empeño de desenterrarlas. Y casi así se hizo en Estados Unidos, la inversión del gobierno creció fabulosamente y el país, poco a poco, entró a vivir la prosperidad Roosevelt-Keynesiana que ahora se ha transformado en inflación galopante. Afortunado como siempre, Keynes realizó la operación más exitosa de su vida cuando se casó con la bailarina más bella y más inteligente del ballet de Diaghilev que estaba de temporada en Londres. Alta y hermosa, se llamaba Lidia Lopocova, y no le subieron los humos ni siquiera cuando llegó a ser, por su marido, baronesa de Tilton. Por ella Keynes se hizo empresario de teatro. Administraba; hacía los programas; dirigía la coreografía; vigilaba el restaurante; recibía los boletos a la entrada y aplaudía entre los espectadores. Llevaba la estadística de lo que comían estos según la obra que habían visto. Lidia triunfaba en las tablas y él triunfaba en lo más íntimo de su corazón.

Cuando medio Londres se congregó en la abadía de Westminster en su fastuoso entierro presidido por sus padres, casi centenarios, Keynes pensaría en la urna: ¿sobrevivirá el

capitalismo? ¿Habrán sido vanos mis esfuerzos? ¿Se mantendrá el pleno empleo? La respuesta se la ha dado su colega el gran economista burgués Schumpeter: "No. No creo que perdurará".

DIARIO *EL NACIONAL*, "ESCRIBE QUE ALGO QUEDA".

LAS GLORIAS DEL DICCIONARIO

Cuenta la historia que Eróstrato, un pastor del Asia Menor contemporáneo de Aristóteles, prendió fuego al templo de Efeso, una de las maravillas del mundo, con el solo objeto de hacerse célebre. Este piro-megalomaniaco quería entrar en el diccionario (invención reciente en aquella época), y a fe que lo logró. Solo los que tienen genes especiales aman la gloria. La mayoría parece decir: "Crea fama y te sacarán los ojos".

¿Y en qué consiste la gloria? "En ser grande y en ser útil", respondió Simón Bolívar, quien consideraba que su gloria de Libertador era superior a todas las cosas.

Otro libertador glorioso, José Martí, dijo que toda la gloria del mundo cabe en un grano de maíz. Otro, glorioso y libertador, Vladimiro Ilich Lenin, distraía sus ratos de ocio leyendo el diccionario, según el decir de su esposa Nadezda Krúpskaia, y parece que le aprovechó pues introdujo en él el léxico revolucionario. Y aun hubo otro glorioso libertador que cuando permaneció varios años con sus hombres refugiados en una cueva, dedicaba parte de su tiempo a confeccionar un diccionario que unificara los diferentes dialectos de su país: se llamaba Mao Tse Tung.

Las dos más grandes obras poéticas, *La Iliada* y *La Divina Comedia*, no son sino diccionarios bellamente escritos. La batalla de Troya es la enumeración encomiástica de todos los héroes helénicos y *La Divina Comedia* el recuento de los numerosos amigos y enemigos políticos que tenía Dante Alighieri en Florencia y fuera de ella. Con razón dijo Voltaire que le fastidiaba *La Iliada* por la interminable sucesión de personajes, y con no menos razón confesó a un amigo, el escritor Ventura de La Vega, poco antes de morir "que le cargaba el Dante" (si lo hubiera oído Edoardo Crema lo manda a cremar).

Pierre Larousse, *El Pequeño Larousse Ilustrado*, era un hombre alto y taciturno. Contemporáneo y amigo en el siglo pasado de Alejandro Dumas, Gerard de Nerval, Alfredo de Musset, Chateaubriand, George Sand y de tantos otros, cuenta que iba a sus tertulias pero que siempre estaba abstraído. Y debía estarlo pues tenía en la cabeza una obra monumental de 17 tomos de diccionario. Gracias a él hoy día todo intelectual que se respete aspira a ser un pequeño Larousse ilustrado, capaz de interpretar los misterios de la Enciclopedia Británica. Para continuar "la revolución

silenciosa" que venía haciendo Luis Manuel Peñalver desde el Ministerio de Educación, el nuevo ministro que es economista de los buenos, nada menos que de la escuela económica y reaccionaria de Chicago, podría economizarse todo el presupuesto de secundaria con solo editar 2 millones de ejemplares del *Pequeño Larousse Ilustrado* y obligar a los alumnos a que se lo aprendan de memoria. Así el vicepresidente del Banco Central podría subir la escalera mecánica de la popularidad y ganar puntos entre los educadores por suprimirles el fastidio de estar dando clases que nadie oye ni aprovecha.

De Larousse a esta parte, mucha agua ha corrido por debajo de las imprentas y hoy se podrían editar numerosas variedades "diccionables": Diccionario de Vagos y Maleantes, Diccionario de Menores Desaparecidos, Diccionario de Objetos Recuperados por la PTJ, Diccionario de Transformistas Célebres, Diccionario de la Inflación con páginas amarillas para los que quieren subir a 10 bolívares el precio del litro de leche con inconcebible respaldo del gobierno.

Recorrer los retratos de un diccionario biográfico es más saludable para el espíritu que pedalea media hora una bicicleta que no camina; están allí los hombres con sus grandezas y sus miserias, muchos de ellos esperando que los supriman en la próxima edición. Están en la misma página Dante y Darío, la poesía antigua y la poesía moderna; Nervo y Neruda, un bardo sentimental y otro social; César Borgia y Jorge Luis Borges, de la misma familia reaccionaria; Rodó y Manolete, la pluma y la espada; Paulo VI y Ana Pavlova, la religión de la danza y la religión de la verdad; Marx y Maupassant, la historia y el cuento; Maquiavelo y Mao-Tse-Tung, la política para los de arriba y la política para los de abajo: Pérez Bonalde y Pérez Jiménez, *Vuelta a la Patria* y la patria vuelta un desastre.

Ahora que los dirigentes de la Iglesia Católica y de la Protestante están haciendo esfuerzos para unificar la gloria eterna, así en el cielo como en la tierra, no nos queda más recurso a los no creyentes que refugiarnos en la aspiración a la gloria del diccionario, aspirar a descansar para siempre en sus beneméritas páginas al lado de Sócrates y Platón, de Argenis Rodríguez, de Cassius Clay, de Richard Nixon y de Patricia Hearst.

Si toda la gloria del mundo cabe en un grano de maíz, todo el maíz de la gloria cabe en un diccionario.

EL HOMBRE FRENTE A SÍ MISMO
Y SU INVENTIVA

LA ETERNA JUVENTUD

EL HOMBRE ES UN ADÁN QUE EN CIERTA ÉPOCA DE SU VIDA
ES ARROJADO DEL PARAÍSO DE LAS ARDIENTES PASIONES
GOETHE

Cuando el cabello es espeso e impenetrable, las pasiones bullen por dentro del hombre. Es la edad de la audacia y del comportamiento brutal. A los 18 y 20 años el ser humano es un mono desnudo de toda reflexión. Al correr de los tiempos va raleando el cabello y espesando la experiencia. El hombre es expulsado paulatinamente "del paraíso de las ardientes pasiones" y llega un momento en que cae en el infierno físico y mental de la indiferencia. Es la vejez.

"La vejez es horrible", dijo Alexis Carrel. Doblemente respetables deben ser las personas que han alcanzado la edad provecta, pues ellos son guerreros que no se han rendido ante los embates de la naturaleza y entes humanos obsesionados por la minusvalía física y mental que los años le han traído.

Se va perdiendo la capacidad de reflejos y el mundo de las sensaciones se hace cada vez más pequeño; disminuye el interés por las cosas que nos rodean; desaparece la fogosidad y ya el hombre no se atreve ni a subir una escalera por temor a rodar. Si los ejércitos fueran constituidos por soldados de más de 60 años, jamás habría guerras. Cuando uno llega a viejo —dice una copla—, todas son contradicciones. "Lancia" (como llaman chistosamente los médicos a "la ancianidad") es la peor de las enfermedades.

Salud, dinero y amor buscaron desde la más remota antigüedad los alquimistas de la piedra filosofal. Sepultaron sus existencias en el fondo de toscas retortas tratando de asir la transformación de los metales y el elixir de larga vida. En el siglo presente Lord Rutherford, transmutando los átomos, les dio la razón en cuanto al oro. Falta que alguien haga justicia a la aspiración humana de ser eternos en la tierra y de no conformarse con la precaria promesa de ser eternos en el cielo.

Juan Ponce de León, noble de España, organizó una expedición a comienzos de los años 1500 para localizar la fuente de la eterna juventud, que estaba en la península de la Florida.

Encontró la fuente don Juan Ponce, pero la eterna juventud no estaba en ella. Murió a los 60 años sin el consuelo de haber leído el famoso libro que Wolfgang Goethe escribió varios siglos después, y en el cual el viejo doctor Fausto se transforma en un muchacho y Margarita la aldeana en una reina.

Quizá fue aquel súbdito del imperio romano que al cumplir 100 años declaró a los medios de comunicación que su sistema era "miel por dentro y aceite por fuera", quien inició la fiebre de la miel como seguro rejuvenecedor. ¿Y qué mejor que la miel, hecha por néctar de flores para alimentar reinas, puede devolvernos los vigores de la mocedad? Desgraciadamente el análisis sereno y químico de la miel quebró las ilusiones; la vitamina B-1 que contiene en gran cantidad, está presente en muchos otros alimentos. Alguien dijo que se necesitaría diariamente la miel producida por 50 mil abejas para hacer efecto en un solo organismo humano; naturalmente que nadie la tomaría en esa cantidad por temor a contraer mielitis.

Elías Metchnikov, descubridor de la función fagocitaria y premio Nobel 1908, fue el primero en encarar científicamente el problema de la muerte en vida que se llama envejecimiento, debido según él a la corrupción intestinal. Lo llamaban "Dios no existe", y además de ateo fue un sabio ruso brillante y teatral. Nos dejó otro señuelo rejuvenecedor: la leche cortada; puso a tomar yogurt, para no envejecer, a toda Europa y todos los europeos se hicieron viejos tomando yogurt. La verdadera historia del rejuvenecimiento empezó aquel día en que un gran fisiólogo francés, quien había sucedido en la cátedra nada menos que a Claudio Bernard, se presentó ante sus viejos y severos colegas del Colegio de Francia hecho unas pascuas diciendo que se había rejuvenecido 30 años con solo tres inyecciones de extracto de glándulas sexuales. La reputación de Brown Sequard se vino al suelo entre las risas de sus apergaminados colegas, y hasta la joven y bella madame Brown Sequard le abandonó. Pero la semilla estaba puesta en el surco y un gran científico austríaco, Eugenio Steinach, lejos de reírse de Brown, inauguró el conocimiento científico de las hormonas con experimentos de precisión matemática. Está claro, lo puso en claro Steinach, que las hormonas son las responsables de la vida y del envejecimiento.

Después vinieron Niehans con sus células vivientes y la doctora Aslan con su novocaína Gerovital. Y vino Simone de Beauvoir a aguarles la fiesta pintando en su libro *Todos los hombres son mortales*, la tragedia de quien pudiera vivir eternamente. Sin embargo, el espíritu se subleva viendo morir prematuramente a hombres como Mao Tse-Tung y André Malraux y contemplando a Sartre casi ciego y a Greta Garbo, otrora la novia del cine, escondiendo su vejez en un castillo. Pero la humanidad no se equivoca en sus aspiraciones: llegará el momento de la vida perdurable, amén.

DIARIO EL NACIONAL, "¡QUÉ TIEMPOS AHORA!".

BREVE HISTORIA DE LA MEDICINA

El arte de curar es tan viejo como las enfermedades. Los egipcios, los chinos, los hebreos, los hindúes y otros pueblos antiguos habían desarrollado los principios más elementales de la medicina unos 2 mil años antes de la era cristiana. Entre las atribuciones y aprendizaje de los sacerdotes egipcios estaba el arte de curar a los enfermos. El dios de la medicina era de obligada adoración. Los sacerdotes egipcios practicaban la trepanación de cráneos y sabían reconstruir ciertos órganos exteriores del cuerpo humano. Como existía la costumbre de cortar la nariz a los ladrones, había cirujanos que, clandestinamente, rehacían el órgano nasal. También son célebres las momias egipcias, cuerpos humanos que han llegado a nuestros días admirablemente conservados.

La nación antigua que más impulso dio a la medicina fue Grecia. Cuatrocientos años antes de Cristo existía en la isla de Cos una escuela para médicos que alcanzó renombre universal y de la cual salió el hombre a quien se ha llamado con razón el padre de la medicina: Hipócrates. Muchas enseñanzas de Hipócrates son válidas aún. Este hombre estaba lleno de sabiduría y sentido práctico y de lo que los médicos modernos denominan ojo clínico; decía que por la cara se podía sacar al enfermo y que había que compararla con la de una persona en buen estado de salud. El juramento de Hipócrates ha quedado para los médicos como un emblema del altruismo que debe presidir la práctica de su carrera (¡cuán lejos de Hipócrates y de su honestidad está ahora una enorme cantidad de profesionales!).

Después de Hipócrates, el médico más notable fue Galeno, también griego, pero que ejerció la profesión en Roma. Las enseñanzas anatómicas, diagnósticas y medicinales de Galeno llenaron muchos siglos. Su descripción del cuerpo humano era el evangelio de los médicos hasta que Vesalio, doctor flamenco al servicio de Carlos I y Felipe II de España, publicó su célebre tratado de Anatomía en que echaba por tierra las enseñanzas galénicas. Se descubrió que Galeno no había disecado cadáveres sino monos y que su anatomía distaba de ser exacta.

El cetro de la medicina pasó a los árabes, quienes dieron, al comienzo del segundo milenio después de Cristo, dos médicos sumamente notables: Avicena y Averroes. Ambos eran filósofos profundos y sus enseñanzas fueron válidas hasta muy avanzado

el período histórico de la Edad Media en el que se olvidaron las enseñanzas médicas porque la profesión pasó a ser ejercida por barberos: estos curaban extrayendo sangre a las personas por medio de sangrías y sanguijuelas. Sin embargo, del aprendizaje de los barberos surgió en el siglo XVI un médico genial, fundador de la cirugía moderna y que se llamaba Ambrosio Paré. "Yo le curo las heridas, pero Dios es el que se las sana". El hombre que dio los primeros pasos hacia la medicina verdaderamente moderna se llamaba Teofrasto Bombast Hohenheim, cuyo nombre tan difícil fue cambiado por el más glorioso de Paracelso. Fue precursor en usar sustancias exclusivamente químicas para curar enfermedades, apartándose así del uso general de medicamentos vegetales. Hablaba contra los médicos en todas las universidades y se hizo por ello universalmente antipático para sus colegas.

Un español y un inglés fueron los que descubrieron la circulación de la sangre, destruyendo la falsa creencia de que la sangre estaba constituida por humores que permanecían fijos debajo de la piel. William Harvey, notable investigador inglés, descubrió en el siglo XVII la circulación mayor. El español Miguel Servet había descubierto un siglo antes la circulación sanguínea pulmonar. Por cierto que Miguel Servet murió víctima de las luchas religiosas, quemado en la hoguera por orden del jefe protestante suizo Calvino.

Hasta el descubrimiento del microscopio, la medicina no pudo adelantar debidamente. No se sabe con exactitud a quién agradecer tan importante invento, pero sí se conoce que un conserje municipal de Holanda fue quien lo perfeccionó asomándose por primera vez al mundo animal de lo sumamente pequeño. Antonio de Leeuwenhoek comunicó las cosas maravillosas que observaba a la Real Sociedad Científica de Londres. Un cura italiano llamado Lázaro Spallanzani fue el precursor de las nociones modernas sobre contaminación de los alimentos por microbios existentes en el aire y negación de la llamada generación espontánea.

La gloria de fundar la medicina verdaderamente moderna cupo al químico francés Luis Pasteur, quien a los comienzos del siglo pasado realizó los descubrimientos más asombrosos. Empezó por estudiar las fermentaciones de vinos y cervezas y terminó descubriendo las vacunas contra el carbunco y la rabia. Puso en claro la contaminación de los alimentos y demostró la imposibilidad de la generación espontánea. Luis Pasteur

junto con su contemporáneo el fisiólogo Claude Bernard, es el verdadero padre de la medicina.

APÉNDICE

El artículo anterior lo escribimos hace ya tiempo para ser transmitido por la Radio Nacional. Lo damos a la impresión hoy porque los de *Feriado* están urgidos de material rápido para salir del atasco editorial navideño. Para que todo no sea medicina insertamos unos versos del poeta del 23 de enero, Octavio Montiel.

Negra añoranza

Mi vida se desintegra
si tu ausencia me castiga,
pues tu amor es el que alegra
mi vacío y mi fatiga.

Nuestro amor, preciosa negra,
fue corazón y barriga;
(no me impusiste una suegra)
más que amante fuiste amiga.

Hoy te llamo y no respondes
¿Mi negra, dónde te escondes
con pena para los dos?
Es mi grito una derrota:
¿Qué te hiciste caraota?
¡Voy a morirme de arroz!

DIARIO *EL NACIONAL*, "ESCRIBE QUE ALGO QUEDA".

PASIONES DE LA JUVENTUD

MI AMOR COMO LAS ÁGUILAS PODRÍA SUBIR AL CIELO
SIN TENDER ESCALAS PORQUE MI CORAZÓN TIENE
DOS ALAS Y YO TENGO 20 AÑOS TODAVÍA.

Versos de un poeta maldito, del gomecismo, que no dejan de lucir cierta ingenua grandeza. Todos los que disfrutan de 20 años todavía son capaces de subir al cielo sin tender escalas siempre que alguna pasión noble imprima decidido impulso a sus voluntades. Cuando uno mira a centenares de adolescentes de ambos sexos haciendo ansiosas colas desde la madrugada para poder asegurar su asistencia a programas televisivos de dudosa calidad, no puede menos que preocuparse por el porvenir de esta Patria que fue levantada con tanto sacrificio por Bolívar y demás libertadores.

El deterioro de la cultura y de las sanas costumbres nacionales es un hecho incontrovertible. El rico petróleo nos ha llenado el alma de crudos muy pesados en los últimos 25 años de democracia betancouriana. El ejemplo de los que todo se lo roban desanima a quienes todo lo producen. En la universidad abierta de la televisión nos estamos graduando todos de ciudadanos intrascendentes. Hemos confiado la enseñanza de nuestros hijos a los dueños de los canales 2, 4, 8, y ellos lo alimentan con películas yanquis, música frívola y falsos conceptos de la vida. Las estaciones televisoras no deberían ser órganos de grupos poderosos sino de las propias universidades nacionales, como un complemento de su labor educativa.

Puerto Rico representó el ejemplo más flagrante de yanquismo. Pero la puertorriqueñización de América está fracasando hoy, precisamente, en su lugar de origen; no es ya el recuerdo de Muñoz Marín el que se evoca para "to open la puerta" o "cerrar la door"; están volviendo al culto del nacionalista Alvizu Campos, a la admiración de por su gran pedagogo y patriota Eugenio María de Hostos y a los versos de José de Diego, su eminente poeta:

"Oh, desgraciado si el dolor te abate
si el cansancio tus miembros entumece

haz como el árbol seco,
reverdece como el germen enterrado, late”.

Afirman grupos científicos que la complicación intolerable de la vida actual en los países capitalistas se debe al exceso de población. Han realizado experimentos notables con agrupaciones de ratas, notando que al aumentar excesivamente el número de habitantes aparecen fenómenos que antes no se producían: pleitos, depredaciones, homosexualismo, etc. Todo esto es sin duda verdadero, pero si las ratas se organizaran minuciosamente como lo hacen los países socializados, esos tropiezos se reducirían al mínimum.

El que esto escribe vivió durante el gomecismo en un calabozo de 8 metros por 8 con 35 personas, durante tres años. Era como para que nos hubiéramos destrozado unos con otros. Pero nos salvó la experiencia y buena voluntad de los hermanos Aurelio y Mariano Fortoul, comunistas de militancia en el extranjero, quienes organizaron nuestra vida con pautas democráticas minuciosas y rígidas. De aquella experiencia salimos todos más culturizados y los mejores amigos del mundo. El problema que hoy preocupa a padres y madres es cómo librar al hijo de la corrupción ambiental. Para esto hay una sola respuesta: inculcándole desde niño una pasión noble que lo llene, entusiasme, domine y eleve. Las letras, la música, la ciencia, las humanidades, la política revolucionaria y hasta el deporte. Decimos “hasta” porque hay muchachos que se dicen deportistas pero que nunca practican, excepto cuando suben y bajan las gradas de los estadios, pero se abarrotan con crónicas y anécdotas que les impiden aprender cosas más elevadas.

En la Edad Media llegaban a los extremos de condenar a muerte a los hijos que no seguían el oficio de su padre. Menos mal que a 200 años de la Revolución Francesa, esta práctica eutanásica cayó en desuso. Pero los padres de hoy están en el deber de descubrir desde la primera infancia de sus hijos cuál es la actividad en que puede resaltar y, sobre todo, que lo haga feliz y provechoso para el ente social.

El *Emilio* de Rousseau, escrito hace dos siglos, quizá pueda ayudar a más de un padre; también el Simón de don Simón Rodríguez. “Estimulación para desarrollar su inteligencia”, pero orientada hacia lo que más puede captar el infante. No siempre, pero muchas veces, los padres de los grandes músicos fueron

eminentes profesores o compositores y desde la más tierna edad los incipientes Mozart respiraron la grandeza de su arte.

Suelen decir los peritos que quien aprende a manejar automóvil en su primera existencia siempre lo hará bien y que los que realizan el aprendizaje cuando adultos son pésimos conductores. Usted no puede esperar que el niño pase de los 15 años para enseñarlo a manejarse en la vida. Por evolución de las hormonas el muchacho dócil se transforma en indómito cuando traspasa los umbrales de la adolescencia; todo lo cuestiona entonces y se enfurece de solo pensar que lo están "plastinizando".

En la educación de niños y ciudadanos el estudio de la historia constituye un poderoso programa auxiliar. Un muchacho con buenos maestros en la materia aprende a elevar su espíritu. Y mucho más si logra acceso a la lectura de los grandes clásicos de la historia universal. Quien lea a Jenofonte aprenderá quizá a salir airoso en las empresas de la vida: y en los *Comentarios* de César hallará lecciones de política, sociología, militarismo y literatura. Para nuestro país es una bendición tener un libro como *Venezuela Heroica*, especie de *Iliada* nacional salida de la pluma de don Eduardo Blanco.

Ahora, cuando por el esfuerzo tan altruista de varios de nuestros más destacados intelectuales, las escuelas regresarán al estudio de la Historia Patria, se impone una generación de maestros cultos, apasionados y generosos que se propongan sembrar historia para recoger presente.

DIARIO EL NACIONAL, "ESCRIBE QUE ALGO QUEDA".

LOS TRES VICIOS CAPITALES

EL HOMBRE QUE TOMA MUERE, EL QUE JUEGA
SE ENTRAMPOSA Y EL QUE FUMA CIGARRILLOS
SE ESTÁ CAVANDO LA FOSA.
PARODIA

Mozo, sirva otra copa

Ya el borracho ha dejado de ser héroe para la gente pensante. Ya no se recuerda con admiración a nuestro padre Noé y su famosa e involuntaria rasca bíblica. Ya no se dice ni por juego: si el aguardiente perjudica tu trabajo, deja tu trabajo. La sociedad está haciendo conciencia de lo abominable que es tomar licor en demasía. Se sabe a ciencia cierta que el alcohol mata, no como Canache y Malavé sino más efectivamente: destruye el hígado, degenera todos los demás órganos, degrada moralmente y puede conducir a engendrar descendientes tarados.

Sin embargo ahora se toma más que ayer. La cerveza y el ron se producen en cantidades astronómicas y la importación de bebidas se lleva una lonja de nuestra renta petrolera. Se calcula en 2 millones los alcohólicos ya alcoholizados y su número crece más rápidamente que el número de empleados públicos. Basta asomarse a la semioscuridad de un bar para ver un espectáculo que le hubiera enfriado el alma al propio Dante:

Todos los hombres, locos de bola,
aquí se hacinan en botiquines
echando gritos y oliendo orines
bajo las fauces de la rockola.

Están estudiando que la incontinencia alcohólica pueda ser una enfermedad por la ausencia en el organismo de una sustancia (enzima o vitamina), que afecta especialmente a los que padecen desajustes psíquicos en el presente o que los que han padecido antes, sobre todo cuando niños. Precisamente el secreto de esa benemérita institución que se llama Alcohólicos Anónimos es curar al asociado, brindándole calor y solidaridad humana. Pero se niegan a acudir muchos borrachos por hacer suyo el lema de los carteles jocosos: "Prefiero ser un borracho conocido que un alcohólico anónimo". ¿Por qué el gobierno en

vez de arruinar a los alcohólicos subiéndole los impuestos a la bebida, no disminuye su número limitando la fabricación e importación de la droga? ¿Y por qué no controla sanitariamente su elaboración?

Y la bella Rosalinda se la jugué a un indio bravo

El juego afecta a menos personas que el alcohol pero las destruye socialmente más. El hombre sobrecogido por la pasión lúdica es como un sonámbulo que busca dinero, sea como sea, para jugarlo (y después reponerlo, piensa él, porque está convencido de que en el propio evento saldrá de abajo).

El jugador, desde mucho antes de Dostoievski, no piensa sino en el juego. Ante su pasión no valen nada la familia, el amor, la buena mesa ni los licores. Lo suyo es conquistar el mundo con un solo golpe de dados, en una sola echada de cartas, en la próxima carrera de caballos. Y a propósito de caballos, el último cuadro que este servidor selló fue allá por los años de 1943, si la memoria no me pone peros. Salía de un sellado, acompañado por otra persona, cuando nos tropezamos con el maestro Villalba: "¿Cómo es posible –me dijo Jóvito casi bravo– que también tú contribuyas a la prostitución de nuestro pueblo?". Me impresionó tanto su admonición que jamás volví a poner los pies en un antro del 5 y 6 (lástima que el maestro no haya hecho después parecidas admoniciones a sus amigos de más arriba, Carlos Andrés, Rómulo, Caldera, Herrera Campins, etc., etc.).

Si en el Hipódromo se juegan 13 millones en una semana es casi seguro que 3 de esos millones fueron robados. El único ladrón honorable, mejorando lo presente, que ha producido Venezuela es "El Cumanés", porque no era propiamente ladrón sino jugador, como narra en sus memorias. Cuando daba las cartas, sus contenedores recibían las que él necesitaba que recibieran. Hubiera sido muy eficiente como director de Ipostel. O en el Banco Central, porque también sabe fabricar billetes. Quien tenga la pasión del juego debe ir inmediatamente a que un psiquiatra le practique la cura por hipnotismo. O consultarle con "El Cumanés" para que le enseñe a no perder jamás.

“Fumando espero el cáncer que yo quiero...”

Los cigarrillos contienen por lo menos 15 sustancias venenosas muy activas, como la nicotina, el furfurool y los gases de la combustión. También los venenos que les agregan en la fábrica para que se quemem rápidamente y para que piquen en la garganta pidiendo más. Fumar es un acto de muy mal gusto que pone a hombres y mujeres en un estado de hedor insoportable. Quien este vicio cultive lo primero que debe hacer es abstenerse de fumar en público, para que no se rompa la comunicación con sus semejantes.

A muchas personas le sellan sobre papel de cigarrillos, el pasaporte con destino a la región más transparente gobernada por San Pedro. Quien fuma tabacos puros –dijo por televisión el doctor Merenfeld– tiene un 3% de probabilidades de contraer cáncer; quien fuma pipa un 4%, y quien fuma cigarrillos ¡un 40%!

Es sobrecogedor ver en un hospital anticanceroso a personas que han sufrido la traqueotomía (apertura de respiración por la tráquea a causa de cáncer en la laringe por uso de tabaco), seguir fumando cigarrillos por el hueco que les han practicado. A Walter Raleigh su amante real, la reina Isabel, le hizo echar de la corte cuando llegó de la Guayana Esequiba fumando una cosa horriblemente pestífera que llamaba tabaco. En cambio a Juan Nicot, el embajador francés en Portugal, le fue bien cuando envió semillas de la planta a la reina Catalina de Médicis; hasta su nombre le dieron a la nicotina.

Podemos aguantar cinco días sin beber agua, 50 sin comer pero ni cinco minutos sin respirar, entonces resulta altamente aconsejable no absorber sino aire. En Estados Unidos más del 30% de la población fumadora dejó de hacerlo en los últimos años. Si usted no puede dejar de fumar, use la pipa; aparte de su prestigio presidencial, lo más que llega a producir es cáncer de la boca.

Pero a lo mejor usted es de los que dicen...

—He resuelto desde hoy no fumar más. ¡Ni menos tampoco!

DIARIO EL NACIONAL, “ESCRIBE QUE ALGO QUEDA”.

YO GURT, TU GURT, EL GURT

Es justo que estando el que esto escribe de vacaciones en el estado Lara, rinda un homenaje a la sabia costumbre larense de ingerir masivamente todos los días *lactobacillus cassei*, llamado popularmente suero de leche. Esta generosa Lara, "tierra de áureos días y noches de turquesa", como dijo un poeta nativista, va a competir pronto con las regiones de Bulgaria y el Cáucaso, en donde miles de personas pasan de los 100 años sin haber sufrido ninguna clase de dolores.

Fue a fines del siglo pasado que un sabio ruso, que vivía en París y trabajaba con el gran Pasteur en su renombrado instituto, llamó la atención sobre los beneficiosos efectos del yogurt. Más que haberlos comprobado, él los intuyó. Porque Elías Mecknikov, que así se llamaba el susodicho, era lo que dicen un genio. Ganó el premio Nobel por haber descubierto la fagocitosis, es decir, que los glóbulos blancos de la sangre tienen como función esencial comerse a los microbios. Sostenía que los bacilos lácteos que se crean en la leche cortada, una vez ingeridos por el hombre, mejoran su flora intestinal. Sin esta flora no podríamos vivir.

Pero muchos años después de haber muerto este extraordinario ruso (bolchevique antes de que existiera el bolchevismo), los sabios de diferentes países han realizado extraordinarios descubrimientos sobre las propiedades del bacilo existente en el llamado suero de la leche. En muchas regiones la medicina indígena se hacía eco desde la antigüedad de los maravillosos beneficios del suero. Podríamos decir hoy que a la comercialización de la medicina por las transnacionales del dolor, le ha salido una respuesta justa y contundente: usar suero o yogurt para no enfermarse y poder prescindir de médicos, clínicas y hospitales.

El producto que sirve es el que se hace en la casa, porque el comercial le agregan hasta antibióticos para que no se corrompa y se pueda vender más tiempo. El científico Day, hace ya muchos años, sintetizó a base de suero de vaca una poderosa vitamina que llamó M porque curó con ella la anemia de los monos. Que sepamos, esta vitamina no la venden en el mercado, quizás porque acabaría con las otras. El domingo pasado leímos nosotros en un suplemento médico del diario local *El Impulso*

un interesante informe sobre las últimas investigaciones realizadas por sabios franceses sobre los efectos del yogurt en el organismo humano (Francia es el tercer consumidor de yogurt en el mundo). Por carecer de espacio no diremos sino los tres efectos principales señalados por los científicos galos:

1) Aumenta las defensas inmunitarias, es decir, la capacidad orgánica para luchar contra las enfermedades (¡casi nada!).

2) Disminuye la tasa de colesterol en la sangre, eliminando o disminuyendo el riesgo de enfermedades vasculares (infartos, arterosclerosis, etc.) (una guará, como dicen en Lara).

3) Mejor difusión y utilización del calcio. Esta enfermedad está aquejando hoy a millares de personas, con incidencia sobre la columna vertebral y la movilidad de las piernas.

Conocemos el caso de un alto número de personas de la docencia venezolana que se detuvo en la pendiente hacia la silla de ruedas, ya anunciada por los médicos, con el simple expediente de comprarse una yogurtera, adquisición que tampoco es indispensable porque los llamados bacilos búlgaros crecen con solo estar retirados de la nevera.

Antes de terminar con el yogurt queremos decir que esta nuestra tierra de Lara es verdaderamente extraordinaria. Creemos que se ha conservado así porque todavía no se ha industrializado como Caracas y Valencia, dos pequeños infiernos creados por la civilización adeca-copeyana. Barquisimeto es una ciudad grata, plana, de anchas vías y de muy pocos edificios altos. Las vistas que tiene por la parte del río Turbio son como para dar envidia a los que inventaron el tecnicolor, por la tarde todos estos encantos se adornan con los crepúsculos que fueron capaces de consolar a Bolívar de la derrota de Cerritos Blancos ("bien vale perder una batalla por contemplar los crepúsculos de Barquisimeto").

Volviendo al yogurt, nos atrevemos a hacer un llamado a tantos hombres honestos que tiene Venezuela para que se enteren de la materia y, una vez convencidos por hechos tan evidentes, recomienden el uso diario de los bacilos lácticos como medio de sincerar la medicina y proteger la salud y los bolsillos de los venezolanos, tan maltratados por la política comercial de ciertos laboratorios y de no pocos discípulos infieles del gran Hipócrates.

FUMANDO ESPERO EL CÁNCER QUE YO QUIERO

—¿Vive aquí la señora Enfisema Brown Quial?

—Sí, aquí vive, pero no está en este momento; salió para la farmacia a comprar ácido muriático para hacer unas gárgaras; dijo que enseguida regresaba. ¿Quién la solicita?

—Dígale que aquí estuvo a saludarla su amigo el señor Infarto del Miocardio.

—¡Ah! señor Infarto, ¿no me reconoce? Yo soy Cáncer, el esposo de la señora Enfisema.

—¡Oh! cuánto placer. Es que teníamos tiempo sin vernos. Vine a hablar con doña Enfisema sobre el nuevo precio de los cigarrillos.

—Siéntese mientras llega, y conversemos.

—¿Usted sigue yendo a la Morgue todos los días?

—Todos los días. Y a las clínicas y a los hospitales. Llego cansado a la oficina y la secretaria me dice: "Señor Miocardio, aquí tiene cuatro llamadas de casos particulares". "Estoy muy cansado —le respondo—, dile que les pongan adrenalina mientras yo me llevo por allá".

—Y a usted, señor Cáncer, ¿cómo le va?

—Digamos que muy bien. Mucho trabajo, pero ahora con el Mapurite estoy descansando un poco. Personas que estoy vigilando desde hace cinco años en que se les inició la cosa, se pusieron a tomar Mapurite y por ahí andan muy tranquilas. También el Interferón ayuda. Yo no soy tan malo como dice el doctor Merenfeld; solo me llevo a los que ya no pueden con su alma.

—¿Es verdad, amigo Cáncer, que hay unas máquinas electrónicas alemanas que detectan su enfermedad y ellas mismas marcan el remedio que se debe administrar?

—Es verdad, doctor Infarto. Yo he visto con esos aparatos curaciones que parecen milagrosas. Y en afecciones del corazón, ¿tenemos algo nuevo?

—Sí. Han descubierto que la principal causa del infarto es el stress. Hicieron dos grupos de personas: A y B. En el A catalogaron a todos los tipos tranquilos, sin desmedidas ambiciones ni odios mortales. Y en el B pusieron a los apasionados, ambiciosos que estaban embarcados en dura y desigual competencia por la vida. En el grupo A de los tranquilos casi no hubo ataques

miocárdicos; en cambio en el apasionado grupo B se notó una incidencia grandísima.

—Precisamente, señor Miocardio, aquí llega Enfisema. No le haga caso a la perrita, se llama Asma pero no muerde.

—¡Señor Miocardio! ¡Cuánto placer en verle! Su visita me cae como pedrada en ojo de boticario, porque estamos organizando un acto público para la semana entrante. Ya alquilamos un local en el Ateneo que nos lo pagan los laboratorios. La música la van a poner las fábricas de cigarrillos y los refrescos y demás irá por cuenta de las industrias de cervezas y licores. Va a ser lo que llaman en Suiza una *kermesse*. Espero, don Infarto, que usted tomará la palabra y hasta hará varias demostraciones de sus poderes.

—Encantado, doña Enfisema, usted sabe que nosotros unidos siempre venceremos.

—Le agradezco su colaboración. Todas las muchachas de la farándula se están preparando para participar. Las hermanas Algía: Cefalalgia y Gastralgia son de las más entusiastas. Lo mismo las Itis: Hepatitis, Faringitis, Artritis y Pancreatitis. El maestro Diabetes abrirá el acto con *La Danza Macabra* de Camilo Saint Saens, nuestro gran amigo y benefactor. Representaremos luego *Eran las 3 de la tarde cuando mataron a Lola*. Hablarán los médicos brasileños y norteamericanos que liquidaron a Tancredo Neves. Se escenificará un pequeño pasaje del *Médico a palos* de Molière. Las farmacias han ofrecido contribuir con mil bolívares cada una y las clínicas con 2 mil. Actuará un orfeón compuesto exclusivamente por enterradores del Cementerio General del Sur.

—Presentaremos una ponencia del doctor Pedro del Corral sobre las dolencias mortales que aquejan a Copei; y otra de Canache Mata sobre los días que le faltan por vivir a Acción Democrática. La doctora Angina de Pecho disertará sobre el poco aire que les queda ya a las izquierdas. Se pasarán en la pantalla gigante una tomografía computarizada y un electrocardiograma láser de cada uno de los presentes, deduciendo por computadora la fecha aproximada en la cual han de pelar gajo. Rifaremos 200 sillas de ruedas, 500 marcapasos y cinco botellas de insulina.

—¡No se pierda de este magno evento. Ríase de la muerte y contribuya! Las entradas están a la venta en los cementerios del Este y el Sur, en la Morgue de Bello Monte y en la Funeraria Vallés. ¡Y a los gordos se le hará mitad de precio!

EL DÍA DE LOS MUERTOS

SERÍA AQUEL DÍA DE LOS SANTOS DIFUNTOS CUANDO PABLO NERUDA
SINTIÓ LA INSPIRACIÓN DE LA MELANCOLÍA Y MIRÁNDOSE
EN EL CIELO ESTRELLADO DIJO: "PUEDO ESCRIBIR
LOS VERSOS MÁS TRISTES ESTA NOCHE".

Día de los Muertos sería también cuando Rubén Darío nos obsequiara este dístico consolador: "La muerte es de la vida inseparable hermana; la muerte es la victoria de la progenie humana".

En el Día de los Muertos que acaba de suceder, Lorenzo Batallán, redactor metafísico de El Nacional, agotó en un solo artículo la suma teológica de la ultratumba y después de ello no queda sino hablar de los muertos que no lo son, de los difuntos que siguen respirando, y dar la razón así al otro poeta que expresó: "Muertos son los que tienen muerta el alma/ y sin embargo viven todavía".

En este último Día de los Muertos fue sepultado en urna electoral el cadáver viviente de Gerard Ford. Murió porque el competidor tenía un mejor Carter y porque él fue el guarda-fangos de Nixon y el parachoques de Kissinger. Además pasaba el aceite (de la OPEP), tenía la chispa atrasada y su batería no mandaba.

Al despeñarse por el precipicio de la opinión pública dejó siete millones de desempleados, una inflación en aumento, una guerra en el Líbano, un polvorín en África, el derrumbe nacional de Inglaterra y de Italia y más de diez dictaduras terroristas en América Latina.

Nunca un doctor hizo tanto como el doctor Kissinger (alemán de Alemania) para empañar la imagen externa de su país adoptivo. Olvidó este príncipe Metternich de la democracia, este Marcusse de la política activa, que Estados Unidos es la combinación indispensable de Wall Street con la estatua de la Libertad y que solo con democracia pueden parapetear al mundo ante los empujes del socialismo.

Pero he aquí que el doctor Kissinger era muy liviano de cascos en eso de implantar dictaduras por la acción clandestina del espionaje, olvidando sus estudios profesoriales de que la

democracia es, teóricamente, la razón de ser de la burguesía. Pericles en Atenas dio su nombre al siglo, "el siglo de Pericles", porque sabiendo mandar con tal disimulo que ni siquiera cargos tenía, realizó el esplendor de la nación. Franklin Delano Roosevelt, el ilustre paralítico, se hizo reelegir tres veces como presidente de los Estados Unidos porque nunca convirtió su silla de ruedas en carro de guerra. Y, guardando las distancias, Rómulo Betancourt ha dominado durante 30 años en la política venezolana porque es partidario de "la acción democrática" y el que vende ilusiones es como el que trabaja con agua, nunca pierde.

Carter ha dicho que este maní del trato suave a las dictaduras no va a seguir y que corregirá el tremendo error de Kissinger (su error suramericano) de conceder al Brasil el trato de nación más favorecida en lo político, en lo económico y en lo militar, empujándolo a avasallar a sus vecinos que son todas las naciones suramericanas. Si Carter cumple, cuando el profesor Kissinger regrese a su cátedra de Harvard para llorar su antiguo esplendor, las dictaduras del sur perderán su norte, su Norteamérica, y el Cono Sur podrá escribirse sin tilde en la n y sin treinta muertos diarios, como por ejemplo, en la Argentina.

Los muertos se diferencian de los vivos en que los vivos apagan velas en sus cumpleaños y a los muertos les prenden velas en su happy day to you.

La muerte ha sido llamada la suprema niveladora, pero falsamente, porque ni siquiera al cementerio ha llegado la reforma agraria: la parcela del rico es grande y opulenta y es pequeña y triste la del pobre.

Rubén Darío cargaba en su maleta cuatro grandes velas y cuando dormía por la noche en el hotel, las prendía alrededor de la cama. Los poetas parecen reacios a dar el paso al más allá, aunque hubo uno que dijo: "Que haya un cadáver más, ¿qué importa al mundo?". Comentan que Goethe entrevistó el infinito porque cuando estaba agonizando gritó: "¡Luz, más luz!" (Desgraciadamente el camarero abrió la ventana y el poeta no pudo seguir).

Otro poeta bohemio de Estados Unidos, especie de Edgar Allan Poe de provincia, resolvió suicidarse, pero antes vendió su necrología por veinte dólares al director del periódico local con el compromiso de autoeliminarse antes de tres días. Pero pasó el plazo y el director impaciente, lo perseguía de tugurio

en tugurio conminándole a hacer honor a su palabra, hasta que el poeta lo denunció ante el sheriff y este lo metió en chirona por incitar al crimen, dejando libre al bohemio que se fue con su necrología a venderla en otro pueblo.

A veces, ante la proximidad de la muerte, decimos la verdad. La respetable y aristocrática solterona se sintió morir y fue al taller del marmolista con el fin de ordenar la losa para su tumba. A las vírgenes –le explicó el marmolista- les hacemos una losa de flores blancas, y a las que no lo fueron les ponemos flores rojas.

A mí –dijo la honrada dama– me pone flores blancas y una florecita roja de vez en cuando...

DIARIO *EL NACIONAL*, "¡QUÉ TIEMPOS AQUELLOS!"

EL MOVIMIENTO CONTINUO

La dialéctica materialista dice que nada puede existir sin movimiento, que el movimiento es el modo eterno de ser de la materia. Si eso es así y así eso es, ¿por qué no existe el llamado "movimiento continuo"?

Por siglos y siglos, decenas y decenas de miles de hombres han tratado de construir un artefacto que se mueva por sí mismo y produzca energía. Hasta hoy esos aparatos parecen destinados a no dar vueltas sino en la cabeza de quienes los están inventando. Hacer una palomita, dice la sentencia popular, es una facilidad; hacerle el pico y que coma, esa es la dificultad. Desde que Villard de Honnecourt, constructor de catedrales góticas, dibujó una célebre rueda que nunca llegó a funcionar, han brotado ocho siglos de artilugios verdaderamente ingeniosos; mas a la hora de hacerles el pico y que coman, ha estallado la dificultad. En el Museo de la Escuela de Artes y Oficios de París y en el *Deutsche Museum de Munich* se puede admirar el pasmoso derroche de ingenio y angustias que costó a hombres abnegados crear toda una multitud de aparatos inservibles.

Cuando vino la era del petróleo y la madre tierra abrió sus entrañas para brindar energía y envenenarnos el aire, la dolorosa búsqueda del movimiento continuo se descontinuó. Hasta entonces había sido tal la avalancha de solicitudes que las oficinas de patentes, perturbadas en su trabajo, resolvieron no admitir ninguna petición que no fuese acompañada del aparato debidamente funcionando. Ante menuda pretensión, los buscadores del gran invento comenzaron a recatarse y más cuando los psiquiatras la dieron por incluir en su sintomatología el llamado "síndrome del movimiento continuo", delirio paranoide que suele afectar a determinados pacientes.

Se puede decir que no hubo hombre importante en los siglos pasados que no pagara su tributo al movimiento perpetuo. Sabios, clérigos, nobles, artesanos, obreros, militares, jueces, médicos y hasta mecánicos, gastaron su sustancia gris ensayando con todas las materias y con todas las leyes de la naturaleza. La gravedad, el mercurio y los imanes fueron los más cortejados. Los periódicos de Europa traían todos los días un

nuevo anuncio de movimiento continuo. Hasta un gobernador de la vecina isla de Trinidad cayó en el señuelo fabricando un ingenio movido con fuelles.

Leonardo da Vinci, el águila que avizorara casi todas las invenciones modernas, dejó dibujos que muestran la posibilidad de resolver el problema empleando la presión hacia arriba que ejerce el agua desde los mismos tiempos de Arquímedes. Leibniz dijo que la imposibilidad del movimiento perpetuo era sencillamente un axioma. En cambio, su contemporáneo y amigo el gran matemático Bernuolli lo consideraba científicamente posible. Descartes opinó que en el vacío un móvil podría conservarse perpetuamente. Lázaro Carnot tronaba contra los "buscadores". Cardán, Fontana y Fulton estuvieron siempre con el movimiento.

Pero lo más asombroso en la historia del movimiento continuo es que, sin lugar a dudas, un hombre lo inventó allá por los años de 1715, cuando Newton acababa de lanzar su famosa teoría del movimiento continuo universal. Se llamaba Jean Ernst y le decían Orphireus. Era alsaciano y había sido pichón de cura, aprendiz de pintor y pasante de medicina. Fabricó cuatro ruedas y todas se movieron diligentemente. La última y más grande fue encerrada, ante testigos, en una habitación del Castillo del Langrave de Hesse Cassel y a los dos meses, cuando abrieron las puertas precintadas, hallaron la rueda girando plácidamente. La noticia corrió por Europa y una caravana de sabios, arquitectos y rectores de universidades desfiló por Hesse Cassel. Era capaz de levantar un peso de 70 kilos a una altura de cinco metros, lo que quiere decir que en 24 horas producía energía como para elevar verticalmente un automóvil de 2.500 kilos a una distancia de 200 metros. En 12 horas más lo subía a la azotea del *Empire State Building*. Hay que ver la cantidad de barriles de petróleo que se necesitarían para hacer esta operación.

Orphireus pedía una fortuna por revelar el secreto y en aquella época en que los rñolinos de viento bastaban para lo que había de mover, nadie se animó a darle la fortuna. Pero hoy, quien hiciera la rueda de Orphireus, si no es un desinteresado, tendría que pedir una fortuna mayor que la de Morgan y Rockefeller juntos. Esa rueda pondría fin a la era del petróleo y a su producto más refinado, el capitalismo imperialista. Sería el réquiem para la OPEP.

A lo mejor, la patente del nuevo *self-motor* la compran Kadafi y el Sha de Persia combinados, como compraron la Mercedes Benz y la Fiat. A lo mejor es la General Motors para inundar campos, ciudades, casas y fábricas con energía gratis.

"No pague gas. No pague luz. No gaste combustible. Use los *self-motors* de la *General Self Motors* y vivirá feliz".

DIARIO *EL NACIONAL*, "¡QUÉ TIEMPOS AQUELLOS!".

LA PALABRA PÚBLICA

DISCIPLINAR A LOS HOMBRES Y PURIFICAR

LAS INSTITUCIONES

Pidió Kotepa Delgado en el acto de los 50 años de la Generación del 28: "No permitamos que el humo de los automóviles nos impida ver y custodiar los dos tesoros más grandes que tenemos: un pueblo y una historia". El siguiente discurso fue pronunciado el 9 de febrero de 1978 por el escritor, periodista y humorista venezolano Francisco "Kotepa" Delgado, en el Aula Magna de la Universidad Central de Venezuela con motivo de cumplirse 50 años de la generación del 28.

Honorable señor Rector de la ilustre Universidad Central de Venezuela.

Honorables miembros del Consejo Universitario.

Altísima y serenísima sacra real majestad Beatriz Primera, reina de los estudiantes del 28.

Camaradas de mi generación estudiantil.

Compañeros de la Asociación de Profesores de esta universidad.

Compañeros de la Asociación de Empleados Administrativos de la UCV.

Compañeros de la Federación de Centros Universitarios.

Respetable señor Director de Cultura de esta universidad.

Estudiantes aquí presentes.

Señoras, señores.

Por primera vez en mi vida voy a pronunciar un discurso de orden –los pocos discursos que he dicho desde 1928 a esta parte han sido discursos de desorden–, condenando un estado de cosas que siempre ha repugnado a mi conciencia de hombre y a mi corazón de venezolano. Podría hacer como aquel sacerdote, el padre Cardonnel que cuando asistía a un congreso católico fue preguntado por los reporteros: "Monseñor, ¿cómo cree usted que se debe celebrar la próxima cuaresma?". Y monseñor sin pensarlo mucho respondió: "La próxima cuaresma debe celebrarse con una huelga general bien planificada que haga saltar al sistema. Eso es lo grato a los ojos de Dios".

Sin embargo, no esperen monseñor ni los aquí presentes que vaya yo a pronunciar diatribas contra ninguna persona: ellas

repugnan a mi ánimo y no se compadecen con la solemnidad de este acto ni con la presencia de tan numerosas personalidades.

¡Compañeros de la generación del 28! Sangre de la sangre de muchas generaciones, cruce humano de los caminos de un pueblo, voz de tres razas candentes que forjaron con odio y con amor la greda de nuestra tierra indómita, corazones que nos legaron los que se fueron con Bolívar por América a descabezar virreyes. Hemos venido aquí a reencontrarnos con la historia, contribuir con nuestra luz vespertina a que se enciendan los dormidos caminos de la Patria. Hace 50 años los dioses nos escogieron para que, a riesgo de nuestras vidas, borráramos del mapa venezolano la palabra "salvajismo".

Éramos entonces 250 héroes juveniles que habíamos egresado de las páginas de *Venezuela Heroica*. Doscientos cincuenta potros que ya no cabíamos en el escudo nacional. Lo más puro que en aquellos momentos podía ofrecer la Patria en inmola-ción para recobrar la libertad.

Presentamos batalla al tirano cubriendo con una boina azul el huracán que bramaba dentro de nuestras cabezas. Y como un homenaje al gorro frigio que José Félix Ribas lucía en La Victoria cuando los 600 estudiantes que lo acompañaban contra Boves, echaron pie a tierra, fusil en mano, y en un solo día memorable entraron por la puerta de la muerte al panteón de la gloria.

Dante, el gran poeta del medioevo, se hizo acompañar por su gloriosa Beatriz para visitar el paraíso celestial; permitid-me que solicite la guía espiritual de nuestra gloriosa Beatriz Primera para echar una breve mirada retrospectiva al infierno gomecista. Constaba este infierno de 20 círculos concéntricos que giraban todos alrededor de un centro de fuego que estaba situado en la ciudad de Maracay. Belcebú había tomado el nombre de Juan Vicente Gómez y sus 20 diablos principales gobernaban en los 20 estados de la República. Los diablos regionales eran tan temibles como el diablo central. Sus nombres solamente hacían persignarse de terror a las gentes sencillas.

Al jefe de todas las potestades lo llamaban "el general", y cuando el general decía "¡Anjá!" desde Maracay, el eco de su anjá, anjá, anjá, retumbaba por todo el país y ¡ay! de quien no se inclinara reverente para decir "¡anjá!". Era una monarquía campesina y todos sus jefes eran geófagos: se habían engullido 600 mil hectáreas de tierras baldías y tragado los mejores terrenos laborales. El señor feudal no podía vivir sino entre vacas, o a

la sombra de sus matas de café, o mirando sus bueyes gordos cuando eran comerciados por sus campesinos flacos.

Todas las tardes el patriarca rural se sentaba en el barrio Las Delicias de Maracay, rodeado de sus áulicos, y allí iban a rendir pleitesía los más connotados hombres de la inteligencia venezolana. Grandes historiadores (Gil Fortoul, Vallenilla, Arcaya), grandes poetas (Andrés Mata, Carlos Borges), grandes prosistas (Manuel Díaz Rodríguez, Pedro Emilio Coll), y todos los otros bellacos de Venezuela que apoyaban en busca de migajas, la escandalosa entrega que Gómez hacía de nuestro petróleo a los imperialistas norteamericanos e ingleses. Los tigelinos de este Nerón que no sabía pulsar la lira estaban diseminados por los cuatro confines del reino dictando sentencias de prisión, tortura y muerte. En las cárceles habían sucumbido los políticos, en el exilio envejecían los opositores y en las carreteras seguían muriendo por centenares los obreros y campesinos.

Había dicho Sacha Yegulev: "Cuando un gran pueblo sufre, todos los espíritus que tienen algo de noble marchan impertérritos al sacrificio". Respondiendo al llamado de nuestro gran pueblo que sufría, fue que más de 250 estudiantes nos lanzamos a la protesta que bullía en la cabeza de todos los venezolanos. El día 6 de febrero comenzó aquello que había de convertirse en una pequeña revolución francesa venezolana. En una mañana fría pero luminosa, Jóvito Villalba y Joaquín Gabaldón Márquez, con valentía que los honra, asomaron en sus discursos las primeras protestas. Por la noche, en la coronación de Beatriz I, reina democrática de los estudiantes aquí presentes, Pío Tama-yo, un indio tocuyo él, ametralló a la tiranía desde el escenario del Teatro Municipal, pidiendo en un hermoso poema lo que todos queríamos: ¡libertad! También Rómulo Betancourt, es justo decirlo, atacó a la tiranía en frases veladas cuando pronunciara una conferencia en el Teatro Rívoli.

"Para mis enemigos tengo la muerte de agujita", había escrito con lápiz, en un cuaderno escolar a rayas, la mano criminal de Juan Vicente Gómez. Cuando los estudiantes le dirigieron una carta masiva, pidiendo la libertad de los que habían caído por la celebración de la Semana del Estudiante, Gómez no se decidió por la muerte de agujita sino por enviarlos a todos en calidad de presos a las mazmorras del castillo de Puerto Cabello.

Pero sucedió lo que no contemplaba Gómez en su cuaderno escolar de apuntes. Todo el país se conmocionó profundamente

por la prisión de los estudiantes en Caracas y Valencia, las masas urbanas entraron en la historia moderna declarando la huelga general espontánea y batiéndose a piedras con la policía gomecista. La clase media, los intelectuales y profesionales, los empleados de comercio y las mujeres del hogar fueron sobrecogidos por una explosiva indignación patriótica que asombró a la dictadura, hasta tal punto que ordenó la libertad de los estudiantes. Sin embargo, como está escrito que los generales mueren en la cama, hubo que esperar hasta 1935 para recoger los frutos sembrados en 1928.

En este medio siglo hemos visto a la Patria debatirse en la postración conflictiva en que suelen vivir los pueblos débiles. Dos grandes grupos internacionales encabezados por la *Creole* y la *Shell* y en alianza con grupos financieros venezolanos y con los dos partidos llamados del estatus, dominan completamente la vida financiera, intelectual, moral, política y social del país. La oligarquía y las multinacionales se llevan el 79% de las entradas venezolanas y no dejan al resto de la población sino un 21%. De 100 mil millones que tuvimos el año pasado como Producto Territorial Bruto, la oligarquía y las multinacionales se apoderaron de 79 mil millones. Bien vale lo que gastan en agentes secretos y públicos, en revistas, en programas de radio y televisión, etc., etc.

A los 50 años de aquel día memorable en que el tirano poderoso y su enriquecida cohorte de concusionarios nos vieron desfilar inermes frente a las sangrientas bayonetas para decir no a un estado de cosas que ya clamaba la venganza del cielo, quiero hablar claro pero con mesura, queremos hablar recio pero sin estridencias, queremos decirlo todo pero dentro de la mayor consideración para las opiniones ideológicas y partidistas de nuestros conciudadanos, pues solo nos guía el amor a la tierra que nos vio nacer y la solidaridad con los hombres y las mujeres que sobre ella aman, sufren y trabajan.

En estos 50 años Venezuela ha progresado poderosamente. Ya la nación no es aquel conglomerado gomecista de campesinos palúdicos y de trabajadores urbanos sin fuerzas ni para sostener sobre sus cabezas los sombreros de pajilla. De 50 industrias ayer, hoy tenemos 2 ó 3 mil, y los 100 mil obreros de cuando el gomecismo, se han convertido hoy en 2 a 3 millones. Los depósitos bancarios de hoy en un solo día sobrepasan los

depósitos bancarios de un año de la época floreciente de Juan Vicente Gómez.

De 300 millones en presupuestos anuales, hemos pasado a los 42 mil millones. El Producto Territorial Bruto ha crecido 100 veces y la entrada *per cápita* de Venezuela (que hoy está alcanzando los 100 mil millones) es la mayor de la América Latina. Con petróleo, hierro, carbón, aluminio y energía eléctrica tan abundantes, Venezuela está llamada a convertirse en un complejo industrial tan importante como el de Detroit en Estados Unidos o como el de Dnieper en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Pero el progreso económico ha lesionado y está lesionando profundamente nuestra identidad nacional, conquistas intelectuales y morales que han constituido el orgullo de los venezolanos. Las tradiciones patrias que son el venero de la emulación nacional, ya no electrizan a nuestra juventud que sabe más de Superman que de Simón Bolívar y más de las guerras de las galaxias que de las guerras de la Independencia. A través de ciertas publicaciones y de la radio y la televisión y del lenguaje, los libros, las doctrinas religiosas, estamos sufriendo una invasión de ideas extranjeras que en nada nos ayudan a conservar y mejorar los principios de nuestra nacionalidad. Pero no solo en los conceptos, las convicciones y las costumbres se ha deteriorado la nación. "La patria –dijo alguien– es un pedazo de tierra bajo un pedazo de cielo", y he aquí que este pedazo de tierra en que nos toca vivir se ha arruinado ecológicamente, quizás como el de ninguna otra nación del globo terrestre.

En este medio siglo han desaparecido más de 10 mil ríos y quebradas y están en agonía nuestros dos lagos más importantes: El Arauca vibrador, héroe poético de nuestro segundo himno nacional, está definitivamente seco. Los campos han sido inhumanamente talados, quemados y abandonados. Venezuela, que vivió 300 años de la exportación de alimentos, es hoy el mayor importador de productos agropecuarios en la América Hispana. De no emprenderse una rápida y decisiva acción para conservar nuestro medio ambiente y crear en la ciudadanía una poderosa conciencia ecológica, será un desierto industrializado lo que hereden dentro de 50 años las generaciones que nos sucedan.

Si es verdad que la riqueza nacional ha aumentado tremendamente en este medio siglo, gracias sobre todo a la

extracción inmisericorde del petróleo, no es menos cierto que dicha riqueza sigue mal repartida. Dos millones de venezolanos están participando en el festín de Baltasar mientras 10 millones menos afortunados yacen con salarios inferiores a los 30 bolívares, alojados en habitaciones precarias, víctimas de pésimos servicios públicos y enfrentados a una inflación de precios cada día más despiadada. Según nuestros economistas, las clases oligárquicas y las compañías multinacionales se apropian de un 60 de las entradas anuales. También las clases menos favorecidas, así como nuestros profesionales, técnicos, sufren por la inmigración extranjera indiscriminada y hasta ilegal que hoy está copando la mano de obra y ayer se apoderó de las mejores posiciones económicas del país.

Pero en donde se contempla el más doloroso panorama nacional es en el estado de nuestra niñez, de nuestra adolescencia y de nuestra juventud. Quinientos mil niños tarados y 50 mil jóvenes se incorporan anualmente a la delincuencia, las drogas y la vagancia. Casi medio millón de alcohólicos y drogómanos arrojan las estadísticas. Frente a estas cifras tan desconsoladoras nos encontramos con una educación más desconsoladora todavía. De 100 mil muchachos que en este año aspiran a conseguir cupos universitarios, solo 16 alcanzaron calificaciones sobresalientes y el resto obtuvo el inverosímil promedio de 11,5 puntos. Los medios de comunicación en vez de emplear todo su tiempo en sacar a nuestra juventud de ese atolladero, distraen sus espacios en otros menesteres. La televisión, el medio más poderoso, sirve telenovelas insulsas, relatos macabros y tantas otras cosas que dejan huellas negativas en el alma de nuestros jóvenes y niños. Grandes y pequeños leen hoy menos, porque se les aparta en todas formas de la cultura; el precio de los libros, por ejemplo, está por las nubes como si fuera el de repuestos para automóviles o el de la botella de whisky que sirven en las discotecas.

Condenamos asimismo la corrupción reinante en Venezuela. No solo la administrativa sino también la que se ha apoderado de buena parte de la población. El hampa constituye la corrupción extrema, violenta, desesperada, pero junto a ella se ha desarrollado en miles de venezolanos consumistas, una fiebre por apoderarse de los dineros ajenos, públicos y privados con el solo afán de derrocharlos en automóviles, vestidos, paseos, bares, francachelas y en aparatos domésticos de todas

las marcas y de todos los tamaños. Olvidamos que estamos en el Tercer Mundo y que solo en América Latina hay 100 millones de personas que viven al borde de la inanición. Desde el fiscal de tránsito que culmina exitosamente su día efectuando 10 mordidas de dinero, hasta el alto funcionario que vende los intereses de la colectividad por una comisión de millones; desde el buhonero que duplica sus precios de una semana para otra hasta los grandes industriales y comerciantes que compran sus mansiones y sus yates con los sudores del consumidor; desde el funcionario judicial que falsifica sentencias hasta el líder que adultera líneas políticas, absolutamente todos, están sumiendo al país en el lodazal de la inmoralidad.

A los ingredientes desconsoladores que aquí hemos reseñado se suma uno que es quizás atávico en nuestra manera de ser: el desorden universal de los venezolanos. No tenemos disciplina ni para hacer una cola de espera, arrojando los papeles en el suelo como si las calles fueran depósitos de basura. No respetamos las señales de tránsito ni el derecho de los demás conductores y mucho menos el de los peatones. Los automóviles aparcan en las aceras como un hecho natural y los motociclistas en su mayoría no respetan flechas, aceras ni las reglamentaciones contra el ruido y la contaminación. Cruzar una calle constituye hoy una acción arriesgada y valiente. Tampoco nos ocupamos de cuidar las dotaciones inmobiliarias en las escuelas, los hospitales y las oficinas públicas. Los ciudadanos no se ocupan como en otros países de denunciar las irregularidades, porque de tanto suceder, esas irregularidades ya les parecen normales; además, si las autoridades policiales son ineficientes para castigar y evitar los detalles mayores, mucho más ineficientes se muestran respecto a las pequeñas infracciones, quizá porque tienen la orden electoral de no disgustar a los ciudadanos.

En resumen quiero expresar que abogamos por una acción plena de identidad venezolana, en cuya preocupación fundamental está la conservación del medio ecológico, el mejoramiento de las clases que trabajan, la atención inaplazable a los problemas de la educación y la lucha por desterrar la corrupción pública y privada antes de que se convierta en una metástasis incurable.

¡Compatriotas! Os pedimos a todos que intervengan masivamente en la marcha diaria del país, cada uno en el medio que lo rodea, para disciplinar pacientemente a sus hombres y para

purificar las instituciones. Exhortamos a los jóvenes, principalmente, a que sacudan ese lastre de banalidad en que hoy los envuelven y tomen el puesto que les corresponde para hacerse hijos dignos de los que nos dieron esta nacionalidad.

Así como nosotros insurgimos contra Gómez, cuando la Patria nos lo reclamaba, así os rogamos que insurjáis vosotros contra el monstruo moderno de los países en desarrollo: la civilización mal entendida, la civilización como medio de acabar con la identidad de los pueblos. ¡Venezolanos todos aquí reunidos! No permitamos que el humo de los automóviles nos impida ver y custodiar los dos tesoros más grandes de la historia que tenemos: un pueblo y una historia.

DISCURSO SOSTENIDO EN EL AULA MAGNA
DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA,
CON MOTIVO DE LA CONMEMORACIÓN DE LOS 50 AÑOS
DE LA GENERACIÓN DEL 28.

ÍNDICE

Nota editorial	5
KOTEPA por Igor Delgado Senior	6

—|—

UN FERVOR LLAMADO VENEZUELA	40
Un Bolívar para el pueblo	41
Nacido para pelear	44
Espejo de gobernantes	46
La primera campaña electoral que hubo en Venezuela	49
Sobre héroes y tumbas	52
La Delpinada, burla sangrienta a Guzmán	55
La corrupción y el enriquecimiento ilícito	57
Dos empréstitos bochornosos	60
El fusilamiento del Congreso	63
Hacia una democracia de cristal	65
Isaías Medina Angarita	68
Un barco petrolero amenaza cañonear a Venezuela	71
Acto incultural	74
Tomografía computarizada de la Generación del 28	77
Recuerdos de la dictadura gomecista	80
Reflexiones sobre la muerte de Víctor García Maldonado	83
Recuerdos de navidad	86
Desagravio a nuestros grandes escritores	89
Historia de un año que hizo historia	92
La intromisión extranjera en Venezuela	95
Aquel 23 de enero	98
Homenaje a Leoncio Martínez	101
El Último Primero de Mayo	102
¿Sobrevivirá Venezuela a esta guerra del capitalismo salvaje?	104
Cinco grandes del periodismo	106
Periodismo del bueno, periodismo del malo	109

Ley contra la corrupción de las pruebas	112
Recuerdos de Duaca	115
El automóvil en Venezuela	118
La muerte de Adalid Primera	120
Prólogo al libro <i>Las artes y los oficios</i>	122

—II—

DOS RELATOS CARCELARIOS	124
Manuel Lorenzo Maldonado	125
El delito de ser loco	129

—III—

HUMORISMO EN PROSA Y EN VERSO	143
Diálogo de dos cómicos de la lengua	144
Grandes telenovelas la percusia	146
Versos leídos en homenaje a María Teresa Castillo	147
¿Qué es el carisma?	150
Cuando Aquiles Nazoa llegó al cielo	152
La reláfrica de Simón	158
Parodias poéticas	161
Solo para autores en búsqueda de prólogo	166
¿Qué es un intelectual?	168
Gardelianos de todos los países, ¡juníos!	170
Las madres que más se nombran	172
Romance de la niña pobre que se casó con un yanqui	175
Carta al director, navidades en la isla del tigre	178
Reseña alegre sobre algunos presidentes de	182
Venezuela Breve ojeada al humorismo venezolano	185
Amor con humor se paga	188
Humorismo político venezolano	191

–IV–

MUNDO Y POLÍTICA	194
40 años de Hitler a Reagan	195
Deuda que no has de beber, déjala correr	198
Los corruptos de México	200
Yo soy de la CIA, tú eres de la CIA, él es...	203
“La América toda existe en nación”	206
Inflación, divino tesoro	209
El pueblo que nos Libertó se está muriendo	211
El poder del cuarto poder	214
El imperio mundial de las comunicaciones	216

–V–

PERSONAJES QUE HICIERON HISTORIA	220
Negro pero de ojos azules	221
Carlos Marx, rey de los mares	223
Ciudadano del mundo	226
Flora Tristán	229
Jorge Dimitrov, hoy más vigente que nunca	232
La infamia universal de la historia	234
Margarita, está linda la mar...	236
El padre de la inflación	239
Las glorias del diccionario	242

–VI–

EL HOMBRE FRENTE A SÍ MISMO Y SU INVENTIVA	244
La eterna juventud	245
Breve historia de la medicina	248
Pasiones de la juventud	251
Los tres vicios capitales	254
Yo gurt, tú gurt, él gurt	257
Fumando espero el cáncer que yo quiero	259

El día de los muertos	261
El movimiento continuo	264

—VII—

LAPALABRA PÚBLICA	267
Disciplinar a los hombres y purificar las instituciones. Discurso de Kotepa al conmemorarse 50 años de la Generación del 28	268

Escribe que algo queda,
se terminó de editar en formato digital
en la República Bolivariana de Venezuela,
en el mes de abril de 2021





Por primera vez se publica una selección de artículos y textos de Kotepa Delgado, figura descollante del periodismo y el humorismo del siglo xx venezolano. La labor periodística de Kotepa se caracteriza por una indeclinable posición política signada por los principios socialistas, la salvaguarda de los valores de la Patria con el ejemplo de Bolívar en la cúspide, la defensa del pueblo y sus luchas incansables, la persistencia del mensaje moral, la identidad e historia de Venezuela y los nexos raigales que nos vinculan a su destino, las injusticias mundiales y las amenazas capitalistas; y también los eternos temas de la salud, la cultura, la educación, el equilibrio ecológico y la grandeza o nimiedad de personajes famosos.

Kotepa Delgado, o Francisco José Delgado (Lara, 1907-1998). Integrante de la Generación del 28, fue encarcelado por el régimen gomecista durante cinco años en la Colonia de Trabajos Forzados de Araira, el Castillo de Puerto Cabello y la prisión de La Rotunda. Cofundador del Partido Comunista de Venezuela (1931). Codirigente de la primera huelga de los obreros petroleros en el país (1936). Fundador de *El Morrocoy Azul* junto con Miguel Otero Silva y Carlos Irazábal (1941), *Últimas Noticias* (1941), la revista *Actualidades* y su periódico humorístico *El Gavilán Colorao* (1955), *La Pava Macha* (1963), *El Infarto* (1966) y *La Sápara Panda* (1969). Columnista en el diario *El Nacional* de "¡Qué tiempos aquellos!", "¡Qué tiempos ahora!" y "Escribe que algo queda" (1973-1998), y colaborador del diario *El Carabobeño*. Premio Municipal de Periodismo, Caracas (1974). Premio Nacional de Periodismo (1977). El Ateneo de Duaca lleva su nombre (2013) y se le confiere la Orden Ciudad de Barquisimeto, en su Primera Clase.

